CAMBIO DE PALABRAS

VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE
JORGE DEL PRADO
ALFREDO BRYCE ECHENIQUE
JULIO CORTÁZAR
ANÍBAL QUIJANO
JUAN VELASCO ALVARADO
LUIS MIRÓ QUESADA DE LA GUERRA
HÉCTOR CORNEJO CHÁVEZ
PEDRO BELTRÁN ESPANTOSO
JORGE LUIS BORGES
ARMANDO VILLANUEVA
ANDRÉS TOWNSEND EZCURRA
JULIO COTLER
ENRIQUE CHIRINOS SOTO
HUGO BLANCO GALDÓS
ALFONSO BARRANTES LINGÁN
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ
LEONIDAS RODRÍGUEZ FIGUEROA
JUAN GONZALO ROSE
FERNANDO BELAUNDE TERRY
MANUEL SCORZA
PABLO MACERA
LUIS BEDOYA REYES
JAVIER VALLE RIESTRA
MARIO VARGAS LLOSA

CÉSAR HILDEBRANDT

DEBATE

CAMBIO DE PALABRAS

VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE
JORGE DEL PRADO
ALFREDO BRYCE ECHENIQUE
JULIO CORTÁZAR
ANÍBAL QUIJANO
JUAN VELASCO ALVARADO
LUIS MIRÓ QUESADA DE LA GUERRA
HÉCTOR CORNEJO CHÁVEZ
PEDRO BELTRÁN ESPANTOSO
JORGE LUIS BORGES
ARMANDO VILLANUEVA
ANDRÉS TOWNSEND EZCURRA
JULIO COTLER
ENRIQUE CHIRINOS SOTO
HUGO BLANCO GALDÓS
ALFONSO BARRANTES LINGÁN
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ
LEONIDAS RODRÍGUEZ FIGUEROA
JUAN GONZALO ROSE
FERNANDO BELAUNDE TERRY
MANUEL SCORZA
PABLO MACERA
LUIS BEDOYA REYES
JAVIER VALLE RIESTRA
MARIO VARGAS LLOSA

CÉSAR HILDEBRANDT

DEBATE

Cambio de palabras

Cambio de palabras

(1971-1992)

CÉSAR HILDEBRANDT

DEBATE

SÍGUENOS EN

megustaleer

Me Gusta Leer Perú

@megustaleerpe

@megustaleerpe

Penguin Random House Grupo Editorial

Índice

Portadilla

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Víctor Raúl Haya de la Torre (3 de marzo de 1971) Caretas 431

Jorge del Prado (17 de abril de 1972) Caretas 455

Alfredo Bryce Echenique (24 de julio de 1972) Caretas 461

Julio Cortázar (6 de febrero de 1973) Caretas 472

Aníbal Quijano (25 de febrero de 1973) Caretas 473

Juan Velasco Alvarado (3 de enero de 1977) Caretas 512

Luis Miró Quesada de la Guerra (17 de febrero de 1977) Caretas 513

Héctor Cornejo Chávez (9 de junio de 1977) Caretas 520

Pedro Beltrán Espantoso (6 de abril de 1978) Caretas 538

Jorge Luis Borges (19 de diciembre de 1978) Caretas 551

Armando Villanueva (30 de julio de 1979) Caretas 563

Andrés Townsend Ezcurra (17 de setiembre de 1979) Caretas 570

Julio Cotler (24 de setiembre de 1979) Caretas 571

Enrique Chirinos Soto (16 de octubre de 1979) Caretas 573

Hugo Blanco Galdós (5 de noviembre de 1979) Caretas 576

Alfonso Barrantes Lingán (11 de febrero de 1980) Caretas 587

Luis Alberto Sánchez (18 de febrero de 1980) *Caretas* 588

Leonidas Rodríguez Figueroa (3 de marzo de 1980) Caretas 590

Juan Gonzalo Rose (10 de marzo de 1980) Caretas 591

Fernando Belaunde Terry (17 de marzo de 1980) Caretas 592

Manuel Scorza (31 de marzo de 1980) Caretas 594

Pablo Macera (5 de mayo de 1980) Caretas 598

Luis Bedoya Reyes (16 de junio de 1980) Caretas 603

Javier Valle Riestra (10 de noviembre de 1982) Expreso

Mario Vargas Llosa (15 y 16 de noviembre de 1992) Diariouno

Álbum fotográfico

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

«…las máscaras podridas
que dividen al hombre de los hombres
al hombre de sí mismo».
Octavio Paz

Diez años atrás, instigado por Enrique Zileri, acepté iniciar la aventura de las entrevistas. Tenía 23 años y no sabía siquiera si el periodismo iba a ser para mí un destino o una maldición —al final, y de algún modo, ha sido ambas cosas—.

Había empezado años atrás escribiendo unos «sesudos» artículos sobre Julio Cortázar, que aparecieron, gracias a la buena voluntad de Manuel D'Ornellas, en la página editorial de *Expreso*. Por ahí los tengo y a veces los releo: qué lozano y enfático puede ser un muchacho para quien el mundo es un reflejo de los libros. Cuando miro atrás me doy cuenta de que, al revés de muchas personas a las que simplemente envidio, mi itinerario ha consistido en aprender a balbucear y en deshacerme de la mayor parte de mis certidumbres.

Era 1971 y mi idolatría por Cortázar había cedido ante el amor que me inspiraban las viejas varicosas y los solares cayéndose de Donoso. Lo que quiero decir es que mi mundo era el de un fanático lector de ficción, hábito que empezó con la postración de una hepatitis, a los 11 años, que se acrecentó hasta el delirio cuando descubrí que la recitación de ciertos pasajes de *La náusea* me hacía terrorífico e importante y que me convirtió con el tiempo en un idiota con cara de haber perdido el último ómnibus e ínfulas de no necesitar a nadie. La literatura era —y es, felizmente— mi mayor placer y la política me inspiraba poco menos que asco. Había rozado sus babas en un congreso universitario realizado en La Cantuta en 1967, al que había acudido con libros para debatir y mociones que proponer. La mayoría,

en cambio, llevó palos, manoplas y revólveres, y hubo dos muertos en una noche de violencia entre facciones. Fue ahí donde conocí al que sería, años después, mi primer y simbólico entrevistado: Arturo Pacheco Girón, el jefe de las brigadas juveniles de choque del APRA, un matón portentoso que disolvía mítines a pulso y combatía a los comunistas con perros rabiosos y bazucas hechas de tubo de desagüe.

Una tarde de aquel 1971, en mi cubículo de *Caretas* —una ratonera de *triplay* donde permanecía feliz diez horas diarias— me propuse abordar periodísticamente a Pacheco. Había hecho una carrera fácil en la revista de Doris Gibson y con el sueldo duplicado en apenas tres meses y la promesa de un porvenir brillante quería probarlo todo. Debía, entonces, hacer una entrevista, pero tal como me la había imaginado siempre: la revelación de ese montón de secretos que, al decir de Malraux, es cualquier hombre. Me fascinaba la posibilidad de hallar la clave psicológica en ese hombre que había hecho de la violencia una ceremonia consuetudinaria y que acababa de embestir un recital poético del grupo Hora Zero gritando: «Estos no son versos de verdad, carajo». Claro que no todo había quedado en ese fulminante juicio literario. Pacheco había saltado al estrado del teatro de la Universidad Villarreal y había echado a los aedos al foso de la orquesta.

La entrevista fue —ahora ya no sé si fatalmente— un éxito y ahí estaba recostado sobre mi máquina escuchando las felicitaciones de Enrique Zileri mientras pensaba que todo aquello no me había costado ningún esfuerzo serio. Lo único que había necesitado era tontear —tarea que procuro realizar deliberadamente— y adoptar un gesto neutro ante cada bárbara revelación del tal Pacheco. ¡Y lo había dicho todo! Zileri reafirmó: «Tienes que seguir: la entrevista es tu género». Como se ve, acepté su consejo. Algunas semanas después obtuve una entrevista con Víctor Raúl Haya de la Torre. Había dado el salto con violencia: de los arrabales al centro mismo de la política peruana. A partir de ahí mi trabajo consistiría habitualmente en un ritual: dos personas se sientan frente a frente, se miran con recelo; una de ellas esparce sobre la mesa un juego de recortes periodísticos: el pasado de la otra; esta trata de leer al revés algunos titulares, de adivinar por

dónde empezará y cómo habrá de terminar este juego sangriento.

Temí acudir solo donde Haya. Las cosas se arreglaron cuando César Lévano, una de las personas que más respeto me merece en este país, aceptó concurrir. Fue la primera y la única vez que hice una entrevista al alimón. Al terminar, había perdido, y para siempre, el miedo: los colosos podían temblar y a partir de ahora los enfrentaría a solas.

Haya había golpeado la mesita de centro de su gabinete privado en Vitarte cuando le insistí en aquello de la coalición con el partido de Manuel Odría. «Así no podemos seguir hablando», dijo estentóreo. Miré a Lévano confundido y este lanzó el salvavidas: una pregunta premeditadamente amable sobre la relación entre apristas y anarquistas. Callé unos minutos y volví a la carga. Inútil. Aprendía rápido: los políticos, inclusive los grandes, tienen generalmente egos enormes como bubas, son incapaces de criticarse en serio, mienten. El problema es, para emplear la terrible frase de Sartre, que tienen el chancro del poder. Hay que golpearlos muy duro para recabar de ellos un retazo de verdad o la admisión de una culpa. Si se les pregunta de qué error se arrepienten, dirán: «Creo que en tal situación fui demasiado tolerante». Solo uno, el actual presidente de la República, fue brutalmente claro: «Quizá mi más grande error haya sido concederle esta entrevista...». Desde luego que se trataba de una claridad por lo menos autocomplaciente.

Ese encuentro con Haya de la Torre marcó mi vida profesional. De entrevistador pasé a ser innominado fiscal. Y me sorprendía con qué resignación nuestros políticos aceptaban tan feroz examen. Después me di cuenta de que así los ayudaba: reconstruían su pasado, lo enfrentaban astutamente, se libraban en parte de él. Así que yo era verdugo y psiquiatra a la vez.

A veces me hartaba. La mayor parte de los políticos conservan muy poco de sí mismos, son su propia impostura. Cada palabra que dicen, cada silencio que administran, son parte del mismo cálculo: esconderse. Yo trataba de echar abajo los biombos y solo a veces lo lograba. Lo demás era el registro de la huida.

El problema era que a ratos todo se reducía a un duelo de ingenios. Mientras más agresividad, menos verdades. Comprendí que debía

combinar la zanahoria y el garrote y buscando seres humanos —no íconos, no roles— incorporé preguntas cada vez más personales. Entendí también que un acoso de varias horas podía ser más eficaz que un diálogo breve y que jamás debía merecer una rectificación: todo lo que aquí está transcrito se dijo exactamente tal como figura.

De más está decir que este método reivindica a la grabadora. Es cierto que ella no garantiza la honestidad —ahí están, como ejemplo, las groseras manipulaciones de Oriana Fallaci con sus entrevistas—, pero la buena fe es inejecutable sin ella. De aquellas entrevistas llenas de humos y digresiones literarias que cultivaba nuestro periodismo de los años 20 a las versiones puntuales y despiadadas que el magnetófono permite hoy, trascurre un lapso importante en el que la prensa dejó de pertenecer a los suburbios de la literatura.

La grabadora atrapa, fatalmente, solo los sonidos, no las furias. Recuerdo a Manuel Scorza paseándose como una fiera a mi alrededor, contestando a gritos mis provocaciones, señalándome con el dedo mientras me decía que a él no le importaba que yo no lo estimara intelectualmente. O a Pedro Beltrán hurgándose la nariz y mirándome con odio mientras me decía: «¿Usted cree que yo voy a aceptar eso solo porque usted lo dice?». O a Enrique Chirinos Soto terminando un tumbador «Chirinos-sour» —pisco, con yema de huevo y jugo de naranja— mientras yo le leía sus editoriales de los años 60. O a Leonidas Rodríguez, pálido como un papel, mientras le hacía escuchar la voz grabada del difunto general Velasco. En fin, escenas como estas me obligaron a incorporar, entre paréntesis, pinceladas descriptivas.

¿Por qué ejercí con tanto gusto y dedicación esta tácita fiscalía? Desde luego, no lo sé y autorizo toda especulación al respecto. Lo que puedo decir es que este papel parecía necesario y, al parecer, me fue simplemente encomendado. Lo cumplí con pasión y lo he empezado a dejar sin lástima. No me dio jamás riquezas —a las que no aspiro— sino una aproximación especial a nuestra política y a nuestra *intelligentsia*. De este contacto han nacido mis más lúcidos desencantos y mis más tercas esperanzas. A pesar de todo, creo que avanzamos. A pesar de todo, no he perdido mi fe en el socialismo. Lo quiero libre como lo imaginaron sus padres y no como lo desfiguraron sus

traidores.

Buena parte del Perú contemporáneo está retratado en estas páginas. Las únicas omisiones que de veras lamento las representan Jorge Basadre —que a pesar de nuestra buena relación siempre temió concederme una entrevista— y Mario Vargas Llosa, a quien le hice tres, perfectamente insatisfactorias; ninguna de ellas sobrevivió al criterio selectivo que quise que prevaleciera en este libro.

Si alguien me preguntara por aquellas entrevistas que mejor recuerdo no vacilaría en mencionar, aparte de la de Jorge Luis Borges, las de Juan Gonzalo Rose y Pablo Macera. No son precisamente polémicas sino cómplices y es sintomático que las aprecie quien, como yo, se hizo notorio en la reyerta y el cambio de palabras. Será porque en ellas un poeta reconocido y un historiador de renombre confiesan a borbotones su fracaso existencial, se transparentan con tanto coraje como impudicia, se sumergen en sus orígenes y por ello nos devuelven a los nuestros. Y todo lo que dicen tiene ese espesor irrenunciable de la verdad y ese sonido opaco de la revelación. Verdad, revelación: laico milagro de una buena entrevista.

Lima, agosto de 1981
César Hildebrandt

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La vida ha pasado como una flecha buscando su blanco. Terminará sin dar con él, desde luego. Pero en todos estos años transcurridos me reafirmo en la convicción de que la entrevista y la crónica son los dos géneros-madre del periodismo.

La crónica escudriña la realidad y la entrevista aguaita a las personas, pero en ambas lo que prevalece es una mirada, una voluntad, un carácter que, en la crónica, mira las cosas y, en la entrevista, habla con quien cree que puede decir algo.

No hay crónica ni entrevista sin una visión del mundo previa. Por eso quizá los editores de prensa encargan tanto las entrevistas como las crónicas a quienes ven por encima de la grisura y el promedio.

¿Será por eso que hay tan poca entrevista y es tan escasa la crónica en la prensa peruana de estos días? ¿Será que la grisura está ganando la batalla y que el prestigio de la ignorancia brilla ahora más que nunca? ¿Será que el promedio de los periodistas ha llegado a ser lo que los magnates de la prensa soñaron siempre (una mezcla de lasitud mental, entusiasmo automático y poquedad de horizontes)?

No tengo una respuesta cabal y no tenerla de pronto es un alivio. No conozco las causas pero me conmueven los efectos. Lo que quiero decir es que en estos años he visto, como en cámara lenta, la demolición de los grandes sueños de la prensa peruana —esos que a comienzos de los 80, cuando se publicó la primera edición de este libro, parecían asegurados—.

¿Cuáles eran esos sueños? Los de una prensa en la que se alistara la inteligencia, se batallara por los ofendidos, se amara el idioma tanto como la verdad y se considerara indigno servir a la causa impropia del dinero.

Dejando a un lado las notabilísimas excepciones que son más o menos públicas, he visto en estos años de estampida cómo los

periodistas iban bajando las escaleras hasta llegar al sótano de neón y sueldos mínimos donde reciben órdenes, ven mutilados sus textos y desfigurados sus sentires, y construyen el espejismo que los propietarios del logotipo y las imprentas venden por algunos céntimos como sucedáneo de la realidad.

La prensa peruana es en estos días un homenaje a la derrota de aquellos ideales que alguna vez la hicieron importante. Es también, muchas veces, una contribución decisiva a los anales de la vulgaridad. Es la prensa que soñó Esparza Zañartu —profeta armado—, y la que leería con agrado, si pudiese entender sus germanías, la mismísima Perricholi. Es la prensa, en suma, que un fascista y una buscona aplaudirían murmurándola.

¿Y las entrevistas? Bueno, volvieron a colgar de los balcones. Y no vuelan como las golondrinas sino que zumban como las moscas. Enfermaron en la prensa escrita cuando se prohibió la disidencia y se impuso el club «de las fuerzas vivas», o sea ese estilo invertebrado de preguntarle al rico por qué es tan necesario y al pobre por qué protesta en la calle.

La televisión hizo con las entrevistas lo que los lobos hacen con los corderos. Lo que quiere decir que a Alfonso Tealdo hoy no le darían trabajo en esa caja imbécil donde parpadean tongos de todos los colores y exhibicionistas que son libres para decir lo que quieran con tal de que no tengan el propósito de decir la verdad.

¿Y las crónicas? Las últimas dignas de llamarse así las escribió hace pocos años, en *El Comercio*, Julio Villanueva Chang. Pero Villanueva Chang huyó de la prensa de masas y se refugió en un experimento tan brillante como minoritario. Y como él, los mejores se han ido yendo y las redacciones se han llenado de espectros obedientes.

A pesar de lo dicho, no soy un pesimista convencido. Quiero creer que en un futuro nada remoto será posible, aprovechando el abaratamiento de las tecnologías de impresión y el uso masivo de papel reciclado o de soportes electrónicos que harán las veces de papel, que la prensa secuestrada por sus patrones sea recuperada para los periodistas.

No seré testigo de ese renacimiento pero me complace la sola idea

de imaginármelo. En esa prensa de mañana, entonces, la opinión pública volverá a ser servida y la competencia será entre hombres y mujeres veraces y las entrevistas recobrarán el tono bravío aunque respetuoso que alguna vez tuvieron y las crónicas no serán una manera de odiar la sintaxis y mearse en las preposiciones.

Sí, han sido años de deterioro y decadencia de la prensa. Y los únicos que no quieren reconocerlo son, precisamente, quienes han hecho de la prensa peruana estos papeles que, por lo general, distraen e intoxican. Me refiero a los dueños de los medios: mafiosos en la TV, derechistas de caverna en gran parte de la prensa escrita.

Esperaba que este prólogo derivara hacia el recuerdo de cómo se produjeron estos cambios de palabras. Pero la pena más que la ira me ha dirigido a esta declaración de amor por lo que hemos perdido y tenemos que recuperar para ser respetables otra vez.

En todo este panorama no poca responsabilidad le cabe a algunas escuelas de periodismo. He merodeado por algunas como profesor visitante y puedo decir que lo que fomentan es el profesionalismo de lo banal —cómo usar una editora, qué aplicaciones tiene el Office Word— y el amateurismo de lo importante —a quiénes nos debemos, cómo plantear una distancia ética en relación a las presiones de la publicidad—. Se les enseña a los periodistas a obedecer pero no a pensar y, lo que es peor, se les transmite la idea de que las bibliotecas son superfluas, el conocimiento una consulta a Wikipedia, la cultura un museo y el rigor un afluente del aburrimiento.

No se les dice lo que es cada vez más una inmóvil verdad: que el periodismo de veras solo lo hacen periodistas insumisos, peleones como el vino de los pobres. Y que el periodismo de los propietarios del dinero se escribe en tácito papel moneda. Si el modelo de *Le Monde* está en crisis no es por su fórmula societaria —donde los periodistas ponían los contenidos y los capitalistas lo suyo— sino porque el gran diario francés se sometió enteramente a las reglas de juego de un mercado que lo quería de rodillas. *Le Monde* soñó que podía competir con *Le Figaro* en la batalla campal por la publicidad. Pero para eso habría tenido que contar con su propio Serge Dassault. Y entonces no habría sido *Le Monde*.

Cito este ejemplo para dar una idea de que la crisis de la prensa es tan global como lo hubiese querido la señora Thatcher. En todo el mundo, la ofensiva del dinero barre con los focos de resistencia y aspira a terminar su obra, inspirada en el rufianismo de Rupert Murdoch, pausterizando lo que la gente lee y ensuciando lo más que se pueda lo que la gente ve y escucha. Muerto el Pacto de Varsovia y las usanzas expeditivas del padrecito Stalin, el Gran Hermano ya no viene del Este sino del basurero del Oeste.

Releyendo algunas de las entrevistas de esta segunda edición compruebo, además, que la política peruana se quedó sin repuestos. A Sánchez lo sucedió don Nadie, a Townsend le tomó la posta el silencio, a Pedro Beltrán lo heredó la Confiep, de Barrantes solo quedaron viudas. *Cambio de palabras* no podría haberse hecho ahora por falta de elenco. Cuando escucho a muchos de los congresistas balbucear desde sus escaños una jerga brotada en sucesivas lobotomías, me digo que tuve, como muchos, la suerte de asistir a un país mejor educado. Suerte relativa, por supuesto, porque junto con ella viene algo parecido a la melancolía.

La enésima «prosperidad falaz» a la que hemos asistido ha sido otra gran oportunidad despilfarrada. Exportamos más —sobre todo rocas pulverizadas—, hemos hecho otros ricos, nos miman los que miman a los buenos muchachos que hacen sus tareas, pero seguimos tan divididos e irreconciliables como cuando un puñado de extranjeros de visión continental —un tal San Martín, un tal Bolívar— nos refundaron como República renuente —que es eso lo que seguimos siendo—.

República renuente porque las repúblicas deberían estar llenas de ciudadanos iguales ante la ley, de regiones con trato paritario entre sí, y porque la democracia que explica a las repúblicas no se hace con pobladas citadas por el hambre y arreadas por la prensa que tiene como norte lograr que nada cambie.

Hay quienes desacreditan la elocuencia. Y hay quienes quieren ser optimistas desde el poder al que llegaron para no cambiar nada. Pero el optimismo basado en la mentira es un modo siniestro de ser compasivo. De modo que me declaro, pese a todo y repetitivamente,

un optimista del futuro. Del futuro que tendrá que construirse para que no sigamos como estamos: estatuas de sal, pueblo ingenioso que sabe hacer de todo menos edificar una nación sostenible y un proyecto que todos podamos suscribir.

¿Qué queda de estas entrevistas? Poco. Quizá, y sobre todo, la idea de que pudimos hacerlo mejor. Pero en los 80 a la editora Mosca Azul se le ocurrió que estos diálogos de punta y contrafilo aparecidos en *Caretas* debían reunirse y publicarse. Y hace pocas semanas a los editores de este segundo debut se les ocurrió lo mismo. Debo admitir, entonces, que algún mérito deben de tener estas escaramuzas que tanto me divirtieron.

Lo único meritorio de este «cambio de palabras» reincidente es, en mi opinión, que la entrevista almibarada, «literaria» en el peor de los sentidos, apologética a lo Chocano, quedó enterrada para siempre. Haber contribuido a ese velorio ya es suficiente distinción. Cuando llegué al periodismo, con la excepción de Tealdo, los entrevistadores eran huachafos que hacían que sus víctimas hablaran como ellos o publicistas apenas encubiertos que preguntaban lo que no podía incomodar.

Creo que a partir de esos años la entrevista adquirió algunas fórmulas que la hicieron más o menos moderna: la documentación previa, el destierro del lápiz y el papel, la honestidad de la transcripción (aunque incluyera los feroces contragolpes que el periodista podía recibir).

Comentario aparte merecerían las entrevistas a escritores. Si alguien me preguntara si hubo un par de entrevistas que me gustaría volver a hacer, diría, previsiblemente quizá, que esas son las de Borges y Juan Gonzalo Rose. Uno instalado en la erudición y el otro en el desasosiego, ambos me demostraron que tal vez elegí mal cuando opté por la entrevista política. Hoy no haría eso. Los políticos ya no son primos de la cultura ni lectores con los que tratar una agenda que esté más allá de lo contingente. Se mueven en el ámbito avaro de una loseta y son parte de un ascenso social mal entendido. No escalaron hasta subir al Congreso. Entraron por la puerta abatida de un Congreso del que quedaban los zócalos y que, en muchos sentidos,

expresa la moderna barbarie de nuestra política.

Lo que diga de la prensa peruana de hoy no me impide repetir que, si tuviera que volver a elegir, elegiría otra vez el periodismo. Y escogería, otra vez, ser entrevistador y cronista. Para mí el periodismo no ha sido refugio ni una puerta falsa ni un premio consuelo. Fue un destino precoz y ha sido una manera de ver la vida.

Jacques Monod, uno de esos autores que me ayudó a ser un irreverente más o menos informado, escribió alguna vez que el hombre sabe que está solo en el Universo «del que ha emergido por azar» y que, por eso mismo, ni su destino ni su deber están escritos en alguna parte. Siempre he compartido esa sensación que, con cierta peligrosa solemnidad, podría definirse como de orfandad estelar. Y, sin embargo, a pesar de esa intuición que me desamparó quitándome los dioses que protegen y la promesa de la vida eterna, a pesar de todo eso, digo, todos los días y cada día, una pasión que no se explica, una fe que no cede, un mandato sin remitente, me hicieron y me hacen periodista. Hasta el último día.

Lima, noviembre de 2008
César Hildebrandt

VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE

(3 de marzo de 1971)

El APRA ha sido acusado de pro imperialismo. Se le condena sobre todo por su posición frente al problema de la International Petroleum. ¿Qué dice usted de esto?

—La cuestión de La Brea y Pariñas, en lo que hay de política nueva, se ha basado en una ley de anulación del laudo, ley nuestra. La propia Junta Militar reconoce que es en nombre de esa ley, cuyo número da, que ellos han procedido a apropiarse. Lo importante es saber si la Standard Oil no sigue actuando en el Perú. Lo importante es saber si no hay concesiones a otras filiales de la Standard Oil por muchos centenares de miles de hectáreas en el Amazonas. Lo importante es saber si esto es una ficción o no es una ficción. Hay un folleto que ha salido en México sobre los argumentos que le hacen a Benavides Correa. Pero contestar las primeras preguntas sobre las concesiones, eso hubiera sido lo importante. La International Petroleum es una cosa; pero la Texas Petroleum es lo mismo. Nosotros hemos sido los primeros que hemos pedido soluciones prácticas sobre este asunto. Hemos planteado caminos de solución. Por ejemplo, la utilización de la energía para el país. Hemos sido los primeros que hemos dicho que un asunto implícito para la solución era el gasoducto. Este es un país sin gas. Un país que carga el gas en paquetes que estallan allí en las cocinas. Solamente los ricos y los medio ricos pueden usarlo. La ciudad de Buenos Aires se alimenta del gas de Bahía Blanca, que está a 500 kilómetros. Ahora está construyendo uno de Santa Cruz, en Bolivia.

Aquí no se ha hecho ninguna política sabia de previsión antiimperialista. Y no se han utilizado los medios esenciales para darle el avance al problema y crear lo que nosotros llamamos nacionalización progresiva. De manera que toda esa saña son

campañas demagógicas que aquí en el Perú son fáciles de hacer. Claro que una política energética tiene que ser parte de una política en que tiene que tomar parte el pueblo, y no ser una política de un conjunto oligárquico, de un grupo que cree saberlo todo y poderlo todo. Nosotros pedimos el derecho de participación. Y estamos de acuerdo con lo que dice Roger Garaudy, con lo que dice René Dumont respecto a Cuba. Sin participación de las masas y con la ciencia infusa y con el monopolio de la inteligencia y con el silencio regimentado de la ciudadanía, no hay nada. Todas estas cosas hay que discutirlas. Nosotros tenemos que mantener el principio del diálogo y el derecho de la libertad intelectual. Sin libertad de prensa, sin libertad de opinión, no puede haber nada.

A nosotros también nos escaldan el paternalismo y las decisiones verticales. Pero le preguntamos, señor Haya, entre este paternalismo y esa democracia a la que muchos le atribuyeron inercia y realmente no hizo mucho por mover el reloj de la historia, ¿con qué nos quedamos?

—No, el experimento democrático se hizo incompletamente. Nunca fue una democracia genuina. Yo estoy muy contento incluso con lo que dicen estos disidentes que están descubriendo cosas que halagan mucho, cuando dicen que a la democracia económica, a la democracia socialista solo se va por caminos de la democracia liberal. Los derechos humanos. Nosotros planteamos ya las instituciones normativas de una democracia económica. En 1931 nosotros dijimos: Congreso Económico Nacional. Presencia en la institución del diálogo, del capital, del Estado y del trabajo. Sabemos que el capital es indispensable; pero debe ser controlado. El Estado debe tener participación. Y el trabajo no puede dejar de pertenecer. ¿Qué cosa es Yugoslavia? Yugoslavia tiene un Parlamento político, pero tiene un Congreso económico. La colegisladora en asuntos económicos y sociales. Allí está representado el pequeño capital.

Nosotros hemos pedido eso porque necesitamos adiestrar a nuestros trabajadores, a nuestros contribuyentes. Sobre todo en un país como el nuestro.

¿No cree que la convivencia con el pradismo le hizo daño al

APRA?

—La convivencia fue una puerta de entrada para salir de la ilegalidad, que duró muchos años. Hay que trasladarse un poco al momento, al espacio y al tiempo. Nosotros hemos tenido, de 1934 a 1945, 11 años de absoluta ilegalidad. El 45 tuvimos que someternos a las condiciones que nos impusieron, sobre todo el Ejército, que no quería que yo fuera candidato, por ejemplo. Por lo cual busqué un pacto con Benavides, por el cual ni él ni yo seríamos candidatos. Buscamos un tercero. Se fue a las elecciones el 45, se ganaron las elecciones con el 80 por ciento de los votos, y eso duró tres años. Después vinieron ocho años de la misma persecución. Yo fui llevado a la Corte Internacional de Justicia. El odio rebasó todos los extremos. La gente no se acuerda de eso. Este es un país desmemoriado. La persecución contra el APRA se puede comparar, aunque en cantidad menor, con la persecución de los judíos en Alemania. Ustedes no pueden imaginar lo que nosotros hemos pasado.

Esa clandestinidad y ese sufrimiento del APRA cree usted que minaron la altivez del APRA, y la obligaron...

—No, sino que era razonable. Los partidos no pueden vivir siempre en las catacumbas. Eso corresponde a las religiones. Aunque también el cristianismo tuvo que transar, con Constantino y con todos ellos. Hay momentos en que hay que entrar. ¿Qué hicieron los comunistas con los frentes populares después? ¿Qué cosa es lo que está haciendo Chile?

Nosotros hemos tenido un largo debate con los comunistas chilenos y algunos socialistas. Usted sabe que los socialistas chilenos cantan nuestra Marsellesa, con la letra de Sabroso... Eso de partido de una sola clase es una ficción, un artificio, una demagogia. No hay partidos de una sola clase en países que están en desarrollo económico y que necesariamente están en desarrollo social. En tránsito social. Nuestra configuración clasista no es una configuración estable. Nuestra fisonomía de lucha de clases es una fisonomía en cambio. Lo cual explica que nuestro estudiante universitario sea un comunista desaforado cuando es sanmarquino y después resulte un capitalista. He visto tantos. En estos países en desarrollo y en crecimiento entran

otros factores, como el factor cultural. Yo conozco hombres pie en el suelo, cuyo hijo trabaja la tierra y hoy es estudiante de la Universidad Federico Villarreal, ¿no es cierto? Esto no es ya obra de la evolución económica. Es obra del tránsito cultural, que en nuestros países tiene todas las características de un determinador. Nosotros hemos dicho en consecuencia: partidos antiimperialistas, sí. Pero no olvidando que el imperialismo tiene un grado de ventaja para el trabajador que no lo afecta en las primeras etapas. He sostenido muchas veces que fueron los obreros —yo siempre me inspiro en los obreros; la reforma agraria la discuto con los obreros— los que me han dado las mejores críticas y las mejores argumentaciones a la realidad, tanto en el sur como en el norte. Cuando yo vine en 1931, encontré en Trujillo que se había producido la llegada de la Northern. Era una empresa mucho más progresista que la Cerro de Pasco. Me encontré con unos obreros que tenían este primer problema. Los obreros me dijeron: «Somos apristas; estamos resueltos a morir por el APRA». Ustedes saben que murieron más de dos mil fusilados; bueno: fue una revolución. Me dijeron: «Queremos saber una cosa, ¿hasta dónde va el antiimperialismo del APRA? Porque nosotros ganábamos 20 centavos, un puñado de coca y ahora tenemos sindicatos, hacemos huelga, pedimos aumento de salario, y no quisiéramos retroceder otra vez a manos del gamonal». Ustedes ven. Era la voz de la realidad. Yo les dije: «No, pues, es para adelante, no es para atrás». Es la ambivalencia del imperialismo.

Ese es nuestro punto de vista. De manera que como lo nuestro hablaba un lenguaje nuevo, un lenguaje desconocido, que no está en los folletos, que no se encuentra en los libros, ¿ah?, y tenía un nombre propio... Recién me acuerdo, cuando a Vallejo le dijeron: «Qué ¿cosa quiere decir *Trilce*?». Él dijo: «¿Qué cosa quiere decir Enrique?». Entonces yo digo lo mismo: ¿qué cosa quiere decir APRA? Es un nombre propio de una modalidad. Garaudy dice que hay una modalidad de los pueblos subdesarrollados.

Una característica del APRA fue preocuparse por la educación, la capacitación de los trabajadores y por la gratuidad de la enseñanza. Un Gobierno que diga que no hay gratuidad de la enseñanza es en realidad un Gobierno reaccionario, que está creando las más

peligrosas clases.

¿El Gobierno no tiene ese lema de la gratuidad de la enseñanza?

—¡No!

¿Es reaccionario por lo tanto?

—El Gobierno abolió la ley aprista de la gratuidad de la enseñanza. En ese aspecto es reaccionario. En mi opinión, no hay desarrollo sin reforma educativa, ni reforma educativa sin gratuidad de la enseñanza. Eso es aquí. Si llevamos eso a Chile, donde tienen la gratuidad desde 1891 en todos los niveles, y a México, donde es prescripción constitucional que la enseñanza sea gratuita, o a Uruguay, donde la enseñanza es gratuita, y el vaso de leche y los libros son gratuitos, estamos diciendo tonterías allá. Acá no. Acá estamos esgrimiendo una bandera revolucionaria.

Eso es otra cosa interesante en la historia del APRA: que el APRA comienza como una universidad obrera. Y esta fue inspiración anarquista.

Volviendo a la pregunta, señor Haya, ¿cree que realmente el pacto con Prado no afectó en lo ideológico al APRA?

—¿En qué lo afectó? Nosotros solo conseguimos la legalidad. El APRA no tuvo representantes en el Parlamento de Prado. Lo pusimos ahí cuando él ofreció garantías y libertad. La convivencia es una cuestión ambiental que él ofrece, ¿no? El otro candidato era Hernando de Lavalle. Yo he estado con Lavalle en la universidad. Hay muchas relaciones con él de orden familiar. Yo me apresuré a telefonearle desde Fráncfort. Yo estaba desterrado. Le dije: ofrece libertad, hombre. Ofrece reconocimiento del APRA. Ofrece. Y entonces votan por ti. Es lo lógico. Prado y Lavalle eran los dos iguales. Lo que se quería era una puerta de entrada a la legalidad. Por eso se votaba. Eso lo han hecho todos los partidos del mundo.

En el mitin de la Fraternidad, oí un comentario de un viejo militante que decía: lo que le hizo mucho daño al APRA fue su pacto con Odría. ¿Usted qué opina de eso?

—Primeramente, no ha habido partido en el mundo que no haya entablado relaciones dentro de tácticas parlamentarias. Nunca ha

habido pacto con Odría sino con los representantes parlamentarios del odriismo en la Cámara. Por otro lado, Belaunde hizo la misma maniobra. Belaunde llamó a los odriistas y les propuso una alianza. Hay que tener en cuenta también que Odría obtuvo medio millón de votos, que eran del pueblo. Eso me hizo pensar mucho a mí. No era medio millón de hacendados. ¡Medio millón de votos! En la elección de 1962, nos ganó a Belaunde y a mí en Lima. Las barriadas votaron por Odría. Esto es un elemento protagónico dentro de un país como el nuestro: ¡Viva mi general! Belaunde le ofrece la alianza y la presidencia alternada de la Cámara. Entonces habríamos quedado nosotros cinco años arrinconados, en una minoría protestante e inocua. En ese momento se procedió. Pusimos un pliego de condiciones por el que los odriistas se comprometían a aprobar las siguientes leyes: elecciones municipales, después de cuarenta años que no se realizaban; gratuidad de enseñanza; ley de cooperativas; ley de subsidios municipales; la cuestión La Brea y Pariñas. Como ellos asintieron, no hubo problemas. De manera que eso fue un pacto parlamentario como el que hicieron los comunistas con los nazis en Alemania, el año 29...

Dice usted que el odriismo asintió ante el memorándum de leyes que ustedes le presentaron. Objetivamente, el partido de Odría fue reaccionario. Dígame: ¿no cree que esas leyes no incidían sobre reformas estructurales para que el odriismo las pudiera aprobar?

—Les dijimos más. Usted, señor Odría, abolió la Ley de Gratuidad de la Enseñanza que dimos en 1946. Ahora se la pedimos y usted la vota. Usted nombró sus municipios a dedo. Nosotros pedimos elecciones municipales. Usted se ha opuesto a la nulidad del laudo de La Brea y Pariñas. Nosotros la pedimos. Cuando ellos asintieron todo eso fue que se aceptó el pacto...

¿Y no cree que podía haber más puntos de contacto con el belaundismo?

—Ah, no, no, no. No, no, no. El odriismo era una fuerza ya en extinción, y el belaundismo era una oligarquía insurgente. Ah, no, no. Considero al belaundismo como una fuerza conservadora

absolutamente. Los apellidos que figuraban eran una muestra. El belaundismo era fuerza muy, muy centro. La otra era una fuerza que no tenía razón de ser, porque un partido que lleva el nombre de su propio jefe se acaba con el jefe, ¿no?

Señor Haya, pero, por ejemplo, el proyecto de reforma agraria de la alianza populista-democristiana y el del aprismo tenían muchas más coincidencias que con las ideas que tenía el odriismo sobre el problema.

—Sí, pero el odriismo votó nuestro proyecto. Ellos tenían una disciplina que los comprometía a votar lo que la mayoría decidía.

A regañadientes en realidad.

—Esa es una cuestión que para averiguarla habría que confesarlos. La cosa es que votaban. La ley del petróleo se votó, la de reforma agraria se votó, la de cooperativización de las haciendas del norte se votó.

Quisiéramos insistir en eso, señor Haya. Si el partido odriista representaba una oligarquía melancólica o languideciente, ¿cómo era posible que votara a favor de esos proyectos? Lo que nos hace deducir que esos proyectos no eran realmente revolucionarios.

—O por qué no creer que no eran realmente reaccionarios la totalidad de los miembros del odriismo.

Usted qué opina de eso. ¿Usted cree…?

—Había de todo, había obreros… Es que yo no creo que el odriismo representara realmente una fuerza oligárquica organizada, porque eso aquí no ha habido. Si el Perú no ha tenido nunca un partido conservador. Esta es la falla de este país. Si hubiera habido un partido conservador como en Chile o Colombia, se habría dado equilibrio de fuerzas. Aquí no. ¿Quiénes eran? Empleados, entonces ¿qué diferencia clasista? ¿Dónde están los oligarcas del Parlamento…?

Don Julio de la Piedra.

—Julio de la Piedra, ¡empleado de su… nunca ha sido propietario! Es un alto empleado de la firma de sus hermanos.

Pero hay un hecho…

—Julio de la Piedra era un voto entre otros, y había de todo tipo.

Esos son los prejuicios que hay aquí sobre nombres propios. Yo como no conozco casi a las personas y no las individualizo ni las juzgo por apellidos... El hecho político es que ellos votaron lo que nosotros pedíamos que se votara... Todas las leyes. El decreto del actual Gobierno sobre reforma agraria ha copiado más de cien artículos de nuestra ley... A veces votaba también un disidente del belaundismo.

Señor Haya, quisiéramos hacer un silogismo con lo que ha dicho usted hace unos momentos. Dice que el belaundismo era una fuerza conservadora, de una oligarquía insurgente. Este Gobierno ha surgido justamente para sepultar el belaundismo. Deducimos que este Gobierno es revolucionario. ¿Qué opina del silogismo?

—No, porque yo no creo tampoco que... Primeramente, no he dicho que el belaundismo... Era un intento, era una fuerza burocrática nueva, en formación, ¿no es cierto? No tenía un programa definido, era más bien utópico. Por ejemplo, yo considero que la carretera Marginal es una bella utopía. Las carreteras de penetración son como los muros de nuestro problema de relación con la naturaleza. La Marginal viene a ser el techo. Yo no soy arquitecto; pero me parece absurdo empezar una casa por el techo... Hubo diletantismo, frivolidad política. Eso es lo que yo considero del belaundismo.

Señor Haya, muchos peruanos atribuyen al APRA culpa grande por la caída del régimen constitucional. ¿No cree que el APRA pecó de obstruccionismo parlamentario?

—No, no. Lo que pasa es que aquí no hay costumbre de hacer parlamentarismo. En Estados Unidos ha habido numerosos presidentes con mayoría oposicionista. Truman es uno de ellos; Eisenhower, otro. Aquí para muchos el Parlamento es una especie de artificio, no hay conciencia política, no ha habido partidos, no hay educación. Se juzgan episódicamente los fenómenos políticos. En Estados Unidos hay una oposición fuerte. Y en ese caso, ¿son obstruccionistas? ¿A qué se llama obstruccionismo? La fiscalización no es obstruccionismo. ¿Qué se quisiera? ¿Que todo fuese aprobación?

Pero en Estados Unidos los gabinetes no caen a cada momento.

—Pero Estados Unidos no tiene régimen parlamentarista. En Estados

Unidos no hay voto de censura, si usted conoce la Constitución. Ahí hay previo voto de censura. Ningún ministro es nombrado sin la aprobación del Senado, pero este no tiene la potestad de censurar. Que caigan los gabinetes es un procedimiento parlamentario de todos los países que tienen el sistema del voto de censura.

¿Eso no fue socavando la estabilidad del régimen?

—Eso habría que... Yo creo que en el Gobierno de Belaunde se cometieron muchos errores y cada vez que el Parlamento actuó lo hizo sobre la base de un derecho. Y los votos de censura se dieron con razón, a mi modo de ver.

Vea, por ejemplo...

—Eso de obstruccionismo es recurso de todos los gobiernos cuando el Parlamento no les ha aceptado sus propuestas.

Señor Haya, el caso del general Morales Bermúdez parece ilustrativo. Cuando fue ministro de Belaunde, la coalición le impidió realizar una política financiera de saneamiento dentro de los planteamientos entonces vigentes. En cambio, ahora ha logrado eso. Esto sin entrar a considerar la política económica general, con la que se puede estar o no de acuerdo. ¿No cree que el APRA se equivocó al impedir la labor ministerial del general Morales Bermúdez?

—Tanto como sé, el partido aprobó la gestión de Morales Bermúdez.

El proyecto Polar para que no se aprobaran leyes que no contaran con su respectiva financiación fue desechado por la coalición APRA-UNO. ¿Usted considera que fue acertada esa medida?

—Sí, porque esos son proyectos que no tienen fundamento teórico ni financiero; son saltos en el vacío, iniciativas impresionantes y espectaculares. Pero eso correspondía a todo un plan de organización del Estado que nosotros preconizamos debía empezar por la creación del Congreso Económico... Hay leyes que no pueden tener una financiación inmediata. Hay leyes y proyectos que se hacen un poco al riesgo del futuro. Esas son generalizaciones simplistas. Los problemas de la política no son problemas de contabilidad así...

Hay un margen de riesgo...

—Naturalmente, si no no habría política. Si usted dice hay que dar una ley para perforar pozos de petróleo y usted dice yo la tengo que financiar... Nada hay más aventurado que perforar pozos de petróleo. Puede gastar diez millones como se puede gastar uno. Así, en política hay otros casos en los que no se puede prefijar y sentenciar con criterio de contaduría...

Y de caja chica...

—Y de caja chica. Usted sabe que nosotros tenemos un principio que he pregonado mucho entre los apristas. No hay que preguntar cuánto cuesta una obra esencial para el futuro del país, sino cuánto cuesta no hacerla. No hay que preguntar cuánto nos cuesta abolir el analfabetismo en el país sino cuánto nos cuesta no haberlo abolido. No hay que preguntar cuánto nos cuesta irrigar la costa del Perú, de la que solo se cultiva el 4 por ciento y el 96 por ciento porque es desierto, sino cuánto le cuesta no hacerlo... Esos proyectos son cosas para el recorte de periódicos, porque, como decía el padre Coloma, para subir al templo de la fama política hay que hacerlo en alas hechas de recortes de periódicos.

Señor Haya, usted dijo en su último discurso de Lima que los programas del actual Gobierno han sido tomados del programa aprista del 31. ¿Se incluye en eso la idea de la comunidad industrial?

—Bueno, la comunidad industrial está textualmente enunciada en la Ley de Reforma Agraria del partido, en la aprobada, en la 15037. El texto realmente no lo tengo a la mano...

Hay que consultarlo...

—...Consúltenlo ustedes. La comunidad industrial está enunciada ahí...

¿Con los mismos términos, señor Haya?

—¡Casi! Sí, es muy interesante... lo que se plantea porque nosotros... Caramba, yo tenía eso, qué curioso *(busca entre documentos sobre su escritorio)*.

Usted habla de un retorno a la Constitución. ¿Cree que la Constitución es perfecta o piensa que hay que reformarla?

—No, no hay Constitución perfecta. Pero hay que cumplir lo que

hay de esencial en la Constitución, que son los derechos humanos, la libertad, los derechos civiles, las garantías... A mí me parece que es una Constitución muy defectuosa, primero porque tiene una serie de disposiciones no cumplidas, como el Consejo Nacional de Economía, un intento de sucedáneo al Congreso Económico; el Senado Funcional, y después las elecciones municipales y todas esas cosas que no tienen vigencia. Creo que hay que reformarla, pero con los requisitos de una reforma constitucional. No una reforma perpendicular, de arriba abajo, sino con la participación del pueblo. Eso es lo que yo sostengo como ideal de la Constitución. En Inglaterra se habla mucho de Constitución, pero no tiene Constitución escrita. La Constitución se hace todos los días y es la mejor democracia del mundo. Cada acuerdo del Parlamento se llama Acta del Parlamento y va integrando la Constitución... De manera que eso es muy importante. La Constitución es el derecho del pueblo a participar, como ciudadano, como trabajador manual o intelectual. Nosotros tenemos una comisión permanente que está estudiando la Constitución...

Señor Haya, ha reclamado usted recientemente un Frente de la Civilidad. ¿No cree que hubiera sido necesario definir primero la ideología y el programa de ese frente?

—No, es un frente... Civilidad viene de civil, civil es sinónimo de ciudadano, ciudadano es el hombre con derechos y obligaciones que participa en la vida del Estado. La Academia tiene una de esas definiciones. De manera que civilidad viene de civil y yo creo que hay principios generales —así como en la Constitución— que no necesitan prescripción. Creo que un ciudadano debe ser libre, debe tener derechos y obligaciones y debe considerar los derechos humanos como la ley suprema de una república como la nuestra, que ha reconocido la tabla de los derechos humanos como ley del Perú. Eso es muy importante. No tenemos Constitución vigente, pero sí una ley que nos obliga. Los derechos humanos son ley del Perú, de manera que esa es lo que nos rige. Aun en Estados Unidos, donde el Congreso todavía no ha ratificado la Carta de los Derechos Humanos, ya en ciertos tribunales, como en California el otro día, un ciudadano invoca la Carta de los Derechos Humanos y la Corte Suprema del Estado de

California dice: sí, es la ley suprema... La Carta de Derechos Humanos debe ser la norma de una futura concepción democrática del mundo...

Señor Haya, hay personas que se han pronunciado en favor de la idea del Frente de la Civilidad, pero en su mayoría son reconocidamente reaccionarias. ¿No cree que al pueblo podía desorientarlo esa indefinición o esa amplitud tan vaga del frente?

—No, porque yo he sido muy claro. Y lo he dicho en mi discurso. Cada cual en su ideología, cada cual en su interés. Todo hombre —reaccionario o no— tiene obligaciones y deberes, si vive en un Estado. No vamos a excluir a los reaccionarios y decir que deben ser puestos en la cárcel todos, ¿no? Yo sostengo la libertad general. He dicho cada cual en su ideología, cada cual en su parroquia partidista, en su credo político o religioso. Pero hay un común denominador: el derecho para expresarse, la libertad para que ese derecho pueda ejercerse a plenitud. En eso he sido muy claro. No tenemos alianzas ni queremos más alianzas, no. Nosotros hemos dicho cada cual en su capacidad ciudadana se afilia a la defensa de los principios generales que deben unirnos a todos los peruanos.

¿No ha pensado, señor Haya, en una fórmula mediante la cual los militares puedan trabajar en diversas actividades no estrictamente castrenses, y colaborar con los gobiernos en campos mucho más amplios que los que tradicionalmente les fueron reservados en regímenes constitucionales?

—Eso está perfectamente definido, organizado y planeado en el proyecto de Ley del Congreso Económico Nacional. Este congreso, sobre el cual Carlos Manuel Cox publicó en su oportunidad un librito que se llama *Dinámica económica del aprismo*, supone una asamblea de tipo cualitativo, como es en el campo internacional la OIT, en la cual el Estado, el trabajo y el capital tengan personería y representación. En el campo del Estado se incorpora la Fuerza Armada; se entrega todo lo que sea, puertos, aduanas, a la Marina. Precisamente lo que yo proyecté el año 31 es darle trabajo a la Fuerza Armada, darle trabajo civil, darle trabajo creador y constructivo para que no se consideren censores y jueces, ajenos a nuestra realidad; para que vean y comprueben las dificultades que ahora deben estar comprobando. Eso

es lo que significa meterse en los negocios políticos del Estado. De manera que eso está muy bien establecido: el derecho de participación que nosotros sostenemos para una democracia económico-social es un derecho universal, todos deben tener derecho de formar parte de la vida del Estado y actuar en él en su función. Por eso nosotros llamamos a eso democracia funcional, que también es un concepto que suele torcerse...

Señor Haya, tradicionalmente el APRA terminó aliándose con anteriores adversarios políticos, con Benavides y con Prado, por ejemplo, o con Odría. ¿Es posible en el futuro un pacto con el Gobierno de la Fuerza Armada?

—A condición, como ya le he dicho, que cada uno esté en su verdadera función y no se invadan quehaceres y tareas. Desde ese punto de vista, sí. Nosotros no tenemos prejuicio contra la Fuerza Armada. Usted lea mi discurso del 23 de agosto de 1931, en la Plaza de Acho, mi saludo a la Fuerza Armada. Antes que eso, mi discurso... ¿Usted no tiene un librito que se llama *Política aprista*? Le doy este porque puedo conseguir otro. Aquí está el programa del partido; después, aquí está mi primer discurso al inaugurarse el primer congreso del partido: me refiero directa y específicamente al problema de la Fuerza Armada; mi conferencia en la plaza de toros; y mi «Manifiesto» de febrero del 32. Aquí está todo lo que es documento básico...

¿El programa del APRA del año 31 era socialista?

—No, nosotros éramos... Yo lo he definido muy bien. Quiero advertirle una cosa: en el problema de usar una semántica nueva, planteando ideas nuevas, era muy riesgoso salirse de ciertas palabras ya tomadas. El libro *El antiimperialismo y el APRA* se inicia con un artículo que escribí en inglés. Para explicar al público inglés —era la revista mensual del Partido Laborista— lo que era el APRA, tenía que usar un lenguaje que se adaptara al léxico europeo... Pero lo que en realidad hemos planteado en el partido es que el APRA es un movimiento social. Creo que hay una aprensión hacia la palabra socialista después que Hitler fue socialista...

¿Cómo define al APRA en 1971?

—Nosotros decimos que el aprismo es una sistematización social del cooperativismo dentro de una organizada democracia social. El aprismo es democrático, es cooperativista, avanza y está abierto a todos los caminos del futuro, pero se sitúa en el tiempo y en el espacio en que vivimos. Eso es.

Nosotros, ustedes saben que decimos que el capital extranjero lo necesitamos. Con toda valentía. Nosotros sostenemos este principio, que lo mantengo en mi prólogo a la nueva edición de *El antiimperialismo y el APRA*: ningún país subdesarrollado podrá salir del retraso sin la ayuda económica y tecnológica de los países desarrollados. Eso creo que es una ley irreversible.

Es la verdad, sea como fuere, porque la distancia entre el subdesarrollo la marcaban la máquina a vapor, el ferrocarril, la electricidad. Hoy día no. Hoy tenemos, como yo lo dije en un discurso en Trujillo, la distancia entre el burro y el satélite. Eso es para mí la imagen. Y esa distancia no se llena, no, con la facilidad con que llenamos la del siglo XIX. En 1830 comenzó el ferrocarril en Estados Unidos. En 1850 ya teníamos el primer ferrocarril en la América Latina y el año 1870 ya teníamos el ferrocarril más alto del mundo en el Perú. ¿No es cierto?

De manera que esas distancias se han multiplicado. Y la máquina que nunca la hemos hecho en América Latina, típica del capitalismo, vino hecha, encajonada. Y sigue viniendo. Todavía no la hemos fabricado.

Una interrupción. Si el APRA el año 1931 no era socialista, y este Gobierno copia o traduce el programa de 1931 a su manera, ¿querría decir que tampoco este Gobierno es socialista?

—¡No! Si ha declarado que no es socialista ni capitalista. Nosotros dijimos algo así en 1931: «Ni con Washington ni con Moscú. Solo el aprismo salvará el Perú». De manera que no, estos han declarado que no son socialistas. Nosotros por eso hemos dicho: no somos socialistas porque el socialismo es una etapa que sucede al industrialismo y al sistema capitalista. Esa es la definición marxista precisamente. Pero nosotros hemos dicho: ¡no! Ni con un imperialismo ni con el otro; pero sí con una organización cooperativista antiimperialista e

integracionista. Y son conceptos que nosotros no separamos. Nosotros no separamos la integración del antiimperialismo. La interdependencia es vital. Nosotros no caemos en un nacionalismo autárquico: producir lo que consumimos. Sostenemos un principio de interdependencia que supone la integración como resistencia a los imperialismos y como garantía de encontrar un sistema nuestro, este sistema que nosotros le hemos llamado aprista. Esto implica el Estado antiimperialista, como nosotros lo llamamos, que supone tratar con el capital extranjero pero con la autoridad y la potestad de poder a poder. Lo cual no puede hacer un país aislado, porque cuando uno pretende enfrentarse al capital o al imperialismo como Cuba, los otros tratan con él y la dejan en ridículo. O como lo hizo México, cuando nacionalizó su petróleo, ¿no? Los capitalistas se fueron a Venezuela, y Juan Vicente Gómez les dijo «Vengan para acá», y vinieron estos contrastes que son el resultado de la no integración. De allí que estimamos inseparable del antiimperialismo la integración. Y, en consecuencia, la configuración de un Estado que no sea socialista, porque tendremos que comenzar por hacer la máquina un día. Nosotros estamos haciendo siderurgia como la hacía Inglaterra hace 150 años: varillas, láminas. Todavía no hemos hecho una rueda. Todavía no hemos hecho un motor. De manera que son fantasías eso de hablar de socialismo. México siquiera hace rieles. Porque México tiene una zona de consumo para su siderurgia, que son los estados sureños de los Estados Unidos, donde cuesta más barato comprar un riel mexicano que un riel de Chicago. Estamos a millas del industrialismo. ¿Cómo podemos hablar de socialismo, pues, ¿no?

Sin embargo, se dan casos de países que han podido pasar al socialismo sin pasar antes por la fase del industrialismo.

—¿Cuáles?

El caso de Mongolia, por ejemplo…

—Eso es una cosa muy relativa. Eso no es así. No es cierto. Allí no hay fábricas de máquinas. Llevan la máquina hecha.

Nos referíamos a lo siguiente: que hay países agrícolas que son socialistas. No es una condición sine qua non para ser socialista el tener industria.

—Yo creo que sí. Se necesita industria. Si creemos en la definición científica del socialismo. Hay otro socialismo, el socialismo utópico.

Vietnam del Norte, por ejemplo.

—¡No! Esos son países absolutamente subsidiarios. A mí me parece que esa es una ilusión... Así no nos entendemos. Eso no es así. Si fuera, por ejemplo, China un país socialista... La Constitución china establece cuatro clases de propiedad. Y dicen que ahora viene una reforma constitucional mucho más conservadora. Establecen: la propiedad pública, del Estado; la propiedad artesanal; la propiedad cooperativa y la propiedad capitalista, con su nombre. La otra vez discutía sobre esto con un grupo de estudiantes pekineses. Y ninguno había leído la Constitución china. Eso es lo que hay aquí, un poco de... ¿ah? Seamos sinceros: todo esto va en transición hacia un futuro de socialismo; pero mientras tanto los capitalistas tienen derechos. Me dicen que la nueva Constitución china va a reconocer muchos más derechos a la propiedad, muchos más.

Otro artículo dice: «La República Popular China es un Estado plurinacional unido. Todas las nacionalidades son iguales ante la ley». China tiene como problema el de la integración. Es un problema tan importante como el de la integración de la América Latina. Y es el problema que trata Amalrik. Él cree que la Unión Soviética se desintegra, perece y se disuelve porque las nacionalidades rusas no han perdido su individualidad. Ese es todo su argumento. Entonces habla de las divisiones que existen: idiomáticas, nacionales. Tan pronto como venga una crisis bélica, una guerra con China, cada nacionalidad busca su salida. Bueno. Mire usted: «Todas las nacionalidades gozan de iguales derechos». La abolición gradual del sistema de explotación. Esas son las finalidades. Pero hablan de la propiedad capitalista. Hablan de proceso hacia el socialismo. Aquí está. Que se hablen las cosas claras. Hable usted de que eso es realismo. De inmediato le inventan una oligarquía. Oligarca es todo el mundo. ¡Ah! Es decir, llegamos a la prostitución del lenguaje y de las definiciones. No hay conceptos. Eso es contra lo que yo estoy. Debemos fichar las cosas. Como yo lo dije en mi discurso de Trujillo, y se lo voy a dar, por si acaso, porque, por primera vez en cuarenta

años, en cuarenta años, este periódico, *La Industria*, que fue fundado por mi padre, y que después fue tomado por la familia Sánchez Cerro, y Cerro, por primera vez ha publicado... Mire usted la manifestación de Trujillo que dicen que fue con tres mil personas. Vea hasta dónde se extiende. Hasta el fin de la plaza. Bueno, yo quiero que ustedes se lo lleven. Porque mi discurso de Trujillo sobre el problema de la cooperativa es un discurso que sintetiza el pensamiento nuestro y que recibió una aprobación de los trabajadores, porque se vinieron hasta a pie, porque les impidieron... Se vino Cartavio con su gran cartel: «Cartavio siempre es aprista». Laredo que decía: «Laredo no se vende». Usted sabe que tenemos todos los sindicatos allí. ¿No es cierto? Son ciudadanos apristas. ¿No? Y Casa Grande. Y los propios dirigentes sindicales que estuvieron en la plataforma el año pasado, por lo cual los procesaron y metieron cinco meses presos, por saboteadores, estuvieron otra vez. Porque yo invoqué el fallo del Tribunal Militar que dijo: no es delito que Haya de la Torre haya hablado sobre el problema agrario y haya sido invitado a San Pedro, invitado a Cartavio.

¿Cuál es el saldo del APRA en la historia del Perú?

—Cuarenta años de lucha, cuarenta años de pelea y cuarenta años de lealtad...

Bueno, eso es, digamos, la historia interna del APRA; pero la pregunta se refiere a esto: ¿Qué le ha dado el APRA al Perú?

—Todos los programas de renovación que hoy existen.

¿Cuál cree usted que es, digamos, el resorte, la óptica, con que las masas ven al APRA, sea a favor o en contra? ¿A través de qué la ven?

—Yo creo que las masas trabajadoras, que son nuestro respaldo, porque en eso Klaren tiene razón, las más progresistas, las más avanzadas son las masas apristas, y allí hay una relación entre progreso económico y conciencia política. Ellos creen, ellos saben que nuestra posición es una posición de justicia, ¿no? con libertad y con razonamiento. Yo creo que nadie se da más cuenta de que los auténticos y conscientes trabajadores del Perú, de las dificultades, la realidad y las peripecias que significan una transformación del país.

Ese es el secreto de la fuerza del APRA. En este país en que, como decía Federico Elguera, nadie ama a nadie, ni nadie odia a nadie sino todos olvidan a todos, yo creo que hay algo que queda, que es el APRA, que ha combatido o que ha resistido al ataque conjunto de todos los comandos conjuntos: del imperialismo, de la oligarquía, de todos. Porque cuando se habla de que nosotros hemos tenido alguna relación con ello, la respuesta es: ¿y por qué murió *La Tribuna*? Ha muerto de hambre. Ha muerto de inanición económica. Y ese es nuestro mayor alegato en defensa de nuestra absoluta y cristalina probidad política. Cuando nos hablan de que la Junta de Gobierno pidió la cooperativización, yo digo allí, y se lo digo a los trabajadores: la cooperativización de la hacienda Laredo la pidió en 1946 la Célula Parlamentaria Aprista, con Carlos Manuel Cox, y en 1968, antes del golpe militar, Pacífico Leonidas Cruzado. Senador obrero por La Libertad y representante de la Célula Parlamentaria Aprista, pidió la cooperativización de la hacienda Chiclín. De manera que no hay nada que nos comprometa...

Señor Haya, y si se pidió en 1946, ¿por qué no se hizo bajo el Gobierno anterior?

—¡No! ¡Si no quisieron nada! Si Cruzado la pidió con Belaunde. ¿Por qué no se hizo nada? Porque nosotros no gobernábamos. Gobernaban ellos. ¿Por qué no se hizo? ¿No había ministros, incluso militares? ¿Por qué no se hizo? Nosotros pedimos la cooperativización de esas dos haciendas. Eso lo sabe cada aprista. Nosotros se lo decimos. Mire: el otro día me decía, después de leer este discurso, me decía una delegación de trabajadores de una de las haciendas del valle de Chicama: «Compañero jefe: esto es dinamita». Y dinamita por una razón: porque ese periódico (*La Industria*) nunca nos dedicó más de seis líneas durante cuarenta años. Y ahora nos dedica media página. Y sobre todo a este discurso y a estas fotografías. Bueno, yo sigo: ¡aquí está! Eso le dije al Perú. Eso le dijo el APRA a la clase trabajadora. Le deja este gran llamado a principios que son inconmovibles e irrebatibles; la integración continental, nuestra interdependencia, la inseparabilidad de los destinos del Perú de los destinos de todos los países de América y, sobre todo, nuestro llamado de tecnificación del

Gobierno para un tipo de transformación, como la llamo, porque la palabra «revolución» la veo muy desacreditada; de gran transformación de este país sobre la base de normas racionales y propias. Así como el señor Mao Tse-tung ha hecho sus cosas, así queremos nosotros hacer las cosas. Nosotros queremos decir: muy bien, muy bien, reconózcale usted sus derechos. Sea usted leal. No haga propaganda con ellos. No negocie con ellos bajo la mesa, y encima de la mesa no diga: «Nosotros somos revolucionarios». No. No. Yo en lo que no estoy es en esa falta de sinceridad. Eso es algo que el partido les dejará también cuando ya superemos y rebasemos la discusión sobre personas e ideas, y les dará un gran saldo de moralización política, que es lo que nosotros hemos traído acá. Eso es nuestra vida. Y lo que tenemos, que es lo más importante. Lo que legamos, y lo que no. Yo creo que cuando ha muerto un líder aprista como Manuel Seoane, dejando una herencia de dos mil dólares, es muy interesante. En otro país, eso sería exaltado. Mientras tanto, cuando estuvo en el destierro, en los 11 años de destierro, tuvo casa, fue empleado de Ercilla, se valió de sus derechos de empleado y vendió una casa y les dejó a sus hijos el producto. Hecha allá, con su dinero de allá. En cambio, aquí solo dejó dos mil dólares. Yo creo que cada uno en su testamento va a dejar algo. Es muy bueno saber que no se tiene nada. Y que lo que se tiene, además, queda para el partido cuando uno no tiene hijos. Eso creo que tiene un valor y un significado en este país donde la probidad y la honestidad de los líderes no son factores. Yo creo que el aprismo va a dejar ideas. Todavía tiene que decir algunas cosas. Porque yo les he dicho: «Tanto más lejos vayan ustedes, tanto más lejos iremos nosotros». Porque nosotros no tenemos límite ni interés que defender. Pero nosotros no queremos hacer una cosa demagógica. Es muy fácil, es muy fácil...

Una vez estuvo acá el secretario general del Partido Laborista inglés. Vio la Fiesta de la Fraternidad. Y me decía después en Londres: la noche que yo vi esa masa extraordinaria, ese pueblo en el momento que usted comenzó a hablar, yo tuve una idea como una tentación del diablo: ¿y qué pasaría si este en este momento les dice: «Vamos a incendiar la ciudad?». Muy inglés... ¡Ja, ja, ja, ja! Bueno, es eso: el

sentido de responsabilidad, pues, ¿no? Yo creo que eso es lo que queda del APRA: algo de franqueza, de honestidad y mucho de sinceridad en el planteamiento. Por eso cuando me han dicho: ¿por qué trataron con Odría? Y nos reprochan: ¡ustedes son antimilitaristas! ¡Y tratamos con Odría! Nadie se fija en esa contradicción. ¡Je, je, je, je! Quizá había una táctica política: tratar con un militar político. No tenemos nada contra los militares. Ese lado no se ve. Estas son parte de la técnica, del *savoir faire* se dice en francés, parlamentario y político. Aquí todo es motivo de censura, de crítica, de acrimonia. Bueno, todo eso corresponde a nuestra realidad. Y debemos llevarla y sobrellevarla, y la sobrellevaremos hasta que nos liberemos de los peligros y de las contingencias de la censura.

Señor Haya, si el APRA propuso la cooperativización de haciendas agroindustriales, y nos dice usted que no se hizo durante Belaunde porque ustedes no eran Gobierno, entonces, aquella frase de «el Parlamento es el primer poder del Estado», ¿fue tan solo un eslogan?

—¡No! ¡No! El Parlamento es el primer poder; pero no es el único. Esa es la diferencia.

Señor Haya, la penúltima pregunta: ¿Qué le diría usted a la gente que piensa que el APRA es reaccionaria?

—Bueno. Es una cuestión de posiciones y también de pasiones. Yo no creo que quien conozca la historia del Perú y lea la historia del APRA puede decir eso. También nos han llamado enemigos de la patria. Somos el único partido del mundo que ha sido llevado ante la Corte Internacional de Justicia. Aquí la Corte es una palabra que no tiene acústica; pero en el mundo europeo y civilizado es el primer tribunal de la Tierra. Ahí nos han llevado. Ahí he sido llevado yo acusado de todos los crímenes imaginables, incluso de traficante de drogas. La acusación consta de seis volúmenes. Esa corte estaba formada no solo por jueces ingleses, franceses, norteamericanos, sino también por rusos, yugoslavos y polacos. Se gastaron millones en acusarnos y declararnos reos de delitos comunes. A mí, en representación del partido. Y soy la primera persona, y conmigo el partido, absuelto por ese tribunal. Un diplomático brasileño me contó

que Víctor Andrés Belaunde, que defendía la posición del régimen peruano en ese entonces, declaró que quería que me condenen y que paseara por el mundo con mi cruz en la frente. Ja, ja, ja.

¿Siente usted alguna frustración como político?

—¡No! De ninguna manera. Soy un hombre alegre, feliz. He tenido muchas oportunidades de llegar a la presidencia; pero nunca me interesó especialmente eso, sino inculcar civismo, y despertar la conciencia de la gente.

¿Qué recuerdos conserva de César Vallejo?

—Ingresamos el mismo año a la Universidad de Trujillo, y estuvimos juntos todos los años de estudio. Fuimos muy amigos. Vallejo tenía una enorme nostalgia de su tierra, de sus gentes, de sus serranos y, vinculado a eso, ya él sentía mucho las injusticias, se inquietaba con las primeras manifestaciones del Grupo Norte. Antenor Orrego fue para él un maestro a todas horas. Yo he visto a Vallejo llorar a las tres de la mañana en París, en la Rotonda, al hablar de Antenor. Le tuvo siempre un respeto infinito y lo quiso muchísimo. Y, claro, al mismo tiempo, Vallejo, pues, era poeta, era un poeta. Y muchas cosas que se dicen de él... A Vallejo se le achacaba oscuridad y galimatías. Pero por ejemplo hay un poema que nosotros lo conocemos mucho en su origen. Cuando él dice: «Serpentínica u del bizcochero engirafada al tímpano». Eso no tiene explicación posible, ¿no? Y por eso lo han atacado mucho. Bueno, Vallejo vivía en unos balcones que hasta ahora están, de lo que llamaban Hotel del Arco. Yo incluso he estudiado con él muchas veces allí. Ese balcón da a una calle San Martín, que es una calle entonces soleada, tranquila, a las dos de la tarde. Había unos bizcocheros que llevaban sus cestas grandes y que pregonaban su mercadería diciendo: «Bizcocheró-uuu! ¡Bizcocheró-uuu!». Él era muy goloso... Y, entonces, fíjese usted, cuando él dice: «Serpentínica u del bizcochero engirafada al tímpano», él estaba en el balcón donde él vivía. Corría entonces a alcanzar a los bizcocheros, en cuanto los escuchaba. Alguna vez yo le decía: «Oye, pero yo no entiendo esto».

Más de una vez hemos pensado que algunas de las oscuridades de Vallejo son solamente anécdotas que ha tratado él de disfrazar

en un lenguaje muy propio.

—Otra cosa que también le gustaba mucho eran las palabras raras.

Parece a veces un narcisista de la palabra…

—Sí. Y procedía con ellas como con un juguete. Recuerdo que entonces yo repetía mucho un soneto de Lope de Vega que se llama «La noche». Cómo le gustaba cuando dice:

Noche, fabricadora de embelecos,
loca, imaginativa, quimerista,
que muestras al que en ti su bien conquista
los montes llanos y los mares secos;
habitadora de cerebros huecos,
mecánica, filósofa, alquimista,
encubridora vil, lince sin vista,
espantadiza de tus mismos ecos:
la sombra, el miedo, el mal se te atribuya,
solícita, poeta, enferma, fría,
manos del bravo y pies del fugitivo.
Que vele o duerma, media vida es tuya:
si velo, te lo pago con el día,
y si duermo no siento lo que vivo.

¡Cómo le gustaba! Le deleitaban esas cosas. Y conocía mucho de eso.

Se ha dicho que Vallejo pensaba en quechua. Él ni conoció Cusco, ni siquiera Arequipa. Santiago de Chuco es mestizo. Ahora, hay, sí, yo creo, un pensamiento universal que no se traduce. A mí me parece que los grandes genios, llámense Shakespeare o como se llamen, piensan en un idioma universal que tiene una traducción difícil. Por eso es un lenguaje de valor universal.

Así como fue a España, yo he tenido siempre la idea de que si Vallejo hubiese ido a México, y se hubiese adentrado en las realidades vitales de la revolución mexicana, habría sido el gran poeta de la América Latina. Menos mundial, más regional.

¿Tal vez más épico?

—No sé. El mensaje habría sido quizá… Los mexicanos tienen eso.

Una tendencia limitada por la distancia. Además, no conocen bien el resto de América. El aislacionismo, el insularismo de México, obliga a que sean así. No tienen mirada al mar. En México ese concepto regional que nosotros tenemos, del costeño y el serrano, es inverso. Es el serrano lo que vale. Y el hombre de tierra caliente, como lo llaman, es, ha sido —ya eso se está terminando— considerado como nosotros considerábamos antes al serrano. Presidentes de México hay pocos de tierra caliente. Pancho Villa conoció el mar a los 40 años. Podían vivir y discurrir en la Sierra Madre sin conocer el mar. El mar era una visión no indispensable. Es un país mediterráneo, sigue siéndolo. Eso es una gran ventaja porque el corazón de México quedó en el corazón geográfico. Y allí donde fue la antigua capital, Tenochtitlán, está la Ciudad de México. Eso les ha dado raíz. Nosotros vivimos un poco a la espalda... Si el Cusco hubiera sido la capital, si la Confederación Perú-Boliviana hubiera sido un hecho, entonces el Perú habría sido un país compensado regionalmente. Hay que ver cuando de la sierra se baja a Lima. Esta es una ciudad chata y fea, fea. Es una ciudad extraña. Garcilaso lo dice.

Ahora, mire usted, yo traje los versos de Vallejo a González Prada. Y esa alusión que hace Vallejo al Maestro yo la reclamo, porque yo traje esos versos. Yo tuve un cuñado, que fue José Félix de la Puente y Ganoza, un novelista. Cuando él se iba a casar con mi hermana, yo vine a Lima. Y entonces, él me dio una presentación para González Prada, de quien era discípulo literario definido. De la Puente formó parte del grupo de Bustamante y Ballivián. Era un grupo anterior al de Valdelomar. Era íntimo de Eguren. Cuando yo vine de estudiante, traje esa presentación. Fui donde González Prada, que me recibió con mucha simpatía. Me habló mucho de De la Puente. Y entonces yo le mostré los versos de Vallejo. Don Manuel me ofreció su casa, me dijo que viniera a la biblioteca. La segunda vez que yo lo vi, y después que él me había hablado más o menos desdeñosamente de la juventud de esa época, me habló de su admiración por Vallejo, sobre todo por «Los dados eternos». Por eso Vallejo, cuando publicó «Los heraldos negros», le puso esa dedicatoria a González Prada. Entonces yo fui el transmisor. Es interesante ver cómo en momentos en que, del otro

lado, Clemente Palma y otros desdeñaban a Vallejo, González Prada lo descubrió.

Eso implicaba no solo una demostración de gusto, sino una gran audacia y hasta una renuncia estética. Era toda una época artística distinta a la de González Prada.

—Ya lo creo. Gran admiración. Pero gran admiración. Porque fue esa vez, en la primera visita, que le objeté yo sus juicios sobre la juventud. «No —le dije—, hay jóvenes...». Entonces, a la segunda visita, él me dijo: «Usted tiene razón».

¿Qué opina del libro *La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del APRA*, de Peter Klaren?

—No está mal que diga que el gran desarrollo económico del departamento de La Libertad, ¿no?, determina una nueva conciencia social, que se expresa y proyecta en lo político. Eso, dentro de la ortodoxia marxista, no es desdeñable, aunque él no se declara marxista; pero está confirmando esa tesis de que en realidad la zona más desarrollada del Perú, donde existe un nuevo tipo de trabajador, que es el obrero agrícola-industrial, es, o forma, las condiciones objetivas que determinan un nuevo horizonte en el concepto económico, social y político.

Entonces le parece impecable ese aspecto...

—¡No! No impecable. Me parece, claro, que, después de reconocerlo tácitamente, él llega a dar motivaciones que no son las reales a nuestra actitud. Él me ha escrito una carta, diciendo que sabe que... Porque yo he conversado con algunos sociólogos norteamericanos que han venido acá, amigos suyos. Y les he dicho: la primera objeción, como yo les contestaba a él y a usted, es que en buena parte hace la biografía del movimiento, en parte mi biografía, ha tenido la oportunidad de verme y eso no ha ocurrido. En segundo lugar, dice que ha hablado con tales y tales personas, muchas de las cuales son reconocidamente adversarias de nuestra actitud. Otras, que él menciona como fuentes de nuestro lado, como Carlos Manuel Cox, no están de acuerdo con lo que él escribe. No ha hablado él nada que pueda autorizar una interpretación como la que él hace, menos en el caso de Cox, cuando dice que el padre de Cox es un señor que pierde

sus posibilidades. Olvida algo que es un antecedente heroico en el caso de Cox. El padre de Guillermo Cox, es decir, el abuelo de Carlos Manuel, fue uno de los hombres más ricos del país. Los banqueros Cox. Cuando los chilenos entran a Trujillo, el general jefe de las fuerzas de ocupación se presenta en una actitud agresiva. Entonces el señor Cox sale y le dice: «¿Cuánto vale la ciudad para que quede incólume?». El señor Cox entrega toda su fortuna, y en 24 horas quedan él y su familia en una situación tal que sus hijos, de 14 y 15 años, tienen que ir a escribir de amanuenses desde el día siguiente, y las hijas a coser. Entrega toda su fortuna, y no le alcanza el dinero. Porque los chilenos quieren llevarse el puente del río Chicama, que era el puente más grande del Perú entonces. Cox tiene que pedir la ayuda económica del dueño de Casa Grande, el señor Albrecht, casado con una señora Castañeda. Entonces, en primer término, nosotros hemos sido un poco rebeldes siempre. Nosotros tuvimos mucha influencia de los anarcosindicalistas. En Trujillo hubo un foco anarcosindicalista, que lo encabezaba un negrito, que se llamó Julio Reynaga. Era una especie de Diógenes callejero, que predicaba en cada esquina su anarquismo puro. El nombre de Julio Reynaga es el de un colegio hoy día dedicado a los jóvenes obreros. Este hombre tenía mucha acción proselitista. Pero había un grupo de sinceros anarquistas. Porque el movimiento anarcosindicalista ha sido uno de los movimientos más puros, más limpios, más auténticos, que haya existido en el Perú. Estaban bajo la égida de González Prada. Fueron hombres que han muerto en su ley. Entonces Reynaga, Meza Vélez, Machado, una serie de estos obreros eran amigos nuestros, en Trujillo. Tenían una biblioteca que estaba cerca de mi casa, y a la cual nos escapábamos ya de chicos, y a la cual le hicimos algunos obsequios de pantallas y cosas que sobraban en la casa. Entonces comenzó esta cosa a influirnos mucho. En esa biblioteca se izaba solo la bandera roja.

Pero hay un antecedente. Nosotros fuimos todos seminaristas. Garrido, Orrego, nosotros los hermanos Haya, Alcides Spelucín. El seminario estaba entonces bajo la autoridad de unos padres franceses paulistas. Nosotros entramos al colegio en los mismos años en que las órdenes religiosas eran expulsadas en Francia. Y llegaron aquí,

especialmente a Trujillo, algunos a Lima y muchos a Chile. Excelentes profesores. Muchos de ellos con apellidos ilustres en el campo intelectual. Ellos nos inculcaron el rigor cartesiano, tan necesario en países como el nuestro. Hasta nos hacían leer a Voltaire y Rousseau. Eran curas liberales.

Aunque usted se ha adelantado un poco, queríamos preguntarle: ¿qué era Julio Reynaga?, ¿tenía contactos con los obreros de las haciendas azucareras?, ¿organizaba grupos?

—Evidentemente, Julio Reynaga era un anarquista puro, casi insociable. Pero al mismo tiempo era un tipo a lo Bakunin. No era un tipo kropotkiniano, de crear grupos de comunismo anárquico. Él era un anarquista tremendo, ¿no es cierto? Sabía de las polémicas. Que es algo que tiene mucha influencia en nosotros. Nosotros somos antimarxistas originarios. Por la polémica... González Prada... Todo lo que era dictadura, y esto es muy importante, suscitaba nuestra protesta. Primero por las ideas liberales del colegio y después por las ideas anarquistas. Pero de un anarquismo que en realidad marcó un gran avance en el Perú. Porque, por ejemplo, en esa biblioteca se izaba solo la bandera roja... Todo eso en un país donde estaban los Larco Herrera, los Gildemeister. Entonces Julio Reynaga, cuando se iniciaron las grandes huelgas de 1912, cayó preso, porque, claro, voceaba la rebeldía. Yo me acuerdo de una fotografía en que está él tendido en el suelo entre los presos de la cárcel. Ya nosotros, fíjese usted, a los 17 años, les llevábamos comida, furtivamente, a los presos políticos, porque eran los de nuestra biblioteca. Él era profesor de baile. Tenía una academia. Bailaba muy bonito.

¿Bailaba marinera?

—¡No! ¡No! Valses. Baile fino. Enseñaba a bailar a la cuadrilla. Y a ponerse la mano acá. Todo eso. Muy interesante. Era muy ágil. Ejercía una influencia muy fuerte. Andaba por las calles.

¿Era muy negrito o era mulato?

—Tenía muy bonito perfil. Era más bien mulato. No era de tipo negroide. De buena presencia, afilado. Muy simpático y de una voz muy agradable. Era un orador fascinante, de una dicción facilísima. Con él andaban un empleado municipal, Meza Vélez y Teodosio

Machado y algunos otros, un Sansuy, de apellido chino... Esos fueron nuestros amigos.

Vallejo ¿llegaría a tener algún contacto con los grupos obreros?

—Poco de eso, sí. A través de Orrego principalmente. Pero ya a partir de 1913, cuando Vallejo entra a la universidad, entonces él se pone mucho en una actividad literaria; pero, sí, tiene relación. Íbamos. Y, además, estos obreros tenían sus casas en los barrios populares. Y nosotros éramos tan queridos por ellos que, de repente, como ellos trasnochaban también, nosotros íbamos y les tocábamos la puerta. Se preparaba un caldo. Se ponían felices, pues, ellos con las familias. Relaciones de ese tipo social, ¿no? Y eso tiene explicación. Le decía yo un día a Julio Cotler, que vino a conversar, cómo esto es difícil de, de... Y eso no lo ve Klaren. Las relaciones sociales en Trujillo han sido unas relaciones particulares, aun en las relaciones de clase. Trujillo, ustedes saben, ha tenido gente que dio la libertad a sus esclavos; ha tenido gentes que de repente han dejado sus herencias a sus criados. El trato de patrón a criado ha sido de cierto trato patriarcal. Esto lo rompen los extranjeros. Los italianos, los Larco, los Gildemeister. El propio Albrecht. Albrecht fue primer mayordomo de la hacienda Cicalá. Después se casa con la hija. Entonces aparece este nuevo tipo. Ya es el imperialismo, digamos. No hay casa grande, como se llama en Trujillo, donde cumpleaños de las mamás y de las criadas no fuera celebrado por los niños que ese día tenían que tenderles la cama. Después se ponían flores y regalos. Bueno, es una cosa distinta. Cuando yo fui a Cusco y me di cuenta de cómo se trataba como animales a la gente, eso no lo había visto nunca. Allí es que me surgió la rebeldía.

¿Qué otros recuerdos conserva de los anarcosindicalistas?

—Bueno, Fonkén por ejemplo era un tipo extraordinario. Un orador persuasivo, lleno de fuerza, de una pureza... Yo les tengo una admiración... casi como si fueran santos, santos civiles. ¡Qué puritanismo en el campo sindical, en el manejo del dinero, asombroso! Es decir, en el sacrificio. Y ahí están pobrísimos, que mueren firmes. Y cuando yo llego ya Fonkén se había suicidado. Él fue un trabajador próspero, tuvo camiones y esa prosperidad, bueno, era un mozo

simpático, agradable, culto. Por eso cuando recibo los recortes sobre la muerte de Fonkén —yo estaba en Europa—, veo que aparece como si hubiese sido un frecuentador de esas casas, un vicioso, porque él se suicida en un burdel o cerca de ahí. Su hermano dice que es un amigo de Haya de la Torre y saca a luz... Admirable el tipo. Para mí fue un duelo porque confiaba mucho en él. Tipos como él fueron realmente los originadores del APRA...

Hubo gente como esa que participando de esas ideas libertarias conservó su pureza, su apoliticismo anarcosindicalista. El caso de Delfín Lévano, por ejemplo.

—Cómo no. A Delfín lo hemos querido mucho... Porque, claro, Delfín era un poco mayor. Pero Delfín tuvo un problema: el matrimonio. Con ese puritanismo que tenían los anarquistas, que no se casaban porque profesaban el amor libre, entonces Delfín quiso legitimar su situación. Y el «Consejo Puritano», ja, ja, lo desautorizó. Y en ese caso yo estuve completamente de acuerdo con Lévano. Se trataba de legitimar su situación; vivimos en una sociedad... ¿no? Yo fui partidario, con Fausto Posada, que también era casado. Y al final tuvieron que casarse todos, claro. Era lo lógico... Nuestro arreglo con los anarquistas era así. El anarquismo decía: ni Dios ni ley ni patria. Entonces yo les decía: a Dios lo dejamos tranquilo. A la ley ataquémosla. Pero tomemos lo que el anarquismo tiene de principal: la formación de la conciencia, y eso se forma con educación y cultura. Yo les tengo una gran admiración... Quise después, cuando regresé, que Lévano entrara al partido. Pero me dijo: Soy antipolítico. Y no ingresó nunca. Yo respeté mucho eso. Y cuando él murió, recuerdo que lo sentí mucho... Yo considero que era uno de los buenos luchadores. Porque, además, él era hijo de otro anarquista que yo conocí. El padre de Delfín Lévano fue un viejo anarquista, de esos a machamartillo.

Señor Haya, ¿usted cree que el antiaprismo original, antioligárquico, anticlerical, ha cambiado ahora? ¿Cree que el antiaprismo de ahora es oligárquico, clerical?

—El antiaprismo tiene siempre un lado extranjero...

¿Cómo explica usted que actualmente la juventud izquierdista

—a veces solo en teoría pero a veces también en la práctica— no sea aprista?

—Bueno, porque han venido otras influencias. Ha habido una campaña antiaprista muy profunda. La mayor parte de los cuarenta años del APRA son años de clandestinidad y alejamiento completo entre el partido y las nuevas promociones. Además, hay una caudalosa propaganda comunista y de otras corrientes. En eso el APRA reclama su autenticidad. La solución de nuestros problemas no necesita recetas extranjeras. Diremos que el problema nuestro, el latinoamericano, es tan intransferible que tarde o temprano tendremos que buscar esto que dice Garaudy en su libro, no sé si usted lo conoce, es *El gran viraje del socialismo*, libro estupendo, que hay que leer... o lo que dice René Dumont en ese otro libro sobre Cuba, *¿Cuba es socialista?*, que hay que leerlo también. Dan un poco la imagen de lo que nosotros habíamos sostenido hace tanto tiempo. La justicia no tiene un solo meridiano de solución, no hay que buscarla con recetas de países ajenos a nuestra realidad. Hay principios universales, enunciados de cultura que pertenecen al mundo y a la humanidad. Pero precisamente lo auténtico de un verdadero revolucionarismo es buscar la solución dentro del problema y el problema dentro de la realidad y la realidad dentro de la geografía y la historia.

¿Qué recuerdos conserva del Haya de la Torre niño?

—Bueno, ante todo el colegio, los padres paulistas, la casa familiar. Veraneaba en Moche o en Huanchaco y allá es tradicional que uno se confunda con el pueblo, con los pescadores, con sus problemas. Esos recuerdos son muy gratos. Tengo un recuerdo muy vinculado al pueblo, porque es el recuerdo de todos los trujillanos en realidad. Y después, los primeros llamados de atención a los problemas sociales. La huelga del valle de Chicama, por ejemplo, que fue muy sangrienta, el año 12. Solamente en Puerta Blanca se decía que habían muerto 401 personas. Luego, ya no tan niño, cuando me acerco a los 20, la lucha contra los Gildemeister cuando Benavides les entrega el puerto de Chicama, y entonces muere Trujillo, cuando el puerto es declarado libre y el comercio de Trujillo perece. Eso lo describe bien Peter Klaren.

¿Usted diría que el Haya de la Torre joven vio cumplidas sus más íntimas esperanzas?

—Creo que nadie puede decir eso. En cuanto a objetivos en la vida, yo he sido en realidad muy paciente y muy filósofo. Tuve desde el principio un instinto de relatividad. Nunca creí que se pudieran alcanzar grandes cambios ni grandes objetivos porque —un poco— tuve la noción de lo difícil del país. Cuando fui al Cusco y descubrí ese otro Perú, el Perú de las opresiones, del retraso y las contradicciones, me di cuenta de que los problemas eran muy serios. Y yo he entrado a la lucha sabiendo que eran muy serios. No busqué el camino fácil.

¿Hubiera preferido el arte a la política?

—Bueno, el arte es para mí una constante tentación, y un camino de fuga respecto a lo que tiene la vida de duro. Pero creo que la obra social puede llegar a ser una obra de arte. Ya sea en el interior de cada uno, cómo la concibe. La justicia es belleza, luchar por ideales es luchar por algo superior. Por otro lado, estoy contento con mis ambiciones literarias y musicales de simple *amateur*.

¿Qué escribe, aparte de ensayos?

—Escribo para los periódicos. Todo el tiempo que he estado en Europa me he sostenido así...

¿Y actualmente?

—Por intermedio del ministro de Educación de Colombia, Jaime Posada, que estuvo aquí hace poco, he llegado a un acuerdo con *El Tiempo* de Bogotá para hacer crónicas recordando a ciertas personalidades. Por ejemplo, mi recuerdo de Einstein, de Romain Rolland, de Russell, Nehru, de toda esa gente. Voy a escribir una serie. No pienso todavía —ni creo que lo haré— en escribir memorias. Las memorias son por lo general muy polémicas y además serían muy extensas. Me habría gustado mucho dedicarme al puro ensayo. Pero la parte filosófica, en mis indagaciones sobre el espacio y el tiempo, esas cosas me interesan mucho.

¿Por qué dejó la literatura?

—Bueno, en realidad yo no he escrito mucho literatura. Una vez escribí un sonetito por ahí, que pertenece a lo que se puede llamar el pasado vergonzante, y he escrito cuentos y cosas así, muy de

muchacho. Pero en realidad no he tenido una pasión dedicada por la literatura. Soy más lector y espectador, soy un melómano incorregible y me gusta mucho el teatro, que fue mi única distracción, mi única compensación en Europa.

¿Sus músicos, autores de teatro, poetas preferidos?

—Prefiero los grandes clásicos, Bach, por ejemplo. Soy beethoveniano. Me parece que nada moderno ha superado eso. Me parece que en arte se está balbuceando ahora. Estamos en la etapa de los nuevos primitivos. El arte abstracto, por ejemplo, va a tener en el futuro sus Miguel Ángel, sus Rafael, sus Rembrandt. Claro que hay escuelas de arte ultramoderno que me encantan. Y hay música no clásica que puedo escuchar sin fatiga... En teatro, soy muy shakesperiano. Soy un devoto del teatro. Teatro como el de Piscator, teatro moderno alemán y avanzadísimo, teatro imaginativo. Me gusta el teatro que está en línea competitiva con el cinematógrafo. En esta línea hay logros extraordinarios. Europa está presentando cosas realmente asombrosas. Incluso recreaciones del teatro clásico. Shakeaspeare sin telón, solo con luces, en Stratford-on-Avon. Ese tipo de teatro defiende realmente la universalidad y perennidad de las obras inmortales. Recuerdo que cuando vi por primera vez *Hamlet* en trajes modernos, a la reina Gertrudis fumando cigarrillos y a Hamlet con pantalón de golf, entonces dije: Este es el Hamlet permanente, más allá de las vestiduras. Lo mismo me parece este teatro nuevo, que se enriquece tanto con concepciones y efectos plásticos que ya son tecnología.

¿Qué opina del reciente *boom* de la novela latinoamericana?

—Soy un gran admirador de García Márquez, me parece un portento de imaginación. En la novela descriptiva, casi de tipo folclórico, Asturias es magnífico. Soy muy amigo de él desde muchachos...

¿Y Vargas Llosa?

—Yo he leído solo *La ciudad y los perros*. Es muy interesante... Borges, interesante, ¿no? Muy interesante.

¿Y Arguedas y Ciro?

—He sido un gran admirador de Ciro, sobre todo de sus tres

novelas. Me gusta mucho *La serpiente de oro* porque es una pintura con mucho color y fuerza, aunque las tres son muy buenas. De Arguedas he leído poco. Me parece un poquito partidista. En su novela *El Sexto* comete muchas injusticias con los presos apristas. Ya se nota afán de propaganda. En el caso de Ciro no, a pesar de que escribió sus novelas cuando era aprista.

Sobre su participación en el movimiento de las ocho horas, se ha discutido mucho la afirmación del señor Cossío del Pomar que le atribuye prácticamente la paternidad de ese movimiento. Sin embargo, se sabe —usted también lo ha dicho— que aquella fue una lucha que arranca con el siglo en la que tuvieron el papel dirigente los anarcosindicalistas. ¿Cómo ve su participación en ese movimiento?

—La importancia histórica de la jornada de las ocho horas fue que por primera vez los estudiantes se incorporaron a un movimiento obrero, y se forma un frente único. Esa es la única novedad. Ese es su valor histórico. El movimiento se inicia en la fábrica El Inca. En 1913, hubo una tentativa en el Callao y casi una victoria local. La huelga por las ocho horas en 1919 paralizó en un momento la vida del país. Lima quedó sin agua, sin luz, bajo la ley marcial. En los momentos cruciales del movimiento, cuando había saqueos, muertos en las calles, propuse que la Federación de Estudiantes participara. Porque era ya muy amigo de Gutarra, muy amigo de Narvarte, un tipo que tuvo un rol muy importante y además había entablado relaciones personales con otros. Cuando ellos vieron la situación sumamente difícil entonces acordamos nuestra participación y, en realidad, el efecto psicológico fue inmediato. Los estudiantes jamás se habían plegado físicamente a una causa obrera... En la noche de la víspera del 14 de enero, cuando la ciudad ya estaba ocupada militarmente, el parque Neptuno ocupado con ametralladoras, un comandante Gómez me quiso conminar a que los estudiantes saliéramos del local de la Federación Obrera, que estaba en el parque Neptuno, frente al local de la Federación de Estudiantes. Como yo le dije que no, entonces me preguntó si me responsabilizaba de la disolución pacífica de la asamblea, y que le trajera al final al presidente de la asamblea. Le dije que sí y entré. Y

me hice elegir allí mismo presidente de la asamblea. Después organicé la salida de la gente, que fue muy fácil porque Lima estaba sin luz. Me presenté al comandante, que me preguntó dónde estaba el presidente, y le dije que era yo. Fue un diálogo violento pero el engaño estaba hecho. En ese momento todos ya esperábamos el decreto otorgando las ocho horas. Se dio a las cinco de la tarde del día siguiente, del 15. Lo único complementario a eso fue que al final yo tuve una discusión con varios de mis amigos anarquistas, de mis grandes y queridos compañeros, porque no querían levantar la huelga hasta que salieran los presos. Yo les decía que el Gobierno era el más interesado en dejarlos libres. Levantemos el paro, les decía. Eso lo entendió muy bien Gutarra. Yo con Gutarra me entendía muy bien. Gutarra fue un anarquista que nunca volvió. Yo lo he visto en Costa Rica, en Nueva York. Hasta la muerte fuimos muy amigos. Era un hombre realmente extraordinario. Un indio, bajo, parecía un Danton... El movimiento de las ocho horas fue magnífico, grandioso. Pararon Chicama, Talara, los mineros del centro. En Lima solo circulaba un automóvil, con la bandera roja en que andábamos nosotros y el ministro de Fomento. Apedreaban todo. Tal vez lo que recuerde con más entusiasmo es el haber fundado la Federación de Trabajadores en Tejidos del Perú. Y eso consta. Ahí está el acta, que dice: Por iniciativa del señor Haya de la Torre, presidente interino de la reunión, propone la creación de la Federación de Trabajadores en Tejidos como conmemoración de la victoria por la jornada de ocho horas. Eso es todo. Nosotros no inventamos eso. Viene desde los mártires de Chicago.

Los diarios de la época dan cuenta de una propuesta de la delegación estudiantil para que los obreros aceptaran una transacción: ocho horas más la obligación de trabajar una hora de sobretiempo con sobresalario. En buena cuenta, nueve horas con aumento...

—No, no, no...

Pero esa propuesta fue desechada por una asamblea obrera. Eso figura en los diarios.

—No, no, no. Esa fue la propuesta del ministro, del Gobierno. La posición nuestra fue indeclinable. En eso no íbamos a transar. Había

dos conservadores en la comisión. Uno era Valentín Quesada y el otro, Bruno Bueno de la Fuente. No, en eso no...

¿Se siente un revolucionario?

—Ah, sí, naturalmente. Creo que esa será mi filiación cuando... Cuando se muere la gente, entonces ya no se le discute. Yo sí me siento firme en mis ideas porque —no sé si será una ilusión— pero cada día que pasa las confirmo más...Creo que no me he equivocado en cuanto al destino de la humanidad...

¿Cuál destino?

—El destino de la coexistencia pacífica. El otro es la guerra, y ese es el suicidio universal. Lo dijo Einstein...

Esos son problemas de la humanidad, por supuesto, pero políticamente son problemas de grandes, ¿no cree un poco eso? Y los problemas de los chicos ¿cómo los solucionaría usted?

—Aquí están implicados los chicos. Andrei Sakharov dice: Los chicos se van a morir de hambre, no solamente hambre total sino de medio hambre. Estos pueblos subdesarrollados —dice— son pueblos sin cantidad suficiente de aminoácidos ni de proteínas ni de vitaminas. Por eso no crean nada. Son pueblos embrutecidos gradualmente. Él dice: Dos países tenemos que dedicarnos a salvar a estas hordas a medio comer... y a medio pensar. Tenemos que lograr la unión de Rusia y Estados Unidos para que dediquen el 20 por ciento de su ingreso a darle de comer a estas gentes. Grandes producciones de aminoácidos, a nutrir a estos pueblos que no pueden pensar, animalizados. En el Perú tenemos 1.500 calorías per cápita cuando se necesitan tres mil por lo menos. Lo que explica nuestra sumisión, nuestro sometimiento y nuestra...

¿Usted se adhiere a esa solución utópica?

—Yo creo que es la única. Yo no creo que la violencia vaya a resolver nada. En eso sigo siendo anarco-pacifista. Creo que la ciencia nos está indicando el camino. Me lo dijo Einstein el año 48. Y de esa conversación yo saqué muchas cosas. Einstein me dijo: Estoy completamente de acuerdo con que los rusos —robada o no— se hayan llevado la energía atómica porque solo así tendremos la posición competitiva, el...

El equilibrio del terror...

—El conocimiento de los riesgos. Por eso es que no ha habido una guerra hasta el momento. Nadie se puede dar cuenta mejor de los peligros de una guerra nuclear que los poseedores de esa fuerza. De manera que en esto no hay pierde, no hay salvación...

O sea que la solución de los países chicos sería que se convirtieran en orfelinatos de las potencias.

—No, no. Lo que propone Sakharov me parece muy bien. Además, esto coincide con un libro que publiqué hace tiempo —salió en Buenos Aires— que se llama *Mensaje a la Europa nórdica*, el año 56, yo estoy muy contento con él...

Históricamente ¿cree viable esa posibilidad?

—Sí, sí, porque es una conciencia en Europa, ¿ve? Los pueblos europeos avanzan rápidamente hacia esa conciencia. No hay cuestión. Yo estoy seguro de que en Rusia misma hay corrientes poderosas y en Estados Unidos también...

Pero eso se contradice diariamente con los problemas que tienen los países latinoamericanos en sus relaciones económicas con las grandes potencias. Cada vez más restricciones, más...

—Porque no tenemos, porque no hemos visto el primer problema...

Pero entonces no hay ningún indicio de ese acercamiento dadivoso...

—Es que ese acercamiento tiene que ser organizado. Tenemos que hacernos fuertes. Mientras seamos países sánguches, bocaditos de 13 millones de habitantes en un mundo en el que hay países de 800 millones, entonces ¿qué podemos esperar? Los problemas son de integración. Por eso creo que esta es la política más reaccionaria que hay; dividirnos en insularismos nacionales, aislamientos, agudizar el nivel de soledad de cada país. Es decir, producimos lo que consumimos y consumimos lo que producimos... Desde ese punto de vista yo estoy contento porque el APRA dijo ¡Integración! primeramente. Lo que han hecho los europeos. He estado leyendo ahora último sobre las relaciones entre Alemania y la Unión Soviética. Es una cosa formidable. La Mercedes-Benz ya va a poner una fábrica para construir automóviles en Rusia...

Esa ósmosis económica, esa interdependencia, ¿es para usted un argumento anticomunista, señor Haya?

—Sí, desde el punto de vista de que el comunismo imperialista y militarista hace lo que le prohíbe a sus satélites. Yo creo que a ninguno de los dos imperialismos le conviene que los pueblos imperializados se agrupen...

Entonces menos les va a interesar regalarnos proteínas...

—No, si se unen entre ellos, sí. Si en otra dimensión la unión es entre ellos, sí... Porque es ya cuestión de interés... Porque, como lo sostengo en el prólogo de *El antiimperialismo y el APRA*, creo que los pueblos desarrollados no podrán cargar con los subdesarrollados, que van en aumento. Ni en la cantidad ni en la calidad de su problemática. Eso va a ser imposible. En el prólogo digo que los países desarrollados no podrán cargar más... ¿Qué hacen con una China de mil millones? Tendrán que ayudarla. ¿Qué hacen con Asia, con América Latina? Es fatal para ellos, por propio instinto de conservación. Yo creo que esa es la solución, porque es la revolución de nuestra época, es la revolución de la ciencia; en eso Garaudy también es muy claro. Ya se acabó el determinismo económico. Ahora hay un trastrueque de los determinadores de la historia... Esos adelantos nos obligan a pensar en otra dimensión revolucionaria; Garaudy dice ya se acabó la revolución del capital y trabajo, los trabajadores no son manuales sino manuales e intelectuales, definición que me halaga mucho porque es la que hemos sostenido...

¿Es usted un capitalista?

—No, no, no... Yo estoy con... Mire, yo estoy muy de acuerdo porque lo hemos sostenido. Por ejemplo, Sakharov dice: El mundo capitalista tiene muchas cosas conquistadas, ganadas, útiles y necesarias. El mundo socialista tiene muchas cosas logradas. Hay que unir lo bueno de los dos. Él preconiza que los elementos progresistas de la burguesía se unan a este movimiento. Dice: No se ha muerto el capitalismo, si va a la Luna, si todavía está realizando hazañas. Entonces, él dice: Hay que unir lo de constructivo que tengan ambos lados, aspirar a un socialismo democrático, con libertad para combatir las dictaduras, los militarismos, la falta de libertad...

Si actualmente asistimos a conflictos como el de la península indochina, que demuestran una agresividad patente del imperialismo occidental, ¿no cree usted que a la luz de esos hechos resulta irónico pensar que pueda haber una convergencia entre los dos sistemas? ¿No cree que hay un grado de agresividad tal en el capitalismo que impide tal convergencia?

—Yo creo que hay un grado de complicidad en el otro capitalismo de Estado. Creo que la guerra de Vietnam hubiera durado diez días si Rusia dice ¡no hay guerra! Creo que hay una complicidad secreta, como dicen los chinos. El interés es que China se desangre por Vietnam, porque los rusos tienen miedo. Es el juego de los imperialismos. ¿Por qué individualizamos y por qué localizamos esa antinomia y ese antagonismo? Así como hay un imperialismo norteamericano, que hace decir a la clase obrera de Estados Unidos —a la clase obrera— «no» al pacifismo porque nos quedamos dos millones de obreros sin trabajo, así también Rusia es un cómplice de la guerra. De manera que no es un juego tan escuetamente delimitado... Cuando yo fui a Formosa y estuve viendo un poco —he estado cuatro veces ya—, me encontré con algunas interpretaciones muy interesantes. Sobre todo de estudiantes huidos, a veces a nado; opiniones de los diplomáticos australianos. Y mi cuadro mental sobre Vietnam adquirió otro horizonte. Y por eso comparto la opinión de los chinos continentales, que dicen: Si Rusia quisiera, se acaba la guerra mañana...

¿Qué debería hacer para acabar con la guerra?

—Decirle a Estados Unidos: ¡No más! Pero, claro —y esto lo dice claramente la propaganda de Mao Tse-tung—, a Rusia le interesa que los chinos se vayan desgastando por ahí. Además, tienen un gran celo por un posible triunfo asiático en esa guerra. Si en la guerra triunfan los norvietnamitas, se van sobre Tailandia. Tailandia es el gran reservorio de arroz de Asia. Ahí vienen otros aspectos. En Tailandia hay unos 400 mil chinos, pero no hay antecedentes imperialistas porque nunca fueron sometidos, No hay antecedentes agraristas, digamos, porque la tierra está muy dividida. Tailandia es el país asiático que come mejor. Los tailandeses son así un poco como

nuestros cholos norteños, hermosos, fuertes, activos y sonrientes. Pero Tailandia es el objetivo porque los chinos necesitan arroz. Los australianos dicen: La conquista de Tailandia es el riesgo inmediato de Australia y de Nueva Zelandia. Y por eso los australianos y neozelandeses que van a Vietnam dicen que van a pelear así como cuando fueron a pelear cuando Japón era el riesgo, la amenaza de caer sobre este territorio vacío que tiene 7 millones de kilómetros cuadrados y 12 millones de habitantes... Yo creo que hay dos imperialismos...

¿Uno más despreciable que otro?

—Bueno, esa es cuestión de orden moral. En el orden económico hay dos imperialismos que se disputan el dominio del mundo. Porque además son el resultado de un proceso. Rusia se ha industrializado. Rusia mantiene el sistema capitalista esencial: dinero, acumulación de dinero, acumulación de mercancías, exportación de mercancías, venta de esas mercancías, plusvalía de esas mercancías y dinero que hay que volver a invertir para que produzca. Esa es la mecánica del capitalismo. A eso no ha escapado Rusia todavía. Rusia tiene que buscar zonas comerciales. Cuando viene aquí y ofrece una inversión, ¿quién va a trabajar eso? Los cholos peruanos, ¿plusvalía o no plusvalía?

Pero hay una diferencia, que parece sustancial. Los soviéticos ofrecen capitales pero no ponen una empresa de ellos si no la dejan, por ejemplo, en manos del Estado peruano...

—Pero tiene que pagar... Eso... Lea usted el libro de Dumont sobre Cuba. La deuda de Cuba a Rusia es creciente, que creo que pasa de los 6 mil millones de dólares. Cuba tiene que pagar. Eso no hay cuestión. Con interés alto o bajo... Lo que sea, pero eso es plusvalía...

¿Pero usted no cree que la subvención soviética a Cuba se debe a la ceguera política de Estados Unidos?

—Ese es el interés de los Estados Unidos...

¿Usted respeta ese interés?

—¡No, yo lo condeno, si yo le he enseñado aquí a esta gente a pensar en eso! Yo no puedo aceptar eso. ¡Pero es un hecho! ¡Es un hecho! Y es un hecho también que no se combate ni se vence al

imperialismo norteamericano buscando que una isla de seis millones de habitantes haga el ensayo de morirse de hambre...

Un poco que los han obligado a eso, señor Haya.

—No, si eso no. Si no estamos discutiendo asuntos morales. Es la realidad...

Es un hecho concreto.

—La realidad es que hay una lucha entre dos imperialismos. Como antiimperialistas nos interesa esa realidad...

JORGE DEL PRADO

(17 de abril de 1972)

¿En qué se diferencia el actual apoyo del PC al Gobierno al que el partido le prestó a regímenes como el de Prado u Odría?

—La diferencia está más bien en los dos componentes de esta pregunta: una afirmación veraz y dos aseveraciones calumniosas.

El Partido Comunista Peruano apoya, efectivamente, al actual Gobierno, pero no porque nuestra conducta sea acomodaticia, como insinúa la pregunta, sino por la probada orientación antiimperialista y antioligárquica del Gobierno.

Consecuentes con esta orientación sustantiva en nuestra línea política, los comunistas no apoyamos sino que combatimos a los regímenes oligárquicos, entreguistas y antipopulares de Prado y Odría, así como anteriormente combatiéramos a las dictaduras proimperialistas y fascistizantes de Sánchez Cerro y Benavides y posteriormente al Gobierno capitulador de Belaunde.

Es posible que tras la formulación del primer punto de su cuestionario usted insista en avalar aquella burda especie, según la cual el PCP calificó a Prado en su primer Gobierno como el «Stalin peruano»; especie elaborada y difundida por el aprismo, recogida más tarde por *Caretas* y utilizada últimamente por *El Comercio*.

Sin referirme por ahora a lo que tales concomitancias significan, me amparo en un elemental derecho a la equidad para pedirle que consulte en los archivos de la revista (1962-1963) la carta rectificatoria de semejante infundio enviada por mí oportunamente. Además, esta carta que *Caretas* silenció fue publicada en *Unidad*. Preguntaba en ella, y pregunto ahora, ¿dónde, cuándo, cómo, en qué ocasión o documento el PCP se expresó de Prado en esa forma?

Es innegable, no obstante, que más importancia aun que las palabras tienen los hechos. Durante los primeros años de la Segunda

Guerra Mundial, tanto en el PC como en otras organizaciones políticas populares, no faltaron gentes que ante los avances del nazi-fascismo perdieron totalmente las perspectivas revolucionarias y se apresuraron a buscar su «acomodo», revisando y desviando nuestra ideología y nuestra línea. El caso más flagrante fue el del traidor Ravines, pero junto a él se desmoronaron también otros personajes relativamente conocidos como Nicolás Ferreros, Antonio Navarro Madrid, Pedro Parra, etcétera, nombres y casos inescrupulosamente explotados más tarde por el aprismo y últimamente por el ultraizquierdismo para desprestigiar la gloriosa trayectoria del PCP.

Sin embargo, poseemos abundante documentación publicada e interna, demostrativa de que todos esos casos fueron drásticamente sancionados con la expulsión en el Primer Congreso Nacional del partido (1941). Y lo mismo sucedió en 1947 con los casos de Juan P. Luna y sus seguidores, separados primero de la organización por sus proclividades pradistas y expulsados en 1947 por sus inclinaciones pro odriistas. Seguir considerando a esos conocidos tránsfugas y renegados como comunistas resulta tan deshonesto y absurdo como aludir a los excrementos de una persona para afirmar que esa persona apesta. Pero se puede incurrir también en deshonestidad si se prescinde de otros hechos comprobables y comprobatorios de nuestra lucha contra el primer Gobierno de Prado. Por ejemplo, varios dirigentes y militantes comunistas presos por Benavides —entre ellos yo— salimos en libertad solo al cabo de casi dos años de régimen pradista y luego fuimos presos de nuevo tres veces durante el mismo régimen. Nuestro periódico fue asimismo clausurado entonces repetidas veces. Y, finalmente, el PCP, independiente del aprismo y manteniendo siempre una posición correcta y leal a sus principios, contribuyó en Arequipa a la fundación del Frente Democrático Nacional, aportando así decisivamente a la sustitución de ese régimen por el Gobierno democrático y progresista de Bustamante y Rivero.

Y en cuanto a nuestra posición frente a Odría y al segundo Gobierno de Prado, *Caretas*, existente ya, no puede ignorar lo que realmente ocurrió. ¿Acaso no es verdad que, sin contar con la fuerza y posibilidades del aprismo, el PCP fue, no obstante, el primer partido

en oponerse resueltamente al cuartelazo ultrarreaccionario y vendepatria del 27 de octubre y el único partido que mantuvo a todo lo largo del Ochenio una lucha intransigente y tenaz contra ese régimen? ¿Acaso no fuimos los comunistas quienes propusimos y contribuimos a organizar la Liga Democrática del Sur? ¿Acaso no estuvimos en las primeras filas y en las heroicas barricadas de Arequipa durante el levantamiento popular de 1950 y luego en las huelgas generales de 1953 y 1955? ¿Por qué, si no por eso, es que Odría aplicó su fascistizante Ley de Seguridad Interior de la República principalmente contra los comunistas? ¿Por qué casi todos los dirigentes comunistas fuimos apresados, cruelmente torturados, confinados, deportados y en la mayoría de los casos condenados a largos años de prisión por ese régimen? ¿Por qué asesinaron los sicarios de Odría a los héroes comunistas obreros Simón Herrera Farfán y Apaza Mamani?

Algo similar, aunque dentro de condiciones históricas diferentes, ocurrió con Prado en su nuevo periodo. ¿Quién ignora nuestra tenaz oposición a la candidatura de dicho personaje en las elecciones de 1956? ¿Quién desconoce las campañas periodísticas y populares de nuestro partido contra la política económica e internacional de ese Gobierno? ¿Quién combatió con más empuje y consecuencia la designación de Pedro Beltrán como primer ministro y la desvergonzada política proimperialista, oligárquica y antipopular de ese gabinete? ¿Quién contribuyó con más empeño a la organización del Frente Nacional de Defensa del Petróleo y del Frente de Liberación Nacional? ¿Quiénes asumimos los primeros puestos de combate en el repudio a la visita del entonces vicepresidente norteamericano míster Nixon? ¿Por qué fuimos nuevamente apresados y enjuiciados dos veces por un consejo militar los dirigentes comunistas? Por último, ¿por qué y contra quienes dictó el Gobierno apro-pradista la Ley Anticomunista de 1962 y por qué se apresó simultáneamente y se mantuvo varios años en prisión al subsecretario general de nuestro partido, Raúl Acosta Salas?

He ahí, pues, las diferencias reales de nuestra posición frente a los tres Gobiernos mencionados.

¿Cree que la comunidad industrial signifique cambio en las relaciones de producción, dato vital para un marxista como usted?

—En nuestro concepto, la comunidad laboral (industrial, minera y pesquera) es una importante reforma de la empresa. No modifica radicalmente las relaciones de producción, puesto que no *socializa* los medios de producción, pero tiende a reducir en beneficio de los trabajadores, aunque en forma paulatina y solo hasta un determinado límite, las posibilidades de acumulación y reproducción ampliada capitalista de la plusvalía.

En todo caso, el apoyo doctrinario que puedan darle ustedes a la idea de la comunidad laboral está condicionado a que este fenómeno signifique la apertura a la socialización de la propiedad...

—Ya se lo dije claramente. No es esa la razón por la cual apoyamos la comunidad laboral, sino porque es una conquista más de los trabajadores. Como fueron conquistas la jornada de las ocho horas, el aumento del periodo vacacional...

Si la comunidad laboral no tiende a la socialización de los medios de producción no es, desde un prisma marxista, una medida revolucionaria...

—Consideramos que es una reforma de la empresa. Y eso lo decimos no solo nosotros, sino el propio Gobierno. El Gobierno declara que no es a través de la comunidad que se va a llevar a cabo la transformación, sino a través de las empresas de propiedad social.

El Partido Comunista se ha visto últimamente en un dilema: cómo hacer compatible un apoyo casi incondicional al Gobierno con una postura sindical que no lo enfrente con sectores obreros en conflicto con el poder. ¿No cree que se trata a veces de un precario equilibrio?

—El PCP no confronta tal «dilema», así como no asume «apoyo casi incondicional al Gobierno» ni se da ese supuesto «precario equilibrio». En cuanto al Gobierno, ya precisamos que nuestro apoyo está condicionado exclusivamente a su política antiimperialista y antioligárquica. Y en lo que se refiere a los trabajadores, cuyos

intereses defendemos en todo instante con la mayor consecuencia, dicho apoyo no nos coloca en una posición dilemática ni ambigua, sino al contrario. Los conflictos laborales en casi todos los casos enfrentan a los obreros no con «el poder» gubernamental, sino contra los patrones, es decir, contra los empresarios capitalistas. Algo más: el 90 por ciento de esos conflictos son provocados ex profeso por empresas imperialistas norteamericanas como parte de su disimulada conspiración contra el Gobierno, o por capitalistas privados opuestos a la comunidad laboral y en desafiante desacato a las conquistas laborales legisladas por este Gobierno. Además, estamos sólidamente convencidos que la situación y las condiciones de vida de los trabajadores mejorarán en forma sustantiva cuando el actual proceso culmine en la plena independencia nacional y la definitiva superación del subdesarrollo.

Pero en el caso de la huelga magisterial, por ejemplo, la CGTP, cuyas vinculaciones con el Partido Comunista son obvias y públicas, apoyó inicialmente el movimiento pero luego dio marcha atrás y lo mismo parece haber ocurrido con el asunto de Cobriza, por citar otro ejemplo. ¿Qué opina usted al respecto?

—Yo no estuve en ese entonces acá...

Unidad ha sostenido que la comunidad industrial es revolucionaria en la medida en que es un «*ring* más de la lucha de clases». Pero a la vez afirma la necesidad de moderar las expectativas sindicales, de no torpedear el proceso con huelgas y exigencias excesivas. ¿No cree que ese doble juego se hará en un momento insostenible?

—En primer lugar, el artículo del que ha sido extractado esta cita no tiene el sentido que usted quiere darle. No se dice en ninguna parte de ese artículo que la comunidad industrial es revolucionaria porque constituye un «*ring* más de la lucha de clases», lo que, en buenas cuentas, significaría que los comunistas la apoyamos solo por eso y debemos utilizarla en esa forma. Lo que sí se afirma es que los capitalistas se oponen por todos los medios a la materialización de las nuevas conquistas y derechos que la comunidad laboral otorga a los trabajadores, determinando así (los capitalistas y no los trabajadores

ni los comunistas) que la CL «constituya un nuevo *ring* de la lucha de clases, independientemente de los propósitos de sus creadores». En segundo lugar, manteniendo nuestra firme posición clasista tanto en lo que atañe a la aplicación cabal de los dispositivos de la comunidad laboral, como en la lucha por cualquier otra reivindicación legítima de los trabajadores, nunca «hemos moderado las expectativas sindicales de los trabajadores». Otra cosa es que, velando por la intangibilidad y fortalecimiento de la organización sindical para garantizar precisamente mayor eficacia en el logro de sus «expectativas», nos hemos opuesto y nos opondremos siempre a las «exigencias excesivas», entendiendo por excesivas no solo aquellas que «torpedeen» el proceso revolucionario (proceso que es también consustancial a los trabajadores), sino aquellas demandas imposibles de alcanzar en el momento que se formulan y cuyo planteamiento, por eso mismo, no responde a los verdaderos intereses de los trabajadores, sino al propósito contrarrevolucionario de extender los conflictos laborales entre patrones y obreros a un enfrentamiento violento de estos con el Gobierno, a generar artificialmente contradicciones insolubles entre la lucha reivindicativa del proletariado y la lucha general antiimperialista y antioligárquica del pueblo peruano.

Vistas las cosas así, nadie tiene base real para atribuirnos doble juego ni para pensar que nuestra posición ha de hacerse insostenible.

El contrato de Cuajone y las inversiones en petróleo ¿no son hechos sacrílegos para usted? ¿Qué dijo el PC ante ese compromiso de inversiones?

—Los comunistas no apoyamos el contrato de Cuajone y antes de su suscripción desarrollamos una campaña por la explotación estatal de esos yacimientos cupríferos. Luego objetamos aquellas cláusulas del contrato que, en nuestro concepto, resultaban lesivas a los intereses nacionales. Cláusulas formuladas «en lo fundamental de conformidad con lo establecido por el apro-belaundista artículo 56 del Código de Minería» (*Unidad*, 19 de enero de 1970 y números anteriores). Sin embargo, no dejamos de señalar en ese mismo pronunciamiento otros aspectos de dicho contrato, ventajosos en relación con los contratos, de verdad entreguistas y traidores, consumados por los Gobiernos

oligárquicos. No dejamos de señalar, además, que «presumiblemente no se firmarían más contratos como este», y que «en virtud de la Ley 17792, revertirían al Estado los grandes yacimientos de Michiquillay y Quellaveco». Previsión confirmada ya mediante la Ley General de Minería, la cual disminuye incluso, considerablemente, los efectos negativos del propio contrato de Cuajone al colocar en manos del Estado tanto la comercialización exterior de los minerales como la refinación del cobre. No está de más agregar que, en aquellos días, el Gobierno encontró dificultades insalvables para el financiamiento estatal de esa explotación.

En lo referente a las inversiones privadas en la explotación del petróleo amazónico, considero que todos los peruanos auténticos habríamos preferido que Petroperú fuese la única empresa explotadora de esos yacimientos. Pero aquí también se encuentran dificultades muy grandes para una inversión estatal que abarque toda el área explotable. Las inversiones privadas le proporcionarán un monto calculado de 700 a 800 millones de dólares durante el quinquenio. Y, estableciendo una diferencia abismal con lo que fueron el famoso laudo de la Brea y Pariñas y el Acta de Talara, el beneficio exclusivo de la IPC, los contratos recientemente firmados obligan a las empresas privadas a entregar al Estado no solo el 50 por ciento del petróleo que exploten, sino también su refinación y venta. Por último, el área comprendida en esos contratos es hasta ahora menos rica y grande que la reservada a Petroperú. Esperamos que estas ventajas nacionales no disminuyan sino se incrementen cada vez más en el futuro.

En resumen, a usted le parecen positivos los contratos petroleros firmados recientemente.

—Más bien, consideraría que no se pudo hacer otra cosa, en el afán de conseguir financiación...

¿Qué piensa de Sinamos? ¿No le parece que amenaza la existencia de su partido?

—Guiándonos por el texto de la ley que crea Sinamos y por el contenido de la exposición hecha al respecto por el general Leonidas Rodríguez, pensamos que Sinamos obedece a un plausible propósito: el de implementar la participación organizada de las masas populares

en el proceso de transformaciones estructurales antiimperialistas y antioligárquicas. Ningún motivo tenemos para oponernos a ello. Más aún, si, como han declarado reiteradamente el propio general Rodríguez y otros representantes del Gobierno, no se proyecta Sinamos como un partido oficial ni como una organización política exclusivista y excluyente (como pretendió ser el APRA, por ejemplo). Siendo así, creemos más bien que, lejos de entrar en competencia con nuestro partido o con otras fuerzas revolucionarias, se producirá en los hechos una concordancia antiimperialista y antioligárquica de mayor alcance. Además, la existencia de un partido político responde fundamentalmente a los intereses de una determinada clase social. En el caso del Partido Comunista, a los intereses de la clase obrera y de los trabajadores que, históricamente, aspiran a construir una sociedad socialista. Sinamos no es eso, sino más bien un frente único basado en la actividad social de diversas clases y capas de la población identificadas con el actual proceso. No sustituye entonces la necesidad política específica de una vanguardia revolucionaria de los trabajadores. Por último, ni aun en el peor de los casos (que no es precisamente el de Sinamos), es concebible la desaparición del Partido Comunista, que no es un partido electorero sino revolucionario y que, por lo tanto no pierde banderas con este proceso ni cancela todavía su razón de ser. Si existimos y subsistimos cada vez más pujantes frente a las dictaduras reaccionarias del pasado, menos posibilidades se presentan de que ahora desaparezcamos.

¿Me podría decir qué entiende por implementar la participación organizada de las masas?... ¿El Partido Comunista espera tener un papel preponderante en esta implementación?

—Nunca hemos ambicionado tener un papel preponderante. Lo que queremos es que nuestro país se libere del imperialismo. Pero de ninguna manera queremos tener el control de la nave; eso es secundario. No apoyamos a Sinamos porque creamos que nos van a dar cabida ahí...

Permítame insistir: ¿qué entiende, señor Del Prado, por implementar la participación organizada de las masas?

—El mejor esfuerzo por definir eso lo ha hecho el propio general

Rodríguez. No tendría para qué repetirlo. Tampoco tendría autoridad para decir lo que...

¿Y cómo lo entiende usted?

—Implementar significa facilitar, ¿no?, dar todas las posibilidades...

Sí, pero, digamos, con una teoría apartidista; o sea una implementación de la participación organizada, pero prescindiendo de los partidos.

—En respuesta anterior hemos manifestado lo que entendemos por implementación de la participación organizada. Es otra cosa, algo diferente...

Usted ha dado a entender que el Partido Comunista no pretende ser exclusivista o excluyente. Eso hace inferir que tiene usted una idea plural sobre lo que puede ser el juego político en un determinado medio. Desde ese punto de vista, ¿usted admitiría el papel del APRA, por ejemplo, dentro de un juego de opiniones?

—Pluralidad dentro de un objetivo revolucionario. No voy a pensar que el APRA es revolucionario. Tenemos suficiente experiencia para no sostener eso. Nadie se puede engañar.

Y, por ejemplo, hablando de la Democracia Cristiana, que es un partido cuyas posiciones nunca han sido impúdicamente reaccionarias, como han sido algunas posiciones del APRA.

—La verdad es que ese partido no ha cristalizado...

¿Por qué en la URSS no se aplica la autogestión, como se ha hecho en los complejos agroindustriales y como se sigue haciendo en Yugoslavia?

—No nos corresponde a nosotros responder a esa pregunta sino a los dirigentes políticos de la Unión Soviética. En nuestro concepto, el socialismo consiste en la socialización de los medios de consumo para liberar a todos los hombres de la explotación y asegurarles un mejoramiento equitativo y constante en su nivel de vida, lo que no puede lograrse sin una planificación que impulse de manera global y armónica todas las áreas y niveles nacionales de desarrollo económico y social.

¿Qué opinión le merece Vanguardia Revolucionaria, para la

cual ustedes son poco menos que claudicantes burgueses?

—¿Vanguardia Revolucionaria?... El proceso revolucionario se produce dialécticamente y no como una sucesión ininterrumpida de sociedades, en cuya marcha la retaguardia de la sociedad caduca venga a ocupar el puesto de vanguardia de la sociedad que nace. Por lo visto los dirigentes de esa llamada «vanguardia revolucionaria» entienden las cosas de otra manera. En los hechos ellos son la retaguardia de la reacción peruana, la punta de lanza del imperialismo en el seno del pueblo, y por eso creen que merecen el pomposo título que se han dado. Nosotros no compartimos semejante idea.

Deduzco que usted se ha querido referir a la extracción de clase de los dirigentes de Vanguardia Revolucionaria.

—De ninguna manera. ¿Cuándo he dicho eso?

¿Cuál sería la objeción ideológica, doctrinaria más profunda que el Partido Comunista puede hacerle a Vanguardia Revolucionaria? ¿Irrealismo político, infantilismo de izquierda?

—No. Contradicción entre las palabras y los hechos. No creemos que sea un partido con doctrina. ¿Quiénes son los principales enemigos para Vanguardia? No son el imperialismo ni la oligarquía. Somos nosotros, los comunistas; es la Unión Soviética; es actualmente el Gobierno. A este Gobierno lo combate como se debería combatir a regímenes como el de Brasil, o el de Argentina. Al margen de la realidad... ¿Y a nosotros por qué? Porque apoyamos al Gobierno. Y si no estuviéramos con el Gobierno, también nos combatirían. Es una agrupación que ha nacido para eso. ¿Y a quiénes conviene esta labor? Al Departamento de Estado Norteamericano, a la CIA...

¿No le parece una acusación excesiva esa?

—No... Yo creo sinceramente que responde a la realidad. Ellos no han expuesto nada nunca. Hay algunos presos, pero que han caído ya porque no podía ser de otra manera. Pero, por ejemplo, ni siquiera intervinieron en el movimiento guerrillero; y ya existían. No tuvieron el heroísmo del FLN y de otras agrupaciones cuyas tácticas fueron calificadas de equivocadas, pero que tuvieron la integridad de dar su vida por la revolución.

Desde ese punto de vista, la actitud de Héctor Béjar puede ser

ejemplar para usted.

—Me parece una actitud honesta. Ejemplar no, en cuanto a que yo no estaría de acuerdo con sus tácticas. Ejemplar como conducta humana...

El Gobierno ha dicho que no es comunista, que el comunismo es enemigo del humanismo al que aspira. Ustedes apoyan al Gobierno. ¿Piensan que el Gobierno se volverá comunista sin darse cuenta? ¿O que les está preparando el camino a ustedes? En todo caso, cuando haya llegado la hora de que este proceso —tal como piensan ustedes— pegue un salto al socialismo y este salto no se produzca, ¿qué cree que sucederá? ¿Iniciarán ustedes una lucha violenta contra los hombres a quienes ahora apoyan?

—Por supuesto que no compartimos algunos puntos de vista de dentro y fuera del Gobierno, en el sentido de que «el comunismo es enemigo del humanismo». Pero eso no es lo más importante ahora, no es el principal problema a resolver en estos momentos. El principal problema consiste en independizar económicamente a nuestro país, el asegurarle un desarrollo económico soberano y progresista. Y solo por eso apoyamos a este Gobierno. No porque esperemos que algún día se vuelva comunista, ni porque creamos que «nos está preparando el camino». Ese camino lo hemos venido abriendo a través de nuestras propias luchas y la de todo el pueblo durante 44 años de existencia partidaria, comenzando con Mariátegui. No podemos perder el tiempo, pues, lucubrando sobre lo que vendrá después, si todavía no se ha consumado el proceso antiimperialista y antioligárquico. Más inútil, pero también provocador, resultaría responder a preguntas tales como la de qué haríamos cuando lleguemos a la conclusión de que el Gobierno actual no ha de dar el esperado salto al socialismo. ¿Qué objeto tiene esta pregunta? Seguramente usted tendrá la gentileza de contestar qué cosa pretende.

Mire, lo único que quiere decir la pregunta es esto: toda organización humana tiene un fin, más aún los partidos. El Partido Comunista Peruano tiene un fin: propender a la instauración de un régimen comunista. Si no, no tendría razón de ser. Ahora, nos preguntamos si no se les plantearía un problema

ideológico si este proceso, al que ustedes esperan ver siempre vivo y dialéctico, se petrifica, se vuelve esclerótico, desde un punto de vista suyo. En ese caso, ¿cuál sería su actitud? Me parece que sería tratar de revitalizarlo; y eso es cuestión de praxis política de circunstancias. Esa es, simplemente, la pregunta.

—Sí, pero la pregunta incide en otras consideraciones, que ya son demasiado concretas, que corresponden a una realidad dada...

¿Qué es lo que le ha molestado de la pregunta?

—Su contenido mismo. Porque ¿cómo podemos decir desde ahora lo que vamos a hacer? ¿Y para qué?

Pero en todo caso...

—¿Quién supuso hace cuatro o cinco años que iba a ser un sector de la Fuerza Armada el que asumiría la posición de este Gobierno? Lo que demuestra que no se puede hacer previsiones a largo plazo...

Pero lo que no está en el terreno de las previsiones o de las hipótesis más o menos «malignas» es que un partido nace para algo. Y el Partido Comunista, al menos así lo creemos hasta ahora, nace para luchar por un régimen comunista. ¿O ha cambiado eso?

—Bueno, la pregunta sería correcta si se limitara a decir: ¿ustedes seguirán luchando por el socialismo, seguirán luchando por el comunismo? Entonces la respuesta sería muy fácil, casi monosilábica: Sí, nada más.

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

(24 de julio de 1972)

Creo que la gente ha creído ver una gran ironía en *Un mundo para Julius*, ha creído ver en esta novela a un enemigo directo de esta clase, de este grupo que se llama la oligarquía... Yo he vivido metido en este grupo, por determinismo geográfico si se quiere. E, indudablemente, no me sentí feliz en él. ¿Por qué? No lo sé. He roto con él, me he aislado, me he escondido, sin poder encontrar otro grupo social donde ubicarme. Me siento bastante descastado en el fondo. Pero la novela no es solo una novela de ironía ni de rencor ni de rigor hacia esta clase. También, una novela de nostalgia y de ternura. La gente no ha visto la ternura que hay hacia los valores de esta clase que, indudablemente, tuvo valores, aunque no sean más que valores en su aspecto externo: los buenos modales, la belleza de sus costumbres... evidentemente apoyados en una enorme injusticia social. Si, como tú dices, yo uso la ironía también con personajes que no pertenecen a esa clase, es porque los miro desde la perspectiva de Juan Lucas o de Susan, con el humor de esta clase. El humor es un personaje de la novela... Ese «cojudo» al principio de la novela y que tú dices que también te pareció sorprendente, a mí me pareció necesario. Es muy difícil presentar el antagonismo entre un niño y una clase social. Ese adjetivo era la única manera de presentar un comienzo de ruptura que no podía ser razonado, porque venía de un niño. La novela pedía eso... Siempre he pensado que *Un mundo para Julius* es una crónica eterna. No tiene ni intriga. Solo metafóricamente puede decirse que termina con la muerte de Julius como niño. Como te digo, creo que es una novela sin plan, pobre de estructura. Yo no creo ser un novelista: soy un contador de historias. Si yo pudiera usar el micrófono, hablaría y no escribiría... Mi gran dificultad fue crear el clima de «oralidad» de la novela, y esto lo señaló muy bien Abelardo Oquendo... Dices que

algunos «enfrentaron» mi estilo con el de Vargas Llosa. Hay muchas diferencias. Mario siente la literatura las 24 horas del día, tiene fe en ella. Yo tengo rachas de desconfianza. Mario es cerebral, paciente, y por eso tiene muchísima ventaja sobre los escritores «intuitivos». Yo soy intuitivo. No creas que hablo de romanticismo, de «inspiración», de que a las tres de la mañana me viene la inspiración: eso no existe, es mentira. Yo leo mucha teoría literaria —al fin y al cabo soy profesor de literatura—, pero procuro olvidarla cuando escribo. Inconscientemente, me sirvo de ella, pero procuro dejarla de lado para que triunfe el lado visceral de la novela... Mario no es un militante político —vamos, hasta donde yo sé—, pero es un hombre que tiene opiniones políticas muy severas, muy suyas, muy coherentes. Yo soy un hombre profundamente incoherente y caótico a ese nivel. Todo me interesa y detesto escoger. Necesito lanzarme a toda sensación, a toda idea con verdadero cariño, con inocencia y, cuando he sacado algún provecho de ella, salirme e irme a otra cosa que puede ser completamente la contraria. Y cuando traté de escoger... quise vincularme a grupos políticos, y fui un desastre. Esa gente me quería, me sigue queriendo, pero me trataba como a un personaje bueno, pero digno de desconfianza. Un día llegaba yo a una reunión con todo mi escepticismo a cuestas y decía no puede ser, no vamos a lograr nada, esto es un fracaso. Otro día sentía que ver una corrida de toros era profundamente más necesario para mi vida que una revolución. Ese día asumí mis contradicciones, mi incoherencia. No soy un hombre útil, si quieres, pero por lo menos no trato de mentir... Yo siempre tuve presente el fantasma de la marginalidad. En el mundo en que viví siempre me interesó el tonto, el cojudo del grupo, el mal futbolista en el colegio, el que fracasaba. En estos pequeños grupos, hay que ser fuerte; si no, te conviertes en el punto, como dicen. Yo era un buen alumno, era primero en la clase muchas veces. Me acuerdo cuando las monjas del Inmaculado Corazón le decían a mi madre: Su hijo es un líder. Yo era líder de la boca para afuera. Por adentro estaba completamente desgarrado y me sentía totalmente identificado con el alumno pobre, aquel cuyos padres habían muerto y una tía lo estaba manteniendo porque tenía un nombre que lo obligaba.

En París me sucedió una anécdota muy divertida. Tenía una amiga en París, a la cual quería mucho, que pertenecía a la gran oligarquía francesa. Era una alumna mía, y me traía en su automóvil desde la universidad. Y un día dio una fiesta y me dijo: No te puedo invitar porque mi familia no te conoce, no sabe quién eres. Entonces yo le dije: Soy Bryce Echenique, desciendo del presidente... Y me dijo: No, acá eres una porquería. Sentí un verdadero placer, de ser yo lo que había sido tanta gente para mi familia en el Perú, cuando yo decía voy a traer a este amigo que he conocido en la calle, y me decían: No lo puedes traer porque no conocemos a su familia. Asumí con profundo placer mi categoría de pobre diablo... Creo que la única ventaja que tiene un aristócrata decadente, podrido y arruinado es poder juntarse con quien a uno le da la gana... Lo que me interesa a mí, y esto lo he aprendido de Hemingway, es la buena conducta ante toda situación. Salir de toda situación limpio. Otra cosa muy importante es la nostalgia que uno siente. De un mundo perdido, de un mundo irrecuperable. A ese nivel, mi vida es profundamente solitaria, me siento profundamente solo... A mí se me ha atribuido la influencia de una serie de escritores. Y cuando yo he leído esto, he ido a una librería y he comprado los libros de estos escritores, para leerlos y saber por qué han influido en mí antes de que los leyera. Con algunos de ellos me he identificado profundamente. Es el caso de Salinger, a quien leo y releo. Pero la influencia determinante de mi estilo no la ha tenido un escritor sino un amigo. Es Alberto Massa Gálvez, un abogado de nota, un gran señorón de Lima, pero que cuando habla conmigo se olvida de todas sus actuales obsesiones de poder y grandeza, digamos así, y se convierte en mi compañero de colegio, y junto nos cagamos en la humanidad, como se dice... Yo hice mi tesis de doctorado sobre Henry de Montherlant, un escritor profundamente antipático a quien admiro mucho. Es el gran lector de los estoicos y de los escépticos y a través de él yo he bebido de esas fuentes. Pero no veo influencia de él en mi estilo. Un escritor que sí puede haber influido en mi obra —o por lo menos así lo quisiera— es Céline, un personaje detestable como ser humano, colaboracionista... Yo ya no me planteo para qué sirve la literatura. Ya ves, eso se lo dejo a gente

más coherente, más eficaz que yo... Mira, «Yo soy el rey» es un cuento profundamente moral, para empezar por ahí. Moral y cucufato. Lo único que me ha interesado es contar una primera experiencia en un prostíbulo, que todos la hemos tenido en este país, desgraciadamente. Quién no se enamoró de una prostituta, quién no se quiso tirar a la sirvienta de la casa. Yo no lo hice, porque ya asomaban en mí los elementos de un buen cojudo. Los vivos de mis amigos lo hicieron todo. De ahí viene mi rompimiento profundo con mi clase social... y como dices tú, mi nostalgia por Vilma. En las familias decadentes como la mía, al borde de la extinción o al paso a la pequeña burguesía —todos viven de los recuerdos, mi abuelo fue presidente, fulano fue virrey, todos viven de los recuerdos, ya nadie es nada—, la servidumbre juega un rol importantísimo. La servidumbre decide de algún modo nuestras vidas, forma parte de la familia. Ayer, por ejemplo, cancelé todas las entrevistas para ir a tomar té con la *Mama* Rosa, que me tuvo en los brazos cuando nací, que me crió. Y ella me mandó decir un día que regresara de París, por eso he regresado. He venido a verla antes de que se muera. Y estuve toda la tarde con ella... Dices que el destino que le endilgo a Vilma es una de las protestas más explícitas del libro. Efectivamente. Me reventó siempre que no hubiera otra alternativa para estas mujeres que el ser violadas por los niños de la casa. Eso siempre me indignó, siempre me hizo un profundo daño. Y, cobardemente, me fui a Europa, si quieres, para que esto no siguiera sucediendo ante mis ojos. Pero no cogí un fusil, ¿te das cuenta?... Ya está en la aduana mi libro *Huerto cerrado*, que Barral ha reeditado y que ha sido prohibido por la censura española, lo cual me ha dolido mucho, porque yo quiero mucho a España. Y ayer ha aparecido un librito de una nueva editorial, Mosca Azul, que es como un avance de mi próximo libro. Se llama «Muerte de Sevilla en Madrid». Es la historia de dos personajes: uno, que es el águila imperial, un gran señorón de la oligarquía española al que la alcahuetería limeña coloca de jefe de una empresa de aviones y que, al ver a Sevilla, personaje paupérrimo, recluido en un rincón de la Municipalidad de Lima, al ver la miseria por primera vez en su vida, se pudre, empieza a pudrirse en su oficina, y se muere. Mientras tanto,

Sevilla, que ha ganado el sorteo y es mandado a España a vivir entre el lujo, se muere de tanto lujo. Le da una diarrea y se va cagando por el Museo del Prado, por las calles de Madrid, hasta que un día ve un panorama que le hace recordar a Huancayo, donde había sido muy feliz, y se tira a Huancayo. Esto forma parte de mi próximo libro, cuyo título provisional es *El humorista está triste*... Yo gano el diez por ciento de lo que publico. ¿Quién se come el otro 90 por ciento? Para mí es un misterio. Es decir, este es el destino de todo escritor. Volviendo a lo del *boom*: es cierto que hay un aspecto netamente comercial, pero eso pertenece a los editores. Ahora, literariamente, hay una respuesta de gran calidad. Nadie puede negar la calidad de Vargas Llosa, de Carpentier, de García Márquez, de Onetti —que es otro que están tratando de lanzar, ahora que está completamente alcohólico se han dado cuenta tarde de que es un genio—. ¿Qué nos interesa del lado comercial? Hay un negocio, un montaje publicitado, pero hay excelentes novelas también... Yo por Julio Ramón Ribeyro tengo una verdadera veneración. Para mí es, de lejos, el mejor cuentista que ha dado el Perú. Y nadie lo reconoce. Él, por ejemplo, no se ha subido al carro. Le importa un pepino. Y que sus libros se vendan o no se vendan le importa un carajo. Lo que me llega a mí es que Ribeyro no reciba el premio de su calidad y que otros escritores —prefiero no decir nombres, hay algunos que me son gratuitamente antipáticos, oportunistas—... Cuántos llegaron a París el año 68 para ponerse a la cabeza de la revolución, y no bien acabó eso, prrruummp, se van a otra parte a hacer su autopublicidad, eso es asqueroso. Y cuando esos escriben una buena novela te da más rabia todavía, ¿no?... Podría empezar diciéndote que soy un escéptico. Te agrego ahora que soy un escéptico sin ambiciones, que es la última especie inocente que queda sobre la Tierra. Esto me da muy buena conciencia. ¿Por qué no soy un hombre político? Porque el hombre político necesita tener una tendencia hacia el mesianismo. Y mi vida ha sido llevada siempre por afectos privados. A mí me hablan del proletariado o de la oligarquía, y ambos términos me dejan profundamente indiferente. Pero yo puedo dar mi vida por un proletario, si es que ha sido mi amigo. Tengo amigos que incluso están en la clandestinidad en el Perú, por los

cuales yo siento un gran respeto, un profundo cariño. Los considero inmensamente superiores a mí y yo iría a la cárcel por ellos. Pero al nivel de la amistad, tal vez no compartiendo sus ideas. Tengo una incapacidad fisiológica para la política. A mí me explican todos los días qué es el Sinamos, por ejemplo, y al día siguiente me preguntan qué es el Sinamos y yo ya me he olvidado. Yo tengo una profunda simpatía por el personaje del general Velasco. No lo conozco, pero me encantaría emborracharme con él, porque estoy seguro de que sabe las de Quico y Caco y que ve a través del alquitrán. Debe ser un personaje encantador. Lo que piense, lo que haga, me tiene sin cuidado. En una entrevista para un periódico español me insistían sobre el aspecto político del Perú y en un momento el periodista me dijo: Pare usted de decirle Velásquez, se llama Velasco. ¿Te das cuenta? Hasta ese nivel soy incapaz. Lo cual no impide que, siendo un personaje profundamente incoherente, dentro de diez años me encuentres de diputado. Tienes razón; justamente por la incoherencia... De nuevo sobre Ribeyro: a veces, a las tres de la mañana, cuando nos caemos de tanto whisky, le exijo que me lea un cuento. Mis ruegos empiezan a las 12. A las tres, a veces me lee y siempre pienso que es un cuentista incomparable. Si dejo de escribir cuentos va a ser porque nunca llegaré a la altura de Julio Ramón... Dicen que soy un hombre de éxito. Yo no me he enterado. En los instantes en que me he sentido hombre de éxito, me he sentido profundamente solo y abandonado. La fama no da sino soledad. Yo le tengo terror... Y, realmente, ¿cuál es el éxito, pues, oye? El otro día he salido a la calle, me moría de miedo, pregunté por el expreso de Miraflores y alguien me gritó: ¡No es expreso, es el *bussing*! Me paré en un sitio que no era paradero, subí al ómnibus y saque 50 centavos y me gritaron: ¡Vale tres soles! Entonces, dije: Esta es una ciudad maravillosa, porque nadie me conoce. En Barcelona, una vez me pasearon hasta en calesa. Y mi momento más dichoso fue cuando los escritores teníamos que firmar. Se llama la Feria del Libro y nos traen como prostitutas, nos exhiben, nos pasean, nos retocan, nos peinan, nos dan vueltas por las calles. Entonces, decidí jugar el rol del escritor de éxito. Me entelé, me puse buenmozo, me coloqué delante de un alto así de libros míos, vi una chica muy

linda, inmediatamente vi las posibilidades, a través de la literatura y del éxito, de salir a tomar té con ella, y me dijo: «Deme *Un mundo para Julius*», y en el momento en que lo iba a firmar me dijo: «Por favor, me lo empaqueta y me da la factura». Creía que yo era el dependiente. Lo empaqueté, le di la factura y la mandé a la caja. Me quedé profundamente deprimido, y dije: Esto me pasa por puta... Sí, uno de los momentos graves ha sido... En París, conocí una vez a una muchacha, y la amé profundamente. Ella era una ninfómana y una *hippie* drogadicta. Yo la traté con la misma facilidad con que trato a todo el mundo, para mí nunca ha habido ninguna barrera. Y ella me probó, con su conducta, que entre nosotros dos no había ninguna posibilidad de diálogo. Este ha sido uno de los momentos más tristes de mi vida. Vi que entre dos seres humanos no había ninguna posibilidad de diálogo. Ella me probó que yo vivía en el siglo XIV y que ella vivía en el siglo XXI. Desde entonces he hecho esfuerzos notables para poder ir algún día a Estados Unidos, donde ella vive ahora, y decirle: Mira, ya llegué al siglo XXI. Probablemente ella esté entonces en el siglo XXV... La época más feliz de mi vida fue cuando nadie me conocía, y yo escribía como un loco. Les leía a mis amigos y mis amigos se emborrachaban y peleaban. Me acuerdo de Germán Carnero peleando con Hernando Cortés, dos actores de teatro: uno encima de una mesa y el otro encima de una silla, mentándose la madre por un cuento mío. Uno decía que el desenlace era perfecto, el otro que era una porquería. Yo sufría porque los vecinos me querían expulsar de la casa, esos latinoamericanos indeseables. No sé quién tuvo la mala idea de convencerme para que publicara. Ahí se acabó la corta vida feliz de Alfredo Bryce... Tengo cuentos inéditos muy malos, pocos pero tengo. Yo una vez le contaba a mi esposa —mi esposa es una mujer maravillosa, mi gran crítica literaria, yo escribo una cosa y se la enseño: si ella dice esto es una porquería yo la boto—. Una vez le dije: Voy a escribir un cuento. Y ella: Qué linda idea. La plasmé y no salió. Ella me dijo: No, mucho mejor era cuando me lo contaste anoche, en la cama. No se publicará eso nunca. Ahí está guardado, como recuerdo de un fracaso.

JULIO CORTÁZAR

(6 de febrero de 1973)

1963 fue un año importante. El mundo conoce a Valentina, la primera mujer cosmonauta, se inicia oficialmente la pugna Moscú-Pekín, Paulo VI es el nuevo Papa, matan a John F. Kennedy, mueren Aldous Huxley, Edith Piaf, Jean Cocteau, Georges Braque, Robert Frost, Javier Heraud. Y nace *Rayuela*, la novela de Julio Cortázar. Ampliando hasta el desastre la jurisdicción del género, haciendo de la novela una proposición planteada al infinito más que un caso cerrado, tratando de representar el rico misterio de las cosas con una prosa de largos trancos y sintaxis a ratos vandálica, *Rayuela* causaba también importantes destrozos en el idioma y era, definitivamente, un sopapo con pellizcón en parte baja a la solemnidad. Poco después, los lectores empezarían a conocer el siempre creciente universo literario de Cortázar y a enterarse, tras penosa búsqueda, de algunos datos personales. Así supieron que este argentino de casi dos metros de estatura había nacido accidentalmente en Bélgica (1914), que había sido maestro en provincias, que era traductor y aficionado al box y que vivía y escribía en Francia. Esto último suele ser reproche de quienes piensan que los «valores nacionales» son savia que hay que beber in situ. Sin embargo, el mundo de los cuentos de Cortázar —aparte de remitir al Hombre, con mayúsculas— es indiscutiblemente argentino, en el mejor sentido del término. Pero la opción «nacional» no se da en él solo literariamente. El irrenunciable compromiso con su país y con América Latina se transparenta cuando Cortázar reafirma su convicción socialista, su desprecio por los dictadores —aunque se llamen Stalin—, su dolorida alarma por la represión gorila en la Argentina de hoy.

Debe de estar usted absolutamente harto de esas preguntas que

bordean, sibilinamente, el tema de su franco-argentinidad, oblicuamente el asunto de su residencia en Europa y, con entusiasta malevolencia, el hecho de que usted use ahora pasaporte francés y no pueda pronunciar la «rr» como cualquier hijo de vecino hispanoamericano. ¿Qué se necesita, Cortázar, para ser argentino, para ser latinoamericano? Más difícilmente: ¿qué se necesita para ser un escritor argentino-latinoamericano?

—Mi pasaporte es argentino (número 70708, tapas azules y ¡qué foto!), pues la naturalización francesa no entraña la pérdida de la nacionalidad de origen, y en mi caso es solo un medio técnico para resolver problemas más bien graves en Francia. Me alegro de contestar esta pregunta, pues muchos «patriotas» argentinos se han apresurado a acusarme de desarraigo (por no decir de traición) sin molestarse en conocer mejor las leyes de su país. Parecería que diez libros tan argentinos como los míos desaparecen de su memoria frente a algo que no es más que una medida burocrática, sin el menor alcance vital. Acerca de mi residencia en Europa, también creo que puedo hacer una referencia a mis libros como prueba de mi invariable presencia latinoamericana. Que yo sepa, sigo escribiendo en nuestra lengua, y pienso que el número de mis lectores latinoamericanos no se debe a una casualidad. Más aún, creo que Europa me ha dado, en tanto escritor, una óptica que me permite ver el bosque sin que me lo oculten los árboles, como le ocurre a tanto exaltado nacionalista de mate amargo y escarapela. Usted me pregunta qué se necesita para ser un escritor argentino-latinoamericano (le dejo la responsabilidad del término). Hoy por hoy, creo que se necesita ser plenamente responsable en el doble plano del más exigente nivel creativo y de la más decidida brega por la vía socialista en América Latina. Dentro de esa doble perspectiva (que en el fondo es una sola) sigo de cerca y con una creciente esperanza la evolución de Cuba, Chile y el Perú, y continúo escribiendo para ese «hombre nuevo» según lo concibió el Che, sin hacerle las fáciles concesiones demagógicas que tanto se dan entre nosotros.

A raíz de su intervención en el llamado «caso Padilla» los que no lo quieren lo suficiente dicen que usted es un estalinista que,

felizmente, no escribe como tal y que a eso se debe el que «Reunión» —su único cuento con «mensaje social y revolucionario explícito»— no sea precisamente uno de sus mejores hallazgos. ¿Qué piensa de eso?

—Mi actitud en el llamado «caso Padilla» fue, como siempre, de solidaridad crítica con la Revolución cubana, frente al desborde paternalista de los firmantes de la segunda carta a Fidel. Si eso es ser estalinista, voy a tener que revisar todas mis ideas sobre uno de los más monstruosos tiranos de este siglo. De paso voy a estudiar también a Hitler, por si en la próxima etapa de mi viaje me tratan de nazi; ya se sabe lo que son las escaladas. De paso, ¿habrán leído esos aristarcos mi texto «Policrítica en la hora de los chacales», donde claramente se definía mi apoyo a la Revolución cubana y mis discrepancias acerca del error de encarcelar poetas?... Lamento que «Reunión» no le parezca logrado. Si duda, no lo está, pero pocas cosas he escrito con tanto amor revolucionario; en todo caso, los que me acusan de estalinismo deberían releer las reflexiones que en ese relato le atribuyo, con pleno conocimiento de causa, al Che Guevara.

En todo caso, *¿El libro de Manuel* es la ruptura con el mundo de sus cuentos, con sus puros ejercicios de imaginación, desdoblamientos, posibilidades?

—No, no es una ruptura como quisieran los que hoy solo esperan política y «mensaje» de los escritores de ficciones, sino una difícil convergencia de mi yo-novelista y de mi yo-comprometido en la lucha por la desalienación y la libertad de nuestros pueblos. La califico de difícil, porque hasta ahora (salvo precisamente en «Reunión») esos dos «yo» se manifestaban paralelamente, y no me ha sido fácil mantener la exigencia, la invención y el humor de la literatura mientras trataba a la vez de problemas como el gorilismo y la tortura. Este libro suscitará toda clase de malentendidos, porque los frívolos lo encontrarán demasiado serio y los serios, demasiado frívolo; pero yo parezco haber nacido para hacer lo contrario de lo que se espera de mí, y no es por azar que soy el padre de los cronopios.

Hasta ahora, la literatura parece haber sido para usted el desarrollo de un lenguaje y la incursión en el misterio, el meter

la nariz en la «otredad». ¿Es que eso ya no es suficiente para Cortázar?

—No, ya no es suficiente: ahora quisiera traer la «otredad» a la vida inmediata, histórica, a base de esa convergencia a que me referí antes. Desde luego me reservo el pleno derecho de seguir escribiendo literatura «lúdica» cuando me divierta hacerlo; la prueba es que pronto publicaré un volumen de cuentos fantásticos.

¿El autor de *Bestiario* o *Final del juego* cree en el poder subversivo de la literatura? ¿O es el escritor el que debe agitar y dejar que, por sí solos y si es que pueden, sus libros se conviertan en adoquines de barricadas o —sin perjuicio de la efectividad revolucionaria del autor— en ociosas tretas de la inteligencia?

—Oh, sí. Mire la Biblia (o el Corán, ya que estamos...). Lo que pasa es que nadie puede saber si un libro propio o ajeno será subversivo o no. A riesgo de desencadenar una vez más contra mí a los partidarios del «contenidismo» en la literatura, le diré que cada vez creo más que libros como *La ciudad y los perros* y *Cien años de soledad* son más revolucionarios en un sentido profundo (el de la creación del hombre nuevo) que los libros programados, ajustados, destinados a vehicular el «mensaje». A veces —muy pocas— se da un perfecto equilibrio en los dos aspectos: el mejor ejemplo, *Los ríos profundos*. Y esto se lo digo en la cara a los que se empeñan en imaginarme un «enemigo» de Arguedas, confundiendo la crítica positiva y bien intencionada con la que ellos practican.

Sinceramente, Cortázar, ¿existe el *boom*?

—Sí, pero a los nuevos escritores latinoamericanos les toca quitarle su aura de «milagro», escribiendo cada vez mejor; no es hablando pestes de él como lo liquidarán. El *boom* no lo hicieron los editores como se insinúa ahora, sino los lectores latinoamericanos, que en poco más de una década entraron en la más formidable forma de conciencia jamás vista en nuestros países (y significativamente paralela a la forma de la conciencia política y revolucionaria). Los editores, comerciantes como corresponde, olieron el negocio y lanzaron el *boom* por todo lo alto. Como ignoro la falsa modestia, agrego que los editores serán lo que usted quiera salvo imbéciles; ustedes, los

lectores, fueron su barómetro estético y crítico, y ellos envasaron la mercadería; doble prueba de que el contenido de las latas era altamente comestible.

Alguna vez dijo usted que escribía cada día «menos bien». A propósito de estilos, ¿cuál es, aparte de españoles más o menos obvios, el más aborrecible, pateable, olvidable libro que recuerde?

—Tengo un instinto casi inquietante para detectar un libro ilegible; me funciona a las pocas páginas, y entonces mi mano lo lanza por sobre mi hombro izquierdo: detrás está la chimenea de mi casa. Pero ojo: cuántos libros declarados ilegibles por la crítica quedarán para siempre en mi biblioteca. Libros de locos (de «piantados», decimos en mi país), libros inocentes como gatos o gorriones, libros de gente que empieza pero muestra ya las uñas. Con esos estaré siempre.

¿Qué es lo que tendría que suceder en su país y en su propio espíritu para que usted decidiese vivir en Argentina?

—En mi espíritu no tendría que suceder nada. En mi país tendrían que lograrse los objetivos por los que muchos trabajamos de cerca o de lejos: la verdadera soberanía, la descolonización y la desalienación. Pero incluso logrado lo que queremos, podría suceder que algún día yo me fuera de nuevo si me diera la gana. En todo caso, jamás le haré el juego a los patriotismos con residencia fija «sine qua non». Los libros son argentinos, pero mi patria es la Tierra.

¿Quién gana? ¿Clay o Foreman?

—Este pibe Foreman se ha destapado a fondo, y Muhammad Ali muestra signos de fatiga. Lo lamento, pero el box es inexorable y creo que, como se dice en mi país, Foreman le va a poner la tapa a Clay.

ANÍBAL QUIJANO

(25 de febrero de 1973)

En un artículo de *Sociedad y Política* usted afirma que el actual Gobierno está cumpliendo el programa formulado inicialmente por el APRA. Esto es entusiastamente compartido por los líderes apristas. Aunque me siento un poco terrorista ideológico, como usted dice, me gustaría preguntarle si esa coincidencia no es ingrata para usted.

—No. Porque considero que esto no puede ser colocado al nivel de una subjetividad más bien banal. De lo que se trata es de verificar los hechos históricos. Los proyectos antioligárquicos y nacionalistas de los años 30 habrían requerido, para realizarse, movilizaciones de masas y, por lo tanto, un tipo de implementación revolucionaria. Y esto porque lo que se trataba de erradicar era lo dominante en ese momento: un régimen político de carácter esencialmente oligárquico y un tipo de dominación imperialista cuyas bases y cuyas modalidades de operación eran definidamente semicoloniales. Cuando llega este autodenominado Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, en cambio, el régimen oligárquico de dominación estaba bastante desintegrado, las bases de su poder estaban en plena declinación y las bases semicoloniales de dominación imperialista estaban modificándose, avanzando hacia una internacionalización del mercado interno del país. Es por esta razón que lo que pudo realizarse de manera revolucionaria en los años 30 hoy tiene la posibilidad de llevarse a cabo a través de actos administrativos y a través de un ejercicio de poder paternalista, tecnocrático y autoritario que implica una práctica desmovilización de las masas.

Usted admite el carácter antioligárquico y antiimperialista de este proceso…

—En la medida en que lo que era oligárquico en el país, tal como lo

he señalado en la respuesta anterior, era algo que, a pesar de formar todavía parte de la dominación, tenía sus bases en franco proceso de deterioro; y las fracciones que sostenían este estilo oligárquico de dominación política eran ya fracciones declinantes de la burguesía; este régimen, ciertamente, tiene en ese sentido una vocación antioligárquica que yo no discuto. En cuanto al problema nacional, yo creo que el señor Béjar ilustra bastante bien en su artículo de qué se trata en el fondo. Se trata no tanto de erradicar la dominación imperialista en tanto que dominación capitalista sino considerando que se trata de un problema de dominación extranjera. Por lo tanto, se trata de un nacionalismo que busca el rescate de la «soberanía nacional» sin la modificación de las bases de clase de la organización nacional. Hasta ese límite y con ese carácter seguramente puede ser nacionalismo.

Usted niega absolutamente la posibilidad del tercerismo…

—Conviene que precisemos algunos términos. Si por tercerismo implicamos un sistema intermedio entre el capitalismo y el socialismo, estamos en presencia de la última barrera de defensa del sistema capitalista.

Cuando se postula el tercerismo como una vía que busque eliminar las formas más desagradables —o, como dicen los ideólogos del régimen, más injustas— de la explotación capitalista, pero sin romper frontalmente con las bases mismas y con las contradicciones características del sistema capitalista, entonces se está predicando una redonda utopía reaccionaria, una defensa última del capitalismo.

Una de las tesis centrales de *Sociedad y Política* es la afirmación de que este Gobierno, deliberadamente, ha optado por una desmovilización de las masas, para implementar, administrativamente, su paquete de reformas. Desde ese punto de vista, ¿qué es, entonces, el Sinamos?

—El Sinamos es la organización política central que el régimen militar ha creado para establecer un sistema de control político autoritario sobre las masas trabajadoras, en el preciso momento histórico en que la clase trabajadora tiene ya la posibilidad estructural de operar políticamente de manera autónoma, esto es, no subordinada

al liderazgo de las capas medias, como en el pasado. Actualmente, como consecuencia de la diversificación de la estructura económica y del predominio de los sectores urbano-industriales, y como consecuencia de la homogeneización política de la burguesía, eliminadas sus fracciones más atrasadas y declinantes por la propia obra de este régimen, el proletariado es ya la clase hegemónica dentro del conjunto de los dominados. Estos cambios en la situación de clase del proletariado conllevan la posibilidad histórica no solo de su desarrollo político autónomo frente a la burguesía y frente a las capas medias, sino también la de su posibilidad de acaudillar de modo efectivo la lucha conjunta de las masas dominadas, por destruir la dominación imperialista entendida como dominación capitalista y no solamente como dominación extranjera. Es, precisamente, en estas condiciones, que la acción política del régimen se orienta a la fragmentación de intereses entre los dominados, por medio de reformas como la agraria, en que un sector minoritario de trabajadores campesinos puede aparecer ante el resto de la masa campesina como reemplazando a los antiguos patrones, mientras que en el fondo se trata de un sistema que beneficia básicamente a la burguesía urbano-industrial centrada en la burguesía imperialista. Igualmente, a través del establecimiento de las comunidades laborales, donde, nítidamente perfilada la ideología de conciliación de clases, se introducen fuentes potenciales de conflictos entre sectores de trabajadores en torno a los problemas de carácter sindical y de carácter «comunitario». Pero, sobre todo, el régimen busca establecer un sistema de control político por medio de organizaciones corporativistas. A eso corresponden las ligas agrarias, en las que se trata de encuadrar a clases con intereses antagónicos, en organizaciones comunes que, para existir, requieren inscribirse en el Sinamos para tener personería jurídica. Asimismo, el Sinamos tiene la potestad de aprobar o rechazar los estatutos de esas ligas, de revisar los libros de contabilidad, de pedir su disolución si lo considera conveniente; en fin, de disponer lo que esas organizaciones pueden o no pueden hacer. Lo que no pueden hacer es política, lo que no pueden hacer, como dice la ley, son actividades de carácter sindical. Y

si todo eso no es tutoría autoritaria del Estado, si esto no es corporativismo típico, entonces... ¿qué es? Por otro lado, la creación de una nueva central sindical, la CTRP, definida a sí misma como sindicalismo no reivindicativo sino participacionista, esto es no para luchar por los intereses de los trabajadores sino para instrumentar el control sobre los trabajadores, introduce un nuevo elemento de división, una nueva cuña entre los trabajadores que no pueden aceptar pasivamente esta imposición. Como se ve, de lo que se trata es de establecer un régimen político en que las clases dominadas son segmentadas y articuladas con sus dominadores en organizaciones comunes, sobre las cuales recae la tutoría autoritaria del Estado. Y Sinamos es el organismo encargado de instrumentar esa política.

¿No es acaso que ciertos modos de tutoría autoritaria se han dado en países en donde han triunfado revoluciones socialistas? ¿De qué manera se evita la tutoría, señor Quijano?

—La aparición de tutorías autoritarias sobre las masas en países donde triunfaron revoluciones socialistas es un fenómeno que expresa una deformación del proceso revolucionario hacia una sociedad socialista, y no es, por eso mismo, un fenómeno revolucionario sino a la inversa. Para evitarlo, hay una sola manera. No se trata pues de «transferir a las masas el poder político». Son las masas mismas las que conquistan el poder político. Y para que puedan reducirse, por lo menos, los riesgos de burocratización del poder político, es indispensable que la estructura misma del Estado se confunda con la estructura misma de las organizaciones que las masas vayan creando en el proceso de sus luchas revolucionarias.

Usted practica la autocrítica cuando dice que la izquierda peruana sabe mejor que nadie su actual debilidad. ¿No cree que una de esas debilidades es su alejamiento, de facto, de las masas? Por ejemplo, usted, señor Quijano, representa en estos momentos una trinchera ideológica interesante hasta para sus enemigos; pero detrás de usted no hay ninguna organización de masas, no hay, virtualmente, ningún apoyo...

—Convengo en que la audiencia que la izquierda revolucionaria tiene en las masas no es aún suficiente. Eso no quiere decir que sea

inexistente. No solamente no lo es sino que tiende a crecer. Si no, no veo por qué la insistencia del régimen en acusar a la «ultraizquierda» de cada una de las movilizaciones de las masas. En todo caso, esta situación no es de ningún modo inamovible ni inexplicable. La revolución es un trabajo lento, moroso, no necesariamente exitoso en cada fase. Pero los revolucionarios en el Perú están suficientemente preparados como para admitir las fatigas y los riesgos de un esfuerzo prolongado en esa dirección. Y yo no tengo la más mínima duda de que tendrán éxito...

¿No debió decir «de que tendremos éxito»?

—Sí, ciertamente. Por lo que a mí se refiere, yo no quisiera dedicar mucho tiempo a eso, señor Hildebrandt. Usted dice que nuestra revista es una tribuna dentro del debate político y que detrás de nosotros no hay ninguna organización de masas. Ciertamente, no la hay, si se considera estrictamente el término organización de masas. Pero esto no quiere decir, necesariamente, que no haya organización; y esto, tampoco, es una situación inamovible...

Pero al parecer sí hay muchas situaciones inamovibles para usted... ¿No es acaso dogmático, sectario, congelante, afirmar, como dice usted en *Sociedad y Política*, que las Fuerzas Armadas son, en tanto que institución, el esqueleto mismo del Estado burgués?

—No es ni dogmático ni sectario. Apenas es una verificación empírica. Las Fuerzas Armadas de un Estado burgués son parte del esqueleto mismo de ese orden burgués. Esto no excluye que dentro de las Fuerzas Armadas, aquí o en cualquier parte, se presenten eventualmente tendencias y fracciones que se desplacen hacia el campo de la revolución, no solo en términos ideológicos sino en términos de actividad real. Pero la condición necesaria de eso es el desarrollo político de los trabajadores y el avance de sus luchas hasta poner en crisis el orden político burgués.

Sus enemigos dicen que usted tiene una actitud de expectante comprensión hacia el proceso chileno; tolerancia que no practica con el régimen peruano. ¿Qué me puede decir al respecto?

—La razón es muy simple, señor Hildebrandt. En Chile hay un

vigoroso movimiento de masas organizado que disputa el poder y que, parcialmente, controla ese poder...

Éxito alcanzado a través de una izquierda más dúctil que la peruana, entre otras cosas...

—No tanto más dúctil sino con una más robusta capacidad de movilización, de organización...

Y de persuasión...

—Pero el problema central no es ese. El régimen peruano es un régimen que encabezan las Fuerzas Armadas. Las masas no están en el poder, no participan de él. En el caso chileno hay un poderoso movimiento popular que está centrado en las organizaciones políticas del proletariado y que ha tenido la fuerza suficiente como para poner un pie en el poder; y que está disputándolo ahora. No podemos garantizar su éxito, pero el proceso es esencialmente diferente. No se trata, entonces, de tolerancia sino de una personal identificación con las luchas del proletariado chileno, identificación que es compartida por toda la izquierda revolucionaria del país.

Creo que una de sus principales afirmaciones es esta: «No obstante, nadie en la izquierda revolucionaria del Perú puede olvidar que, en las actuales circunstancias, no se trata de si las masas apoyarán o no a este Gobierno sino, ante todo, de si este Gobierno será o no capaz de apoyar las luchas de las masas contra sus dominadores...». ¿No es acaso, señor Quijano, que usted está poniendo el parche antes del chupo? ¿No está usted previendo un eventual apoyo masivo de organizaciones populares respecto al Gobierno y no es que usted niega, desde ya, a las masas la capacidad de discernir si ese apoyo es o no correcto?

—No. Es al revés. Estoy exactamente postulando la necesidad de la autonomía política de las masas y señalando que un régimen solo puede aspirar al apoyo de esas masas cuando él mismo se dispone a apoyar la lucha de esas masas y, al mismo tiempo, de apoyarse en ellas, para la destrucción de un orden de dominación. Este no es el caso hoy en el Perú.

Permítame insistir. La posición podría resumirse, frívolamente,

así: usted dice: en este momento el régimen no tiene apoyo popular; pero cuidado: en el caso de que lo tenga, no nos engañemos, esto tampoco lo salvará…

—Lo que yo digo es: de lo que se trata es de cuánto un régimen apoya la lucha de las masas contra sus dominadores y cuánto se apoya en ellas para esa lucha. Esto debe suponer que esas masas deben llegar a liderar, con sus propias organizaciones, el proceso revolucionario. Por lo tanto, cuando usted me presenta la figura hipotética de las masas participando activamente en este proceso, usted me está proponiendo una situación histórica totalmente distinta de la que tenemos en este momento.

Sería tal vez redundante preguntarle si considera ejemplar al régimen cubano…

—Ejemplar en un sentido…

Pero no sería redundante preguntarle por qué cree que el régimen cubano ha asumido una actitud tan comprensiva y tan solidaria con el proceso peruano…

—Sí, eso es cierto. Tienen una posición muy comprensiva del régimen peruano actual. Desde mi punto de vista, creo que hay algunas bases objetivas que permiten explicar esa actitud. Por un lado, la necesidad concreta del régimen cubano de romper el bloqueo imperialista y su aislamiento diplomático en América Latina. Mientras que el régimen peruano tiene una necesidad objetiva de realizar una política externa que no dependa de manera muy estrecha de ningún Estado nacional imperialista en particular, sin romper, sin embargo, su pertenencia al orden imperialista en su conjunto. Por otro lado, hay una evaluación pragmática sobre los fracasos de diez años de insurrección guerrillera en el continente y sobre el valor que regímenes nacionalistas-reformistas, de este tipo, tengan para el debilitamiento de la estructura del poder imperialista en su conjunto. El problema aquí es que no se evalúa los riesgos de confusión para las luchas de los trabajadores dentro de un régimen de este tipo.

Y el apoyo del Partido Comunista, ¿cómo es explicado en *Sociedad y Política*?

—El Partido Comunista Peruano pertenece al movimiento

comunista internacional que se orienta desde la Unión Soviética. La estrategia trazada —la coexistencia pacífica y la vía pacífica de la revolución— y las circunstancias actuales de la política soviética, explican bastante bien la actitud del PC peruano. Pero hay que tener en cuenta que el apoyo del PC al régimen contiene, sin embargo, algunos elementos de crítica. Sus voceros han dicho repetidas veces que este es un régimen nacionalista-reformista y que, por esas razones, merece su apoyo. Este apoyo está condicionado por la percepción teórica que el PC mantiene sobre la sociedad peruana: sociedad predominantemente precapitalista, con un tipo de economía semicolonial donde la dominación imperialista se funda largamente sobre una base precapitalista de producción, con un dominio del poder oligárquico muy fuerte todavía; y donde, en correspondencia con todo esto, las tareas revolucionarias inmediatas consistirían en la eliminación del poder feudal con una revolución antioligárquica y antiimperialista en un sentido nacional más bien que de clase. La admisión de que existiría una burguesía progresista en el país, que nutriría principalmente un frente de clases que rescate la soberanía nacional; todas esas consideraciones teóricas del PC están detrás de su apoyo al régimen. Y creo que su apoyo es consecuente tanto con sus postulados teóricos como con su vinculación a la línea internacional que se señala desde la Unión Soviética.

En todo caso, la posición del Partido Comunista es, dentro de lo relativo, clara y rotunda. Se parece entonces muy poco a la posición de la ultraizquierda, por decirlo así. ¿Cuál es, al fin, señor Quijano, el papel que debe jugar la izquierda revolucionaria, como usted la llama, en este momento?

—La labor es hoy día suficientemente clara: ampliar, profundizar, organizar la lucha de la masa mayoritaria de los campesinos por su derecho a la tierra y al trabajo; fortalecer las organizaciones del campesinado y su defensa contra la imposición corporativista de las ligas agrarias y el aparato militar-civil del Sinamos, organizar las conquistas del campesinado como formas de poder popular local; ampliar la lucha de los trabajadores campesinos de las cooperativas y las SAIS para impedir la transferencia del producto de su trabajo hacia

los centros capitalistas privados o estatales; luchar junto al proletariado urbano-industrial-minero por la defensa de su nivel de vida, del salario, del derecho de huelga, de la autonomía de sus organizaciones sindicales frente al corporativismo de la CTRP y del Sinamos, es decir, por la defensa de las conquistas democráticas de los trabajadores; destruir la influencia ideológica populista y reformista, las ilusiones del nacionalismo pequeñoburgués y su ideología de conciliación de clases, y los liderazgos sindicales y políticos que encarnan estas tendencias en el seno del movimiento obrero; convertir las luchas reivindicativas y políticas espontáneas del proletariado, en una lucha conscientemente revolucionaria, coherente y organizada; construir y desarrollar, desde el seno mismo de las masas trabajadoras y en el curso de sus luchas, las bases de un movimiento socialista revolucionario, capaz de articular la lucha, por las reivindicaciones inmediatas e históricas del proletariado, y de articular en torno a ellas las reivindicaciones específicas de las otras capas dominadas de la ciudad y del campo. A largo plazo, se trata, pues, de construir un movimiento popular organizado, centrado en el liderazgo del proletariado, como alternativa estratégica que surge de las condiciones efectivas de las luchas de clase actuales, y cuyas tácticas podrán variar conforme varíen las coyunturas concretas de esas luchas.

Usted parece partir de la premisa de que hay una izquierda revolucionaria con un cierto grado de homogeneidad, de fusión, cosa que me parece sumamente distante de la realidad. Precisamente ahora leía una revista de la Liga Comunista en la que lo tratan muy mal a usted. ¿Esta balcanización no hace muy difícil el trabajo serio con las masas? ¿Esto no convierte la labor esclarecedora en una utopía de solitarios?

—No. Nada de eso. Ciertamente, la izquierda revolucionaria socialista en el Perú no es homogénea. Aparece dividida en varios grupos, en capillas, en cenáculos y en francotiradores. Esto quiere decir que la izquierda revolucionaria socialista es un movimiento en pleno proceso de formación. No es que la izquierda se haya dividido, porque nunca existió nada que seriamente pudiera ser llamado

izquierda revolucionaria y que luego se haya dividido. La izquierda revolucionaria ha estado surgiendo a partir, sobre todo, de los años 60, a partir del impacto ideológico de la Revolución cubana y ante todo de una crisis estructural profunda que lanzó a numerosas movilizaciones a las clases dominadas. El proceso ha sido difícil no solamente por la debilidad del conocimiento revolucionario de la sociedad peruana, por el estancamiento de la investigación marxista después de la muerte de Mariátegui, sino principalmente por la represión sangrienta y la derrota de las movilizaciones de los trabajadores de la ciudad y del campo a lo largo de toda una década. Sobre esas bases, no podía esperarse que se consolidara un movimiento revolucionario socialista con capacidad orgánica, con capacidad de previsión histórica que le permitiera desarrollar un programa revolucionario eficaz, alternativo al de las tendencias reformistas. Creo que esa crisis está empezando a ser superada...

A pesar de revistas como *Comunismo*...

—A pesar de ellas, pero también por ellas. Se trata de que en estos momentos hay toda una nueva generación revolucionaria que ingresa apasionadamente a la lucha, no solamente para desarrollar las bases del pensamiento revolucionario, sino ante todo para desarrollar esas bases desde el seno mismo de las luchas de los trabajadores.

JUAN VELASCO ALVARADO

(3 de enero de 1977)

General, ahora tal vez tenga usted tiempo para hacer reflexiones que antes no pudo hacer. ¿Ha reflexionado sobre el verdadero objetivo de su Gobierno?

—Sí, lo he hecho.

¿Cómo definiría ahora ese objetivo?

—Hacer del Perú un país independiente y cambiar las estructuras para que el Perú se desarrollara con independencia, con soberanía. No un país vendido, de rodillas. ¿Cómo era aquí? ¡Aquí mandaba el embajador americano! Cuando yo era presidente, el embajador tenía que pedir audiencia y yo lo manejaba a seis pasos. Yo los fregué. Yo boté a la misión militar americana. Aquí había como cincuenta o sesenta jefes americanos y el Gobierno peruano tenía que pagarles sus sueldos, el pasaje hasta para el gatito que traía la familia. Y formaban parte de la información para la CIA. Nosotros no los necesitábamos. Ya habíamos crecido bastante como para no tener que consultarles todo. Aquí nuestras escuelas de guerra son muy buenas. Nosotros les podemos dar vacantes, más bien.

Mucha gente considera que usted está lleno de rencor. ¿Qué piensa de eso?

—¿Rencor? ¿Contra quién? ¡Contra nadie! Yo no di ningún golpe, yo no he dado ningún golpe. Yo llevé una revolución. Fue una revolución bien planeada. Porque nosotros entramos de frente a actuar, a operar con velocidad. Nosotros hemos hecho cuántas cosas a una velocidad espantosa. Yo sabía que en cualquier momento me botaban. Porque aquí en el Perú fatalmente la oligarquía nunca muere...

¿Usted lo cree?

—Bueno, al menos durante mi Gobierno a la oligarquía le hemos

dado en forma tal que la hemos deshecho. Muchos han dicho que una de las cosas que hizo la revolución fue terminar con la oligarquía. Bueno, yo creo que no hemos terminado con la oligarquía. Han quedado restos. Y estos restos están creciendo otra vez. Yo tengo mi conciencia tranquila, excepto por una cosa. Porque no terminé la obra de la revolución. No hicimos lo de la salud y lo de la vivienda. Y no lo hicimos porque me sacaron.

¿Y por qué cree que lo sacaron?

—La ambición política, la ambición de poder...

Pero fue la Fuerza Armada la que lo sacó. No fue un gesto personal...

—Es que todo estaba preparado. Yo recién me he enterado de que los comandantes generales se habían estado reuniendo en Lima, tres o cuatro meses antes del 29 de agosto. Además, ya lo habían intentado antes.

¿Cuándo?

—El 5 de febrero. Lo del 5 de febrero fue hecho con el propósito de sacarme. El día anterior al 5 de febrero hubo sesión de gabinete y allí los cité al presidente del Comando Conjunto, que era Vargas, y al jefe de la Segunda Región. Y delante de todos los ministros se les dio la orden. La orden era que al día siguiente, al amanecer, el cuartel tal está tomado, está recuperado. Ahora, el cómo era cuestión de ellos. Después se les pidió que tomaran las medidas de seguridad correspondientes. Según dijeron después, ellos revisaron los planes. Pero lo cierto es que no tomaron medidas.

¿Está usted responsabilizando por lo del 5 de febrero al general Rodríguez Figueroa?

—Y al presidente del Comando Conjunto de ese entonces.

¿A Vargas Prieto?

—Vargas Prieto, el que ha tenido que renunciar. Bien hecho. Mucho daño le hizo al Ejército. Ha acusado a gente inocente, la ha metido a la cárcel... Ellos pensaron que yo iba a caer ese día... Los del APRA fueron solo unos cuantos. Había apristas y de otras ideologías...

¿Y usted por qué no cayó el 5 de febrero, entonces?

—Porque yo hice tomar fotografías. Y hubo uno al que se le

identificó muy bien...

Enciso...

—Enciso, sí. A mí cuánto me rogaron para que le diera salvoconducto a Enciso, cuando se asiló en una embajada. Pero yo por nada se lo di. No, señor, no puede ser. No le di el pase. Sin embargo, después que me botaron, unos diez días después, le dieron el pase. Esos fueron los ejecutantes. Pero hubo ladrones, turbas que se aprovecharon.

Algunos sectores le reprocharon siempre el que usted fuera amigo de los comunistas, el que fuera blando con ellos...

—No solo eso. Me han dicho que oficialicé el comunismo. Y eso es una brutalidad. Eso lo dice mi amigo Frías. Eso lo he leído en *Equis X*. ¿Por dónde voy a salir comunista? Yo he sido militar toda mi vida. Había algunos medio rojos en el Gobierno, que eran pasables. Ustedes me habrían acusado de macartista si yo hubiera perseguido a los comunistas. Yo más bien he dicho que los comunistas se infiltraron. Hubo infiltración. Y sin embargo, el guerrillero, este muchacho guerrillero, ¿cómo se llama?

¿Béjar?

—Béjar. Bueno, Béjar dice en su libro *La revolución en la trampa* que no hubo infiltración comunista. ¿Cómo que no hubo infiltración comunista? Hubo infiltración comunista en todas partes, viejo. Y en Sinamos, donde trabajaba Béjar, hubo más infiltración que en ninguna otra parte.

¿Y usted combatió esa infiltración?

—En cierta forma. Yo no les hice la guerra, no salí a cazar guerrilleros como hicieron una vez acá. Yo no los he perseguido. Yo no he perseguido tampoco al APRA. A ningún partido he perseguido yo, viejo. Un hombre es dueño de sus ideas y es libre de expresarlas como le dé la gana. A no ser que lo hagan cambiar a la fuerza, o que le hagan lavado cerebral. Uno de los puntos de nuestra revolución era: pluralidad política. De manera que la revolución peruana era para todos los peruanos, no era para unos cuantos. Yo decía que a aquellos que no querían estar con la revolución, la revolución les iba a entrar por los poros alguna vez.

General, desde el otro lado se decía que al final de su Gobierno usted era amigo del APRA, que, inclusive, apoyaba al MLR y a un supuesto neoaprismo que algunos asignaban a Tantaleán...

—Yo era muy amigo de Tantaleán, pero porque era ministro y porque éramos amigos desde que servimos juntos en Piura. Pero yo no soy ningún mocoso para dejarme influenciar ni dejarme llevar de la oreja por Tantaleán. ¡Hacerle caso a Tantaleán! ¡Qué ocurrencia, viejo!

¿Era proaprista Tantaleán?

—No podría decirlo, no podría decirlo.

¿Con algún partido sintió alguna aproximación?

—Yo tenía ciertas simpatías hacia la Democracia Cristiana por los principios. El único partido que tenía puntos de vista precisos y concretos era la Democracia Cristiana. Los demás eran puro blablablá.

Libros como *El poder invisible* lo han descrito a usted como un hombre resentido, lleno de amargura por su infancia tan pobre, tan dura. ¿Qué le suscita eso?

—Hubiera sido como el alacrán. Me hubiera metido la ponzoña yo. Cuando yo hice la revolución, ya era general de división. Había llegado a lo más alto de mi carrera. General de división. ¿Qué puesto tenía? Mandaba al Ejército y mandaba a la Fuerza Armada. Era comandante general del Ejército y presidente del Comando Conjunto. ¿Dinero? Yo no necesitaba dinero, viejo. Yo había estado como agregado militar en Francia, donde gané bastantes dólares como diplomático. Después fui miembro de la Junta Interamericana de Defensa, y ahí gané también buena plata. Ahorrábamos, yo nunca he sido botarate. Esta casa me la hizo mi hijo, el arquitecto. De manera que esta casa es antes de, antes de... De manera que dinero tenía, lo suficiente para vivir una vida cómoda. Yo no hice la revolución para llenarme los bolsillos. ¿Dónde está el dinero que me he robado? Yo no tengo plata. Yo vivo con las justas. Vivo de mi pensión, nada más. Como todavía estoy enfermo, no puedo trabajar en otra cosa...

Si no es indiscreción, ¿a cuánto asciende la pensión de un general de división? ¿Cuarenta mil?

—Nunca llego a 40... De manera que yo no hice la revolución para

mí. Había viajado, conocido el mundo, ¿qué más quería?

¿Ha tenido tiempo para reflexionar también sobre los más importantes errores de su Gobierno?

—Le podría contestar de inmediato, pero antes quiero decirle algo. Mi Gobierno era un Gobierno de la Fuerza Armada. Yo no era, como dicen, el tirano que decía tal cosa, tal cosa. Eso es falso. Yo todo lo llevaba a votación al gabinete.

¿Inclusive las deportaciones?

—Le voy a contar cómo fue lo de las deportaciones. Estando yo en mi oficina de Palacio, pidieron audiencia los tres ministros de la Fuerza Armada. Y entraron Morales, Gilardi y este muchacho de la Marina, Gálvez. Fueron a pedirme dos cosas. Se había ordenado que los tres ministros de la Fuerza Armada hicieran una exposición a sus respectivas instituciones para hacerles ver cuáles eran los objetivos del Gobierno, qué es lo que hacía, hasta dónde había llegado. Y se les daba a los asistentes la posibilidad de hacer cualquier pregunta. La primera cuestión de esa reunión la expuso Morales. Él dijo que en caso de que se le plantearan tales y tales preguntas cuál debía ser la respuesta institucional de la Fuerza Armada. Y discutimos punto por punto lo que había que responder. Eso fue lo que me dijo Morales. Después de media hora habló Gilardi. Me dijo que de parte de los oficiales y jefes de la Fuerza Aérea, y consultados también los del Ejército, se deportara a un buen grupo de personas de extrema derecha y extrema izquierda. Bueno, vamos a ver, dije yo. Entonces, llamé al ministro del Interior. ¿Has oído? Como tú tienes los datos, hazte la relación de esas personas. Por supuesto que con sus motivos, para verlos más tarde en gabinete. Días más tarde, le pregunté al ministro: ¿ya está la lista? Ya está, dijo. Entonces, delante de todos los ministros ha leído la relación de todos los señores por deportar. Yo advertí a los ministros que la lista podía aumentar o disminuir, de acuerdo con lo que se decidiera por mayoría. De la lista yo conocía a cuatro, creo. A los demás ni de vista. Recuerdo que pedí que se sacara de la lista a Townsend. No lo conocía, nunca había hablado con él, pero lo conocía, como conocía a otros líderes, por sus escritos. Otros aumentaron, otros pidieron sacar otros nombres. Me acuerdo de que

Tantaleán pidió que no se deportara a Malpica. Eso es cierto. Valdés sacó a Pásara de la lista. El ministro del Interior agregó al líder aprista de la juventud, a Roca.

General, usted dice que la revolución está detenida porque no ha habido ninguna medida de transformación. Pero ante la crisis económica, ¿qué hubiera hecho usted?

—Arreglar la crisis económica.

Sí, pero ¿cómo?

—En principio, viejo, hay una tanda de mocosos en las entidades claves. Así no se puede arreglar la economía del país. He visto que acaban de botar a Guiulfo, un mozo inteligentísimo. Botan del Banco de Reserva a Barreto, que es un tipo de mucha experiencia. ¿Así se hace patria? A la buena gente la han botado y ha quedado una partida de mocosos.

¿Mocosos, general?

—Para mí, mocosos, viejo.

¿Usted llamaría mocoso a Barúa?

—Pero Barúa estuvo conmigo también... De manera que yo no veo medidas como para arreglar la economía, la deuda...

Usted recibió una deuda de 800 millones de dólares. Y cuando salió, estaba en cuatro mil. ¿Cómo un Gobierno como el suyo pudo producir una deuda externa tan alta?

—Depende de lo que se haga. Si usted va al Gobierno y no hace nada, no gasta un centavo. La revolución fue para hacer un nuevo Perú. Había que expropiar las tierras y había que pagar esas tierras. Cada transformación costaba al país. Las cuentas están claras. Yo le pongo el oleoducto, Poechos, Cuajone, Bayóvar, Olmos, la fábrica de papel, fertilizantes. Actualmente este Gobierno va a apretar el botón, a hacer inauguraciones. ¿Inauguraciones de qué? De obras importantes que hizo la revolución.

Hace un rato le pregunté y usted no me contestó esto: ¿cuál fue el peor defecto de su Gobierno? Digamos, ¿cuál fue su mayor virtud y cuál su peor defecto?

—La mejor virtud fue que fue el primer Gobierno que luchó por las grandes mayorías que estaban oprimidas...

¿Y su peor defecto?

—El peor defecto de la revolución... Bueno, tenía muchos defectos. Porque yo actuaba con gente que era enemiga de la revolución. Había belaundistas, apristas, comunistas. Teníamos opositores por todos lados. Inclusive ya está usted viendo, viejo, que mis ministros me traicionaron. ¿O no? Me traicionaron porque me sacaron, traicionándome. Eso fue una traición...

¿Es cierto que tres meses antes de su caída usted llamó traidor a Rodríguez Figueroa, en la casa de Richter?

—No directamente, pero indirectamente sí.

¿Usted ya se la olía?

—No, yo sabía. Yo sabía que había habido una reunión donde habían estado Graham, Rodríguez, y habían hablado para sacarme. Fue en la casa de Richter, sí. Mientras la gente me saludaba y algunos me decían: «Arriba la revolución, general», yo decía: «Sí, viejito, pero hay que cuidarse porque hay mucho traidor, hay mucho traidor que se reúne, mucho ambicioso...». Ahora, se la tomó a pecho, claro que se la tomó porque yo lo miraba a él.

¿Tuvo usted vinculaciones con el MLR? ¿Acaso usted no lo apoyó en un momento dado?

—Absolutamente, nunca... Un día Moncloa me hizo una pregunta en una conferencia de prensa...

Sí, recuerdo. Intentó arrancarle a usted una condena al MLR. Pero usted no lo condenó...

—No lo condené. No, dije, la revolución es para todos. Todo peruano, en forma individual o colectiva, que quiera apoyar a la revolución será bienvenido... «Sí» —dijo él—, «pero son unos criminales, son unos matones...». Y ustedes, ¿qué hablan?, le contesté. Ustedes, ¿qué pedigrí tienen? Pregúnteles a ellos qué piensan de los comunistas, dije. Fue por fregar a Moncloa. Yo ni conocía a los del MLR, viejo... Le echan la culpa a Tantaleán. A mí no me consta... Ahora que la gente era treja. Bueno, es que Chimbote tenía mucha población, era una ciudad explosiva, había muchos matones, viejo...

¿Cuáles eran sus relaciones con *Expreso*?

—*Expreso* nos defendía. *Expreso* defendía a la revolución peruana.

Todos los de *Expreso* defendían a la revolución. ¿Por qué? No sé. Pero la defendían. Cuando *La Prensa* nos atacaba, el único que salía y nos defendía era *Expreso*. Cuando *El Comercio* nos atacaba, el único periódico que salía en defensa de la revolución era *Expreso*. Se les prendía como un perro y les decía pestes. Nos defendía bravamente, con valentía. Ahora, yo sé que allí había comunistas, claro. Estaba Moncloa, Roncagliolo, había varios, había un grupo. Pero nos defendía, viejo, era el único...

Pero digamos que esa defensa solitaria se acaba cuando se expropiaron los periódicos...

—Bueno, no, porque en buena cuenta no se trató de una expropiación. Los periódicos no se quitaron para que el Estado los manejara, para que el Gobierno los manejara a su gusto...

Pero así fue y así es...

—Ahora yo no respondo por nada. Ahora todo es una mierda, viejo...

Pero usted en julio de 1975, un mes antes de ser derrocado, tuvo la oportunidad de entregar los periódicos a las asociaciones civiles. ¿Por qué no lo hizo?

—No lo hice sencillamente porque ya en los periódicos había una infiltración enorme de rojos, viejo. Había comunistas y de extrema izquierda. De manera que darle, supongamos, *Expreso* a los estudiantes era por demás, era por las puras, porque iba a caer en manos de los comunistas. Entonces, en lugar de correr ese peligro y entregar los periódicos a manos de rojos, dimos una ley que dice: Por esta única vez, se posterga por un año... El propósito fue entregar los periódicos a las organizaciones, a las grandes masas, a los profesores, a los estudiantes. En lugar de Beltrán: no, señor, que Beltrán se vaya con su gringa a Estados Unidos, aquí que no mande, aquí los peruanos nos mandamos. Vamos a ver si se cumple con la ley...

Sus palabras parecen expresar a veces amargura, general...

—Amargura de qué. Amargura contra qué. Absolutamente, viejo.

—Está con el mejor genio del mundo —interviene su esposa, que hace cinco minutos escucha la conversación.

—La única amargura que tengo es no haber completado las

transformaciones. Nos faltó no solo la salud y la vivienda sino el crédito, la banca. No queríamos apoderarnos de los bancos para apoderarnos de sus utilidades. Lo que queríamos es que el Estado fuera dueño de la banca para poder manejar el crédito con un criterio revolucionario. Prestarle al zapatero, al gasfitero, al campesino. ¿Que yo quiero 40 mil soles? Aquí esta, señor. Yo quería que el banco agrario comprara cuarenta camionetas y que todos los días esas camionetas recorrieran los valles para prestar plata. ¿Señor, usted qué siembra? Tal cosa, tal cosa. ¿Cuánto necesita? No quiero. ¿Que no quiero? Sí, señor, aquí tiene usted: meterle por la boca la plata, aquí tiene usted. Porque con la plata iban a mejorar. Oye, viejo, no había plata, a esta pobre gente le compraban las cosechas por cinco años. Esta gente era estafada, le robaban su dinero... Nos faltó tiempo, porque me botaron. Yo hice lo que pude. Más no puedo. Y mire cómo he salido...

—Ya, que no te suba la presión —tercia doña Consuelo.

—Mira lo que he ganado: una pierna menos, enfermo...

Pero todo tiene sus compensaciones. Usted ha ganado...

—¿El amor de la gente? —pregunta, llena de ironía, doña Consuelo.

No diría eso —respondo—. ¿No cree que usted ha ganado, más allá de las pasiones y cuando las esencias se sedimenten, digamos, un puesto en la historia?

—La gente más ingrata no puede ser —dice Consuelo—. Después de tantas amarguras ¡un puesto en la historia!

—La revolución se ha dado el gusto de hacer las transformaciones que no hicieron los civiles. Los civiles tuvieron 150 años el Gobierno y no las hicieron. Por eso es que la Fuerza Armada tuvo que hacer la revolución. El consuelo que tengo es que la revolución hizo vibrar. Porque hasta los enemigos nuestros vibraron de contento cuando... (*Velasco llora discretamente, apenas tiene voz para terminar*) recuperamos Talara. Cuando recuperamos Talara hicimos vibrar hasta al mismo Ulloa... ¿Que yo tenga amargura contra nadie...? ¡Contra nadie!... La vez pasada vino aquí un señor de *Opinión Libre* y yo le dije que no quería hacer declaraciones. Pero no se iba, así que lo invité a sentarse. Conversamos un rato y después apareció una «entrevista»

llena de mentiras y falsedades. Que yo dije de Zimmermann tal cosa, y de Moncloa tal otra. ¡Falso! Fue él el que rajó de Zimmermann y de Moncloa. Yo le dije que no era cierto que Zimmermann deba cuatro millones de soles a tal sitio, porque yo he averiguado eso. Lo que debía Zimmermann era una cuentecita que la pagó de inmediato. Zimmermann no ha tenido conmigo buen comportamiento, pero yo no tengo por qué estar rajando de nadie. Y el señor ese quiso poner en mi boca que Zimmermann era un ladrón... Por eso quiero que me mande un cuestionario y yo le respondo por escrito...

¿No cree que en algún caso fue usted excesivamente autoritario, rígido, despótico?

—¿En qué casos?

Por ejemplo, deportar a Armacanqui, deportar a Duharte, deportar a Zileri.

—Yo no era ministro del Interior... Zileri nos atacaba continuamente, no paraba, no frenaba... El Gobierno tiene también que sancionar a quienes lo atacan. La revolución tenía que defenderse. No iba a cruzarse de brazos para que le dijeran falsedades. De manera que ellos mismos se la buscaban, por locura...

Una última pregunta, general. ¿Cuál es, según su punto de vista, la salida política para el país?

—Si ya no hay revolución, entonces el Gobierno militar ya no se justifica. Debe haber, pues, un Gobierno democrático, ¿no?

¿O sea, virtualmente, una convocatoria a elecciones?

—Bueno, eso es lo único hasta la fecha inventado, ¿no?

LUIS MIRÓ QUESADA DE LA GUERRA

(17 de febrero de 1977)

Gracias a las gestiones de Abelardo Oquendo, entre mayo y junio de 1974 entrevisté durante veinte largas sesiones a Luis Miró Quesada, todavía director de El Comercio. *Las tres decenas de casetes grabadas debieron convertirse en un libro de la serie Conversaciones, auspiciada por Mosca Azul. Por circunstancias ajenas al entusiasmo del editor y del cronista, este propósito se vio permanentemente diferido. De aquellas charlas asistidas por la memoriosa devoción de Viruca, interrumpidas por el té de medianoche, tengo un recuerdo verdaderamente grato. Por algún misterio de la empatía, un anciano noctámbulo que había derribado gobiernos y se había erigido en ídolo moral de muchísimos peruanos, que había odiado y amado como difícilmente se odió y amó en este país, y que había suscitado toda su vida el rencor absoluto o la admiración hagiográfica, me fue contando su vida en un largo monólogo que pocas veces exasperé con preguntas provocadoras. Recuerdo que muchas veces insistió en que esa era la primera vez que concedía una entrevista y recuerdo que cada vez que le oía eso pensaba lúgubremente en que tal vez la próxima sesión no se realizaría. De aquellas memorias habladas no solo tuve una real aproximación a un personaje central de los últimos cincuenta años de historia peruana —personaje distante por sus ideas y que sin embargo admiré—, sino que pude intuir de mejor manera eso que podría ser la levadura de nuestra personalidad nacional, el factor psicológico de nuestras grandezas y miserias. Al reproducir una selección arbitraria de esas conversaciones no solo tengo una frustración sino que comparto —parcial y tardíamente, es verdad— un privilegio.*

Bueno, ahora sí podemos entrar a ese episodio de 1919, el asalto a *El Comercio*.

—Nosotros teníamos la costumbre de reunirnos con mi padre.

Íbamos en la tarde un rato a conversar y en una de esas ocasiones yo llegué...

¿Dónde se reunían, en *El Comercio*?

—No, en la casa que quedaba frente a *El Comercio,* exactamente en la calle La Rifa. Bueno, yo llegué y le dije: Papá, hay amenazas de que van a atacar el diario. Es posible, me dijo él. Bueno, pero nos faltan armas, le dije yo. Entonces mi papá, con el afán natural de que no corrieran riesgo sus hijos, me contestó: Pero es que es inútil defender *El Comercio.* Y yo le dije: Hay una razón de orden moral y otra de orden práctico para defenderlo. La razón de orden moral es que es nuestra casa y tenemos el deber de defenderla y la razón práctica es que a ningún Gobierno nuevo le conviene que haya una conflagración en la ciudad durante media hora, y nosotros podemos tener agitada Lima más de media hora, siempre que tengamos armas. Antonio, mi hermano, no estuvo de acuerdo con la idea de armarse. Él estaba enfermo y en esos días se iba, tan es así que no estuvo el día de los acontecimientos...

¿Cuándo sucedieron exactamente?

—El 10 de setiembre de 1919... Aurelio no se interesó mucho. Había perdido una hija y no estaba para esos trotes. Pero en cambio fue, sin armas. No disparó un tiro pero estuvo hasta las últimas. Miguel y Óscar estuvieron decididamente en la defensa. Entonces resolvimos comprar unas armas. Creo que compramos 17 revólveres. Al menos fuimos 17 los que estuvimos esa tarde, entre empleados y los de la familia. Estábamos reunidos en la dirección cuando me telefonea mi cuñado Alejandro Garland, que ya ha muerto, y me dice: En este momento acaban de asaltar *La Prensa*, la han destrozado y se van hacia *El Comercio* con parte de la maquinaria. Entonces les dije a los que estábamos reunidos allí: Bueno, ya saben ustedes, de manera que cada uno a sus puestos. Salimos a tomar nuestros puestos, que más o menos los habíamos determinado previamente. Y ahora le voy a contar por qué se salvó *El Comercio*. Por algo milagroso. Porque han podido entrar y nos hubieran matado. Eso es lo que decían: «La cabeza de los Miró Quesada, asesinos del pueblo».

Cuando el asalto se intenta, ¿ya era de noche?

—Eran las siete y cuarto, más o menos... Yo salí, apagué la luz general y le dije al portero: Fulano de tal, porque no me acuerdo cómo se llamaba: «¡La reja, cierre usted la rejal!». Pero noté que a este hombre le temblaba la mano mucho. Entonces, como estaba muy excitado, le dije: fulano de tal, carajo, traiga usted la llave, cobarde. Creí que era miedo. Tomé la llave y yo mismo cerré y me metí la llave al bolsillo. Después descubrimos que ese hombre trabajaba para el Gobierno. Así nos habrían matado.

¿Cuántos eran los asaltantes?

—Calculo que serían cuatro o cinco mil. Sí, era una masa enorme.

¿Cómo empezó la balacera?

—Ellos remecieron la reja y al no entrar no sé quién disparó, no sé si fueron ellos o nosotros. Pero lo que sí recuerdo es que ninguno de nosotros sufrió nada. Mi primo Tomás Miró Quesada conservó toda su vida el sombrero que usó ese día. Tenía el agujero de un balazo. Por el lado de ellos sí creo que hubo muertos, dos me parece. Pero no solamente disparaban ellos sino la tropa, eso no lo hemos dicho. Recuerdo que mi hermano Miguel me dijo en un momento: he visto pasar un pelotón de caballería, 10 o 12 hombres, que desmontaron en la cuadra siguiente. Parece que de allí, utilizando la montura como apoyo para apuntar, dispararon contra nosotros...

Esa experiencia debió significar mucho para usted. Después de eso ¿usted no cree que fue otro?

—No creo, porque yo siempre he tenido carácter.

¿Usted pensó que algún día iba a tomar una pistola para defender *El Comercio*?

—No creí que llegara a eso, pero estaba resuelto a hacerlo en cualquier momento. Por eso pude decirle a alguien en la cara, a alguno de esos mentecatos que me preguntó: «¿Usted, qué ha hecho por la libertad de prensa?»; ¡yo la he defendido con la palabra y con las armas en la mano! Y es verdad, así la he defendido y ahora a los 93 años estoy resuelto a cumplir con mi deber...

Creo que fue en esa época que usted tuvo un primer, y entiendo que único, encuentro con Haya de la Torre, cuando usted era profesor y él era alumno. ¿Podría contarme cómo fue eso?

—Bueno, yo lo conocía muy poco, casi no conocía a Haya de la Torre. Él se había matriculado en mi curso, pero como tenía por costumbre no estudiar, no iba, no fue nunca. Es que los estudiantes se habían puesto de acuerdo con Leguía. Lo habían hecho «maestro de la juventud» y Leguía, en cambio, les había concedido en el Congreso el derecho de tachar a cualquier catedrático. Los profesores vivían aterrados.

¿Qué curso enseñaba usted en esa época?

—Filosofía de la Educación... Bueno, el asunto fue así: dos o tres alumnos de mi curso me habían pedido que adelantara unos días el examen porque ellos necesitaban tomar el vapor, el que iba a sus provincias. Así que ellos habían dado el examen y habían salido bien. Cuando ya había terminado el examen del segundo de esos dos jóvenes y tenía pensado no tomar a otros, Haya de la Torre se me acercó y me dijo: «Señor, yo deseo ser examinado». Yo le dije: No hay inconveniente, pero usted sabe que el examen ha sido adelantado dos días porque estos jóvenes lo han pedido para poder viajar a sus provincias. Además, ahora vamos a tener directorio en la Facultad de Letras. De todos modos, como el examen está abierto, si usted quiere ser examinado no hay inconveniente. Él debió decir: No, señor, esperaré. Pero dijo: Sí, señor. Bueno, pase usted. Primera pregunta...

¿Lo examinaba usted solo o con un jurado?

—Éramos tres.

¿Quiénes eran los otros?

—Uno era Ricardo Dulanto, que era secretario del presidente de la República. Ricardo era amigo mío, pero hasta cierto punto porque todo el mundo sabía que estaba políticamente por otro lado. Y el otro era un profesor magnífico de Filosofía, el doctor Borca García... Bueno, sigo contando porque es curioso el final, graciosísimo. Él entra, la primera pregunta, una pregunta muy fácil: educación general y educación especial. Y entonces comenzó a disertar, a hacer un discurso. Le dije: bueno, concrete usted, qué cosa es educación general y qué cosa educación especial. Ni para atrás ni para adelante. Se quedó parado, se desconcertó. Bueno, antes se habían llenado las ventanas y las puertas de alumnos que querían ver el examen.

Haya tenía ya ascendiente sobre el estudiantado...

—Tenía. Había gran expectativa. Entonces, le digo: ¿No sabe usted? No, señor. Bueno, saque usted otra pregunta. Le tocó instrucción primaria en el Perú, que era una pregunta interesantísima. Había que hacer historia y dar nombres de leyes. Él comenzó a decir unas cuantas cositas. Bueno, le pregunté: ¿Quién la dio y cuáles son los fundamentos de la Ley 1905? Callado, ni palabra. Entonces esperamos un rato, un momento angustioso, sería un minuto lo menos. Y yo le pregunto: ¿No sabe usted? No, me dice. Puede usted retirarse. Entonces les pregunto a mis compañeros: ¿Qué les parece a ustedes? Que no sabe. Entonces él volvió a su sitio de fuera. Nosotros nos levantamos y nos fuimos y se acabó. Más tarde presentó un recurso solicitando que se le tomara un examen de aplazado pero sin la presencia del presidente del jurado. Me acusaba de parcial...

¿Y lo volvieron a examinar?

—No, porque el asunto se vio en la Facultad y ahí se declaró que no era procedente. Haya insistió ante la Facultad, pero Deustua, que era el decano, pidió licencia. ¿Y qué sucedió para pesar de Haya? Que entonces yo asumí el decanato. Un día vino donde mí y yo le dije: Venga en forma respetuosa donde su catedrático y se proveerá; como nunca llegó en forma respetuosa, no se proveyó.

Sin embargo, sería difícil decir que lo que se convertiría en guerra civil nacional entre *El Comercio* y el APRA nació de esa anécdota...

—*El Comercio* ya se había ocupado de Haya antes de eso, ya lo había atacado.

¿Por qué?

—Por sus ideas. Él irrumpió como comunista...

¿Nunca ha dudado usted de la validez de sus puntos de vista, nunca ha pensado que puede equivocarse?

—Cómo no y lo he dicho muchas veces. Se lo dije a un amigo presidente en cierta ocasión, cuando conversábamos...

¿A qué presidente? ¿Al actual?

—Sí, a Velasco en una conversación le dije: Yo he escrito muchos editoriales en mi vida y todavía estoy en capacidad de seguir; ahora

seguramente he caído en algún error, en algunos errores, pero lo que puedo decirle a usted es que nunca he escrito un editorial en contra de mi conciencia. Yo creo que es lo único que debe pedírsele a un periodista: que no escriba nunca en contra de su conciencia, que sea fiel a sus sentimientos, a su deber. Errores todos los tenemos y es fácil equivocarse...

Usted ha sido señalado siempre como un hombre apasionado; al margen de todas sus virtudes, de todos sus defectos, como un hombre apasionado. Aunque la pregunta sea rara, ¿cómo juzga usted su propia pasión?

—Bueno, creo que la pasión no es mala, es fundamentalmente buena. Es mala si se le emplea mal, pero la pasión con nobleza es buena. ¿Y qué mayor nobleza que amar mucho a su país? Yo amo a mi patria por sobre todas las cosas y este poco tiempo que me queda de vida se lo dedico a mi país y nada más, no tengo otra ambición ni otro interés, salvo mi familia, que quiero mucho. Pero yo creo, al contrario, que lo que falta aquí es justamente pasión. ¿Por qué? Porque si usted observa al peruano verá que es valiente físicamente pero no moralmente. Siempre trata de evitar el escollo, de evitar la dificultad.

Esa pasión tiñe toda la historia de *El Comercio* y ha servido también para crear toda una leyenda negra en torno al diario. Por ejemplo, aquella famosa frase de «los chilenos antes que Piérola»...

—Es importante que toque usted eso porque ahora se lo voy a explicar. Esta es una de las tantas infamias de los pierolistas. Si hay algún miserable en la historia, ese es Piérola. Porque Piérola era un servidor sinvergüenza de Dreyfus. Dreyfus lo tenía a sueldo y Chile lo tenía en su suelo. Cuando había un conato de revolución, entonces Chile lo dejaba libre y regresaba y naturalmente debilitaba a nuestro país, debilitaba a la nación porque realmente tenía elementos, tenía partido y era un hombre valeroso, capaz, inteligente y valiente, de manera que él levantaba la escuadra, hacía la revolución, pero el objeto que persiguió Portales hacía mucho tiempo se estaba cumpliendo: se estaba llegando poco a poco al 79, cuando Chile, más fuerte que el Perú, nos declaró la guerra...

En este momento, ¿qué es aquello que más lo distancia de este Gobierno? ¿Cuál es el motivo de mayor discrepancia entre usted y el régimen militar?

—Que el Gobierno no gobierna democráticamente. Si hubiera libertad, libre discusión, entonces no habría inconveniente. Y Parlamento, porque ¿qué es lo que le da a este Gobierno el derecho de hacer lo que le da la gana? Contésteme usted la pregunta: ¿qué es lo que le da derecho de hacer lo que le da la gana, de poder echar a un ciudadano del país cuando quiere? ¿Por qué? Porque sabe que tiene a la Policía a sus espaldas. ¡Es la Policía, la fuerza pública lo que hace al Gobierno! ¿Usted cree que un Gobierno así es un Gobierno respetable? En ningún país del mundo.

Este Gobierno ha hecho cosas importantes con las que usted, ya hemos hablado de eso, está de acuerdo, como renovador que ha sido siempre. Usted está de acuerdo, por ejemplo, con una ley básica como la reforma agraria, usted está de acuerdo con la solución dada al caso de la IPC, usted está de acuerdo con el fortalecimiento del Estado...

—Así es, pero no puedo aceptar la tiranía, la forma dictatorial de gobernar.

Usted ha tenido varias entrevistas personales con el presidente Velasco. ¿Qué opinión, a nivel individual, le merece el presidente?

—Como le he dicho, tengo dos criterios para juzgarlo. Si lo juzgo personalmente, soy amigo de él, amigo y le tengo estimación. Si lo juzgo como ciudadano, no estoy de acuerdo con el régimen y soy enemigo de él.

Velasco, entiendo, siempre ha sido muy cordial con usted.

—Sí, siempre.

¿Cuántas veces ha hablado con él?

—Varias veces, cada vez que me ha mandado un edecán, que han sido varias.

¿Y dónde se han visto?

—En Palacio. La última vez fue cuando cumplí 70 años de periodista y me mandó un edecán a felicitarme. Yo fui al día siguiente

a agradecerle. Él estaba abajo, con otros militares, no sé si había tenido consejo de ministros pero de todas maneras subió. Estaba yo en la salida y después fuimos a su despacho; como había quedado afuera mi nieto lo hice entrar y se sentó a la izquierda del presidente, yo a la derecha. Entonces le referí la anécdota esa de Billinghurst, cuando me llamó y me dijo: Deseo que usted vuelva a ser diputado por Tumbes. Pero a qué Congreso, le contesté. Al que piden los pueblos, dijo él. Los pueblos no pueden pedir nada porque hay un Congreso actualmente, contesté. Entonces Billinghurst dijo: De manera que usted defiende al Congreso de Leguía, a los leguiistas. No —contesté—, con Leguía puede hacer lo que quiera; lo que defiendo es el Congreso, que es la garantía de la libertad cívica. Y agregué que Billinghurst, después de eso, me acompañó hasta la puerta y me ofreció mandar un edecán para dar un paseo conmigo por la Mar Brava, y que no hubo oportunidad para eso porque se produjo la revolución.

¿Y qué comentario le hizo Velasco?

—A mí no me dijo nada, pero se volteó donde mi nieto y dijo: Jodido tu abuelo, ah.

¿Usted cree que Velasco pasará a la historia como un reformador?

—No, no creo eso, creo que no se ocupará la historia de él, y si se ocupa, será para mal. Yo creo que la historia se ocupa de hombres como Castilla, y de todos los demás, muy poco.

En la tradición del militarismo peruano, ¿cómo ubica a Velasco?

—Como uno de los tantos gobernantes, como ha podido ser Benavides, como todos aquellos dictadores, un dictador con uniforme militar. Para mí lo más grave es que de todo esto va a salir muy dañada la Fuerza Armada.

Pero la Fuerza Armada es el Gobierno…

—Sencillamente porque está muy bien, porque lo tiene todo… Porque más tarde habrá que decir: ¿por qué podía hacer el Gobierno todo lo que ha hecho? Porque tenía a la Fuerza Armada como respaldo. ¿Por qué podía botar a un ciudadano? Porque tenía la fuerza. La diferencia está en que nosotros tenemos la fuerza moral y

ellos tienen la fuerza material...

¿Y si a este Gobierno le sucediera el APRA, cómo reaccionaría usted?

—¿No cree que se está adelantando?

Supongamos, supongamos...

—Reaccionaría mal... Es que no podemos estar con el APRA porque hay sangre de por medio.

¿Qué clase social representa *El Comercio*?

—*El Comercio* representa la defensa siempre de la clase media y también del pueblo, pero principalmente de la clase media. Yo creo que en nuestro país no existe aristocracia, es un término que nos cae grande y los apellidos aristocráticos parecen un poco ridículos...

¿Para usted quién es el personaje histórico peruano que encarna las más grandes virtudes nacionales? ¿Quién es su personaje histórico favorito, por decirlo así?

—Cáceres es el más grande. Pero, por supuesto, al lado de Bolognesi y Grau. Ellos no pueden ser disminuidos nunca. Cáceres permite al Perú decir que nunca fue vencido.

¿Cuál fue el momento más triste de su vida?

—Bueno, quizá sería mejor no responder... Por orden cronológico, la muerte de mi madre, primero, y la muerte de mi esposa, después. Son los seres que más he querido en mi vida... Los 18 de todos los meses jamás olvido de llevarle orquídeas a Elvira, mi mujer.

¿Todos los meses?

—Todos los meses, hace treinta años.

¿Siempre orquídeas?

—Siempre. Y no regalo orquídeas a nadie. Nunca. Solo a ella. Me enamoré de ella desde la primera vez que la vi. Ella tenía 14 años; yo, 18.

¿Fue el único gran amor de su vida, verdad?

—El único gran amor... Bueno, nada de echármela de santo, que no lo he sido tampoco, tampoco y felizmente.

¿Ya es suficiente que sea el único gran amor, no?

—Mi gran amor. Y un gran amor salva muchas cosas.

¿Por qué cree que ha despertado opiniones tan contradictorias,

que van desde la apología hasta el odio? ¿Por qué cree que ha sido un personaje tan disputado?

—Porque no me conocen, no me conocen en el buen sentido ni en el mal sentido. No me conocen en el buen sentido porque me creen mucho más capaz de lo que soy, han creado un mito de mi persona. Y no me conocen en el mal sentido porque, realmente, se equivocan al tratarme, me creen un hombre furibundo y no saben que soy, en verdad, un romántico, un romántico en todo.

Tal parece que usted ha cambiado, sin embargo, que ahora tiende a ir más hacia la derecha.

—Quizá, quizá sea cierto... Creo que no se debe arrebatar a la gente lo que ha hecho con su esfuerzo.

¿No se arrepiente de nada?

—No, de nada, porque antes de actuar siempre he pensado mucho...

Pero usted me dijo una vez que, por ejemplo, la posición que tuvo hacia Bustamante la consideraba ahora equivocada.

—Es cierto. Yo no habría combatido ahora a Bustamante.

¿Cuál es su personaje histórico predilecto, prescindiendo de nuestros héroes?

—Podría ser una herejía si le dijera que Cristo...

Extraño en un personaje poco religioso como es usted.

—Yo lo juzgo al estilo de Renan. Tomo en cuenta los bienes que ha hecho, su desmesurada bondad.

Pareciera que ahora siente la necesidad de amistarse con la religión.

—Sí. Siento haber destruido gran parte de mi creencia... Yo querría ser más religioso, querría ser más religioso.

HÉCTOR CORNEJO CHÁVEZ

(9 de junio de 1977)

Hay quienes dicen que si usted llevara su coherencia política al extremo debería desafiliarse de la DC e inscribirse en el Movimiento Velasquista Revolucionario. ¿Qué opina de eso?

—No acierto a comprender en qué puede fundarse eso. Durante la primera fase fui casi hasta majadero en la afirmación de mi posición ideológica demócrata-cristiana. No solo en mi trato con la gente del Gobierno, incluyendo al propio general Velasco, sino que cuando se me presentó la oportunidad de hacer esto público dirigiendo un periódico, difundiendo y defendiendo las tesis ideológicas de la democracia cristiana, hubo más de uno que dijo que yo estaba utilizando *El Comercio* como un boletín de propaganda partidaria. En todos los casos en que hemos prestado nuestro apoyo ideológico ha sido en la medida en que los actos de la revolución coincidían con nuestros planteamientos, hechos muchos años antes de que la revolución comenzara en 1968.

Tal vez lo más justo debió ser decir que el general Velasco debía inscribirse en la DC...

—No diría tanto. Si bien la aportación ideológica de la DC ha sido importante, de ninguna manera podríamos decir que la revolución asimiló el socialcristianismo como doctrina. Ni soy velasquista ni el general Velasco es demócrata-cristiano. Somos dos revolucionarios que coinciden en cierta área de sus planteamientos y que mantienen discrepancias, en otras áreas.

Usted en *Caretas* escribió: «Sostuve y sostengo que las Fuerzas Armadas, más allá de las intenciones patrióticas que sin duda las inspiran, deben dejar el Gobierno del país a los políticos civiles». ¿Sostendría nuevamente esto?

—No recuerdo la fecha, si usted se fija...

Sí, cómo no.

—Porque eso es lo que a mi juicio explica todo.

Es la edición de noviembre 25 a diciembre 5 de 1968.

—Exactamente. No solo lo dije en la revista, salí a la televisión a decir eso —fuimos los únicos que salimos públicamente a decirles eso a los militares—. Lo que ocurre es lo siguiente: durante toda la historia republicana del Perú, virtualmente sin excepciones, las Fuerzas Armadas estuvieron siempre al servicio de los grupos oligárquicos, nunca se identificaron con las necesidades y frustraciones del Perú profundo...

¿Me permite una interrupción?

—Sí, por supuesto.

Me asombra que usted diga eso. Tengo aquí un recorte del 19 de octubre de 1968 cuyo título es: «Que la Fuerza Armada no es oligárquica sostuvo Cornejo Chávez en la TV». Y dice: «La Fuerza Armada no es oligárquica ni terrateniente...».

—Lo recuerdo muy bien. Si usted me permite que yo le explique va a ver las cosas con absoluta claridad. Punto primero: las Fuerzas Armadas nunca habían demostrado otra actitud que no fuera la del respaldo al orden constituido. Cuando empieza la campaña para las elecciones de 1969, los democratacristianos habíamos hecho un análisis y nos habíamos preguntado el porqué de eso. Si uno examina, no digo ya los cuadros de tropa sino también los cuadros de oficiales y de jefes, encuentra con que no son precisamente de extracción oligárquica, que los sectores de poder económico no nutren de oficiales o de tropa a la Fuerza Armada. Fue con el propósito de decir eso que salimos a la televisión. No para afirmar que la Fuerza Armada no había respaldado el orden establecido sino para decir que por su extracción, por su naturaleza, por los intereses a que podía estar vinculada, no era ni tenía por qué ser oligárquica. Fue casi una invitación a la reflexión.

Cuando se produce el movimiento del 3 de octubre, parecía un golpe más. Esa fue la visión primera de todos, diría. Por eso es que salimos a decirles: señores, regresen a sus cuarteles. Semanas después, meses después, sin embargo, el Perú se dio cuenta, con la

recuperación de La Brea y Pariñas, con la reforma agraria, de que no se trataba de un golpe más, que este era un proceso sin precedentes en la historia del país.

Doctor Cornejo, el Consejo Nacional de Justicia se creó como un ente fiscalizador de toda la estructura judicial del país. ¿Me puede usted decir si no tuvo usted dificultades en fiscalizar, desde la presidencia del Consejo Nacional de Justicia, al doctor Alfredo Cornejo Chávez, nombrado vocal de la Corte Superior de Arequipa durante su gestión, en abril de 1971?

—En primer lugar, el Consejo Nacional de Justicia no se creó con una función fiscalizadora. Se creó para elegir magistrados. Se lo digo nada más que como aclaración. Fue posteriormente —y en eso yo tuve personalmente intervención— que vino lo de las sanciones, el asunto disciplinario, iniciativas legislativas, etcétera. Esto aclarado, tengo que hacerle otra precisión. Cuando el doctor Alfredo Cornejo Chávez postuló...

¿Es su hermano, verdad?

—Es mi hermano. Cuando postuló a una vocalía en una corte de provincias lo hizo en el ejercicio de un derecho, puesto que reunía todos los requisitos que la ley exige para postular. El que yo fuera miembro del consejo no me daba el derecho de privar del suyo a un pariente, hermano o no. Sin embargo, por lo que llamaría un exceso de escrúpulos de mi parte, yo pedí licencia, no para el acto del concurso, sino desde varias semanas antes hasta varias semanas después, para no tener ninguna intervención, no digo en el acto mismo de su elección sino en todo el expediente que se constituye por todos los que postulan a un cargo. De manera que yo no intervine en absoluto ni hice la menor gestión.

Simplemente, creo que me hubiera parecido más elegante diferir el nombramiento a cuando usted, por A o B razones, dejara el Consejo Nacional de Justicia.

—Pero yo no puedo ser elegante a costa ajena. Si yo para ser elegante renunciara a una expectativa mía, perfecto. Pero que yo sea elegante pidiéndole a otra persona, por muy vinculada que esté a mí, que renuncie a un derecho me parece que no es muy elegante. Me

parece una posición muy cómoda, una manera muy barata de ser elegante. Seré elegante cuando a mí me cueste ser elegante, no cuando le cueste a otra persona.

Es una elegancia fraternal la suya, doctor... Usted dijo, refiriéndose a los diarios antes de la expropiación: «Estos diarios no representan a los pobres». ¿Usted cree que hoy representan a los pobres?

—Vamos por partes. El sistema que yo contribuí a formar —y reclamo para mí la responsabilidad principal...

Valiente es usted...

—Ah, sí. Cuando yo creo en una cosa la digo, aun cuando me cueste, aunque sea impopular, me tiene sin cuidado. El sistema tenía y sigue teniendo como objetivo el dar expresión sistemática y sin manipulación a los sectores mayoritarios de la población antes marginados. Si ese objetivo no se cumple, el sistema habrá traicionado su propia esencia. Y la esencia consistía en dar voz a todos los sectores de la población, no solo a obreros y campesinos. De manera que yo creo que el sistema de prensa peruano debe seguir adelante. Lo que debe impedirse es que se le manipule, que se le tergiverse, que se le infiltre, como desgraciadamente ciertos sectores, especialmente promarxistas, pretendieron hacer.

A través de unos de sus voceros, el Partido Comunista insinuó la semana pasada la necesidad de una alianza entre la Democracia Cristiana, Acción Popular Socialista, el Partido Comunista y el Partido Socialista Revolucionario. ¿Qué opina de este planteamiento?

—Que responde a un enfoque a mi juicio erróneo. Yo no creo que actualmente en el Perú estemos frente a un dilema sino creo más bien que se abren, no dos, sino tres posibilidades. Creo que entre los civiles, y también entre los militares, hay gentes que desean el retorno de la derecha, del sistema capitalista que debíamos haber superado definitivamente a partir de 1968. Creo que junto a ellos hay civiles, y también militares, que desearían marxistizar el proceso revolucionario del Perú. Y también habemos civiles, y militares, que quisieran no regresar a un sistema neocapitalista o liberal ni tampoco crear un

orden social comunista. Es decir, quienes quisiéramos implantar por la vía de una revolución sin sangre un modelo societal comunitario. Si esto es así lo lógico es que se alíen en el primer grupo todos los que quieren ese objetivo, y que se alíen en el segundo todos los que quieren instaurar un régimen marxista, y que nosotros solo nos aliemos con aquellos que, rechazando el capitalismo, no quieren tampoco una sociedad marxista. Aprecio la opinión de quien ha dicho eso, pero como nosotros no deseamos contribuir al establecimiento de un régimen marxista no veo qué sentido tendría que nos aliáramos con marxistas. Como no veo ningún sentido en una alianza con la derecha...

¿Y con el APRA?

—El APRA para mí es derecha. Y no solamente creo que es derecha sino que es la fuerza política que la derecha desea ardientemente que llegue al poder...

¿Y Acción Popular?

—Acción Popular es derecha. Y el Partido Popular Cristiano es derecha.

El centro son ustedes...

—Nosotros somos izquierda cristiana, izquierda socialcristiana.

Sin aliados posibles...

—No, no. Seguramente hay muchos civiles que, sin estar inscritos en ningún partido, comparten nuestros planteamientos. Si usted suma el número de afiliados a los partidos, comprobará que son una pequeñísima minoría. Y entre los no afiliados estoy seguro de que la gran mayoría rechaza la injusticia capitalista tanto como la trampa comunista. En ese sentido, creo que nuestro planteamiento contaría con el respaldo de muchísima gente...

Más que los 50 mil votos que obtuvo usted en una candidatura presidencial...

—Claro. Creo que muchísimos más. Yo acepto, y de buen grado, que hemos sido y que seguimos siendo un partido chico y que esos 50 mil votos revelaron una pequeñísima fuerza electoral. Yo mismo he llamado a eso, en un libro que escribí, un desastre electoral. Hay que recordar —y usted seguramente no lo recuerda porque es muy joven—

que nosotros fuimos víctimas de la teoría del voto perdido, aquella que sostuvo que votar por nosotros era inútil porque de ningún modo podríamos ganar las elecciones. Y esa campaña, hábilmente orquestada y copiosamente financiada en un momento en que no teníamos ningún apoyo en la prensa, rindió sus frutos. En esas circunstancias y ante un sistema que marginaba de la consulta a las grandes mayorías, comprenderá usted que para nosotros aquellos 50 mil votos no tienen la menor importancia. Todas las elecciones se hicieron en base a un cuerpo electoral minoritario. En las últimas, el cuerpo electoral estaba constituido por alrededor de dos millones de personas. Y para entonces el Perú tenía 14 millones de habitantes. Esto es la negación de la democracia. Porque la democracia, por definición, es el Gobierno de las mayorías con respecto de las minorías, no al revés. De manera que yo obtuve 50 mil votos en un régimen antidemocrático que tenía todas las apariencias de una democracia formal...

¿Cuál es su posición frente al Gobierno del general Morales Bermúdez?

—Esto nos llevaría a un análisis bastante a fondo...

En realidad la pregunta es un poco redundante porque usted acaba de decir: «apoyamos la primera fase...».

—Lo que no implica afirmación alguna respecto a la segunda...

Como usted suele ser muy ambiguo, sofisticado y elaborado, por eso creí...

—Le advierto que si de alguna fama gozo es de ser muy definido.

Le pediría una definición, le pediría una justificación de su fama...

—Mi fama, oiga usted, está hecha en parte de realidades, pero en buena parte también de imágenes, de distorsiones. Hay una conciencia generalizada de que una es la imagen real de una persona, y otra la que de ella crean los órganos de comunicación. Y esto no solo aquí. Se dice que Kennedy le ganó las elecciones a Nixon simplemente porque tenía un estado mayor que le sugería qué camisa o qué sonrisa debía ponerse en la televisión. Y esa imagen simpática, afable, cordial fue un factor político importante.

De manera que usted sería una versión nixoniana arequipeña...

—No, lo que quería decirle es algo que usted conoce: la fuerza que tienen estos órganos para convertir en atractiva a una persona que no lo es, o viceversa... Pero vayamos a la pregunta. Nuestra posición respecto a la primera y segunda fase no se basa en simpatías, dichos o conjeturas. Nosotros hemos analizado en nuestro congreso los hechos que permitieron a muchos decir que en la primera fase había en el Perú una revolución y los hechos que permiten a algunos decir que hoy hay una modificación sustancial del proceso revolucionario. Y sobre esto podríamos hablar mucho.

Doctor, le pediría un resumen lo más apretado posible...

—Bien, vayamos por partes, por áreas de reflexión. El Gobierno del general Morales Bermúdez ha introducido modificaciones sustanciales en la figura de la comunidad laboral, obra de la primera fase inspirada en la idea socialcristiana de la cogestión. Nosotros creemos que esas modificaciones están equivocadas de principio a fin porque han variado la naturaleza de la participación de los trabajadores, convirtiéndola de una participación en el capital, que se le reconocía hasta en un 50 por ciento, en un crédito patrimonial hasta un 33 por ciento, y porque han individualizado los beneficios quitándole a la comunidad precisamente su carácter comunitario. En esto, concretamente, nosotros estamos de acuerdo con la primera fase y en desacuerdo con la segunda. Otra modificación importante, anunciada oficialmente, es la que se refiere a la empresa de propiedad social. El propio presidente de la República ha dicho que se va a redefinir el concepto de la propiedad social —concepto de propiedad que nosotros nunca aceptamos porque nos pareció y nos parece antesala a una colectivización generalizada— y que lo que iba a caracterizar a este sector era su diversidad, cosa que nosotros también propugnamos y con letras de molde: ¿por qué imaginar un solo tipo de empresa de propiedad social, por qué no incluir las cooperativas, liberadas de su lastre capitalista, las SAIS, las empresas comunitarias? En esto, nosotros estamos en desacuerdo con la primera fase y en acuerdo con la segunda. No estamos, por otro lado, de acuerdo ni con la primera ni con la segunda fase cuando se considera que el Tercer Mundo y el

mundo no alineado son sinónimos. El mundo no alineado es cada vez menos no alineado. ¿Yugoslavia es un país no alineado? ¿Cuba es no alineado?

¿Pero cómo definiría, en términos generales, la segunda fase?

—Creo que la segunda fase es una segunda fase del proceso revolucionario. No hay razones ni hechos para sostener, como sostienen algunos grupos marxistas, que esto no es una revolución. Yo sí creo que es una revolución. Una fase revolucionaria sujeta a una presión muy grande, en lo económico por la crisis y en lo político por la arremetida de la derecha. Yo creo que la revolución sigue y que Morales Bermúdez está encabezando una segunda fase revolucionaria.

En cuanto a lo que los partidos llaman la salida para el país, la salida a la crisis, ¿la Democracia Cristiana tiene una alternativa a plantear o también trabaja área por área?

—La crisis es básicamente económica y por lo tanto debe tener una solución económica. En otros términos, no se puede curar pulmonía con un remedio para las uñas. Pretender que de la crisis económica se tenga que sacar una llamada solución política que se traduzca, no en la solución de la crisis sino en la transferencia del poder político, es simplemente aprovecharse de las circunstancias para sacar ventajas. Pretender decir que la crisis económica es fruto de las reformas estructurales, que las reformas han sido hechas por la revolución y que por esto la revolución debe terminar, ese planteamiento de la derecha nosotros lo rechazamos.

Los militares han dicho que se quieren ir del Gobierno en 1980. ¿Usted está de acuerdo con eso?

—Mire usted, los militares han publicado un proyecto de plan y es un proyecto desde su primera hasta su última página. Y ha ocurrido que la derecha ha tomado de este proyecto aquella parte en que se habla de elecciones y para ella esta parte ya dejó de ser proyecto, eso ya es un compromiso de honor, eso se tiene que hacer indefectiblemente. Eso no dicen de lo demás.

Qué distinta, doctor, esta posición respecto de aquella que sostenía en noviembre de 1968: «Y no creo ya dudoso sino total y absolutamente inadmisible que haya algo en la Constitución que,

encima de autorizar el alzamiento militar, faculte a la Fuerza Armada a quedarse en el ejercicio de las facultades del Gobierno y del Parlamento por todo el tiempo que por sí y ante sí decida que es necesario».

—Nuestro partido surgió en la dictadura de Odría. Y creímos y sostuvimos que el fin de la dictadura iba a ser el inicio de las grandes soluciones que el país requería. Creímos, por eso, en la democracia representativa. Pero cuando tuvimos la oportunidad de ver de cerca cuál es el grado de su inoperancia, de su alejamiento de los intereses reales del país, de su cercanía a los grupos de poder nacionales y extranjeros, tuvimos una gran desilusión. Y desilusionarse no es claudicar. Creímos en la democracia y porque creímos en ella fue que libramos batallas, cuyos testimonios están en los libros de debates, para hacerla operante, para que se pusiera al servicio del país. No lo logramos. Ganábamos todos los debates y perdíamos todas las votaciones. ¿Quiénes representaban en el Perú a los campesinos? Los terratenientes. Por eso es que nunca se hizo la reforma agraria. A fuerza de perder batallas nos fuimos desilusionando. Además estaba la incapacidad técnica del Parlamento para abordar con rigor los grandes problemas, la tendencia a una legislación oportunista, coyuntural, desfinanciada, la falta de un plan global. Ya no creo en eso. Ni quisiera que el país regresara a eso...

Tal vez es usted más cristiano que demócrata...

—Sí. Yo siempre he sido más cristiano que demócrata. Para mí la democracia es un medio, no un fin en sí.

Su posición se parece a la de quienes sostienen que antes de la transferencia del poder debe lograrse la institucionalización de las conquistas esenciales del proceso.

—Yo soy más exigente. Creo que hay que institucionalizar las conquistas, pero eso no basta. No creo que se logre la irreversibilidad de esas medidas incorporándolas a la Constitución. En este país se ha cambiado de Constitución como de camisa. Si mañana la derecha, en el caso de que llegara al poder, convocase una Constituyente que borrase del texto las reformas logradas, ¿quién podría impedirlo? Yo diría que en este momento hay muy poco irreversible en la revolución.

Quizá la reforma agraria —y aún no estoy muy seguro que en su totalidad—. Todo lo demás se puede deshacer.

¿Qué es lo que haría irreversible el proceso, entonces?

—Solamente cuando los sectores organizados del pueblo lleguen a tener una organización suficiente para que esas organizaciones sean realmente de esos sectores: los campesinos, su sector, no los campesinos manipulados dentro del sector por otros elementos, y lo mismo los demás sectores. Cuando todos ellos sean maduramente conscientes de lo que significa el cambio del modelo, de la superioridad de ese modelo, cuando hayan asumido conscientemente los cambios, entonces las transformaciones, dentro de la relatividad humana, serán irreversibles. Lo que sí puedo decirle es que no hará irreversible a la revolución el hecho de consultar con sus enemigos acerca de si la revolución debe seguir o no. Es como un boxeador a quien su rival le acierta un buen golpe en el mentón justo cuando estaba saltando en el aire. Lo va a noquear.

Usted no quiere elecciones...

—Yo quiero elecciones, pero elecciones que no signifiquen un simple cambio de Gobierno sino una real transferencia de poder...

¿A quiénes?

—Al pueblo organizado.

¿Ese no es un sueño corporativo mezclado de altruismo?

—Tan no es un sueño corporativo que la democracia liberal es por definición eso. Es el Gobierno del pueblo por el pueblo.

Organizado como la sectorización de los diarios...

—No he dicho eso.

Yo pregunto entonces.

—No estoy proponiendo eso. Creo que es un deber de los políticos imaginar esa fórmula. Que no se espere que yo dé la receta. Esto debería ser un esfuerzo conjunto: qué habría que hacer para que la democracia en el Perú fuera política, social y económica...

Coincide usted con el Partido Comunista.

—No sé qué dice el Partido Comunista sobre esto.

Propone elecciones que signifiquen una real transferencia de poder al pueblo organizado. Exactamente igual...

—No me inmuta en lo absoluto que en un determinado punto pueda coincidir con quien sea. Podría decir que no coincido con los comunistas, que los comunistas coinciden conmigo.

Hay una coincidencia adicional: una comprensible dificultad para definir lo que es pueblo organizado.

—Mire usted. Si nosotros estuviésemos conduciendo la revolución probablemente a estas alturas tendríamos ideas más concretas sobre el particular. Lo que sí veo muy en claro es que, sin entrar al detalle de cómo va a ser, qué grupos se van a crear, etcétera, que son detalles de implementación...

Usted subestima los detalles, ¿no? Para usted la CNA o la CCP como representantes del sector agrario, son... problemas que se le pueden dar a una tecnocracia implementadora...

—No, no, no. Me refiero a entrar a la minucia reglamentista. Como cada cuántas personas deben tener derecho a un representante. Y si eso se va a llamar Cámara, Parlamento, Asamblea y si va a funcionar en la plaza de la Inquisición. Pero la idea básica es esta: una verdadera democracia será tal cuando el pueblo ejerza la soberanía. Y para eso, como la democracia directa es imposible, el pueblo tiene que organizarse, que delegar, que elegir.

¿Y cómo se organiza el pueblo?

—El pueblo se organiza de muchas maneras. Usted ha mencionado a la CNA. No creo que represente a la totalidad de campesinos —y lo dije antes—, pero creo que es una organización importante. Así como es importante el Conaci, con todos los errores que puede tener.

Es curioso que el presidente de un partido no haya mencionado para nada el papel de los partidos en este sueño de nueva sociedad...

—Es que usted no me lo ha preguntado. Nosotros rechazamos siempre la teoría del no partido. Y pensamos que los partidos doctrinarios, no los aluviónicos ni personales, tienen un papel importante que jugar porque son los que establecen, a nivel horizontal, una comunidad de planteamientos entre representantes de diversos sectores. Son los factores aglutinantes de fórmulas alternativas para los grandes problemas del país.

PEDRO BELTRÁN ESPANTOSO

(6 de abril de 1978)

Usted se expresa como uno de los más nostálgicos defensores de la democracia en el Perú. Esto resulta extraño en alguien que, como usted, hizo todo lo posible por frustrar el experimento democrático de Bustamante. ¿No hay una contradicción entre el Beltrán de hoy y el de antes?

—¡Nunca tuve nada que ver con una intentona de revolución! ¡Nada! Me han achacado eso toda la vida...

¿Y por qué se lo achacaron?

—Usted es muy inocente si cree que los políticos son incapaces de achacar algo que no es exacto. Yo lo creía más experimentado... Usted es todavía joven...

Y usted se opuso a Bustamante...

—Eso es otra cosa...

Y usted alentó el golpe de Odría...

—¡Yo no he alentado nada! Yo en eso no transijo con nadie. Oiga usted, pero también tiene que ver lo que pasó con Odría. Nadie hizo tanto para que Odría no se quedara como los de *La Prensa*. Y digo los de *La Prensa* porque yo era director, pero todo el personal pensaba lo mismo.

Eso se le reconoce, pero esto fue después de que *La Prensa* alentara una subversión contra Bustamante.

—¿Contra Bustamante? No. No.

¿No es cierto que el desabastecimiento que padeció Lima durante el régimen de Bustamante se debió también a que dueños de fundos, como usted, provocaron una escasez artificial?

—¿Escasez de qué?

De productos de pan llevar, por ejemplo.

—No era nada parecido a lo que está sucediendo ahora. Es lo que

más me ha impresionado al llegar aquí. Las quejas de todo el mundo sobre los precios. Precios que están por las nubes, calculando con lo que han sido siempre. Yo recuerdo cuando, en tiempos de Odría creo que fue, las papas subieron a cuatro soles. Y hoy alguien me dijo que las papas cuestan —espero que sea cierto, no he ido al mercado a cerciorarme— que son 16 y 18 soles. Cuatro veces y media más...

Lo que creo francamente es que usted representa una corriente política para la cual la democracia es buena hasta donde sirve a sus intereses. Pero cuando deja de servir a esos intereses puede esa democracia ser sustituida inclusive por una autocracia como la de Chile. ¿Estoy equivocado o no?

—A usted se le pueden ocurrir muchas ideas que no tienen ninguna base, como esta. Toda mi vida he sido lo contrario. Pero si a usted se le ocurre eso, qué voy a hacer...

Usted plantea que los diarios están mal...

—¿Que el diario está mal?

Que los diarios están mal, que la prensa diaria está mal. Que no hay pluralismo, que no hay libertad de expresión, lo que me parece correcto. Pero le pregunto a usted: en *La Prensa* que usted dirigió, ¿hubo libertad de expresión para la gente de izquierda?

—¡Cómo no la iba a haber! Había libertad de expresión para quien quería darse el trabajo de escribir algo para publicar. El que quería sacar una publicación la sacaba y no tenía ninguna dificultad. *La Prensa* no era yo. Yo era la cabeza de turco de *La Prensa*. Pero había muchos periodistas que tenían sus ideas y las sostenían muy bien...

Como Sebastián Salazar Bondy...

—Y la primera, oiga usted, la primera cosa que hubo para la salida de Odría fue un famoso documento —quizá usted lo recuerde—, con 111 firmas, que salió de *La Prensa,* pidiendo elecciones. Y al final se salió de Odría, sin dispararse un solo tiro.

Usted es extraordinariamente hábil e inteligente, y esa habilidad e inteligencia le permiten evadir olímpicamente mis preguntas. Cosa a la que estoy acostumbrado, relativamente. Pero me parece realmente un abuso de parte suya que usted no me responda lo que le acabo de preguntar. Yo le estoy

preguntando si en *La Prensa* que usted dirigió hubo o no libertad de prensa para la gente que pensaba distinto, la gente de izquierda...

—*La Prensa* no era sino uno de los tantos periódicos. La libertad significa que un periódico pueda sostener lo que quiera. Eso es lo que es libertad de prensa. Y eso lo había entonces. Pero donde veo que usted no me conoce en lo menor es donde me dice que soy hábil, inteligente. Es todo lo contrario. Carezco de todas esas cualidades. El día que usted me conozca un poco más, con franqueza me va a decir: Qué razón tenía usted cuando me dijo ese día que no era ni inteligente ni hábil.

¿Es que la política peruana está tan devaluada que las personas que no tienen nada de habilidad ni de inteligencia se pueden convertir en personajes?

—Si yo fui personaje, debe de ser así.

Usted fue un hombre poderoso, importante, símbolo de un sector de poder. Usted fue uno de los más notoriamente perjudicados con el proceso de reformas del general Velasco. ¿Eso no ha producido en usted una suerte de resentimiento?

—Quizá usted será así. Yo no soy así. Lo que me da mucha pena es ver que el pobre Perú, mi Perú, mi patria, no tenga siquiera libertad de prensa. Eso sí es algo que da pena. Porque hay que remontarse a tiempos de Luis XIV, que decía: «El Estado soy yo». Entonces resulta que aquí también la prensa pertenece a los que están en el Gobierno. Y eso hace perder toda credibilidad, porque, como muy bien dijo el señor Morales Bermúdez, cuando, recién asumida la jefatura de la junta, habló de la transferencia de los diarios a esas llamadas comunidades, o asociaciones: con el estatismo los periódicos terminan en la adulación. Es verdad. Él lo dijo y creo que esta vez tuvo razón.

¿No hay nada que usted haya hecho de lo cual está arrepentido? ¿O cree que todo lo hizo bien?

—Yo todo lo hice mal. Lo único que puedo decir es que lo hago con sana intención. Yo me he equivocado muchas veces en la vida. No soy tan tonto como para creer que nunca me equivoco.

Usted es un testigo viviente de un largo periodo en la historia

del Perú. ¿Cuál cree que fue el periodo más importante para el país en los últimos sesenta años?

—A mí me parece que el periodo más importante es aquel al que todos deberíamos esperar regresar. Y fue cuando al término de la coalición, el año 95, en lugar de poner a un dictador, Piérola se lanzó y naturalmente fue elegido porque era el hombre que había encabezado el levantamiento general contra los cuarteles. De ahí se siguió con elecciones, había libertad absoluta para todos. Y esa fue una época dorada para el Perú. Lo principal es que haya libertad. Pero libertad efectiva. Es una lástima que desde entonces las cosas hayan caminado tan distintamente, con ciertas excepciones.

¿Qué es lo que más le reprocharía al régimen de Velasco?

—Que fuera un dictador.

¿Y tuvo alguna virtud?

—Es difícil encontrar una... Usted sí la habrá encontrado, por la pregunta que me hace.

Insisto: ¿tuvo alguna virtud?

—Y yo le contesto: ¿Y usted la ha encontrado?

Pero está evadiendo mi pregunta

—Pero yo también puedo preguntar.

Bueno, le contesto: sí, tuvo una virtud: sacudir a este país de una casta de poder que había retrasado su avance social y económico. Ya le contesté, don Pedro. Ahora, dígame: ¿Usted cree que eso constituyó una virtud de Velasco?

—¿Y usted considera que es una buena cosa que el costo de vida esté como está?

No, por supuesto.

—¿Y entonces? ¿Por qué eso? ¿Quién lo hizo? Quien inició todo fue Velasco. Y eso es lo más serio. Porque encarecer el costo de vida es hacer caer el peso de la tributación sobre el que menos tiene. Eso hay que tenerlo en cuenta. Aquí consideran que eso no hay que tomarlo en consideración. ¡Cómo que no hay que tomarlo en cuenta! Hay gente que apenas tiene para comer. ¿Qué hace cuando suben los precios? Eso sí que es un crimen. Y, sin embargo, en eso estamos desde que entró Velasco.

Pero cuando usted fue ministro de Hacienda hubo alzas, dolorosas alzas, dolorosas alzas, ¿verdad?

—¡Mentira!

¿Me quiere decir que no hubo una sola alza?

—No. Usted está en las nubes. O usted pone preguntas porque cree que me va a impresionar. Yo respondo la verdad. Cuando Prado me llamó era precisamente porque estaba subiendo el costo de vida. Había malestar, incluso ya comenzaban a hablar de un golpe. Prado me llamó y me dijo: «Mira, tú estás contra la revolución. Yo te llamo porque lo que está pasando es muy serio. Lo que está pasando es que el costo de vida está subiendo. Si esto sigue así, alguien va a dar un golpe. Tú entiendes de la cuestión económica...». Yo lo pensé y la verdad que... Entonces él me decía: «Dime de otra persona que entienda de esto». Muy bien. Entonces regresé y acepté y me dediqué a una cosa: que el costo de vida no siguiera subiendo. Yo creí que eso iba a demorar más de un año. En mi primera intervención en la Cámara dije que no llegaríamos a dos años antes de que el costo de vida ya se hubiese estabilizado. Me equivoqué. Fue a los nueve meses que cesó de seguir subiendo. Pero eso sí: se hizo con estrictez, sin consideraciones, sin favores, sin permitir que todo el mundo metiera la mano.

Es decir, que durante los primeros nueve meses de su gestión hubo alzas.

—Sí, porque eso no se puede parar de golpe. Parece que usted no entiende de...

¿Usted sí entiende, verdad?

—Toda mi vida no he hecho sino estudiar estos asuntos.

Bueno, le pregunto entonces a un entendido: ¿Cómo ve la solución para la crisis económica actual?

—A mí me parece que usted pone mal la pregunta. Lo que usted quiere decir es a qué se debe la inflación. Así entiendo yo su pregunta. Si usted sabe a qué se debe, entonces sabrá cómo se paraliza. La inflación es el resultado de imprimir billetes. Eso en una época se llamaba la «maquinita». No sé si usted se acuerda. Usted es muy joven. Ahora se llama «programa de los medios de pago». Ya no pronuncian

la palabra «billete». Bueno, es verdad que este es un fenómeno general. Aunque hay, por lo menos, una excepción. En Suiza —nadie habla de Suiza porque es un buen ejemplo—, el último índice del costo de vida, que creo que es de diciembre, había bajado de un décimo de uno por ciento. Y en cuanto a los desocupados, en lugar de ser 27.323 eran 22.432. ¡En todo el país! Entonces, usted ve que hay cómo impedir el alza del costo de vida. Eso que dicen que se debe a lo que pasa en el mundo es un disparate. Lo que se debe al alza del costo de vida es la inflación que se da en tantos países, en unos más que otros. Nosotros, desgraciadamente, estamos haciendo una inflación en gran escala. Y aquí no se sabe cuál es el monto real de las emisiones de billetes. Antiguamente, cuando había libertad de prensa en el Perú, en *La Prensa* publicábamos todos los meses un diagrama con la cantidad de billetes en circulación. De manera que ahí se veía inmediatamente cuándo aumentaban las emisiones. Ahora ni se informa, ni se opina, ni se critica. Imagínese que el último boletín del Banco de Reserva es de julio del año pasado. ¿Cómo quiere que el país sepa lo que está pasando? Que informen. Esta es nuestra tierra. Y el Banco Central de Reserva es de los peruanos.

¿Usted cree que solo la emisión inorgánica de billetes sea la causa de todo?

—Claro.

¿Solo eso?

—Claro. Lo hicimos cuando Prado.

O sea que la solución es parar la emisión de billetes.

—Pero no así, pues. Para cortar la emisión de billetes es preciso también cortar el dispendio, el gasto innecesario, el gasto que es posible no hacer. En su casa, su señora se quejará cuando los precios suben. Y usted tiene que producir más dinero. Ella no puede emitir billetes y usted tampoco. Pero con el Gobierno no pasa eso. El Gobierno comienza por gastar más que las entradas. Y después viene el problema: ¿de dónde sacar la plata? ¿Poner impuestos (y creo que estos han puesto bastantes impuestos)? Pero eso trae el problema de que la gente se queja. Por el contrario, la maquinita es algo que se ha inventado y que la mayoría de la gente no lo sabe. Pero termina por

destruir al país.

Si usted fuera mañana ministro de Economía, ¿cuál sería la primera medida que tomaría?

—Bueno, felizmente puedo estar seguro de que nadie me va a pedir que ocupe ese cargo. Y lo digo porque debe ser un verdadero dolor de cabeza. Un país en crisis es como un enfermo grave. Al enfermo grave hay que empezar a tratarlo por lo más urgente, por lo más vital. Eso es cortar el dispendio, cortar el gasto innecesario.

¿Y si yo le pido que me dé dos ejemplos de dispendio?

—Si le digo dos, no le digo nada. Tendría que darle doscientos y ponerme a escribir todos. Un Gobierno no puede... Por eso yo siempre digo que las amas de casa son los verdaderos ministros de economía familiar. Y si usted les pregunta qué cortarían, ellas sabrían qué contestar. Esto es lo mismo. No puede seguir gastándose más que las entradas. En Alemania, después de la Primera Guerra Mundial, se pusieron a gastar como aquí y llegó el momento en que se iba a la plaza del mercado con carretillas llenas de billetes para comprar lo del día, porque no había billetes de muy alta denominación.

Hay quienes sostienen que la inflación no se debe exclusivamente a lo que usted llama maquinita sino que hay una raíz estructural en el asunto. Es decir, un proceso de redistribución del ingreso, que suma para el consumo a determinadas capas, y que se enfrenta a una rigidez histórica en la oferta de la producción alimenticia, ya constituye un factor inflacionario. No solo eso: hay quienes sostienen que un país como el nuestro tendrá que asumir la inflación como doloroso ingrediente de su desarrollo. El equilibrio óptimo del que usted habla significa sencillamente la parálisis del país. Brasil vive con inflación y no ha enfrentado ningún proceso de reformas...

—Parálisis es la que tenemos ahora aquí. Parálisis es que la producción de la agricultura ha bajado y sigue bajando.

¿No hay entonces sino una explicación —la suya— para la inflación? ¿No es posible hablar de un problema estructural, vinculado al desarrollo?

—¡Eso de estructural! Yo quiero que me explique qué es un

problema estructural. Lo que está pasando ahora, no sé si es estructural pero es un problema muy serio para las amas de casa.

En eso estamos de acuerdo. Pero lo que yo quiero es llegar a la esencia de su pensamiento.

—Ya lo he dicho. ¿Usted quiere que los precios suban? Póngase a imprimir billetes. Eso ha pasado en el Perú y en todas partes donde se ha hecho lo mismo. Pero es eso. De manera que todas esas expresiones... Usted está como los economistas, que siempre hablan para que no los entiendan.

Pero usted es un entendido, un economista...

—Pero no soy tan técnico ni soy tan buen economista que sepa usar palabras que nadie entiende. A mí me preocupa que la plaza no cueste más. Cuando otros imprimen billetes y llaman a eso medios de pago, yo lo llamo maquinita. Yo no entiendo ese vocabulario. Yo estoy bien abajo...

Ese arte de subestimarse para que otros lo sobreestimen es muy peruano y muy inteligente pero...

—Yo no quiero que usted me sobreestime, porque cuando me conozca bien me va a estimar en lo que valgo, que es muy poco... Pero le diré que es muy grata una conversación con usted. Porque usted permite y busca que uno conteste las cosas como son. A mí no me gusta usar palabras raras porque creo que muchos las dicen para impresionar, como decía alguien, para impresionar a los indígenas.

Imagino que usted ha tenido tiempo para meditar sobre los partidos políticos del Perú y tal vez habrá hecho una elección íntima. ¿O sigue siendo de los independientes?

—En realidad no he tenido tiempo. No se olvide que solo hace muy poco que estoy aquí. Y la información que tengo es únicamente de las personas con quienes converso. No se puede decir que me informo de los periódicos, porque los periódicos no están hechos para informar. Están hechos para no informar. Están hechos para cojudear.

Ese es un término que a usted le gusta, ¿no? Porque también lo emplea en su libro...

—Mi lenguaje es el lenguaje de la chacra. Yo me crié en Cañete. Y las palabras que uso son las que me parece que expresan mejor lo que

quiero decir...

No, si yo no tengo nada contra esa palabra. En este caso, me parece precisa...

—¡Muy bien! ¡Así que a usted le parece precisa! ¡Eso sí no me voy a olvidar!

Usted es un criollazo, don Pedro, y como buen criollazo es muy astuto. Pero le sugiero que no sea tan astuto porque se va a notar. Y el arte de la astucia consiste en que nadie repare en ella.

—Fíjese, pues, el juego de palabras que me hace...

¿Por quién votaría usted?

—¿Sabe lo que pasa?

¿Por quién votaría usted?

—¡Cómo le voy a contestar si todavía nadie empezó su campaña! Solo Haya hizo un discurso en la Plaza de Armas. Y después otro en Ica. Oiga usted, ¿y ya entrevistó a Haya?

Sí.

—¿Ahora?

No, ahora no.

—Hay que hacerlo, tiene usted que hacerlo. No es aburrido estar con él.

Cuénteme algo de usted. Le voy a decir con franqueza que para mi generación usted solo era un símbolo, alguien despojado de espesor humano, una figura geométrica...

—Me fregó, ah. ¡Carajo! Figura geométrica.

Lo que quiero decir es que usted era demasiado una figura pública. Quisiera saber algo de usted. ¿Lee usted? ¿Qué lee?

—Leo sobre todo cuestiones que están relacionadas con la economía.

¿Cuál es su autor preferido en economía? ¿Marx?

—Marx es como Adam Smith.

¿Y Milton Friedman?

—Ese es el número uno. Porque piensa en el ser humano como es y en las acciones de los gobiernos como son. Hay economistas, en cambio, que piensan que la felicidad de los hombres se da por teorías. Bastantes teorías hemos tenido ya aquí. Había eso que se llamaban

principios...

¿Las «Bases ideológicas de la revolución»?

—Las «Bases ideológicas de la revolución». Qué tal resultado. ¡Carajo! ¡Si no hay ni pa' comer! ¡Y todavía dicen que si la Constituyente pone de lado algo de eso, la anulan, la botan! Milton Friedman es otra cosa. Él dice: Las cosas hay que juzgarlas por su resultado. Él pasó por Chile y ahí se encontró con una serie de gente que había estudiado en la Universidad de Chicago, que habían sido sus alumnos. Entonces, él les dijo: Lo que hay que hacer es que los hombres actúen por sí mismos, que los lleven sus deseos de beneficio personal... No como Zimmermann, que es un San Francisco moderno. No había que aspirar a, ¿cómo le llaman?, lucro. El lucro es un crimen. Friedman dijo: ¿Cómo quieren ustedes que un pobre hombre, que sacan del cuartel, pueda manejar la economía? Tienen que hacerlo ustedes. Y lo que él dijo se empezó a aplicar. ¿Cuál es el resultado? Hasta hace un año y medio todos hablaban pestes de Pinochet. Ahora, están hablando de cómo están mejorando las cosas en Chile. Eso lo oye usted no solo en Chile sino en Estados Unidos.

Para mucha gente, usted es el representante más neto de la derecha, de la reacción en el Perú. ¿Qué piensa de eso?

—Con mi vulgaridad de la chacra ya le iba a decir una palabra que no debo decir...

Dígala, no más, don Pedro, vamos...

—No me interesan las derechas ni las izquierdas. Me importan un caracol. Y no se dedican a hacer el bien a nadie. Yo lo que quiero hacer es el bien a la mayoría. A mí que me llamen reaccionario, de derecha, no me importa. Para hablar de política hay que hablar del bienestar de la gente, que es la medida de todo.

¿Cree usted que el régimen de Prado buscó el bienestar de las mayorías?

—Infinitamente más que este. Es decir, no se compara. Nunca hemos estado en una situación como la de ahora.

¿Usted cree que el Gobierno de Manuel Prado fue un Gobierno para el pueblo?

—Infinitamente. ¡Va usted a comparar!

Claro que eso no fue para alguna gente.

—¿Para qué gente?

Para los campesinos de Rancas, por ejemplo.

—Yo no sé qué hacían los campesinos de Rancas. Pero sí sé que ahora la producción está bajando en toda la agricultura. Y eso afecta a todo el mundo.

¿Usted cree que la reforma agraria no era necesaria para el país?

—¿A qué se refiere? ¿Al disparate que han hecho? Vaya usted a Italia y va a ver lo que es reforma agraria. Pero lo que han hecho aquí es un crimen. Yo toda la vida he sido partidario de la reforma agraria, pero eso significa que la tierra produzca más, que haya más alimentos. Aquí se han atrevido a dar la medida que debe tener cada chacra, como si la tierra fuera igual en todas partes. Eso revela una ignorancia absoluta...

¿Usted cree que la «revolución verde» podía sustituir a la reforma agraria?

—No le llame reforma agraria a esto. Esto es el disparate agrario. La «revolución verde» es vital en todas partes. Cerca de Manila se ha arreglado un centro técnico para hacer la «revolución verde». Han aumentado diez veces el rendimiento de la tierra. Eso sí es bueno para la pobre gente...

JORGE LUIS BORGES

(19 de diciembre de 1978)

Primera pregunta: ¿va a hacer usted conmigo lo que suele hacer con todos los periodistas?

—¿Y qué hago?

Tomarles el pelo sin ninguna misericordia.

—Jamás he hecho eso en mi vida. Sucede que yo siempre he contestado sinceramente. Y todo el mundo prefiere suponer que esas contestaciones mías son bromas o ironías. Yo soy una persona educada, no le tomo el pelo a nadie. Y espero que no me lo tomen, tampoco.

¿Sigue insistiendo en esa delicia de frase: la democracia es un espejismo de la estadística?

—Es un abuso de la estadística. Eso es verdad, es evidente.

¿Por qué evidente?

—Porque si se tratara de un problema matemático nadie supondría que la mayoría de la gente puede resolverlo. En política, sin embargo, sí se supone que la mayoría tiene la razón. Eso se vio en mi país, cuando el que sabemos obtuvo nueve millones de votos...

El que sabemos... ¿Perón, verdad?

—Sí.

Su odiado Perón... Borges, usted lo llamó cobarde y rufián.

—Bueno, podría haber empleado palabras más duras...

¿Pero le parece justo eso? ¿Ahora que él está muerto y han pasado algunos años?

—Un rufián muerto sigue siendo un rufián. Y un cobarde muerto no es un valiente. La muerte no beneficia tanto. Aunque yo en una milonga digo: «No hay cosa como la muerte / para mejorar la gente».

Usted dijo alguna vez: «Yo siempre le pido a Dios —que no existe— el privilegio de dudar hasta que muera». ¿Sigue usted

dudando, Borges?

—No. Yo ahora estoy seguro de que no hay otra vida y que no hay Dios. Es una certidumbre que me satisface, me tranquiliza. Saber que todo esto pasará, que yo me olvidaré, que seré olvidado... Yo soy un hombre ético pero no religioso.

Ha dicho también, Borges, que considera un bochorno vivir tanto y que quisiera morirse. ¿Esa proximidad a la muerte no lo conduce a Dios?

—No. Me conduce a la esperanza de que no haya Dios y que no haya otra vida. Desde luego, las Sagradas Escrituras, llamémoslas así, aconsejan vivir hasta los 70 años. Yo he cumplido 79. Recuerdo cuando mi madre cumplió 98 años —ella murió a los 99— y me dijo: «¡Caramba, se me fue la mano!».

Usted es para muchas gentes tan edípico, Borges...

—¿Por qué?

Su relación con su madre fue siempre tan intensa, tan obsesiva... ¿No cree que había algo de edípico en ello?

—Bueno, como dijo Chesterton, lo único que sabemos de Edipo es que no padecía del complejo... Yo tengo un recuerdo tan puro y tan grato de mi madre. Ella ha muerto hace tres años. Yo no he querido cambiar nada de su pieza. Y cada vez que vuelvo a casa me asombro de que ella no esté esperándome. A la sirvienta, que es mujer del pueblo y que habla guaraní aparte del castellano, le pregunto: ¿Usted no la siente a madre? Y ella me dice: «Pero claro que la siento. La señora está aquí». No me lo dijo para alarmarme sino, al contrario, para tranquilizarme. Y entonces le hice otra pregunta: ¿Si usted la viera a mi madre en su cuarto, sentiría miedo? Y esta muchacha, la correntina, me dice: «¿Por qué miedo? Si no le tenía miedo cuando vivía, ¿por qué ahora habría de sentir miedo?».

Borges, usted ha cultivado una sorprendente modestia en torno a la estimación de su propia obra...

—Bueno, es que yo quiero ser olvidado...

Pero usted sabe que es un gran escritor.

—No creo. Yo no tengo obra. Mi obra es...

Una miscelánea...

—Una miscelánea, una ilusión óptica lograda por la tipografía.

Me está tomando el pelo, Borges. Usted no puede pensar eso de su obra.

—Claro que sí. Lo que me parece raro es que la gente sea tan indulgente conmigo. A mí no me gusta tanto lo que yo escribo. Claro que eso le pasa a todo escritor. Se han escrito libros sobre mí y yo no he leído ninguno. Alicia Jurado escribió un libro sobre mí, que me aseguran que es muy bueno, y yo le dije: «Alicia, tú sabes que leo todo lo que escribes pero en este caso no voy a leer tu libro porque se trata de un tema que no me interesa o que, quizá, me interesa demasiado».

Como se lo recordó un periodista hace algún tiempo, Carpentier dice de usted que sus opiniones políticas son incalificables...

—No conozco a Carpentier. En cuanto a mis opiniones políticas, no creo que tengan importancia. Cuando escribo trato de prescindir de mis opiniones. La literatura es una operación misteriosa. Recuerdo aquí algo que dijo uno de mis autores preferidos, Kipling: «A un escritor le está permitido componer fábulas, pero no puede saber cuál es la moraleja». Es decir, un escritor no puede saber cuál será el resultado de lo que escribe en la mente de otros. Y eso le sucedió al propio Kipling, que, a pesar de ser inglés, demuestra en sus obras una evidente simpatía por la India y cuya casa natal, en Bombay, es ahora un museo. Las opiniones son generalmente superficiales, cambian...

Y usted ha cambiado, ¿verdad? Fue comunista, fue radical, hoy es conservador.

—Sí, pero ser conservador es una forma de ser escéptico. Cuando me afilié al partido conservador dije algo que molestó...

Que solo los caballeros siguen las causas perdidas.

—Sí. Porque me preguntaron: «¿Usted va a afiliarse? Pero esta es una causa perdida». Y yo dije: «A un caballero solo le interesan las causas perdidas». Y después dije otra cosa que los molestó: que el partido conservador tenía la ventaja de no poder provocar ningún fanatismo.

¿Nunca se ha sentido irresponsable cuando habla de política?

—Yo tengo mi conciencia clara. Nadie puede tomarme por

comunista, por fascista, por nacionalista...

Usted fue condecorado por Pinochet...

—Sí. Yo creo que Pinochet es un buen gobernante. Ese es el único Gobierno posible, así como el de Videla es el único Gobierno posible en Argentina. Estoy hablando de determinados países en determinadas épocas. ¿Pero por qué importan tanto mis opiniones políticas?

Porque usted es, aunque no lo quiera, un líder de opinión y lo que usted dice se toma con respeto...

—Pero no tiene por qué aceptarse. Yo mismo no estoy muy seguro de lo que digo.

Claro que no tiene por qué aceptarse. A mí me parece inaceptable lo que dice. Estamos de acuerdo.

—Si estamos de acuerdo, podemos cambiar de tema... Yo tengo mi conciencia cívica limpia. Por ejemplo, yo era director de la Biblioteca Nacional, que es un cargo no bien rentado pero muy visible. Cuando supe el resultado de ciertas elecciones, renuncié. Mi madre me dijo: «No podés servir a Perón decorosamente». Claro que no, le dije yo.

¿Esa fue la última vez, verdad? Porque la primera...

—La primera vez yo era simplemente bibliotecario...

¿Y es cierto que los peronistas lo nombraron inspector de precios?

—No, no. Me nombraron inspector para la venta de aves y huevos, para que yo renunciara. Yo comprendí e inmediatamente renuncié. ¿Qué sabía yo de venta de aves y huevos en los mercados? No poseía la erudición necesaria. Y la verdad es que les agradezco a los peronistas. Porque si esto no sucede yo hubiera seguido en esa pequeña biblioteca de barrio, ganando 240 pesos mensuales. Dos o tres meses antes de que ocurriera aquello yo fui a una reunión con unas señoras inglesas. Y había una de ellas que leía el porvenir en las hojas de té. Me dijo que iba a hablar mucho, que iba a viajar, que iba a ganar dinero hablando. Yo nunca había hablado antes en público. Pero así sucedió. Me echaron de ese cargo y tuve que resignarme a dar conferencias, cosa que me aterraba.

Usted ha dicho que de sus obras tal vez se puedan rescatar seis o siete páginas. ¿Cuáles?

—Es que si nombro una quizá me dé cuenta de que no es rescatable... A ver... Hay un poema que se titula «Otro poema de los dones»...

¿Es posterior a «Elogio de la sombra», verdad?

—No recuerdo bien la cronología de mis obras... Hay un poema sobre mi bisabuelo, el coronel Suárez, que comandó la carga de caballería peruana en la batalla de Junín. Tenía 26 años.

Y el prólogo a Lugones...

—¡Ah, sí! Yo creo que eso es lo mejor que he escrito. Vamos a condenar todo lo demás y vamos a salvar ese prólogo, ¿qué le parece?

Ese texto es absolutamente magistral pero no puedo estar de acuerdo en que sea lo único salvable... Es extraño, sin embargo, oír de usted palabras generosas sobre algo de su obra.

—Hay también un poema que se titula «El otro tigre». Es lindo también, la verdad... Mis amigos me dicen que soy un intruso en la poesía. Yo creo que no. En todo caso, mi poesía es más inmediata y más íntima que mi prosa. La prosa siempre ha sido un objeto que yo he fabricado. Pero tengo la impresión que la poesía es algo que sale directamente de mí. Ahora, ¿qué haríamos sobre ese prólogo a Lugones? ¿A usted qué le parece? ¿Es poesía o es prosa? Creo que la diferencia es formal. De alguna manera es poesía también, ¿no?

Eso creo yo también... Sin embargo, usted tiene una imagen, digamos pública, de escritor cerebral, casi glacial a veces.

—No soy frío. Desgraciadamente, soy incapaz de pensamientos abstractos. He leído a los filósofos, pero me dejo llevar por la belleza de una frase. «Peregrina paloma imaginaria / que enardeces los últimos amores / alma de luz, de música y de flores / peregrina paloma imaginaria...». Que no quiere decir absolutamente nada, pero que es muy linda... El otro día encontré esta metáfora, que es tan hermosa: «Si no me hubieran dicho que era el amor yo habría creído que era una espada desnuda». ¿No es lindo y terrible? «Si no me hubieran dicho que era el amor yo habría creído que era una espada desnuda».

¿Dónde la halló?

—En una página de Kipling. ¿Increíble, verdad? No parece de

Kipling. Cuando un verso es muy bueno ya no pertenece a nadie, ¿no? Se diría que cuando un verso es característico del autor ya no es excelente.

¿Alguna vez ha sentido el impulso de plagiar?

—Continuamente... Aunque, en verdad, la palabra plagio es errónea. El idioma es una serie de plagios, de convenciones. En la escultura, por ejemplo, todas las estatuas ecuestres serían plagios de la primera estatua ecuestre. Todos los cuadros de la Virgen y el Niño se parecen. Y en literatura hay tan pocos temas.

Borges, usted ha dicho varias veces de sí mismo que es un desdichado. ¿Pero sabe una cosa? Ni en su obra ni en su rostro hay desdicha.

—Sí, es cierto... Creo que nuestro deber es no ser desdichados. Yo he escrito muchas letras de milongas y en una de ellas, que trata de un compadrito al que lo mataron, digo: «Entre otras cosas hay una, de la que no se arrepiente nadie en la Tierra; esa cosa es haber sido valiente. Siempre el coraje es mejor, nunca la esperanza es vana. Vaya pues esta milonga para Jacinto Chiclana». Jacinto Chiclana se llamaba el compadrito. Tengo otra sobre otro compadrito que se llamaba Alejandro Albornoz, que peleó contra muchos y entre muchos lo mataron a puñaladas. La milonga concluye así: «Un acero entró en el pecho: ni se le movió la cara; Alejo Albornoz murió como si no le importara»... Yo estaba buscando una frase para que él la dijera. Pero creo que así quedó mejor, ¿no?

Usted admira la valentía pero siempre ha dicho que no ha sido valiente.

—Que lo diga mi dentista... La verdad es que en cualquier destino uno puede ser valiente o puede ser cobarde. Un hombre, por ejemplo, que acepta que una mujer no lo quiere es valiente a su manera.

Usted dijo alguna vez algo que me pareció terrible: que tanto su padre como su abuelo virtualmente buscaron la muerte, por valientes; y que usted no se atrevería a hacer lo mismo...

—Sí, mi abuelo, el coronel Borges, se hizo matar en la batalla de Laverde, en 1864, durante una revolución que organizó Mitre y que fracasó. Por razones políticas, mi abuelo decidió hacerse matar. Se

puso un poncho blanco, montó un caballo tordillo, avanzó al trote hasta las trincheras enemigas y le metieron dos balazos. Mi padre sufría de hemiplejía y él me dijo: «Yo me hubiera debido meter un balazo. No te voy a pedir a ti que lo hagas, pero me las voy a arreglar, no te aflijas». Efectivamente, rehusó todo alimento, toda medicación, solo tomaba agua y se dejó morir. Fue un suicidio poco escénico. Yo escribí un soneto sobre eso: «Te hemos visto morir con el tranquilo ánimo de tu padre ante las balas...».

Borges, usted no lee desde 1955...

—Sí, pero tengo amigos que me leen. Seis o siete amigos buenos que me visitan siempre y que me leen...

Así conoció a García Márquez...

—Claro, un gran escritor, aunque creo que el principio de *Cien años de soledad* es mejor que el final. Pero es normal. Al final el autor se cansa.

García Márquez es casi el único escritor latinoamericano de hoy sobre el que usted emite una opinión...

—No. Hablando de argentinos, por ejemplo, le diría que Mallea es un excelente escritor...

¿Cortázar?

—No. Cortázar se ha perdido en juegos formales.

¿Por qué sigue comprando libros, tantos libros?

—¡Qué raro! Es un poco de superstición, ¿eh? Acabo de adquirir una enciclopedia alemana que quería tener desde hace muchos años. No puedo leerla pero sé que está ahí y es esa presencia lo que importa.

Quizá, Borges, si hubiera leído a Sartre, como no lo ha hecho...

—No, lo he leído...

...Se habría sentido tan próximo cuando él habla en *Las palabras* de ese fetichismo por los libros que sintió desde niño. Porque es eso, ¿no?

—Es el objeto del libro, sí... Si me hablan de un libro sagrado, lo entiendo. Pero si me hablan de una revista sagrada, o de un disco sagrado, ya no. Quizá dentro de 500 años se hable de discos sagrados y de periódicos sagrados.

Hablando de discos y periódicos sagrados, ¿por qué fue usted

tan duro con Estados Unidos?

—Es que viví cuatro meses ahí. Y me encontré con un gran país hecho de individuos muy mediocres. En la Universidad de Michigan hay un curso, para estudiantes que tienen de 25 a 30 años, de conversación en inglés. Y yo le digo a la profesora: ¿Qué les enseña? Y me dice: «Bueno, yo les digo que un buen método para agilizar el diálogo es hablar del tiempo: se puede decir que ha nevado, que ha dejado de nevar, que nieva o que va a nevar». Bueno, los estudiantes tienen que aprender esa miseria y tomar notas... ¿No le parece triste? Otro día hablaba con unos estudiantes a los que solo les faltaba la tesis para ser doctores en letras. Yo cometí el error de mencionar a George Bernard Shaw. «¿Who's he?», me preguntaron. ¿Qué les parece? Es espantoso.

¿Sigue pensando que la literatura española no existe?

—Creo que fuera de tres o cuatro libros podría prescindir de la literatura española. La literatura española comenzó admirablemente. El romancero es admirable. Fray Luis de León es un gran poeta. San Juan de la Cruz también. Y luego... Garcilaso repite lo que había hecho en Italia. Y con Quevedo y Góngora todo se vuelve rígido, ya empieza lo barroco. De todo esto se salva *El Quijote*, sobre todo su segunda parte. Lo demás de Cervantes es horroroso.

Borges, de su desdén por las multitudes...

—No es que las desdeñe, es que no existen, son abstracciones...

Bueno, de ese desdén surge su convicción de que el fútbol o el tango son algo estúpido, ¿verdad?

—A mí me gustan algunos tangos. Me gusta «El choclo», por ejemplo. Me gustan los tangos viejos. Lo que pasa es que con Gardel se inicia la decadencia. Ahí empieza el sentimiento. El tango no puede ser sentimental. Nace en los prostíbulos y las primeras letras son muy obscenas.

¿Por qué no ha escrito una novela, Borges?

—Yo no soy lector de novelas. ¿Por qué voy a ser escritor de novelas? La novela no me gusta, es un género que me desagrada.

¿Por qué?

—Porque está lleno de ripio. En un cuento de Kipling, o un cuento

de Henry James, todo es esencial. En las novelas hay mucho de inservible. Tienen que ponerle paisajes, digresiones, intervienen las opiniones del autor.

¿Y la poesía?

—Sigue siendo lo más importante. Esa convicción la tengo con toda el alma y con todo el cuerpo. Es mi mayor necesidad...

Borges, lo está llamando su secretaria...

—Bueno, lo siento, tenemos que terminar, lo siento... Discrepamos de muchas cosas, ¿verdad? Pero eso está bien. Porque entenderse es una miseria.

ARMANDO VILLANUEVA

(30 de julio de 1979)

La célula constituyente aprista hizo lo imposible para que se aprobara el artículo 82 de la nueva Constitución, que textualmente afirma que el pueblo tiene el derecho de insurgir en defensa del orden constitucional. Considerando que este nuevo orden constitucional ha sido ya violado por el Gobierno, ¿usted va a proponer que el pueblo aprista, por lo menos, insurja en defensa del orden constitucional?

—Tenemos que ubicarnos en una realidad que nosotros habíamos advertido: al día siguiente que cesó en sus actividades la Asamblea Constituyente el islote democrático que existió durante un año frente al monumento a Bolívar desaparece y se mantiene el Gobierno de facto. El Gobierno de facto es la realidad. De ahí que a la Constitución no se le haya podido dar un cúmplase total. La vigencia total de la Constitución hubiera implicado la salida inmediata del Gobierno de facto y su reemplazo, prodigioso, por uno libremente elegido. Por eso la única solución era poner en vigencia parte de las disposiciones constitucionales...

Pero ni siquiera eso se ha cumplido y el Gobierno no acepta que esa parte de la Constitución entre en vigencia. ¿Va a haber insurgencia ante eso?

—Bueno, lo sustantivo sí entra en vigencia: la transferencia del poder. Lo grave, lo que habría provocado la insurgencia indudablemente, sería que el Gobierno anunciara que no hay transferencia del poder.

¿Por qué Luis Alberto Sánchez no puede entrar a Vitarte?

—No hay ninguna razón para que no pueda entrar a Vitarte.

Hay quienes dicen que usted e Idiáquez han urdido un complot para terminar de aislar a Víctor Raúl Haya de la Torre, para

terminar de enemistarlo con algunos líderes del partido. ¿Qué comentario le suscita esta versión?

—Me hace recordar las aventuras del Barón de Münchhausen, que fue un personaje narrativo de la Europa de la edad moderna, que tenía una imaginación muy intensa para presentar mundos ficticios o inexistentes.

Perdóneme, pero Sánchez no puede entrar a Vitarte, eso es un hecho.

—Hay versiones de lo más caprichosas. Mañana alguien, que no sabe que estoy aquí en casa conversando con usted y afectado por una traqueítis, puede decir que como no fui a Vitarte tampoco puedo entrar. De modo que esa versión yo no la acepto

Por lo menos usted no ha intervenido en la prohibición.

—No solo no he intervenido en la supuesta prohibición sino que no acepto la versión. Es inexacta...

El compañero Idiáquez no piensa lo mismo...

—En segundo lugar, respecto del supuesto aislamiento de Haya, esto es cierto: Haya tiene un aislamiento clínico que limita la visita a su habitación a sus familiares, a los dirigentes del partido que necesitan conversar con él y al personal de médicos, enfermeras y auxiliares.

A mí me parece previsible y legítimo que usted niegue que a Sánchez le está prohibido el ingreso a Villa Mercedes, aunque esto sea cierto, pero quería hacerle otra pregunta: Sánchez admitió que la fraternidad aprista se había lesionado en este último congreso. ¿Usted, como hermano de Sánchez que es, comparte este criterio?

—Yo por Sánchez tengo la fraterna relación de toda una vida en la lucha. Creo que él es fundamentalmente un trabajador intelectual, quizá la más brillante figura del Perú contemporáneo en el campo de la literatura y el academicismo sin Academia. Esto no significa que Luis Alberto no pueda cometer algún error de apreciación: subestimar o sobrestimar aspectos contingentes de nuestra lucha. Yo creo que en el congreso de nuestro partido se soldó la unidad y la fraternidad, y en esto no entro en polémica con Sánchez. Solo es mi testimonio personal.

Hay tanta fraternidad que ni siquiera se ponen de acuerdo respecto de si se lesionó o no...

—Lo que hay es una demostración de que la fraternidad admite la discrepancia. No sé si usted tiene hermanos, pero si los tiene estoy seguro de que alguna vez ha discrepado con ellos y han seguido siendo sus hermanos.

Cuando Sánchez dice que son traidores a la democracia aquellos que tratan de dividir internamente a los partidos, ¿a quiénes se refiere?

—Me imagino que se referirá a la derecha peruana, que trata de destruir al APRA dividiéndola, o a la extrema izquierda, que coincide con la derecha.

¿No fue acaso una lesión a la fraternidad plantear, como hicieron los delegados más vinculados a usted y su línea, la necesidad de una secretaría general única en vez de una colegiada?

—En su pregunta hay una serie de afirmaciones.

Es una pregunta cargada de intención. Espero que la respuesta también lo sea.

—Cargada de devociones va a ser la respuesta. Debo decirle que en cuanto a la secretaría general única esta fue una proposición que provino, fundamentalmente, de delegaciones provincianas y departamentales. Y esto fue así porque la experiencia del colegiado no fue siempre satisfactoria. Fue un sector mayoritario de delegados el que, recogiendo esta experiencia, trajo la idea de la secretaría general única.

¿Y si fue mayoritario por qué perdió al final?

—No perdió. Lo curioso es que yo la hice desistir.

¿En aras de la fraternidad?

—Precisamente. Había discrepancia respecto a la oportunidad de la medida. Y en una conversación con dirigentes del partido sugerí una fórmula, que es la que ha triunfado, y que consiste en prolongar provisoriamente la estructura colegiada. Lo que quiere decir que dentro de un año volveremos a la secretaría general única. Lo que no han dicho los comentaristas es que quien determina que no se apruebe

la fórmula de la secretaría general única soy yo.

¿Tan poderoso es usted en el partido?

—Persuasivo... A veces.

A mí me parece que usted ha cimentado su poder en el aparato del partido durante ese año en el que sus principales colegas se han chamuscado en la Asamblea Constituyente. ¿Usted cree que esta sea una interpretación maliciosa?

—Equivocada. Porque mis compañeros no se han chamuscado. Algunos han adquirido gran prestigio, otros han acentuado el que tenían. Y en cuanto a que yo hubiera tenido mayor participación dentro de la actividad del partido, eso es relativo porque siempre nos preocupamos del trabajo en equipo.

¿Usted aspiraba a ocupar la secretaría general única...?

—¿Terminó la pregunta?

Voy a formularla, mejor dicho voy a hacer otra interpretación. Si sus más conspicuos allegados plantearon lo de la secretaría general única, es obvio que lo hicieron con su anuencia y esa anuencia implicaba que usted aspiraba al cargo...

—Otro error de apreciación. Porque la proposición de la secretaría general estuvo totalmente desvinculada de mi participación en cualquier tipo de reunión o conversación al respecto. Me mantuve al margen del asunto. En segundo lugar, ya le he dicho que esa fue una proposición que surge de las bases. Y este tipo de batallas internas, tan naturales en un partido, prescinden de nombres propios. Son las bases del partido, conscientes, responsables, nuestros obreros, nuestros campesinos, nuestra gente de la clase media, quienes debaten y discuten prescindiendo de nombres. Declaro con toda humildad que no he tenido nada que ver con la proposición. Ahora, se dice que si hubiera habido secretaría general única esta habría recaído en mí. Bueno, eso es una posibilidad. Pero no hablemos de lo que no fue.

Es una posibilidad que a usted le gusta.

—Usted está empeñado en creer que a mí me gusta la secretaría general única.

No es que le guste la secretaría general única. Lo que le gusta sería ocuparla.

—Más concretamente todavía... Pero le voy a decir algo que lo va a sorprender: el auténtico creador del colegiado fui yo. Porque fui yo, en 1974, ante problemas que entonces existían, quien sugirió la conveniencia de un equipo para resolver esos problemas. Y en esa conversación —que no creo que haya sido en una mañana de mayo, como dice Sánchez, sino en un atardecer: este es el nivel de nuestras discrepancias—, en esa conversación, Haya dijo: «Eso es lo que yo siempre he querido». Y debo recordar que en el congreso de 1974 me tocó a mí sustentar la secretaría general colegiada.

¿Por qué a usted le espanta la idea de que la gente se dé cuenta de sus legítimas aspiraciones políticas? ¿Por qué tanto pudor?

—Es que si usted estuviera dentro de mí vería que no es pudor sino sinceridad.

¿Pero usted no tiene aspiraciones?

—Pero mis aspiraciones no son individualistas. Yo nací en es-te país integrando una generación destinada a cambiarlo. Y esa meta es la que predomina...

¿Pero no es más fácil cambiar la realidad desde Palacio?

—Si se puede cambiar la realidad desde Palacio o desde las cumbres del Huascarán, pues allá vamos. Pero no en el plan de una aspiración singular. No creo en las fórmulas exclusivas ni en los personajes predestinados...

¿Y Haya?

—Aquí viene el salvo, pues: salvo algunas figuras históricas. Haya es un caso singular. Es el hombre que recién al borde de la muerte empieza a merecer el reconocimiento unánime de la sociedad. Creo firmemente que en el Perú Haya es la expresión máxima del humanismo. Su cultura y su capacidad creadora así lo demuestran y esa cultura y esa capacidad creadora superan a la de todos los trabajadores intelectuales que, con todo mi respeto, puedan situarse en los más altos peldaños.

Por lo que veo usted se considera más un trabajador manual, ¿no?

—No. Al contrario, tengo muy poca habilidad para el trabajo manual.

¿Más habilidad quizá para la manipulación?

—Depende de lo que usted quiera que manipule.

Por ejemplo, la organización de su partido.

—El partido no se manipula. Se conduce.

Usted ha hablado de Haya. Sabemos que ahora Haya no está en condiciones de dar directivas ni sentar línea. Cuando Sánchez dice: «Que nadie abuse de la palabra que no se pronuncia, nadie: yo sé lo que digo»... ¿se refiere a usted?

—¿Por qué esta idea persecutoria de que Sánchez tiene delirio de persecución respecto a mí? Yo no creo que Luis Alberto padezca nada de eso, así que no pienso que se esté refiriendo a mí.

¿A quién se referirá, no?

—Eso habría que preguntárselo a Luis Alberto Sánchez.

Señor Villanueva, ¿por qué se marginó usted de la Asamblea si no fue para consolidar su poder en el partido?

—Pero esto ya lo he explicado, hace mucho tiempo...

Pero ahora en serio.

—Lo voy a ratificar porque el que parece que no habla en serio es usted, al dudar de mi seriedad.

No dudo de su seriedad, sino que los políticos tienen tempos.

—Es que yo creo que la política de hoy tiene que ser de cartas abiertas sobre la mesa. Ahora, le voy a contar a usted algo: en esta casa, en la habitación vecina, en una reunión en la que estaban Víctor Raúl, Luis Alberto Sánchez, Andrés Townsend, Ramiro Prialé, Lucho Negreiros y Luis Rodríguez Vildósola, yo expresé mi determinación personal, y sujeta al criterio del partido, de no participar en la Asamblea Constituyente. Dije que no todos los líderes debíamos incorporarnos, que debíamos quedarnos muchos en el llano dando el ejemplo de que el trabajo partidario tiene igual rango que el trabajo parlamentario. Días después, cuando mi nombre estaba en el número cuatro en la lista de candidatos, Víctor Raúl aceptó mi planteamiento y tuvo palabras muy generosas y públicas para mí; lo ratificó durante una plenaria del comité ejecutivo. Además, yo no fui el único. Está, entre otros, el caso resaltante de Juana Castro, que habría sido la candidata más votada en la Asamblea...

¿Recuerda que hace tres minutos me dijo que se iba a sincerar?

—¿Usted cree que no soy sincero?

Es que me ha contado la anécdota pero no lo que había detrás: ¿por qué desistió usted de participar en las elecciones de la Asamblea Constituyente?

—Pues yo creí haber sido explícito. Usted quiere que sea más explícito. Esa no es cuestión mía. Esa es una apreciación que usted debe tener de sus lectores. Pero yo creo que sus lectores se darán cuenta de que he sido explícito y que soy sincero.

Me pregunto si usted hubiera obtenido, como obtuvo, la más alta votación del colegiado sin haber estado, como estuvo, a cargo virtualmente de la conducción del partido durante los últimos meses. ¿Una cosa no tiene que ver con la otra?

—Si se hubiera aprobado la secretaría general única y yo hubiese sido secretario general, automáticamente habría constituido un colegiado, un colegiado informal con los compañeros de mayor significación. Porque este año requerimos de ese trabajo, por encima de las fallas orgánicas del colegiado, que son problemas de coordinación entre las áreas.

¿Usted se siente en condiciones de suceder a Haya?

—Yo he dicho muchas veces que nadie sucederá, en este siglo, a Haya de la Torre. El pueblo es su legítimo y único heredero.

Pero alguien va a tener que ser el candidato.

—Enfáticamente: mientras viva, Haya es nuestro candidato.

Tracemos la hipótesis de que sea necesario nombrar a un candidato distinto.

—Como hipótesis, y solo como hipótesis, podemos hablar.

Bien. Si los 520 delegados que votaron por usted le pidieran ser el candidato, ¿usted aceptaría?

—La respuesta va a ser muy clara: el problema de un candidato aprista estará sujeto no a la actitud individual de cada uno de nosotros sino a la necesidad partidaria. Vamos a hacer una evaluación de aptitudes y no serán circunstancias pasajeras las que prevalezcan.

Bien, ¿pero quién va a nombrar a ese candidato?

—Ese candidato va a ser elegido por una convención nacional, que

se convocará para este objetivo concreto.

¿Tendrá la misma estructura que la del congreso?

—Sí, con la diferencia que el congreso es el primer poder del aprismo y puede tratar todos los temas; las convenciones se reúnen para tratar asuntos específicos. Ahora, yo le digo por qué en esta hipótesis se juega con tan pocos nombres: ¿por qué solo Armando Villanueva...*?*

¡No, qué ocurrencia!

—¿O por qué solo Andrés Townsend? ¿Por qué no considerar otros valores?

¿Quiénes?

—Yo le diría Fernando León de Vivero, Ramiro Prialé, Luis Alberto Sánchez, Carlos Enrique Melgar, Luis Negreiros...

Si la estructura de la próxima convención electoral, que se va a realizar... ¿cuándo me dijo?

—No hay fecha señalada; la determinará el Comité Ejecutivo Nacional...

Bueno... Si la estructura de esa convención es la misma que la del congreso y en el congreso usted obtuvo la primera mayoría, entonces usted va a ser el candidato.

—Mire, los apristas no somos robots. Los apristas tienen sensibilidad para captar las necesidades del momento. ¿Qué va a suceder dentro de un tiempo, cuando vayamos a la convención? Que esa sensibilidad sabrá captar la realidad y el futuro, sabrá escoger, y no estemos anticipando candidaturas. Por lo menos, yo no. Yo rechazo que se me considere como un presunto candidato derivado del congreso del partido. Quizá las soluciones puedan ser otras. Puedo decir, finalmente: no tengo aspiraciones presidenciales ni aspiraciones singularistas. Eso sí: defenderé hasta las últimas consecuencias la posición de izquierda democrática del partido, nuestra línea antiimperialista, nuestra naturaleza de frente de clases. Soy intransigente en mantener el enfrentamiento a la derecha reaccionaria y al comunismo totalitario.

¿Usted aceptaría la candidatura del APRA, si se lo pidiera la mayoría de las bases?

—La respuesta tendría una serie de derivaciones políticas y sería mal apreciada si digo que sí o si digo que no.

Ni sí ni no.

—Lo que le digo es que ningún aprista puede hoy responder a esa pregunta. Porque, primero, Haya sigue siendo nuestro candidato. Y, segundo, porque si ocurriera la tragedia que se teme entonces será la convención la que decida.

Usted dijo hace poco que Pinochet era un fascista y que el Gobierno uruguayo había desatado una bárbara persecución contra su pueblo. Como presidente hipotético, ¿rompería usted con el Chile de Pinochet o con el Uruguay de los militares?

—No he aceptado lo de la presidencia ni siquiera como hipótesis. En virtud de lo cual no puedo responder a su pregunta.

Bien. Usted tiene el derecho de no contestar y el público tiene el derecho de juzgar.

—Y usted tiene la oportunidad de formular, de modo distinto, su pregunta.

Oportunidad que no pienso aprovechar.

—Bueno, como iniciativa personal entonces le voy a decir que si hay algo en lo que me considero intransigente es en la lucha contra el fascismo y contra el totalitarismo, de cualquier clase...

Quizá vaya a ser usted lo que muchos piensan: la posible eminencia gris de un posible Gobierno aprista con otros personeros.

—Tendría que ser eminencia y no lo soy. Además, las eminencias grises se caracterizan por el disimulo. Y yo al contrario: todos los problemas en que me veo comprometido se deben a que no disimulo nada. Por eso a veces provoco controversias y tempestades.

¿Dentro del partido también, no?

—En todas partes.

Usted habló en el congreso aprista de la necesidad de sustituir el «sindicalismo libre y democrático» por un «sindicalismo de frente único de clases explotadas» y habló de la necesidad de incorporar a más obreros y campesinos a los cuadros del partido. Eso es incompatible con un dirigente como Julio Cruzado,

¿verdad?

—Es compatible. Lo que se requiere es comprender que los dirigentes podemos equivocarnos y que a nuevas realidades, nuevas soluciones.

Y nuevos dirigentes.

—Cuando el dirigente se muestra inapto para la adaptación.

Usted ha dicho que en la izquierda peruana hay delirantes y hay responsables. ¿Quiénes son los delirantes?

—No voy a mencionarlos, porque me parece mejor mencionar a algunos de los responsables.

¿Mejor para usted?

—Y para los delirantes.

¿Usted cree que fuera del partido es tan poderoso como dentro de él? ¿Usted supone que sus adjetivos son apodícticos?

—Es que desde mi humilde posición no me gusta lesionar a nadie.

Aparte de Ledesma, ¿quién es responsable?

—Puedo mencionar a Letts, a Ruiz-Eldredge, a Aragón y otros... Creo también que Jorge del Prado, dentro de la Asamblea Constituyente, ha demostrado responsabilidad y consecuencia sosteniendo sus posiciones políticas.

Usted se reclama de izquierda, señor Villanueva. Yo quisiera preguntarle: ¿cuál es ese izquierdismo, cuál es su contenido concreto?

—Los apristas somos de izquierda porque consideramos que el objetivo fundamental de nuestra política debe ser la solución del problema del hombre en una sociedad finalmente sin clases. Lo primordial es entonces la satisfacción de las necesidades de la mayor parte de nuestra población, la que en un porcentaje dramático vive un proceso de pauperización: sin empleo, sin una dieta aceptable, sin vivienda, sin salud. Lo prioritario es mejorar las condiciones de vida de nuestras mayorías. Un ejemplo concreto: cuando un pueblo se muere de hambre hay que subsidiar los alimentos y hay que hacerlo contra la opinión de muchos que quizá miren los problemas técnicos pero no la dimensión humana del problema. Prioridad: la gran masa popular.

Eso lo dicen todos los partidos. Y hablar de solucionar los problemas de hambruna de gran parte de nuestro pueblo podría ser parte de un programa de la Cruz Roja...

—¡Muy bien! ¡Eso quiere decir que todos coincidimos!

Pero a los políticos se les pregunta el cómo.

—¿Quiere que le exponga un programa de Gobierno? No tengo ningún inconveniente.

Quiero que me exponga un programa económico del APRA.

—Nosotros necesitaríamos crear nuevas fuentes de trabajo, de manera inmediata. Pero hay que buscar una tecnología intermedia. No podemos seguir pensando en resolver con mentalidad excluyentemente capitalista los problemas de nuestras provincias.

Tenga en cuenta que hablar de tecnología intermedia es hablar de una política de desarrollo. Pero estábamos refiriéndonos a plazos inmediatos.

—Sí, a plazos inmediatos. Por ejemplo, hay que pensar en cuánto podría aliviarse la tasa de desempleo si se emplearan miles de brazos parados en abrir trochas y carreteras, en pequeñas irrigaciones, en solucionar a su vez el problema de la comunicación, que es tan grave en este país. El problema de la comunicación se afronta con gran maquinaria, con gran capital y con pocos hombres. Entregue usted palas, picos, carretillas y dinamita, que son los elementos que se usaron para abrir el canal de Suez o para hacer el ferrocarril central, y verá cómo se alivian esos problemas.

Sería una versión socialdemócrata de cooperación popular.

—La cooperación popular se aplicaba en el Perú antes que llegaran los españoles y nosotros la llamamos acción comunal. Lo importante es el hecho, no el nombre o la procedencia. Y hay que recordar que Haya de la Torre dijo hace 50 años que en materia de tecnología no había que olvidar fórmulas que se dieron en el incario.

Insisto en que estamos hablando de política de desarrollo, pero no de problemas contingentes. Usted dice que aumentaría los subsidios. Pero una política de subsidios tiene repercusiones inflacionarias. ¿Cómo enfrentaría usted la repercusión inflacionaria?

—Yo simplemente preguntaría lo siguiente: ¿qué es más importante: comer hoy, con inflación mañana, o no comer hoy y seguir mañana con la inflación? El asunto es comer hoy.

Pero cuando el general Velasco se negaba a subir el precio de la gasolina pensaba lo mismo…

—Ahí hubo mi error de concepción porque los subsidios tienen que priorizarse. El asunto es que hoy en el Perú, ante una realidad de hambre y miseria, no debemos tener tiempo ni de pensar en quién tuvo la culpa.

¿Qué haría usted con el Certex?

—Creo que hay que irlo ajustando a lo indispensable. Entiendo por indispensable lo que genera trabajo, especialmente en las provincias.

¿Qué haría usted en materia de política agraria? ¿Qué haría con las cooperativas azucareras, por ejemplo?

—¿Pero cuál es la causa de los problemas en esas cooperativas? Que nunca han sido verdaderamente tales, porque todos estos años han estado supeditadas al imperio de representantes del Gobierno, que perseguían objetivos políticos. Yo suprimiría todas las cúpulas extralaborales y les entregaría a los trabajadores verdadero poder. Yo estoy seguro de que con esta medida las cooperativas empezarían a salir de su crisis. Y en cuanto a las cooperativas agrarias de producción no industriales, creo que en algunos casos esa fórmula fue impuesta a un campesinado que a lo que aspiraba era a la propiedad sobre su tierra. Esto también habría que revisarlo.

El problema de la intervención estatal puede haber originado deformación en la gestión, pero el problema financiero de las cooperativas azucareras es que el precio internacional del azúcar está por los suelos.

—Hay que derivar —y esto es una política de mediano plazo— la utilización del azúcar hacia otros fines industriales, o también —pero esta sería una política a largo plazo—, contemplar el reemplazo de cultivos.

¿A cuánto haría ascender el monto de los subsidios?

—No le puedo responder esa pregunta con la precisión que usted requiere.

¿Qué porcentaje...?

—Yo sería un irresponsable si pretendiera improvisar una respuesta a esa pregunta. Esta es una pregunta que un político responde después de consultar con sus técnicos, con los expertos. De modo que usted no me puede pedir que conteste de improviso.

¿Puedo hacerle una pregunta especialmente impertinente?

—Sí.

¿Usted ha consultado con sus técnicos si puede decir que los subsidios deben mantenerse?

—Sí, sí he consultado. Tenemos además acuerdos del congreso del partido al respecto.

A pesar de declaraciones, todo indica que el próximo Gobierno va a enfrentar problemas económicos muy serios y un clima de conmoción social agudo. ¿Cómo afrontaría usted esto?

—En primer lugar...

Perdón, señor Villanueva, quisiera agregar que tengo un propósito: lograr de cada candidato potencial la promesa de que, de llegar a la presidencia, no va a usar las tanquetas para arreglar los problemas laborales. Bedoya lo ha prometido. ¿Podría usted hacer lo mismo?

—Le garantizo que no se usarán los tanques, en primer lugar. Ni tanques ni tanquetas, entonces. Pero eso va a requerir un Gobierno estable, con auténtico respaldo popular, un Gobierno que sea la expresión de una democracia con disciplina, con capacidad de persuasión, con autoridad, con energía y responsabilidad. Y esto supone que ese régimen debe contar con el respaldo de la Fuerza Armada.

¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que la Fuerza Armada debe aportar al próximo Gobierno su cooperación e inclusive su experiencia de estos 11 años.

Aparte de las fundamentales, ¿qué tareas le asignaría usted a la Fuerza Armada?

—Pues contribuir a la política de desarrollo, participar en la planificación.

¿Pero subordinada al poder civil?

—Subordinada al poder constitucional, por supuesto. Pero lo que considero realistamente es que no podemos evaluar en el futuro a la Fuerza Armada como una fuerza ajena, que vive tras las paredes de sus cuarteles. Tiene que participar en el plan de Gobierno y de acuerdo con las normas constitucionales.

Su izquierdismo... ¿es compatible con el mantenimiento del capitalismo?

—El capitalismo no se va a mantener en el Perú por voluntad de Armando Villanueva... Es un fenómeno mundial...

¿Por qué tergiversa así mi pregunta?

—Porque tengo que responderla en relación no solo con el ámbito nacional sino con el ámbito universal. El capitalismo no ha desaparecido. Y nosotros somos pueblos dependientes del sistema capitalista, dependientes de un sistema que no hemos creado y que no vamos a destruir por simple voluntad. El sistema capitalista se ha fortalecido en todo el mundo: incluyendo la Unión Soviética. Y no creo que la economía cubana sea otra cosa que efecto de un capitalismo con distinto patrón que el occidental.

¿Su izquierdismo, entonces, consiste en humanizar, en hacer llevadero el capitalismo en el Perú?

—No. Yo creo que hay que ir a la abolición del capitalismo en el mundo. Y esta abolición será producto de las propias contradicciones internas del sistema y de la insurgencia de los pueblos orientados al control de su propio sistema de producción.

¿Con una economía básicamente cooperativa?

—En el caso de los países en desarrollo, el paso inicial, desde el punto de vista aprista, es cooperativo. Y así iremos trasladándonos de un sistema fundado exclusivamente en la propiedad privada de los medios de producción hacia la propiedad cooperativa de los medios de producción. Después de esta etapa advertiremos un futuro que no sé cómo se llame —porque la palabra socialista está muy desprestigiada —, pero que en todo caso no pertenecerá a mi generación, ni seguramente a la suya.

¿Por qué me dice a mí eso y por qué dijo en Bonn, hace poco, que uno de los objetivos del programa aprista era garantizar la

existencia del capitalismo nacional desarrollista?

—Eso lo dije en Bonn y lo he dicho siempre en Lima. Y la explicación es esta: en el proceso histórico del capitalismo estamos viviendo la etapa en que el capitalismo nativo enfrenta al imperialismo, expresado hoy en las transnacionales. Es en estas circunstancias en que nosotros tenemos que decir: hay que apoyar el desarrollo de nuestro capitalismo nativo en el proceso de la lucha contra el imperialismo. Si no existiera el imperialismo, mi querido amigo, no habría razón de ser para el APRA. La razón de la alianza de clases es unir al proletariado, al campesinado, a las clases medias que incluyen sectores del capitalismo nacional, contra el imperialismo.

Es curioso. Creo haberle hecho una entrevista en la que terminábamos con lo mismo: con sus explicaciones sobre cómo enfrentar al capitalismo y con mis dudas respecto de sus palabras...

—Pero... Es que no hay salida. ¿Qué somos como país? Somos un país pequeño. ¿Qué capacidad de enfrentar al capitalismo mundial tenemos si nos estamos muriendo de hambre, si no podemos desarrollarnos —y esta es otra contradicción— sin inversión y tecnología extranjera? Lo que debemos hacer es regular esa tecnología y esa inversión, impedir ser dominados por ellas. Y para todo esto necesitamos también integración.

ANDRÉS TOWNSEND EZCURRA

(17 de setiembre de 1979)

¿Cree usted que tiene tiempo suficiente como para voltear la correlación de fuerzas que le impidió, en el último congreso aprista, obtener la primera votación? ¿Cree usted que tiene tiempo para ser el candidato del APRA, tiempo para este trabajo que viene haciendo en los comités departamentales?

—Yo creo que los comités departamentales, las bases del partido están en una actitud expectante, tratando de definir una posición para la futura convención.

¿Respecto de candidatos?

—Sobre todo, candidatos, porque no se va a definir un cambio programático o ideológico.

Luis Alberto Sánchez dijo que, al final del XII Congreso, la votación no se produjo en términos deseables porque un buen número de delegados estaban ausentes y usted, en un programa de televisión, no desmintió la insinuación de que el comité ejecutivo se había elegido de un modo irregular…

—Yo lo pondría en otra forma. Yo diría que hubo dos actos centrales en el congreso: el primero, que fue la elección del colegiado, en el que participaron todas las delegaciones; después, la elección del comité ejecutivo, que se hizo al cuarto día de un congreso que debía haber terminado al tercer día, por lo que muchas delegaciones habían regresado a sus bases. Para mi gusto hubo demasiado predominio del sector limeño, que fue el que mayoritariamente se quedó. Faltó considerable número de delegaciones provincianas, que hubieran dado mayor representatividad al Comité Ejecutivo Nacional.

Sánchez también ha dicho que él está dispuesto a ser candidato y que le parece legítimo aspirar a ser candidato después de muchos años de lucha y de sacrificio. ¿Usted va a admitir lo

mismo o va a escamotear la realidad?

—Debo decirle que la declaración de Luis Alberto me parece justificada. Él tiene todo el derecho del mundo para aspirar a la presidencia de la República: su carrera, su talento, su trayectoria partidaria. En cuanto a mí, he recibido muchas insinuaciones de amigos, de compañeros, que creen que yo puedo ser alguien que sirva a los fines del partido. En ese sentido me consideran, en efecto, un elemento aglutinante de fuerzas internas y externas que podrían contribuir al triunfo del Partido Aprista. En el APRA tenemos un pudor tradicional de autopostularnos; o de admitir que el partido pueda lanzar la candidatura de alguien que no sea Haya de la Torre. Pero la lamentable verdad es que Haya se nos fue y que llega un compromiso político en el que el partido debe tener una figura —o figuras— que lleven su bandera. La aceptación de esa nueva realidad me parece un hecho y ya somos varios los que aceptamos la posibilidad de que contendamos fraternalmente y democráticamente dentro de la convención...

¿Está usted contendiendo ya, fraternalmente?

—En la medida en que uno visita provincias, en la medida en que uno recibe la expresión de simpatía de los compañeros, esa es, bueno, una especie de contienda, que hasta ahora se da en niveles de mucha elevación: no hay ataques personales...

Todavía...

—No digo todavía. No es una fatalidad que los haya.

Para volver a Sánchez: dice él, refiriéndose a una eventual candidatura presidencial, que se trata de un confite. ¿A usted se le hace agua la boca también?

—No. Yo no soy tan goloso...

La contienda fraterna parece que también produce vertiginosas confusiones. Al salir hacia Arequipa, en el aeropuerto, Valle Riestra dijo que Sánchez debía ser el candidato. Y al llegar a Arequipa —si no me equivoco ese vuelo dura una hora y 20 minutos— sostuvo que Villanueva debía ser el candidato. ¿Voluble, no?

—Reflexionó en las alturas... Digamos que Javier, como muchos

compañeros, refleja eso que usted llama vertiginosa confusión.

Se sabe que el problema electoral para el APRA es obtener 600 mil votos adicionales y salidos del sector de independientes. ¿Usted se siente apto como para seducir a esos 600 mil votantes?

—La palabra sería más bien convencer o atraer.

¿Usted se cree apto para atraer esos votos?

—Es muy difícil hacerse una autocrítica así, pero parece ser, por lo menos según opiniones de gente que no es del partido, que alguna forma de razonamiento o de actitud, que es la característica mía, parece resultarle simpática a la gente que no tiene filiación partidaria y para la cual sería más fácil votar por una persona así. No sé, quizá sea una especulación demasiado optimista. Pero el razonamiento aritmético que usted menciona es cierto: a nuestro capital fijo tenemos que agregarle el aporte oscilante de varios cientos de miles de votos. Es un fenómeno normal en todo proceso eleccionario. Es lo que los norteamericanos llaman la mayoría silenciosa...

¿Usted se ha dirigido a la mayoría silenciosa o a alguna minoría reaccionaria cuando ha dicho que el Perú no debería estar en la cita de los no alineados?

—Primero, no le dé usted mayor importancia a una declaración eventual, hecha antes de partir de viaje. Yo hice un comentario así, en efecto. Me parecía que el presidente Morales Bermúdez no debió concurrir a esa cita, porque Cuba no es un país no alineado e ir a La Habana era aceptar esa incongruencia.

Usted se jugó entero, igual que Sánchez, porque Trujillo fuera la sede de la convención electoral del APRA. Y perdió. Perdió duramente. ¿Usted cree que podrá revertir esta tendencia?

—No hubo una contienda tan dramática ni una pérdida tan espectacular.

Usted se jugó a fondo, doctor Townsend. ¿Recuerda?

—Yo dije que Trujillo debía ser la sede. Y va a ser, porque la fórmula es una fórmula de conciliación. Se inicia en Lima y se culmina en Trujillo...

No, pero en Trujillo es la proclamación. La elección se hará en Lima...

—Yo lo que...

Sea usted un buen perdedor, doctor...

—Ya sé, pero lo que quiero es explicar razones. Si el propio Trujillo consideró que poner en juego su sede era complicado para ella y aceptó la fórmula, yo me inclinaría a esa posición...

¿Lloró Villanueva leyendo ese texto de Haya de la Torre, como se ha dicho?

—Se emocionó profundamente. Tuvo que hacer un esfuerzo de autodominio, y lo logró, para terminar la lectura de ese documento.

¿Y Sánchez le reprochó ese exceso de emoción?

—No, no. Sánchez dijo algo así como que él también, como todos, evocaba con emoción la memoria de Haya, pero que se dominaba para retener lo esencial del mensaje del fundador del partido...

¿Cuál es el mensaje que está usted lanzando al interior del partido?

—Primero, reafirmación de la ideología aprista en su carácter de izquierda democrática. Segundo, desmentir la fábula de que yo soy un hombre de derecha. Tercero, convencer al partido que este debe ser el eje de la campaña pero que es necesario entender lo que decíamos hace unos momentos: que el APRA necesita del apoyo de cientos de miles de votos independientes.

Usted se opuso a la presencia del Perú en la cita de no alineados en Cuba y Villanueva dijo que esa presencia se justificaba. Usted dice que la izquierda responsable es el APRA y que ve muy difícil cualquier concertación con sectores marxistas. Hay dos temas, entonces —política de alianzas y posible política exterior—, que convierten los matices en brechas. ¿Es cuestión de personalidad o de opciones ideológicas? ¿Puede responderme con sinceridad?

—Siempre le respondo con sinceridad, Hildebrandt, porque usted generalmente no tolera otra forma de respuesta, y la exige y la demanda... Pero creo que se está magnificando todo esto. Respecto a la izquierda, yo he sostenido un hecho objetivo: que la izquierda convencional no quiere pactar, no quiere un acuerdo. Usted y yo estuvimos juntos en un programa de TV, *Pulso*, en el que Letts dijo que

el APRA no era izquierda y que nunca lo había sido y que no había terreno para un posible acuerdo. Y si Letts era uno de los integrantes de esa llamada izquierda responsable, parece difícil por lo menos encontrar un interlocutor para ese diálogo... Respecto de los no alineados, yo no soy partidario de que el Perú se desvincule de ese movimiento, entre otras cosas porque es coherente con una vieja posición del partido: solidaridad con los pueblos y clases oprimidas del mundo. Lo que me pareció chocante es que se eligiera a Cuba sede de la reunión.

¿Usted aceptaría ser el canciller de Villanueva?

—Yo aceptaría lo que el partido me encargue...

¿Cuál es, hoy, su opinión respecto de Villanueva?

—A Villanueva lo conozco hace muchos años. Somos de la misma edad, entramos al partido por la misma época, en el año 33 anduvimos en la experiencia de la Federación Aprista Juvenil, él era el secretario general, yo estaba en la célula directriz, como se llamaba entonces... Hemos estado juntos en el destierro, juntos en *La Tribuna*...

Él tiene más cárcel que usted, ¿verdad?

—Mucho más. Es un experto en cárceles...

¿Por qué?

—Él estuvo más en la resistencia clandestina. A mí me sacaron muy joven al destierro. Tuve esa fortuna...

¿No fue algo que usted eligió más bien?

—No... El exilio es una represión de lujo frente a la cárcel que padeció Villanueva, o la que sufrió Prialé, que es otro coleccionista de prisiones...

¿Villanueva sufrió más que usted, entonces?

—Seguramente sí...

Siga usted, por favor, hablando de Villanueva...

—Bueno, sí. Villanueva es una personalidad que yo estimo y por la que tengo gran afecto personal. Nunca he sentido que tengamos con él una diferencia esencial. Y me parece que es un hombre que tiene todo el derecho para aspirar a lo que aspira, si es que su aspiración es ser presidente de la República.

El mismo derecho que tiene usted...

—Claro. Si no, no me atrevería a hablar del asunto. Ahora, hay que decir que ni él ni yo nos hacemos candidatos: nos hacen, y lo hacen simpatías, estímulos, movimientos de opinión...

¿Hasta qué punto, doctor Townsend, lo han alentado, consolidado, reconfortado, las pintas que han aparecido en Lima?

—Primero le diré algo que puede parecer extraño: no he visto todavía esas inscripciones...

¿Usted no pasa por la Vía Expresa?

—Pasé anoche, a una hora avanzada y un poco dormido. Y he estado ausente de Lima desde el viernes... Pero naturalmente sé que esas pintas existen y me producen una extraña sensación, como si se refirieran a otra persona...

Pero es usted, a pesar de que el apellido no está bien escrito...

—No le hace. Estoy acostumbrado a que mi apellido sufra desfiguraciones castellanizantes...

¿Pero qué siente usted ante las pintas?

—Primero, sorpresa ante el hecho de que haya gente que haya resuelto poner mi nombre en una inscripción mural... Para mí la inscripción mural estaba reservada para el nombre del partido, para el nombre de Víctor Raúl... La asociación con Haya también me, me...

¿Lo emociona?

—Me emociona, me abruma, que de alguna manera uno pueda aparecer como sucediendo, o continuando a una personalidad que para mí ha sido tan extraordinaria...

Sánchez decía que en estos últimos años ustedes empezaron a acostumbrarse a vivir sin Haya, a pensar sin Haya, a decidir sin Haya. ¿Esto es justo?

—Sí, este es un proceso un poco más antiguo que los últimos años. Primero, el tiempo en que Haya tuvo que permanecer asilado, tuvimos que manejarnos en el destierro y en la prisión por nuestra propia cuenta... Vino después su estancia en Europa y aquí el comando que quedó tuvo que tomar decisiones importantísimas. Fue cuando pudo volver Prialé y se llegó a la fórmula de 1956... Ramiro recibió una...

Carta de poder...

—Así es, y se la trajo Fernando Belaunde, que se había visto con

Haya en Copenhague... Después creo que Víctor Raúl se apartó deliberadamente para dejar el partido en la etapa de la Convivencia. Se fue a Europa... En esa etapa también se tomó decisiones importantes. Incluso creo que hubo por lo menos dos años en los que la fiesta de la fraternidad se celebró sin Haya de la Torre presente... Claro, con la enfermedad de Víctor Raúl estos últimos meses eso ha sido más real ¿no?... Pero, aunque distante, en Europa, en la India, donde estuviera, Haya siempre quedaba como la última instancia partidaria, como un factor de unidad determinante...

¿Un paterfamilias, verdad?

—Sí, era «el viejo» y así lo llamábamos.

Los padres cometen errores y hay hijos capaces de criticarlos. ¿Cuál cree usted que fue el pasivo de Haya? Hay quienes piensan que él debió quedarse en el plano ideológico y no descender al tremedal de la conducción política. ¿Esto le parece válido?

—Haya de la Torre fue una personalidad compleja y rica. No se le puede cortar. Era un pensador pero también era un conductor político. Usted lo oyó hablar, lo entrevistó, lo vio en acción: era un congregador de gentes, era un hombre esencialmente carismático. La pena de nuestros países es que no se pueda ser Karl Marx o Simón Bolívar. Hay que ser las dos cosas, como era, guardando las proporciones, Haya de la Torre. De manera que él tenía las dos tentaciones: la del intelectual y la del hombre de acción. Estuvo en los dos campos...

¿Ambos los cubrió bien? ¿Diría usted eso?

—Yo diría que en eso que usted llama el tremedal, Haya no pudo avanzar a veces con la misma brillantez y con el mismo ímpetu con que avanzó en el campo intelectual. Porque realmente había muchas cosas, a nivel de la política criolla como se dice, que él no entendía o que no le gustaban. Yo creo que a ratos él creía que eso le gustaba, pero mi juicio personal es que era una equivocación y que a veces perdía de vista las cosas pequeñas por tener la mirada en las cosas grandes.

Usted ha comparado a Haya con Moisés. Usted se siente el Josué...

—Yo me siento uno de las tribus peregrinas...

¿Una de las tribus peregrinas?

—No, un miembro de las tribus peregrinas... Las figuras bíblicas ayudan a comprender a veces muchas cosas. Esta tragedia que consiste en un hombre que saca a su pueblo de la esclavitud —el cautiverio del atraso de su conciencia política—; lo conduce por el desierto —que son los años de la clandestinidad, de la persecución—; sale de él y, cuando está a la vista de tierra prometida, muere. Además, Haya tenía el sentido de la profecía. Cuando estuvo en la penitenciaria escribió en la pared una cita del evangelista San Juan, que dice: nadie es profeta sin honor sino en su tierra y en su casa...

Usted se molesta mucho cuando alguien le coloca el sambenito de derechista. Pero usted está dispuesto a pactar con el PPC, partido que, según el doctor Alayza Grundy, es, orgullosamente, de derecha...

—¿En el sentido de un pacto bilateral con el PPC?

Bilateral, o poselectoral con el prestigioso nimbo del pacto de punto fijo, del gran acuerdo nacional. Usted estaría dispuesto a negociar el programa aprista con el PPC...

—El Gobierno civil que surja necesita una base política fuerte. Creo que el partido daría lo principal de esa base, pero creo que en las actuales circunstancias, para prevenir aventuras golpistas, el Gobierno debería tener un mínimo de respaldo de otros partidos, entre los cuales yo no excluyo a ninguno de esos partidos que se han llamado de izquierda responsable, si aceptan las bases de un régimen democrático, con alternabilidad y todo aquello que está consagrado por la Constitución.

Hablemos de su izquierdismo. Si usted fuera presidente el próximo año, ¿en qué consistiría el izquierdismo de su programa?

—Sería el programa del partido, que en sí es una modificación de las estructuras tradicionales del país...

Bueno, pero vayamos a cosas concretas. En cuanto a reforma agraria, los latifundios ya no existen. ¿Qué va a hacer usted?

—Algo que parecería conservador y que es revolucionario:

consagrar el derecho de los adjudicatarios... Creo que hay que mantener la corriente defensiva de la economía nacional y creo que la inspiración genérica la da esa expresión dos veces consignada en la Constitución de 1979: la obligación del Estado de abolir progresivamente la explotación del hombre por el hombre y prevenir la explotación del hombre por el Estado...

¿Cuántas empresas del Estado reprivatizaría usted?

—Eso tendría que ser objeto de un análisis sumamente detenido. Sobre esto no tengo superstición estatista o privatista. Pienso que el Estado debe tener ciertas llaves esenciales y no soy amigo de debilitar la acción del Estado...

¿Mantendría usted el Certex en los niveles en que funciona actualmente?

—No sin un análisis anterior. Me parece que en los últimos tiempos hemos tenido poca información respecto de asuntos económicos y financieros...

Usted no se maneja con comodidad en temas económicos, ¿verdad?

—No es mi especialidad...

Usted es un político...

—Si usted me designa así. Soy un profesor.

Un político que debe tener un equipo técnico detrás.

—Esa es la ambición de todo político.

Pero sin exigirle que esté al día respecto de cifras que el Gobierno muchas veces ha escondido, sí se le podría pedir a usted definiciones centrales. Por ejemplo, me extraña, doctor Townsend, que usted no tenga una idea de lo que se puede hacer con el Certex, que usted no tenga una idea del nivel actual del Certex. ¿No le extraña a usted?

—Sí, pero eso se repara, se corrige...

Tiene usted ocho meses...

—Tengo todo lo que me queda de vida para aprender...

Esa humildad es relativamente nueva en usted...

—Qué raro...

Creo que es la tercera vez que lo entrevisto y la primera vez

que me sorprende usted con esa convincente humildad. ¿Es parte de su imagen para la clientela no aprista?

—*(Riéndose)*. Le juro que soy absolutamente espontáneo. Inclusive, dentro de las equivocaciones de la autoestimación yo me creía modesto.

Si usted es, como le dicen y como se lo dije yo mismo alguna vez, un aprista de exportación, ¿por qué cree que en la encuesta que publicó *Caretas* esa figura se podría aplicar, más bien, a Villanueva?

—Primero tendría que saber cómo se hizo esa encuesta, cómo se plantearon las preguntas...

La encuesta se hizo sobre 400 individuos. En Estados Unidos Gallup hace a veces encuestas sobre 800 personas y eso adelanta una tendencia nacional...

—No sé... Yo tendría mucha curiosidad por ver otras encuestas a estas alturas, o más tarde...

En 20 días, digamos... Si usted sigue viajando como lo está haciendo vamos a tener que hacer otra encuesta...

—Me parece que ya es hora...

¿Usted no cree que su académico desapego al tema económico puede permitir que un Gobierno hipotéticamente con usted a la cabeza sea copado por pensamientos, iniciativas, de un sector de la derecha?

—La derecha tiene, en efecto, un gran poder de infiltración. En eso se parece a la extrema izquierda. Pero creo que los apristas, que hemos nacido a la lucha para cambiar este país y que nos identificamos con las clases trabajadoras, estamos vacunados contra esa infiltración.

¿Qué partidos representan hoy, según usted, a la derecha?

—La derecha peruana ha sido cavernaria, pero en los últimos años está aprendiendo...

Está aprendiendo a decir que es de izquierda, por ejemplo...

—De ahí va usted a derivar a ciertas conclusiones televisivas... La derecha peruana no opuso al APRA un partido sino que usó a la Fuerza Armada para enfrentarnos. Velasco admitió alguna vez,

pintorescamente, que la Fuerza Armada había sido el perro guardián de la oligarquía. Creo que la derecha ha aprendido la lección y ahora prefiere actuar con formas más sutiles, más penetrantes y algunas veces organizarse en grupos políticos...

Pero en este caso, doctor, su galantería me parece excesiva. La pregunta fue: ¿Qué partidos expresan políticamente a la derecha peruana?

—El doctor Alayza Grundy ha dicho el otro día que su partido, el PPC, es un partido de derecha. Y por todo lo que hemos visto en la Asamblea Constituyente me parece que la posición del PPC es una posición de derecha. Esto no significa tampoco la satanización de la derecha, fenómeno tan dañino como la satanización de la izquierda. Yo creo que en toda sociedad hay fuerzas conservadoras y fuerzas revolucionarias y que el juego y la contradicción entre esas fuerzas es lo que marca la vida de una sociedad, el yin y el yan, como dicen los chinos.

¿Qué haría usted, desde el Gobierno, por el sector privado?

—El sector privado es parte esencial de cualquier renacimiento económico del país. Creo que ha sido justa o injustamente maltratado, arrinconado, herido y está atemorizado. Hay que devolverle confianza. Creo que el sector privado todavía tiene un papel amplio por cumplir.

¿Cómo dar confianza al sector privado?

—El sector privado se asustó por la inexistencia de reglas de juego fijas. Hay que dar reglas de juego de cierta permanencia...

¿Cuál debe ser el eje de esa legislación coherente?

—La promoción de la economía en general...

¿Usted aumentaría las exoneraciones tributarias del sector privado?

—Probablemente sí, aunque es un tema que tendría que ser resuelto en un debate intersectorial.

¿Usted está de acuerdo básicamente con las exigencias planteadas por la Sociedad de Industrias?

—¿Como por ejemplo?

Como, por ejemplo, mantener el Certex en el nivel que está, la exigencia de no subir la tasa del interés... ¿Usted está de acuerdo

con eso?

—Lo del interés me parece razonable, pero hay circunstancias muy fluidas que requieren estudios y debates técnicos...

¿Usted no cree que existen momentos en que hay que optar?

—Por supuesto. Mendès France decía que gobernar es el arte de escoger, el arte de optar...

¿Y usted por qué ha optado, doctor Townsend: solo por la iniciativa privada?

—¿Pero todo apoyo a la iniciativa privada significa sacrificio del sector popular?

¿Usted no cree eso?

—No creo que sea forzoso. Es posible pero no es forzoso. De cualquier modo, un Gobierno aprista tendrá que tener como prioridad número uno el sector popular.

¿Convocaría usted al capital extranjero?

—¿Por qué no? Claro que no se trataría de una convocatoria al estilo actual de Chile. Se trataría de hacer prevalecer las normas acordadas por el Pacto Andino, por la Decisión 24.

¿Hace cuánto tiempo que usted no lee *El antiimperialismo y el APRA*, doctor Townsend?

—Lo releo con frecuencia.

¿Es su libro de cabecera?

—Tengo ahí las obras completas...

¿Y se zambulle usted ahí con frecuencia?

—Me zambullo y resurjo sin haber perdido la respiración, pero también nado en todas las aguas del océano de la obra de Haya...

¿Tiene usted agallas, doctor?

—Espero... Pero lo que quería decirle es que el pensamiento de Haya es una continuidad, que viene desde su primer artículo en *Labour Monthly* hasta el discurso en la Asamblea Constituyente.

Con el humor que lo caracteriza, Sánchez ha dicho que en la convención electoral del APRA habrá quienes se sientan lesionados y deberán tener su árnica correspondiente. ¿Está usted haciendo su acopio respectivo?

—Todos debemos estar prevenidos... Hay golpes en la vida, y en el

partido, tan fuertes, yo no sé... Es cuestión deportiva. Hay que saber ganar y saber perder...

¿Está usted dispuesto a saber perder?

—Claro...

Pero tiene unas ganas tremendas de ganar, como todo buen deportista...

—Naturalmente... Hay unos versitos de Chocano que dicen: no importa vencer o ser vencido, lo importante es ser grande en la batalla...

Su partido ya ha admitido la contienda... Esta es una realidad nueva y quizá saludable...

—Sí. Yo creo que es tónica, estimulante... Es admitir una contienda fraterna y hasta necesaria...

Se dice que hay dos personas que ejercen sobre usted una influencia dominante y a ratos compulsiva: su mujer y su suegra. Yo creo que usted se convertiría en un ciudadano promedio, absolutamente simpático y comprensible, si admite que sí experimenta estas influencias...

—Soy un hombre casado, estado que comparto con millones de peruanos. Pero de ahí a hablar de influencias compulsivas, eso es un... capricho de mis críticos, por no decir de mis enemigos políticos. Yo estimo mucho la compañía y el consejo de mi mujer, y mi suegra, de cuando en cuando, puede darme una referencia interesante para conocer ángulos nacionales, o internacionales. Pero las decisiones son mías...

Se dice que ha sido su suegra quien ha tomado la iniciativa de las pintas.

—Se puede decir tantas cosas. Pero eso es algo que no niego enfáticamente.

JULIO COTLER

(24 de setiembre de 1979)

Si la crisis política del Perú ha sido permanente en los últimos cuarenta años, ¿usted cree que estamos llegando a una situación límite?

—Estamos llegando a la agudización de esta crisis permanente y se va a requerir de una definición. Y esto porque, como nunca antes, la movilización popular ha alcanzado niveles de extraordinario significado, se ha convertido en un fenómeno profundo y generalizado. Los niveles de conciencia y protesta han llegado realmente a los últimos rincones del país. Y esto requiere una definición...

¿Qué definición?

—Caricaturizando, simplificando, podemos decir que se trata de resolver la crisis o de padecer una dictadura como nunca antes hemos conocido. Claro que en medio hay matices, pero lo que a mí me parece es que los márgenes que quedan entre una y otra alternativa son cada vez más leves.

¿Usted no cree que hay un divorcio entre el grado del descontento popular y las expresiones políticas de la izquierda?

—Por supuesto que sí.

¿Y a qué atribuye el fenómeno?

—Hay muchos factores. El primero es quizá que aún no existe un desarrollo orgánico de la izquierda. Con esto no hablo de la unión de la izquierda en un solo partido sino de su desarrollo organizativo en sus múltiples expresiones. Esto tiene que ver con el país, con su profundo atraso cultural, y con los intelectuales y su lentísima inserción en el movimiento popular. Aunque hay que decir que en estos últimos años la presión de las masas ha hecho que las organizaciones de izquierda se ajusten un poco más a la realidad, la

interpreten mejor.

Para ser más específico: ¿usted cree que la izquierda está preparada para acceder al poder en 1980?

—¿Qué quiere decir preparada?

Madura...

¿Pero qué partido en el Perú está maduro para eso? Ninguno. A nivel de la derecha, el atraso político en este país es increíble.

¿Y al nivel de la izquierda?

—Al nivel de la izquierda yo lo que encuentro es un importante crecimiento de los cuadros técnicos e intelectuales y un buen y creciente número de trabajos serios de investigación de la realidad. Y del lado de la derecha yo no leo más explicaciones que las del señor Revel en *Caretas*, cuando dice que nuestros problemas son producto de nuestra cultura autodestructiva, con lo que enuncia una tesis en el fondo racista. Quizá usted crea que yo le estoy dando una imagen idílica...

Lo que creo es que usted pertenece a una cierta aristocracia intelectual de izquierda y quizá por eso tiene una visión comprensiblemente parcial...

—Por ejemplo, mire, usted agarra *Actualidad Económica* y usted puede discrepar de muchas cosas, pero el aporte de esa revista al análisis serio de la realidad es indiscutible. Es solo un ejemplo. Yo no creo, por supuesto, que nuestra izquierda sea perfecta y que sea la más culta del mundo...

¿Qué característica básica debiera tener un Gobierno de izquierda en el Perú?

—Creo que una de las tareas fundamentales de la izquierda en el Perú es rescatar la democracia, es cumplir una tarea democrática. Y cuando digo eso estoy diciendo redistribución de ingreso, educación masiva, empleo masivo, participación política...

¿Y tolerancia?

—Por supuesto, tolerancia. Siempre y cuando los otros quieran tolerar.

¿Qué partidos de la izquierda compartirían la tesis que usted acaba de enunciar?

—Yo diría que cada vez sectores más amplios...

¿Los que defienden a Pol Pot, por ejemplo?

—No... Pero quiero decirle algo: hay un fenómeno positivo para la izquierda y que muchos han visto como negativo: su atomización...

¿Le parece positiva?

—En tanto y en cuanto obliga a los grupos de izquierda a tolerarse y a desarrollar una conciencia pluralista...

¿Usted lee la prensa de izquierda?

—Sí...

¿Y usted puede expresar que los grupos de izquierda se toleran recíprocamente después de decirme que lee su prensa?

—Se toleran mucho más de lo que se toleraban hace tres o cuatro años. Piense en que Jorge del Prado ha estado junto a trotskistas y a miembros de Patria Roja en la huelga de hambre. Piense en perspectiva, piense en lo que pasaba hace dos años...

Pero que los silencios educados hayan reemplazado a ciertas patadas no soluciona el problema de un programa de izquierda democrático y unitario, desde su punto de vista. ¿Usted cree que este programa es posible?

—No sé si posible pero sí deseable... Lo que quiero decirle es que cuando hablamos de izquierda en el Perú estamos hablando de cinco o diez años atrás...

¿Por qué ese corte tan arbitrario?

—Porque antes lo que era izquierda era algo muy embrionario.

¿Fue con Velasco que el embrión se convirtió en criatura?

—Creo que sí. A pesar de Velasco.

¿Qué frustró el intento de Velasco?

—Creo que nació mal la criatura... Por un lado, se intentó una política redistributiva pero dentro de un estilo de desarrollo claramente concentrador. Hay que recordar que la época de Velasco es aquella en que se produce mayor número de automóviles en el Perú. Por eso es que hay quienes dicen que fue una revolución de clase media. La tasa de crecimiento de la clase media alta fue con Velasco mayor que durante el Gobierno de Belaunde. El tipo de desarrollo industrial que el Perú sigue desde los años 60 obliga a una cada vez

mayor concentración de la riqueza y del ingreso. Lo que pasaba en el fondo es que las promesas no se podían cumplir...

¿Había entonces una carencia intrínseca en el modelo? ¿No era solo que Velasco se negaba a la participación popular...?

—El problema de la participación fue otra cosa. Es que cuando los militares y sus propagandistas pensaban en participación popular estaban pensando en un desfile militar. Nos hemos olvidado que era el Gobierno de la Fuerza Armada. Y es cierto: en el modelo estaba, intrínseco, su propio fracaso. Velasco y su equipo trataron de reajustar toda la estructura social a un nuevo modelo de desarrollo, que ni ellos entendían qué es lo que estaban haciendo. Y ese modelo de desarrollo venía de la ley industrial de 1959...

La que inició la sustitución de importaciones...

—Claro. La sustitución de importaciones requiere necesariamente alta concentración del ingreso. ¿Por qué? Porque básicamente se refiere a electrodomésticos y automóviles. Y además implica el control de los precios agrarios. Los subsidios de Velasco estuvieron principalmente dedicados a Lima y, dentro de Lima, a las clases medias altas.

¿Hay en esto alguna semejanza con lo que hizo Odría?

—Sí, aunque, obviamente, bajo otras modalidades.

¿Se pareció también al de Leguía el régimen de Velasco? Por su concentración, su mesocratismo.

—Así es y también en el sentido en que favoreció a una nueva burguesía y a un nuevo capital extranjero. Pero el estilo de desarrollo de Leguía estaba fundado en las exportaciones agrarias y mineras y el de Velasco en que el Estado debía asumir esas actividades para promover la industrialización... Por eso cuando hablamos del atraso en el Perú... es algo extraordinario recordar que Héctor Béjar decía en 1971 que esto era socialismo porque el Estado crecía en sus funciones productivas. Eso a mí me dejaba con la boca abierta. ¿Así que Brasil es socialista, Francia es socialista, Argentina es socialista? Cuando se habla de la trenza Estado-capital internacional, con la presencia muy secundaria de la burguesía nacional, se está tocando un fenómeno real. Y aquí la burguesía no tiene mucho que decir. Hernando de Soto

tiene que traer a algunas vacas sagradas de Europa para promover una ideología de la burguesía. Eso está diciendo algo del piso raquítico en que se monta la burguesía...

¿Y usted no cree que en la izquierda, sobre una inmensidad de protestas poco ideológicas, se monta también una serie de líderes políticamente, ideológicamente insignificantes?

—¡Por supuesto! La historia no es limpia...

¿No cree que la ausencia de Mariátegui nunca fue llenada?

—De acuerdo.

¿Y eso para usted no es un drama?

—Sí, es un drama que nace de sus bases sociales. Por eso es que soy antimesianista. Aunque volviese a aparecer un Mariátegui, no podría concentrar todas esas fuerzas desperdigadas. Porque estas fuerzas desperdigadas deben tener su propia historia.

¿Por qué en Chile la izquierda tuvo un desarrollo cualitativamente tan distinto?

—Bueno, eso tiene que ver con su historia. Chile tenía una concentración obrera importante a principios de siglo, el Partido Comunista se funda en 1912, y allá no existe el APRA...

Pero el Partido Socialista cumplió en sus primeros años el papel del APRA...

—Es cierto, pero su aparición es muy posterior. Lo fundamental es la concentración proletaria, que signa el desarrollo político de Chile...

Bien, ¿por qué una izquierda antigua, con inserción social e histórica, con oficio legislativo, con programa, termina al final devorada en sí misma, despedazada, ejecutando un programa que llevó a la frustración?

—Eso es para hablar dos horas y usted me pide respuestas precisas. Yo creo que la vía chilena estaba fundada sobre un mito: el de la tolerancia democrática. Estaban convencidos de que el Ejército era una institución neutra y que la burguesía era democrática. A partir de ahí comienza todo...

Pero usted habló hace poco de la tolerancia como un requisito...

—Hoy en el Perú es necesario desarrollar un proceso de

democratización.

¿Qué entiende usted por tolerancia? Me intriga mucho su semántica personal...

—La izquierda peruana debe luchar hoy por un proceso de democratización en el Perú...

Tolerancia hoy, palo mañana...

—No sé. Eso depende también de cuál sea la reacción. La tolerancia tiene que ser recíproca. En Chile la izquierda fue muy tolerante. La izquierda no es genéticamente violenta. El problema está en ver si es posible realizar el socialismo sin violencia. Eso sería extraordinario...

E insólito...

—Así es...

La vía transaccional, pacífica, de Allende fracasó. Las experiencias violentistas de esta última década han producido dictaduras de largo aliento en América Latina. ¿Cuál es la salida desde una perspectiva marxista?

—¿Hoy?

Hoy.

—Repito que para mí la tarea más urgente en el Perú es la democratización. Mire, Trotsky decía que frente al fascismo había que aliarse hasta con el diablo. Yo creo que esa frase hay que reivindicarla...

¿Advierte usted un peligro fascista en el Perú?

—Sí, por supuesto, aunque en este caso el término fascista debe ir entre comillas.

¿Usted admitiría que hay grupos de izquierda lo suficientemente extraviados como para creer que una salida fascista puede ser estratégicamente positiva, en la medida en que agravaría la crisis y las contradicciones sociales?

—Creo que esa posición tiene cada vez menor gravitación en la escena nacional. Mucha gente se ha convencido de que esa tesis es de un simplismo sin nombre. De lo que se trata es de pensar en lo siguiente: ¿cómo abrir al máximo el proceso de democratización que el Perú necesita frente a una política de estabilización? No se conoce un solo caso de una política de estabilización que no traiga consigo

desempleo, miseria y hambre. Y, por tanto, protesta popular. Y, por tanto, una dictadura violenta.

Pero eso no es inexorable...

—Es que el problema de la democracia en el Perú de hoy es el problema de la política de estabilización de Silva Ruete. Cuando un hombre como el presidente del Banco Central dice que la crisis va a significar medio millón de niños muertos, creo que se ha llegado a una situación límite. Yo no creo que la tarea de hoy sea hacer la revolución socialista. La izquierda debería entender que para subir al cielo se necesita una escalera grande y otra chica. Y hoy hay que ponerse en la escalera chica...

¿Usted propone una alternativa a la política de Silva Ruete?

—No sé si yo podría proponerla, pero habría que buscar una alternativa. Tiene que haberla. El problema es que una alternativa a la política de Silva Ruete pasa por atacar a ADEX y ahí volvemos al problema de la tolerancia. ¿ADEX soportaría que se le quite el Certex? Piense que lo que recibe ADEX es el equivalente a cuatro veces el monto de los subsidios alimentarios. ¿Se puede ser tolerante con ADEX y permitir que mueran 500 mil niños más? ¿Hay derecho?

Según usted el APRA cumplió el papel de la izquierda durante muchos años...

—Así es...

¿Qué papel cumple ahora?

—El de colchón de la Fuerza Armada, el de sucesor elegido.

Me refería a un papel menos episódico.

—¿Es decir cuál sería el papel del APRA en el caso que llegara al Gobierno?

Sí.

—Creo que su papel sería canalizar y comprimir las demandas sociales. De lo contrario, todo el aparato del Estado salta. Si es que el APRA entra al Gobierno, digamos con Villanueva, y quiere realizar sus promesas... bueno, usted va a tener 500 por ciento de inflación en seis meses. Si usted quiere, como el APRA, mantiene el Certex y, al mismo tiempo, dar subsidios a los alimentos la inflación es inevitable.

¿Qué distingos hace usted entre el APRA y partidos como

Acción Popular y el PPC?

—Tiene una base social muy diferente, para comenzar. Aparentemente, el APRA es capas populares, clases medias pobres y provincianas. Acción Popular es capas medias urbanas y burguesía.

¿Y el PPC?

—Yo tengo la impresión de que el PPC es una especie de herencia del odriismo: una cierta burguesía especulativa, lo más atrasado de la burguesía peruana, y con ciertas capas medias medio desclasadas y un poco lumpen. El PPC tiene mucho lumpen.

Si como usted dice no hay una burguesía nacional, ¿a quién representó Velasco entonces desde su propio punto de vista?

—Él fue el defensor de una burguesía que no existía.

¿Así que se elevó sobre un fantasma?

—Sí, pero al mismo tiempo que procuraba alentar algo que no existía trataba de impedir que se desarrollara. Es decir, Velasco trataba de dar de comer a dos cachetes. Por un lado favorecía a los industriales con su política crediticia, su tasa de cambio, pero por otro lado les ponía la comunidad industrial y 30 mil formularios que tenían que llenar. Y solo su ceguera impidió a la burguesía no ver en Velasco a alguien que interpretaba parte de sus reivindicaciones.

No hay una burguesía nacional, según su tesis. ¿Hay una izquierda nacional?

—Yo creo que cada vez hay más izquierda nacional. Y algo fundamental: cada vez más las bases sociales de la izquierda son nacionales. Las bases están obligando a los líderes a pensar en función nacional.

¿Cómo explica que haya sido Hugo Blanco quien lograra la más alta votación de la izquierda el año pasado?

—Bueno, no tengo una respuesta definitiva. Pero, si usted se pone a pensar, Lima es 50 por ciento de provincianos, y estos fundamentalmente vienen de la Sierra del sur. Blanco es eso: habla como ellos, tiene la cara de ellos. Eso también demuestra que cada vez el liderazgo en la izquierda deja de ser intelectual y universitario y empieza a salir de las bases. Hay una especie de pánico que comienza a apoderarse de ciertas capas...

¿Qué pánico?

—Los cholos... Los cholos comienzan a levantarse.

¿Para usted el problema racial se superpone a la lucha de clases en el Perú?

—Hay un problema étnico cruzado profundamente con el de clases, por supuesto. Esa es un poco mi tesis: el problema del Perú es el problema nacional. Si usted examina el mapa electoral del Perú verá que la izquierda es, básicamente, Lima para abajo: Cusco, Puno, Apurímac, Tacna, Moquegua, etcétera. ¿Esto es coincidencia? No creo. Yo creo que el APRA aglutinó a los sectores más altos del proceso de desarrollo capitalista. La izquierda viene a representar toda esta nueva oleada migracional, toda esta movilización que viene de los sectores más atrasados.

¿Pero es la izquierda acaso una alternativa de poder? Usted mismo ha admitido que no, que inclusive el programa tendrá que hacerse en el camino, que hay inmadurez. ¿No estamos hablando de un riesgo excesivo?

—¿Usted cree que el APRA tiene una alternativa? Su alternativa es represión, o inflación o charrismo. ¿Cuál es la alternativa belaundista? ¡Schumacher y su tecnología mestiza! ¿Cuál es la alternativa de Bedoya? ¿Qué van a proponer los militares? ¿Quién propone una alternativa orgánica en este país? Y este es nuestro país, así es, no es otro, no es Francia o Inglaterra.

Así que usted se resigna a que una izquierda sin programa estratégico, o con un programa desfasado de la realidad, y aventada por la ola de la crisis y del hambre, intente llegar al poder.

—Para comenzar, yo no creo que la izquierda pueda llegar al poder en 1980. Lo que yo digo es que la única fuerza capaz de formular una alternativa para el 90 por ciento de la población, que es la que tiene hambre, es la izquierda. Pero de ahí a creer que la izquierda va a ser el Gobierno el próximo año, en absoluto.

¿Pero cuál es esa alternativa para ese 90 por ciento de la población?

—Una alternativa que pasa por la reestructuración de todo el

aparato productivo y de la distribución de todos los recursos que puede movilizar la sociedad. El problema es en el fondo decidir producir y para quiénes. No se trata de socializar las fábricas de cosméticos sino de no darles prioridad alguna. Hay que tener en cuenta además que la política de estimular las exportaciones se da cuando se anuncia una nueva recesión mundial y vamos a ver si las predicciones de los economistas gubernamentales se cumplen o no.

Los análisis de fondo de la realidad peruana desde una óptica de izquierda vienen de gente como usted. El problema es que muy buena parte de los dirigentes de la izquierda no lo leen a usted ni a quienes escriben como usted.

—Claro, es cierto, aunque no estoy seguro si soy tan riguroso como debiera. Hay un desfase pero que no debe sorprender.

¿Cuál es el peor defecto de los países socialistas, doctor Cotler?

—La falta de democracia. De democracia socialista.

¿Todos los países socialistas padecen lo mismo?

—Unos más, otros menos. Lo que a mí me sorprende en el caso cubano es que a pesar de su dependencia respecto de la Unión Soviética tenga un margen de democracia tan amplio.

¿Usted ha estado en Cuba?

—No.

Usted tiene una no tan remota simpatía por Trotsky, ¿verdad?

—Sin ser en absoluto trotskista, tengo una profunda admiración por Trotsky.

¿Y por Stalin?

—Ninguna admiración.

Pero Stalin es la «eficacia».

—Yo estoy en favor de lo que se debe hacer. Yo no creo que la política sea el arte de lo posible. Eso me parece profundamente cínico. Yo creo que la política consiste en hacer posible lo necesario.

ENRIQUE CHIRINOS SOTO

(16 de octubre de 1979)

Usted dijo hace poco que si había una izquierda responsable había que tratar con ella. Se supone que el Partido Comunista es parte de ella. Bien, hablando del pasado, fue usted quien defendió a capa y espada el artículo 53 de la Constitución que estaba dirigido, según sus propias palabras, contra el Partido Comunista. Usted escribía entonces: «El artículo 53 es comparable, por eso, a una precaución de índole estrictamente sanitaria e higiénica». Este es uno de los cambios cualitativamente más importantes de su personalidad política, doctor Chirinos. ¿Podría explicárnoslo?

—Cómo no... Usted no puede pretender, tampoco, mi querido César, que yo mantenga una identidad de pensamiento a lo largo de 30 años de quehacer periodístico cotidiano... Ese artículo al que usted se refiere tenía por objeto demostrar lo siguiente: que el artículo 53 de la Constitución no la convertía en totalitaria. No tengo inconveniente en retractarme de ese artículo. Creo que proscribir a los partidos, inclusive al comunista, es un grave error. No tengo inconveniente en retractarme porque también en este caso la experiencia me ha enseñado que más vale que el comunismo esté en libertad. De manera que desde una perspectiva eminentemente democrática, me retracto, hago apostasía de ese artículo...

Usted es hoy un elocuente enemigo del golpe de Estado. Pero en una entrevista concedida en julio de 1977 al diario *El Mercurio* de Chile, usted dijo: «En principio, yo soy adverso al golpe de Estado...».

—Ahí está.

Bien, pero sigo citándolo: «en principio, yo soy adverso al golpe de Estado; pero en Chile el señor Allende, que nunca tuvo

mayoría, había perdido legitimidad. Así lo declaró la Corte Suprema, así lo declaró la Cámara de Diputados y entiendo que estuvo a punto de declararlo el Senado...». ¿No era esta una manera de justificar lo que hizo Pinochet?

—Ahí mismo digo, pues, que en principio estoy contra el golpe de Estado. Y todo lo que añado es cierto. La Corte Suprema declaró que el Gobierno de Allende se había apartado de las normas constitucionales. Lo mismo hizo la Cámara de Diputados. Pero esas son explicaciones al fenómeno del golpe de Estado, sobre el que he dado una conferencia. Es decir, yo no justifico el golpe de Estado. En ocasiones me lo explico.

En esa misma entrevista usted dijo, por otro lado, lo siguiente: «Velasco era un extraviado mental [...] un monigote del comunismo». ¿Mantiene esos adjetivos ahora?

—Monigote no es un adjetivo; es un sustantivo...

¿Y extraviado mental?

—Es, es... una exageración, pues, una exageración polémica. Dicho sea de paso, el general Velasco estaba vivo; pero reconozco que había exageración...

Estaba vivo pero estaba fuera del poder...

—Así es... También lo combatí cuando estaba en el poder.

Lo combatió de una manera bastante delicada. ¿Lo admite?

—Oiga usted, se hace mucha propaganda con el artículo en el que saludé su coraje físico, que seguramente usted va a citar ahora. Pero no se recuerdan todas las batallas que yo he dado cuando el septenato. Yo, por ejemplo, defendí a Hoyos Osores, a Guido Chirinos Lizares, a César Martín Barreda. No hubo causa en que no me encontrara dando la batalla. Defendí la libertad de prensa en debate televisado contra el doctor Cornejo Chávez...

A quien en esa misma entrevista de *El Mercurio* llamó «el más repugnante de los felinos de la Democracia Cristiana...».

—Exageré... y le di satisfacciones en la Asamblea Constituyente...

Respecto de Velasco, usted escribió: «El general Velasco ha sido alcanzado por la adversidad; ha sido alcanzado pero no ha sido abatido: la ha desafiado y se ha sobrepuesto. Su personalidad

acusa, pues, un valor moral que yo no le conocía y ni siquiera le sospechaba». Esto lo dijo cuando Velasco estaba en el poder...

—¿Usted me permite leer otras cosas que dije en el mismo artículo?

Cómo no...

—«No alcanzo a imaginar una circunstancia en la que yo acepte un régimen de facto. Creo en el derecho del pueblo a gobernarse a sí mismo por medio de representantes libremente electos. Creo que el Gobierno debe siempre ejercerse dentro de los límites que la Constitución señala... No soporto, en cambio, el abuso. No soporto el abuso que consiste en deportar a Luis Rey de Castro, cualquiera que sea la razón que se invoque, pues no hay razón sino sinrazón para deportar a nadie, menos a un periodista libre... No soporto el abuso que consiste en expedir decretos leyes con efecto retroactivo para interrumpir el juicio que se sigue a Mariano Prado Heudebert y someterlo en su lecho de enfermo a oprobioso interrogatorio... Nos aflige la insolencia del mandón, a la que se refiere Shakespeare en el monólogo de *Hamlet* [...]. No aplaudo en bloque todos los actos del Gobierno pero tampoco los repruebo en bloque para poder formular una opinión acerca del general Juan Velasco Alvarado...».

De ese tono tan tributario de la serenidad a decir que Velasco era un extraviado mental y un monigote del comunismo había una gran diferencia...

—Ya le he dicho que exageré...

En junio de 1973 usted decía que en relación con la obra del general Velasco sería «la historia la que debería juzgarla». ¿Por qué tanta prudencia en este caso?

—Oiga usted, todo juicio contemporáneo no es un juicio histórico, es un juicio político. Yo no puedo pretender convertirme en historiador del general Velasco porque he vivido demasiado cerca todo este proceso...

¿El general Velasco fue tolerante, doctor Chirinos?

—El general Velasco demostró tolerancia conmigo. Desde luego que no la demostró en los casos de los abusos que yo condené con nombre propio...

Usted dijo respecto de Velasco: «Esa es la tolerancia que usted

practica, virtud superior de la civilización». ¿Se refiere a su caso?

—¡Lo dije en ese momento! Era una respuesta a una carta elogiosísima que el general Velasco me había dirigido siendo yo periodista de oposición. Era un asunto de buenas maneras...

¿Era también un asunto de buenas maneras el que lo condujo a decir que el general Artola era un personaje «lleno de colorido... franco e incisivo... de batalla»?

—Sí, y cuando el general Artola me incluyó en una lista de «vendidos a la patria» —porque aparecía que la International Petroleum me pagó dos mil soles por un artículo en homenaje al centenario de Rubén Darío— le dije que como legítimo representante del pueblo protestaba contra la infamia de quien usurpa la cartera del Interior. Y eso está en letras de molde en los periódicos...

El APRA propone una economía basada en el cooperativismo. Usted es un defensor elocuente de la propiedad privada y de la libre empresa. Y aquí tengo un artículo suyo titulado «El prestigio del sistema», en el que usted abunda en esta tesis y habla sobre la personalidad de Rockefeller. ¿Hay en esto una contradicción?

—No, César, ahí sí que no hay contradicción y ahí no me agarra usted...

Yo no quiero agarrarlo, quiero recordarlo...

—Bueno, supongamos... Dentro de las formas de propiedad privada la que prefiero, decididamente, como aprista, es la propiedad cooperativa. Siempre, dentro del respeto al principio de la propiedad privada, que es lo que me interesa.

Su respeto a la propiedad privada, doctor Chirinos, fue el que lo empujó a abandonar la Cámara de Diputados, en febrero de 1968, como protesta por la creación de dos nuevos impuestos: a las utilidades y sobre las utilidades no distribuidas...

—Fíjese usted: el problema que se me planteó a mí fue un problema de consecuencia con la bandera electoral en la que yo había sido elegido. Bandera que no escogí yo, bandera que se había planteado antes que yo fuera candidato: no más impuestos que gravaran al pueblo. Desgraciadamente, la realidad presupuestal hizo que se

tuvieran que aprobar nuevos impuestos. Entonces yo protesté contra los impuestos. En sustitución a esos impuestos, yo fui el primero en proponer que desaparecieran las acciones anónimas en las sociedades mercantiles, idea que más tarde recogió Manuel Ulloa...

Pero en este caso se trataba de dos impuestos que estaban directamente vinculados a la empresa privada. No eran impuestos indirectos...

—Me extraña que alguien como usted no comprenda que si se pone más impuestos a las utilidades entonces a la empresa le queda menos para distribuir entre sus trabajadores, menos para aumentar sueldos y salarios...

A mí me extraña que usted no repare en el siguiente hecho: ustedes hablaban de un déficit fiscal cuantioso, de una emisión irresponsable de papel moneda, de una inflación que crecía; crear impuestos era una manera de reducir el déficit y reducir la emisión de dinero. ¿No aprecia usted esto?

—Hay dos maneras, pues... Una es, evidentemente, crear impuestos. Otra es reducir gastos. Yo opinaba por la reducción de gastos, que ya sé que no es fácil de conseguir. Yo estaba en un lecho de Procusto: había sido elegido con la bandera de no más impuestos.

¿Sigue pensando, como lo ha sostenido siempre, que el Legislativo es el primer poder del Estado?

—No solo lo he sostenido: lo he demostrado...

Bien, ¿entonces se resignaría usted a que el APRA fuera en 1980 una poderosa oposición parlamentaria? Al fin y al cabo usted sostiene que el Ejecutivo no es el poder.

—No he dicho eso...

Sí lo ha dicho y lo voy a citar: «El presidente es el primer ciudadano de la República, pero no es poder. El poder ejecutivo es un poder inferior al legislativo en cuanto a su función: cumplir y hacer cumplir las leyes supremas, normas de derecho que expide el Congreso, primer poder del Estado».

—Es verdad, pues... El presidente, en sí, no es poder. El poder ejecutivo es subalterno con respecto al progreso...

Por eso pregunto: ¿usted se resignaría a que el APRA fuera una

oposición mayoritaria en 1980 y desde ahí ejerciera el poder?

—La pregunta tiene dos respuestas. Si usted me dice: yo como aprista... Como aprista no me voy a resignar, por supuesto, a que el APRA pierda las elecciones a nivel del poder ejecutivo... A título muy personal me parecería suficiente tener una fuerte representación parlamentaria...

Cuando le preguntaron, en mayo de 1978, con qué partidos no haría alianza el APRA, usted dijo: «Con los partidos totalitarios, inclusive la Democracia Cristiana, que ha sido rabona de la dictadura». Esto, frente a su posición acerca de una posible concertación con fuerzas de izquierda, ¿no es una contradicción?

—No, porque después de esas declaraciones ha venido la experiencia de la Asamblea Constituyente. Y esa experiencia demuestra que hay, o puede haber, una izquierda responsable... Mi querido César, yo no me jacto del don de la infalibilidad, que solamente tiene el Papa en materia de fe y moral. De manera que me puedo equivocar todo el tiempo... Pero las circunstancias políticas son cambiantes. Yo no puedo mantener en los mismos términos una declaración que hice antes de la Asamblea.

¿Y cuál fue esa experiencia de la Asamblea?

—Le diré sinceramente: el Partido Comunista demostró responsabilidad. Acudían a las sesiones, a las comisiones, cumplieron con presentar un proyecto constitucional y satisficieron personalmente sus deberes parlamentarios, aunque estuvieron en contra de nosotros y aunque uno de sus ejercicios favoritos era el de insultarnos.

¿Cómo es posible que un enemigo, como usted se reclama, del golpe de Estado propusiera alguna vez legitimar, constitucionalizar al general Morales Bermúdez, continuador de una situación de facto, como diría usted?

—La legitimación era el bautizo, era el agua lustral. Es la que obtuvo Castilla de la Convención Nacional en 1855, después de la revolución contra Echenique. Es la que obtuvo Prado en el Congreso Constituyente de 1867. Un Congreso Constituyente puede legitimar a un Gobierno de facto.

El APRA, sin embargo, no acompañó esta tesis...

—No, no la acompañó. Me quedé solo.

Creo que a usted le ha ocurrido con frecuencia eso de que quedarse solo...

—No tanto. Usted ha citado un caso. No sé qué otros tenga en mente...

Usted ha tenido frases de elogio para con Jorge del Prado. En un reciente artículo para la revista *ABC* usted afirma, sin embargo: «El aprismo es el verdadero partido político anticomunista del que el Perú dispone». ¿Sigue pensando esto?

—Sí... Somos anticomunistas, naturalmente que somos anticomunistas, lo cual no impide que entendamos actitudes responsables de la izquierda comunista...

Usted es una persona que tiene muchos matices...

—Gracias...

Algunos de ellos resultan quizá sorprendentes... Voy a citarle una frase suya, doctor Chirinos, respecto de los Gobiernos autoritarios y represivos de los últimos años en el Perú. Dice usted en «El Perú frente a junio de 1962»: «Bueno será decir de una vez que los regímenes autoritarios que se han sucedido entre 1933 y 1956 —vale decir, el Gobierno de Benavides, el primero de Manuel Prado y el de Odría— han sido efectivamente regímenes de orden y de progreso material. Alejado a la fuerza de la preocupación política el país trabajó con tenacidad y se enriqueció y desarrolló en proporción que asombra y que no sospechan quienes suelen hablar de memoria de estos temas...». ¿Mantiene usted esta posición?

—Oiga usted: ¿qué remedio tiene el hecho de que el Gobierno del general Benavides fuera un Gobierno de progreso, de admirable estabilidad monetaria, y que al mismo tiempo, y para desgracia del Perú, fuera un Gobierno que no respetaba las libertades públicas? Yo hubiera querido un Gobierno de progreso y de libertades. Desde ese punto de vista, y creo que sin incurrir en superlativos, pienso que el mejor Gobierno de este siglo es el segundo Gobierno de Manuel Prado, en que hubo progreso económico y libertad política...

Refiriéndose a Benavides, a Odría, usted dijo: «Es el

militarismo típico del siglo XX, es el recurso a las Fuerzas Armadas como suprema garantía del orden social amenazado desde la izquierda. Y no solo en la acepción egoísta de las palabras orden social sino en lo que significa en beneficio de toda la nacionalidad, como antítesis del caos y de las calamidades revolucionarias». ¿Mantiene usted esta admiración por los regímenes fuertes, aunque no democráticos?

—No hay tal admiración. Hay reconocimiento de una circunstancia. ¿Qué admiración podía haber si mis primeras prisiones me las dio el señor Odría? Yo caí preso, oiga usted, cuando tenía 19 años, no una sino varias veces, y volví a caer en El Frontón en 1956. Desde el punto de vista de las libertades, repruebo al señor Odría. Desde el punto de vista del progreso material, lo aplaudo. Porque hoy Odría resulta una especie de titán, si se compara su obra con el desastre del experimento iniciado el 3 de octubre de 1968.

En esta entrevista concedida a *El Mercurio*, usted, hablando de la receta económica que se aplica en Chile, dijo lo siguiente: «Chile está haciendo un valeroso esfuerzo para recuperar su economía de la única manera en que esta puede recuperarse, a saber: libre cambio, estímulo de la empresa privada, reducción del déficit presupuestario. Si Chile se cuida del otro antiguo vicio de aumentar las remuneraciones para compensar el alza del costo de vida habrá corregido su problema». ¿Usted aplicaría la fórmula chilena al Perú?

—Yo reconozco que es una fórmula muy difícil de aplicar, pero los chilenos la han aplicado. Y de una inflación del 500 por ciento han bajado a una inflación del 30 por ciento. Lo que debería asustarnos son los datos que están viniendo en las revistas norteamericanas, como por ejemplo *Newsweek*, sobre el progreso de Chile. Chile se va a convertir, si persevera, en una política económica correcta, en una gran potencia...

Pero, como dicen algunos, ¿y el costo social?

—El costo social y el costo político... Yo no quiero para el Perú un Gobierno como el de Pinochet.

Pero el problema es que una receta como la chilena, que a

usted le parece correcta desde un punto de vista económico...

—Técnico...

Bien, técnico... Una receta como esa necesita un Gobierno represivo, un correlato político de las características del Gobierno de Pinochet...

—No creo que esa desgraciada correlación sea inevitable. No creo...

¿Cómo hace usted para reducir la inflación del 500 por ciento al 30 por ciento? Recesando la economía, usted...

—No, no, no. Al contrario: hay que impulsar la economía, hay que revitalizarla.

La desocupación en Chile ha aumentado increíblemente...

—Yo no estoy seguro de ese dato. No estoy seguro tampoco de que la ocupación con Allende fuera una ocupación económica o burocrática. Con las estadísticas se puede demostrar todo... Mi receta no sería recesar la economía. Sería activarla...

Usted ha dicho que el APRA es la negación dialéctica del marxismo. Y ya veo que me va a decir: no lo he dicho yo, lo dijo Haya...

—Así es...

Por eso mismo quiero citar a Haya, página 150 del tomo cuatro de sus obras completas: «La doctrina del APRA —dice Haya— significa, dentro del marxismo, una nueva metódica confrontación de la realidad indoamericana con las tesis que Marx postulara para Europa... He aquí el sentido, la dirección, el contenido doctrinario del APRA: dentro de la línea dialéctica del marxismo interpreta la realidad indoamericana». ¿Es dentro o es fuera?

—Ahí está a la vez el marxismo y el antimarxismo de Haya de la Torre: dentro del marxismo en cuanto es dialéctico y por tanto tributario de Hegel; fuera del marxismo porque usa esa herramienta dialéctica marxista y hegeliana para refutar filosóficamente al marxismo en el espacio-tiempo histórico de América Latina.

¿Para usted un objetivo estratégico del APRA es abolir el capitalismo?

—No. Es hacer un sindicalismo fuerte, muy vigoroso, que obtenga

para los obreros las mayores ventajas. No es acabar con el capital. El capitalismo como sistema es malo. El ismo es malo. Pero no se trata de acabar con el capital. Haya de la Torre dice expresamente que el APRA no es socialista porque cree en la propiedad. No olvidemos que el partido es un frente de clases...

¿Hay algo que haya hecho en política y de lo cual se arrepienta especialmente?

—No sé, seguramente... quizá algunos excesos verbales contra Cornejo Chávez, que me llevaron precisamente a darle explicaciones.

¿Nada más?

—Bueno, debe de haber más... Pero usted quiere que me confiese, oiga usted...

Así es...

—Entonces haga lo que hacen los buenos confesores; señáleme mis pecados y yo le sigo la pista...

Yo quisiera, doctor Chirinos, que usted fuera más transparente, más leal consigo mismo... Yo creo que usted es uno de los pocos conservadores ilustrados que quedan en este país...

—Ja, ja, ja... Yo soy conservador. Yo creo que en el Perú hay que conservar el Partido Aprista, la Fuerza Armada, la Iglesia católica y la democracia, una vez que la rescatemos.

¿Solo eso?

—Y los valores esenciales de la civilización a la que pertenecemos...

¿Occidentales y cristianos?

—Así es...

Eso lo dice el ministro de Marina...

—Me alegro que coincida conmigo...

Pero occidental y cristiana también fue la Inquisición, occidental y cristiano fue Franco, occidental y cristiano quizá también sea Pinochet...

—No, porque niegan el valor esencial de Occidente, el valor que Grecia transmitió a Occidente, que es el respeto a la libertad del hombre. Ese es el gran aporte de Occidente: la persona como la entendieron los griegos y como la exaltó Cristo, en contra de la multitud indiferenciada del Oriente. Yo no quiero decir que la

civilización occidental sea perfecta o mejor. Quiero decir que es mi civilización.

Esas son palabras mayores y muy bien dichas. Veamos, sin embargo, a Latinoamérica en 1979 y admitamos que casi es una dictadura expandida. ¿Qué tiene que ver eso con ese Occidente del que me habla?

—Eso es un pecado contra Occidente y un pecado contra Cristo.

¿Y la manera de enfrentar ese pecado? ¿Hay que formular admoniciones evangélicas o hay que hacer una revolución?

—Hay que conquistar gradualmente todo aquello que nos falta. Hay que superar la pobreza y la ignorancia. Se trata de una tarea que no se hace en 11 años ni con cuartelazos. Es una terrible tarea que nos aguarda a todos...

Usted ha admitido que la lucha de clases es una realidad. En esa lucha, ¿dónde se ubica usted?

—Oiga usted: le he admitido en una cierta vertiente la lucha de clases. También le he dicho que hay conciliación de clases...

¿Eso es lo que propone el APRA?

—En última instancia, sí... ¿En qué lado me ubico yo? Yo soy un trabajador, yo no soy oligarca. Yo no soy propietario de nada sino de esta casa hipotecada. De manera que entre el capital y el trabajo yo estoy de lado del trabajo...

¿Usted cree que la tesis de la conciliación de clases sea la tesis oficial del APRA?

—Le repito algo que ya le he dicho en otro momento: no soy pontífice del partido; soy un humilde militante de base que no tiene cargo dirigente; un humilde militante de base...

HUGO BLANCO GALDÓS

(5 de noviembre de 1979)

Usted ha postulado como programa político la expropiación sin pago de la industria nacional y extranjera y la necesidad de dejar en manos particulares las bodegas y los taxis. ¿Mantiene ahora esta posición?

—Así es. Entiendo que eso de los taxis y bodegas es una síntesis suya. Lo que queremos decir es esto: que los talleres artesanales, el pequeño comerciante que está en los mercados, el dueño de su parcela de tierra, todo esto sí quedaría en manos de sus propietarios.

Simultáneamente, usted ha insistido en la necesidad de disolver la Fuerza Armada al servicio de la burguesía y sustituirla por comités armados del pueblo. Entiendo que usted a su vez entiende que esto implicaría una guerra civil. ¿Está usted dispuesto a afrontar esta posibilidad?

—Lo que nosotros queremos es una completa democracia en el Perú. Si a esa democracia se oponen los poderosos y si los poderosos enfrentan con la violencia a la voluntad de las masas, yo creo que las masas tienen el derecho de asumir la defensa de esa su democracia.

Blanco, usted tuvo una experiencia singular frente a la violencia. Usted alguna vez admitió ante un tribunal militar haber dado muerte a un guardia civil. ¿No fue esta una experiencia traumática? ¿Qué relación tiene usted con la violencia?

—Mi relación con la violencia es muy antigua. Porque desde niño fui testigo de la violencia ejercida por los poderosos y su aparato militar. Violencia que ha matado mucha gente, amigos míos, cercanos míos, compañeros míos, que ha herido a mucha gente, que ha encarcelado a mucha gente, que ha deportado a gente y que sigue reprimiendo. Esa es la relación que yo tengo con la violencia...

Pero usted la ejerció también…

—He participado en la defensa de los derechos del pueblo contra esta brutalidad…

¿Cómo recuerda ahora los sucesos de 1963, la muerte de aquel guardia?

—Lo recuerdo como el hecho doloroso de que a veces uno, para defender la vida de los que lo rodean, tiene que golpear. Y en condiciones completamente desiguales: ellos armados con ametralladoras, asesinando mujeres, asesinando niños, asesinando ancianos desarmados. Y así siempre, como en Chile. Nosotros creemos que el pueblo no debe dejarse masacrar sino que debe luchar por sus derechos, como en Nicaragua.

Hablemos de Chile y Nicaragua. Para usted, el de Allende era un Gobierno reformista, burgués, intrínsecamente contrarrevolucionario.

—Así es. Jugaba un rol contrarrevolucionario. Lo que quiero decir es lo siguiente: todo Allende termina en un Pinochet…

¿Y en qué termina todo Blanco?

—No sé, probablemente en la tumba… Pero lo que nosotros decimos de Allende es que durante su Gobierno las masas lograron muchas conquistas. Eso es cierto. Y todo eso aplaudimos y defendimos. Pero al mismo tiempo creíamos que Allende se estaba suicidando políticamente al confiar en las Fuerzas Armadas. Eso no quita que lo consideremos un mártir de la lucha latinoamericana contra el imperialismo.

Asesinado, merece palabras tardías de reconocimiento. Vivo merecía solamente críticas, ¿verdad?

—Absolutamente falso. Parece que usted no ha leído todo lo que hemos dicho de Allende. Lo que nosotros criticábamos es que Allende confiara en las Fuerzas Armadas, que le prometieron lealtad hasta el 10 de setiembre.

Bien. ¿Usted qué habría hecho en vez de Allende frente a las Fuerzas Armadas?

—Nosotros tenemos nuestro planteamiento. Nosotros solo podemos confiar en unas Fuerzas Armadas en manos del pueblo…

¿Usted las habría infiltrado, las habría disuelto, las habría enfrentado a milicias populares...?

—Perdón: haría lo que estamos planteando acá; que las Fuerzas Armadas estén constituidas por comités de obreros, campesinos, comités de defensa de los pueblos jóvenes. Ese es nuestro planteamiento y eso es lo que creemos que debió hacerse en Chile.

Blanco, pero usted es un político con experiencia. ¿Usted cree que lo que me está diciendo se daría por un decreto?

—Si es que no va a darse por un decreto es precisamente porque las fuerzas opresoras, con su fuerza bruta y antidemocrática, no van a respetar la voluntad soberana de nuestro pueblo. No va a ser por nuestra culpa ni porque nosotros queramos la violencia. Es esa fuerza bruta de los opresores la que siempre trata de imponerse mediante la violencia y el fuego.

Usted ha tenido palabras de apoyo para con el Gobierno de Nicaragua, en contra aun del órgano oficial de su partido, el PRT...

—Es que yo he estado en Nicaragua y he visto que quien gobierna realmente es el Frente Sandinista...

¿No será que usted ha comprobado en Nicaragua que es posible que un «Gobierno burgués» o con «presencia burguesa» no sea obstáculo para el «avance de las masas»? ¿Su experiencia en Nicaragua no contradice su terquedad respecto a la posibilidad de concertaciones con partidos como el PSR?

—No. Porque ya le digo que no es la junta la que gobierna. Si ella gobernara yo estaría en contra. Ahora, quiero decirle que nosotros no creemos que el proceso revolucionario haya terminado en Nicaragua. Creemos que está en un punto crucial; que puede avanzar, que es lo que queremos, o puede retroceder. Y en relación con el PSR: una cosa es Nicaragua, donde las armas están en manos del pueblo, y otra cosa es el Perú, donde el señor Leonidas Rodríguez tiene confianza en la institución de las Fuerzas Armadas, de la cual él formó parte inclusive cuando masacraba al pueblo...

¿Por sus discrepancias con otros grupos trotskistas fue que usted apoyó la expulsión de la trotskista brigada «Simón Bolívar»

de Nicaragua?

—No he apoyado la expulsión...

¿Cómo que no la apoyó?

—Apoyar quiere decir que cuando la estén expulsando, yo diga: bueno, expúlsenla. Posteriormente, cuando ya había sido expulsada, me preguntaron si creía que el Frente Sandinista tenía razón al haber tomado esa medida y yo dije que sí, que tenía razón...

«Completa razón», dijo usted...

—Así es.

¿Y por qué?

—Yo creo que sí. Primero, porque se había hecho una campaña económica en nombre del Frente Sandinista y ese dinero no fue a la caja del Frente Sandinista. Segundo, porque esa brigada actuaba en nombre del Frente Sandinista sin pertenecer al Frente Sandinista. Eso fue completamente incorrecto para un revolucionario...

Y a mí me parece completamente insuficiente su respuesta. ¿No será que aquí están en juego las tendencias que se mueven dentro del trotskismo y que producen estos enconos mutuos?

—Yo creo que las tendencias son reflejo de los métodos que se usan. Fueron los métodos que emplearon los compañeros de la brigada los que motivaron su expulsión de Nicaragua.

La derecha tiene terror de que usted pueda llegar al Gobierno. Pero a veces pienso que hay alguien que tiene todavía más miedo ante esa posibilidad: usted.

—Absolutamente no. Nosotros no tenemos miedo de llegar al poder. Lo que no queremos es llegar falsamente al poder, como en el caso de Allende. O sea: llegar rodeado de todo un poder económico burgués que nos tenga prisioneros y de todo un Ejército al servicio de los explotadores...

¿Qué hacen entonces en una campaña electoral, por qué no se dedica a fomentar la guerra popular? ¿Por qué no es consecuente con lo que plantea?

—Porque eso que yo sé de las Fuerzas Armadas hay una gran parte del pueblo que todavía no lo entiende y que todavía confía. Es como cuando un dirigente sindical presenta un pliego de reclamos: sabe que

el patrón no lo va a aceptar, sabe que la inspección de trabajo depende del patrón, sabe todo eso pero presenta su pliego de reclamos. ¿Y por qué hace eso? Para que todos los compañeros vean que no es el dirigente el que quiere hacer una huelga sino que es el patrón y la inspección de trabajo los que provocan la huelga. De esa misma manera, nosotros creemos que en política debemos agotar los métodos legales...

Usted no quería, originalmente, ser candidato y se opuso a ello. Ledesma dice que usted, después de recibir instrucciones en París de la facción de la Cuarta Internacional a la que pertenece, cambió de idea...

—Mire...

Y hay unas palabras que yo quiero citar: «Creo que mal educa a los trabajadores hablarles de un Gobierno presidido por Hugo Blanco. Además hay el peligro de crear ilusiones electoralistas en las masas. Nosotros debemos enseñar a esas masas a no capitular antes sus ilusiones electoras». ¿Quién firma estas palabras? Hugo Blanco. ¿Esto fue antes de ese viaje?

—No sé si fue antes o después, porque a veces viajo mucho...

Es usted muy viajero, ¿no?

—Sí, especialmente por voluntad de los Gobiernos que andan deportándome...

Y de la Cuarta Internacional...

—No de la Cuarta Internacional sino más bien instituciones que me invitan a dar conferencias. Ahora ¿podemos volver a la pregunta?

Claro. Le pregunté por qué cambió de idea respecto de su candidatura.

—Ya he explicado por qué rechacé la actitud del PST cuando me lanzó de candidato hace meses. Porque esa actitud me pareció extemporánea, prematura. Porque las masas estaban preocupadas de otras cosas. Actualmente no es así. Actualmente las masas están discutiendo el problema electoral. Y me parece muy bien que estén discutiendo eso. Antes, proponer una candidatura era distraer a las masas de sus luchas directas. Ahora, podemos contribuir a su conciencia de clase a través de la campaña electoral.

Usted no cree en las elecciones, a las que llama fraude burgués, ni en la vía electoral para llegar al poder. Y dice que aun llegando por esa vía se termina como Allende. ¿Por qué candidatea? Ayúdeme a entenderlo…

—Para que las masas vean los fraudes que está haciendo ya esta junta militar…

Para que aprendan a perder…

—Para que aprendan que por este camino solo se pierde. Porque la junta militar, porque la burguesía son profundamente antidemocráticas. Las masas se van a convencer con los hechos que la democracia de la junta y de la burguesía es pura demagogia. En las elecciones pasadas, por ejemplo, el Gobierno se vio obligado a deportarnos. Y así las masas pudieron aprender más acerca de cuál era la democracia de estos señores. Por otro lado, nosotros queremos decirles a las masas cuál es el tipo de Gobierno que nosotros queremos, qué estructura social buscamos. Y no hay mejor momento para decir esto que en una campaña, donde, por lo menos, apresarnos o deportarnos es un poco más difícil…

Yo creo que si usted fuera minuciosamente coherente debería dedicarse a armar al pueblo porque esa será la última confrontación y porque no hay otra salida que la violencia revolucionaria…

—Si usted fuera minuciosamente coherente se hubiera dado cuenta de que nosotros somos profundamente democráticos. Y siendo profundamente democráticos no podemos estar haciendo algo con lo cual no está de acuerdo hoy día la mayoría del pueblo peruano. Lo que usted me dice: eso de armar al pueblo…

Pero si usted lo propone como parte de su plataforma política, Blanco…

—Mire, si yo tuviera una fábrica de armas naturalmente sería eso lo que estaría haciendo…

Es que usted quiere insinuar que yo estoy endosándole una afirmación y no estoy sino recogiendo parte de su programa político…

—Mire, el hecho de que sea parte de mi programa político no quiere

decir que yo voy a poner una fábrica de armas y que voy a estar dándole esas armas al pueblo. Es cierto que ese es mi programa. Pero no digo ahí: va a ser Hugo Blanco el que va a repartir armas. Nosotros planteamos que el pueblo asuma esa nuestra posición. Será el pueblo el que tendrá que hacerlo, no Hugo Blanco. Ese es el paternalismo al que nos tiene acostumbrados esta sociedad burguesa...

Sin embargo es usted un líder, un personaje y esgrime los 280 mil votos que obtuvo el año pasado para su candidatura...

—Precisamente estoy esgrimiendo la voluntad de 280 mil personas, no la voluntad mía. Entonces, cuando la mayoría de la gente piense como esos 280 mil pensamos y cuando la minoría opresora intente oponerse, con su fuerza bruta, a esa voluntad mayoritaria, entonces esa población mayoritaria decidirá cómo hacerse respetar. Esa es nuestra lógica: profundamente democrática...

Profundamente democrática. Un término algo enigmático en usted...

—Enigmático para quien cree que la democracia es esto: unos cuantos señores que se apropian del fruto del trabajo de todos, unas Fuerzas Armadas que aplastan al pueblo. Nosotros entendemos la democracia al revés: como el Gobierno de la mayoría del pueblo.

Usted es muy diestro en crear fantasmas retóricos y pelear con ellos. Yo no he hablado de esa democracia caricaturesca que usted ha descrito...

—Perdón, pero cuando usted me pregunta eso yo sé de dónde viene...

Ah, bueno, usted sabe mucho más. Porque lo que yo quería saber era lo siguiente: la democracia se demuestra en la posición que se tenga frente a la oposición, se demuestra en la tolerancia. ¿Me va usted a decir que sería tolerante con la oposición?

—No importa lo que yo sea...

Sí importa porque usted es el entrevistado...

—Bueno, está bien, pero lo que yo quería era aclarar esa pregunta porque detrás de ella puede estar la fórmula Hugo Blanco-gobernante. Y eso es lo que nosotros no planteamos. Ahora, con respecto a la tolerancia yo he estado y estaré por ella. No solo tolerancia sino

respeto...

No entiendo muy bien por qué le reprocharon tanto al asesinado Allende que fuera tolerante con la oposición...

—No, perdón... Nosotros lo que le pedíamos era que respetara la voluntad democrática de las masas. Nosotros no le criticamos a Allende que dejara que los enemigos dijeran esto o aquello. Lo que le criticamos fue que cuando los trabajadores querían que las empresas fueran a manos del pueblo, Allende estaba en contra. Y cuando pedían armarse para defenderse, Allende también decía no.

Pero, hablando de democracia, Allende nunca fue mayoría electoral. Dos tercios del electorado chileno estaban en su contra. Por tanto ¿cómo podían exigirle a Allende que implantara un modelo de sociedad contra la «voluntad democrática» de esos dos tercios?

—Yo me encontré con obreros democratacristianos que me dijeron: nosotros hemos tomado esta fábrica y queremos que pase al área social. Esa es la democracia que debía respetarse, la que exigían los trabajadores democratacristianos, por ejemplo.

Usted propuso originalmente la convocatoria a una asamblea popular que definiera la candidatura de la izquierda. Ahora ha aceptado el lanzamiento unilateral de su candidatura hecho por su partido, el PRT. ¿Por qué cambió de actitud?

—Porque, desgraciadamente, los organismos llamados a convocar a esa asamblea no la han convocado. Me refiero a la CGTP, por ejemplo. Y el Partido Comunista, que es el que dirige a la CGTP, en lugar de convocar a esa asamblea, ha pactado a espaldas de las masas con Leonidas Rodríguez y con Ledesma. Ante esta situación, el PRT se ha visto obligado a lanzar mi candidatura. Pero si en estos momentos se convocara a esa asamblea mi partido presentaría mi candidatura tan solo como una precandidatura.

Pero hay antecedentes que permiten pensar que si en esa hipotética asamblea usted no obtuviera la candidatura usted la lanzaría por su cuenta.

—No creo que haya antecedentes de eso...

Lo mismo hizo en el PST, su ex partido.

—No...

Usted hizo eso en el Focep. Por lo menos lo anunció. Usted dijo una vez: si las bases del Focep deciden ir con el PSR y con la Democracia Cristiana, yo me voy del Focep. ¿Recuerda que usted dijo eso?

—Sí, recuerdo. Pero antes quiero aclarar lo del PST. El problema ahí era que el PST era un pedazo del trotskismo peruano y yo estaba por la unificación del trotskismo peruano. Por eso me fui, con la mayor parte de los grupos, que eran cinco.

¡Blanco! ¡Usted se fue con 12 personas del PST y era una asamblea donde había 70!

—Mire, actualmente muchos de esos que estaban en la asamblea ya están en el PRT. Y otra cosa: que ahí... que yo estoy sumando no solamente la gente del PST sino los otros grupos trotskistas con que teníamos que unificarnos...

Bueno, esa es su versión pero hay otras... ¿Y en relación con el anuncio que usted hizo de que acataría el mandato de las bases si es que estas querían ir con el PSR y la DC?

—Si yo estoy en un frente que se ha formado alrededor del punto de no unificarnos con sectores burgueses, mencionando concretamente al PSR, y si mañana o pasado la mayoría de ese frente acuerda dejar ese punto, que para nosotros es fundamental, bueno, tenemos el derecho de decir: dejamos de estar en ese frente...

Para romperlo...

—No para romperlo... Mire: si usted sube a un taxi que está en rumbo a la Plaza de Armas y a la mitad del camino le dicen que ya no va a la Plaza de Armas sino a Barranco usted tiene el derecho de bajarse de ese taxi y tomar otro...

Pero usted habla de un taxi porque en realidad es un individualista. Hablemos de un colectivo. Si en un colectivo somos cinco personas y las cuatro restantes deciden pasar por un punto yo tendré que acatar esa decisión, es decir, tendría que acatarla. Usted no quiere acatar a las bases...

—En la práctica usted no haría eso... Si usted tuviera urgencia de ir a *Caretas.*

Creo que para metáfora ya es suficiente y estamos cayendo en juego infantil. Usted ha dicho que respetaría las bases, de eso se trata...

—Vamos por partes. Hablemos del Focep, de esa otra asamblea, pero por partes y calmadamente. Usted entra a un partido o a un frente porque usted tiene determinadas posiciones políticas. Un partido entra a un frente porque hay concordancias esenciales, acuerdo de principios. Y si ese frente deja de defender los principios que lo fundaron, entonces el partido tiene todo el derecho de salirse. Sigamos con su ejemplo, que está mejor: si tomamos un colectivo que creemos que va a ir a la Plaza de Armas y resulta que va a Barranco, pues nos bajamos y decimos: disculpe, maestro, me equivoqué de colectivo.

Conque se equivocó...

—Pero hay algo más importante que quiero decirle. Las bases del Focep están mayoritariamente porque el Focep mantenga sus principios. No soy, pues, yo el divisionista. Y así lo ha acordado, por ejemplo, la convención de Puno, y otras que se han realizado en Lima. Convenciones democráticas a las que no ha querido ir el señor Ledesma, a las que a veces va su gente por un rato, hasta que ve que la voluntad mayoritaria está en contra suya...

Hacen lo mismo que ustedes...

—No, no. Si el señor Ledesma nos invitara a sus reuniones naturalmente que nosotros iríamos. Y ahora: la mayor parte del comité ejecutivo del Focep también está por la mantención de los principios del frente. Es el señor Ledesma el que se está contraponiendo a la voluntad de la mayoría...

Señor Ledesma al que usted ha llamado traidor...

—Cuando alguien comete una traición se le llama traidor. Ahora, esa convención obrero-campesina que definiría la candidatura de la izquierda es una cosa muy distinta a la del Focep. La autoridad de esa asamblea es de mayor jerarquía, es inapelable. A esa voluntad nos someteríamos. Por último, para nosotros el problema de la candidatura es secundario. Lo primero es el programa. Trabajadores al poder, sin generales ni patrones. Ese es nuestro lema. Por él hemos

luchado, por él entramos al Focep, por él podríamos también salir del Focep.

Un programa que usted sabe que es irrealizable «por la vía electoral»...

—Sí, pero no todas las masas peruanas saben eso.

Un programa que usted quiere imponérselo a toda la izquierda. Porque usted no está solo contra el PSR o el Frenatraca. Usted está contra parte de la UDP, contra el Partido Comunista, contra la CGTP...

—Mire, parece que el criterio de democracia lo entendemos de modo diferente. Usted dice que yo quiero imponer. ¡¿A quién hemos querido imponer?! Nosotros planteamos ante las masas nuestro programa. Nosotros no le pedimos al Partido Comunista que cambie de posición. ¡Pero déjennos pensar como pensamos! La vez pasada también se dijo que nosotros éramos la minoría divisionista y que en la UDP estaba la mayoría de la izquierda. Las elecciones demostraron que la gran masa de los trabajadores está cansada de patrones y de militares. Nosotros iremos juntos con todos los que no quieren ir ni con generales ni con patrones.

Usted tiene la imagen de una persona extraordinariamente consciente de sus méritos y por tanto resistente a hacerse una autocrítica. ¿Por qué no ensaya una ahora?

—En el único libro que he escrito me formulo autocríticas importantes. Por ejemplo, que en todo el periodo de La Convención cometimos el gran error de no organizar un partido...

¿Cuál es su error más reciente?

—Mi error grande más reciente es haber confiado en que el doctor Ledesma iba a rectificar su línea de indisciplina frente al Focep. Yo me opuse a encararlo públicamente, como querían otros compañeros.

La derecha lo ha atacado a usted siempre. Pero resulta casi increíble que sectores de izquierda, y aun trotskistas, como la Liga Obrera Socialista, digan que usted es virtualmente un agente del FBI por defender a Joseph Hansen. ¿Qué comentario le suscita esto?

—Ninguno.

¿Pero no le resulta significativo que haya un sector trotskista en el Perú —cuantitativamente diminuto, es seguro— que diga que es usted un agente yanqui?

—Mire, si hay gente que cree que yo soy un agente del FBI, que crea.

Es usted tolerante con la oposición, en verdad. Admito que lo está demostrando…

—No sé si eso será tolerancia o intolerancia. Porque Lenin aconsejaba que cuando hay un grupúsculo que anda haciendo críticas uno tiene que saber medir las fuerzas que tiene ese grupúsculo y que a veces puede resultar contraproducente el estar respondiéndole, porque así se le hace conocer. Le digo que si la UDP o el POMR o el PST me estuvieran haciendo esa crítica, me molestaría en contestarla.

Fernández Chacón, del PST, acaba de decir, según un periódico, que «la tan cacareada unidad de las izquierdas es hasta el momento una farsa y una mentira». ¿Usted comparte estos términos?

—Yo diría que desgraciadamente no hay esa unidad de las izquierdas.

Y no se va a dar fácilmente, ¿verdad?

—Fácilmente, creo que no.

¿Eso va a ser gravitante para el resultado de las elecciones?

—Sí, naturalmente.

¿Y quién se va a favorecer con esto? ¿El APRA?

—Se va a favorecer toda la derecha.

Para usted el APRA es, en bloque, derecha. ¿No hay matices en ella?

—¿En bloque, derecha? Sí.

¿Villanueva es tan derechista como Townsend?

—Es menos derechista.

Imaginemos que ningún partido ha obtenido el 36 por ciento requerido y que el Congreso tiene que elegir al presidente y que hay que elegir entre el APRA y el PPC, o entre el APRA y AP. Imaginemos también que de usted dependiera la elección. ¿Por quién votaría?

—No votaría por ninguno de ellos.

¿Contribuiría, por lo tanto, a un *impasse* a la boliviana?

—Mire, esto sí es doctrina en nosotros: no apoyar jamás a un Gobierno burgués...

¿Pero entre el APRA y el PPC?

—No hay que escoger males menores entre el enemigo. Hay que educar a las masas en la independencia de clase de los trabajadores. Y votar a veces, críticamente, por un partido de izquierda, como puede ser un partido socialdemócrata en Europa o el Partido Comunista acá. Pero jamás por un partido de derecha.

Insisto: ¿y si todo esto contribuyera a producir una situación como la boliviana, un *impasse* como ese?

—Quedaría demostrado que la putrefacción del sistema burgués es cada vez mayor y que los trabajadores deben organizarse más para la toma del poder.

¿Qué alternativa, dentro de lo posible y no de lo deseable, plantearía usted frente a la crisis económica?

—Tiene que ser todo un equipo de economistas el que resuelva esto, no una persona. Nosotros planteamos lineamientos generales. Decimos lo siguiente, por ejemplo: el bonito dejaría de enlatarse y exportarse a Europa e iría fundamentalmente a alimentar a nuestra gente. Se vería prioritariamente las necesidades más urgentes del pueblo peruano. Que no la vería yo. Los delegados venidos de las bases determinarían cuáles son las más urgentes. Nosotros no estamos en contra de que la gente tenga su televisor a color. Estamos muy a favor. Pero creemos que más urgente que eso es leche para los niños. Se impediría que el producto del trabajo de los peruanos salga al extranjero vía las empresas imperialistas. Porque, por ejemplo, el Certex dado a la empresa imperialista Volvo me parece una barbaridad...

Pero si usted minimiza la exportación, ¿de dónde salen las divisas?

—Nosotros no estamos contra la exportación. Yo no me he referido a la exportación.

Me refiero al Certex. Si usted quita el Certex elimina la exportación no tradicional...

—Bueno, la exportación tradicional. Pero ¿para qué queremos nosotros estar dándole Certex a quien se está llevando el bonito a Europa? Preferimos no darle el Certex, que no haya esa exportación no tradicional de bonito y que la gente en el Perú coma bonito...

Pero no solo es bonito, pues. ¿Usted sabe cuántos millones de dólares representa la exportación no tradicional en el Perú?

—Mire, un Gobierno de los trabajadores sabrá discriminar qué cosas sí benefician al pueblo y qué cosas perjudican al pueblo. Y el rol de prioridades va a ser completamente diferente. Tiene que darse prioridad a la salud, a la alimentación, al agua potable y a la luz eléctrica en los pueblos jóvenes, a los caminos. Mi cooperativa, por ejemplo, la cooperativa allá de Chaupimayo, ha tenido que comprarse un *caterpillar* porque el Estado no se lo daba.

En un país con la industria nacional y extranjera confiscada, que no reconoce la deuda externa y que por tanto está sometido a un bloqueo, con una Fuerza Armada en liquidación y reemplazada por milicias —este es el Perú que usted concibe estratégicamente—, ¿cómo va a tener usted tiempo para ser tolerante?

—Pregúnteles a los sandinistas cómo son tolerantes.

¿Son homologables ambas realidades?

—Yo creo que en el Perú va a haber menos desastre que el que hubo en Nicaragua. Allá ha sido terrible el genocidio. La guardia nacional era una mafia que consideraba que los civiles eran sus enemigos.

Estratégicamente, ¿una dictadura es mejor que una democracia para la tacha revolucionaria? ¿Nicaragua no es un ejemplo?

—No pensamos eso. Nicaragua está teniendo que pagar el precio de haber vivido bajo esa dictadura. Recién las masas están aprendiendo cómo se organiza un sindicato, un comité de barrio. Aspectos que entre nosotros están desarrollados gracias a que aquí el pueblo ha conquistado, con su lucha, ciertos derechos democráticos. Porque en cierto sentido nuestros trabajadores están aprendiendo a gobernarse. Hay ejemplos en Lares, en Villa El Salvador, pero hay otros...

Hay un ejemplo muy concreto de autogobierno y de autogestión. Es el de la SAIS Túpac Amaru, cuyos dirigentes lo

han denunciado a usted por crear problemas entre la empresa y las comunidades que la rodean…

—Bien, eso que usted cita es precisamente un ejemplo de no autogestión…

¿Por qué? Porque viene de la primera fase de los generales y por eso tiene que ser intrínsecamente malo…

—No, porque es antidemocrático. El campesinado quiere rescatar las tierras comunitarias que le han sido arrebatadas y tener verdadera autogestión, que ahora no la tiene en la SAIS.

ALFONSO BARRANTES LINGÁN

(11 de febrero de 1980)

¿Puede decirme cómo ha logrado convertir la vacilación en una virtud política y la falta de ímpetu en algo así como un carisma?

—Mire, yo no creo que esta haya sido vacilación. Ha sido, eso sí, una multitud de horas dedicadas a la reflexión.

Al final, después de anunciar que iba a decir no, dijo *ari*, dijo sí, hubo humo blanco. ¿Por qué? ¿Qué lo hizo cambiar?

—Yo no dije no. Simplemente dije que declinaba esa posibilidad de ser candidato a la primera vicepresidencia porque consideraba que era una forma de viabilizar el proyecto unitario. Pero luego he sido requerido para integrar la fórmula. Y ha habido razones para aceptar esta conminación o este requerimiento...

¿Qué razones?

—Que recibí una serie de comunicaciones e invocaciones de varios sectores populares que consideran que mi puesto está dentro de la fórmula. Eso me lleva a acatar esa demanda. Y en segundo lugar, y aunque no milito en partido alguno, que alguna forma de disciplina debo acatar. Yo he estado preocupado todos estos días por este asunto...

¿Qué lo preocupaba más?

—Yo consideré en un principio...

¿No le preocupaba, también, «quemarse», no había un análisis de este tipo?

—Pero toda lucha política tiene sus riesgos y uno a veces tiene que asumirlos.

¿Qué hace usted, antitrotskista, en una fórmula electoral encabezada por Hugo Blanco?

—Pero es que no se trata de una decisión personal. Es eso más una decisión de los sectores políticos que requieren mi presencia. Vamos

juntos, respetando nuestras discrepancias, dentro de una política de frente único. Ahora, creemos que ARI debe ir más allá del mero proceso electoral porque es una forma superior de ese esfuerzo unitario que está desplegando la izquierda peruana.

Pero usted decía lo mismo de la UDP, ¿recuerda? Y hasta llegó a anunciar que se convertiría en un solo partido después de la Constituyente...

—Bueno, pero seguimos trabajando para que la UDP se convierta en un partido. Y esto puede suceder en dos o tres años.

¿Ah, sí? ¿Con Diez Canseco y Dammert juntos, con Malpica y Barrantes fraternizando?

—A la larga se van decantando las posiciones y las personas. No hay que olvidar que el segundo plenario de la UDP aprobó, por aclamación, abrir las puertas de la UDP a todos aquellos ciudadanos que en este momento no tienen militancia en los partidos y que quieren seguir trabajando en la UDP.

¿Qué condiciones impuso usted para aceptar la primera vicepresidencia?

—Ninguna.

Es usted un político blando, ¿no?

—Parecería... porque... ¿de qué poder dispongo para imponer condiciones?

¿Cómo se ha resuelto el problema de la distribución de las cuotas parlamentarias?

—Eso se está discutiendo.

¿Así que usted ha aceptado la primera vicepresidencia antes de que se resuelva eso?

—Yo estoy al margen de esa discusión...

Automarginado...

—Así es...

Como otras veces... En esta época de aerobismos políticos parece que usted también corre... pero de las reuniones decisivas...

—No corro de las reuniones decisivas. Lo que me interesa es que en esas reuniones resuelvan los problemas aquellos que ya corrieron por

la mañana.

¿El trotskismo aceptará menos del 50 por ciento de asientos parlamentarios?

—Creo que si se tiene en cuenta la correlación concreta de fuerzas, va a tener que aceptarlo.

El esfuerzo unitario tropieza frecuentemente con rivalidades y hasta celos personales. Según *Amauta*, usted vetó, en el Cusco, la intervención de Carlos Malpica. ¿Por qué?

—El veto lo hizo su partido. Yo no tengo ninguna autoridad para vetar a nadie...

O sea que *Amauta* miente...

—No...

¿Tampoco tiene derecho para decir que alguien miente cuando miente?

—Simplemente, la información de *Amauta* es inexacta. Porque, hasta donde yo sé, Malpica es militante del MIR y fue el MIR el que decidió que él no interviniera en ese mitin.

¿Malpica lo iba a reemplazar en la primera vicepresidencia, en el caso de que usted hubiera persistido en su no?

—Ignoro si iba a ser así.

El mismo Malpica dijo eso, ¿no recuerda?

—Bueno, es la vieja afición por la autodesignación.

¿En qué se fundan sus discrepancias con Malpica?

—Mire, yo no quiero aludir eso. Solo quiero citar un proverbio ruso que utilizaba mucho Lenin: que las águilas pueden volar a la altura de las gallinas, pero que las gallinas jamás podrán volar a la altura de las águilas. Digamos que el salto de la gallina puede llegar hasta el establo parlamentario.

Un poco pedante la cita, ¿no? Es obvio que usted es el águila y Malpica la gallina. Va a perder usted la imagen de humildad que suele hacerle tanto bien, para algunos.

—Bueno, pero a veces es necesario ser soberbio. Porque parece que el exceso de humildad ha hecho creer a la gente que yo no tengo la suficiente agresividad para responder todas las mezquindades de ciertas personas.

¿Cómo encarará usted el asunto del programa, de qué manera puede haber un entendimiento significativo entre marxistas-leninistas y trotskistas?

—Eso depende de la lucidez de marxistas-leninistas y trotskistas.

Pero teóricamente, ¿usted cree posible un entendimiento programático a ese nivel?

—Teóricamente, no, pero imagino que buscaremos aquellos puntos de coincidencia que nos permitan caminar juntos, como juntos hemos caminado enfrentando estos años la dictadura militar.

Usted ha asistido estas semanas a la disputa por curules, a este safari concurrido en busca de un asiento en el Parlamento. ¿Qué impresión le ha causado todo esto?

—Es algo que no ha dejado de desasosegarme. Ahora, la explicación es obvia: cada organización política requiere de una representación parlamentaria para afirmar sus posiciones y seguir trabajando de nuevo por la unidad de la izquierda.

¿Por qué da usted, a veces, esa imagen de languidez tan pronunciada?

—Yo no soy lánguido ni mucho menos. Lo que pasa es que tampoco soy amigo de las bravuconadas.

¿Por qué le gusta, entonces, decir que es estalinista?

—Me gusta decirlo porque es una manera de saber actuar disciplinadamente. Y quizá esta aceptación mía es una manera de actuar estalinista, obedeciendo las decisiones de los partidos que conmigo trabajan, obedeciendo la decisión del comité ejecutivo de la UDP.

Pero Stalin no obedecía: mandaba... Ahora, ¿es usted estalinista de verdad?

—Me tendría usted que decir qué entiende por estalinismo.

No hablemos de la construcción del socialismo: hablemos de los juicios de Moscú. En este sentido, ¿es usted estalinista?

—Perdón, pero a Stalin lo tiene usted que juzgar globalmente. Y después de un balance desapasionado hay que admitir que Stalin ha jugado un papel extraordinario en la construcción del socialismo... Yo distingo, con Ortega, entre los ideales y los arquetipos. Los ideales son

las cosas, según estimamos que debieran ser. Los arquetipos son las cosas según su ineluctable realidad...

Blanco es un arquetipo, ¿no?

—Blanco y el PRT son arquetipos...

Pero Barrantes tampoco es un ideal...

—Por cierto. Pero el leninismo nos enseña que hay que poner los pies sobre la tierra...

¿El leninismo o el estalinismo?

—El leninismo...

¿Usted trataría a la oposición como Stalin?

—Espero que no. Porque las decisiones se toman de acuerdo con la realidad concreta. Yo no sé si en otras circunstancias Stalin hubiera actuado de modo diferente.

Su respuesta quiere decir que usted actuaría como Stalin frente a la oposición.

—No quiere decir necesariamente eso... Lo que pasa es que usted me quiere llevar a una especie de ensoñación: como que estoy en el poder. Yo pienso que la lucha en este país será muy larga y yo lo único que hago es contribuir en algo a esa lucha...

Yo no quiero empujarlo a ningún paraíso de opio...

—Ni yo me dejo...

Ni usted se dejaría. Lo que quiero es descubrir en el pausado y aparentemente tolerante doctor Barrantes a un jacobino agazapado...

—Mire, nosotros somos muy respetuosos de la oposición, pero dentro de una perspectiva revolucionaria que sirva genuinamente a los intereses de nuestro pueblo. No sería táctico agazaparse, porque a periodistas como usted y a políticos avisados no se les engaña fácilmente...

Usted es, por otro lado, mariateguista...

—Así es...

Estalinista en el acto, mariateguista en la palabra...

—Hay que recoger las cosas positivas de uno y otro. De Mariátegui hay que recoger ese espíritu de tolerancia, que tiene que prevalecer sobre el exceso de intolerancia que en algún momento tuvo Stalin.

Pero no hay que olvidar lo que también dijo Mariátegui: que para pensar con libertad hay que abandonar la preocupación de la libertad absoluta...

Cuando usted dice «soy estalinista», me pregunto si no está implícita en esa frase aquella fascinación intelectual por el terror, esa posibilidad casi mística de decidir sobre las vidas de otros, de establecer fronteras entre buenos y malos, entre revolucionarios y contrarrevolucionarios...

—No, no. Yo soy muy respetuoso del talento, sea cual fuere la clase de donde provenga.

¿Se impondrá al final el criterio trotskista de echar al ARS del FRAS para purificar el ambiente?

—La realidad es la que va a decidir eso...

Vaya, qué respuesta. Admitirá que es, por lo menos, ambigua...

—No es ambigua...

¿Saldrá o no saldrá ARS del FRAS?

—La discusión está planteada. En algún momento se tomará una decisión...

Lo más seguro es quién sabe...

—Así es.

¿Quién lo convenció para que aceptara la primera vicepresidencia? ¿A quién debemos tan magistral tarea?

—No solo ha habido convencimiento sino también vencimiento. Primero he sido vencido por las argumentaciones y luego, a partir de ellas, me convencí de que debía integrar la fórmula. Quiero decir algo sobre esto: al integrarme a la fórmula voy a seguir trabajando por el fortalecimiento de ARI, sin pretender, como malintencionadamente sostienen algunos, desplazar a Blanco para ser yo el candidato a la presidencia...

De la misma manera que Townsend no puede desplazar a Villanueva...

—Definitivamente Blanco va a ser nuestro candidato a la presidencia y con él vamos a dar la batalla electoral...

De la misma manera que Villanueva será el candidato y Townsend el presunto primer vicepresidente...

—Esa comparación...

No le gusta, ¿no?

—Esa comparación existe formalmente, pero realmente no tiene nada que ver una cosa con la otra...

A usted, que es poroso para la persuasión, voy a tratar de demostrarle que la comparación no es tan ilegítima.

—¿Por qué?

Townsend dijo que no, igual que usted. Townsend dudó varios días, igual que usted. Townsend dijo que sí, al final, por mandato de un plenario, igual que usted. Y Townsend tiene contradicciones muy pronunciadas con el candidato a la presidencia, igual que usted con Blanco...

—Pero hay una diferencia sustancialísima: toda esa cosa que ha sucedido allá es en el terreno del reformismo. Y esto, en el terreno revolucionario. Si formalmente es parecida la cosa, sustancialmente hay mucha diferencia...

Pero el hecho de que las contradicciones se den en el campo revolucionario quizá las agrave...

—Pero no hay que temerles a las contradicciones. En buena hora que se produzcan...

¿Usted cree que de la tesis trotskista y de la antítesis maoísta, o al revés, pueda salir una síntesis programática para ARI?

—No. A lo que vamos es a una suerte de plataforma que contenga los puntos de coincidencia...

¿Cuáles son esos puntos de coincidencia?

—No tengo a la mano el documento que ha servido para suscribir ese pacto. Porque... es oportuno que le diga: yo no he suscrito ese pacto. Yo no presidí aquella noche la sesión del comité ejecutivo de la UDP...

¿El no haberlo suscrito significa que usted no se adhiere a él, que usted discrepa de su contenido?

—He necesitado muchos días para tratar de examinar este texto, al que, finalmente, se está tratando de hacer algunas modificaciones. Cuando este asunto termine, podremos decir: aquí está el documento que consigna, en potencia, nuestras coincidencias elementales. Lo

importante es que quede en claro que todos nuestros esfuerzos son para afirmar este nuevo nivel de trabajo unitario...

A propósito de unidad, ¿qué opina de Javier Diez Canseco?

—Creo que es un compañero inteligente y que tiene porvenir político...

Porvenir... Quizá usted quiere decir que su presente no es tan bueno como él supone...

—Pero tiene la ventaja de su juventud...

Y de su vehemencia...

—Que la irá morigerando a medida que la lucha le enseñe que no hay que tenerla en gran medida...

¿Cuándo la perdió usted?

—No me acuerdo...

¿En el APRA?

—Después del APRA.

¿Qué lamenta haber perdido en el APRA?

—En el APRA perdí muchos años. Muchos años que pude dedicar al estudio. Y las deficiencias que tengo se deben a ese largo periodo en el que me dediqué al activismo político y no al acopio de la teoría. Y es que en ese tiempo no sabía aquello de Leonardo: *la teoria e il capitano; e la practica sono il soldati*... Soy un político que necesita, y de nuevo cito a Ortega: ese fuego de San Anselmo que le dé la seguridad que...

La seguridad que no tiene ahora...

—Exactamente. La seguridad ideológica... Y de alguna manera la vacilación parte de esa inseguridad. No tengo ningún interés en ocultarlo. Reconozco mi deficiente formación. Y algo más: cuando me negué a aceptar la primera vicepresidencia yo pensaba alejarme de la actividad política para recuperar el tiempo perdido y aprender aquello que necesito aprender. Pero hay una exigencia que debo corresponder y una responsabilidad que debo asumir...

¿Usted cree que el problema de la formación teórica insuficiente sea un problema serio, significativo, histórico, para la izquierda peruana?

—Totalmente. Citando a Lenin, Mariátegui decía: no hay acción revolucionaria si no hay previa teoría revolucionaria. Y en lo que a mí

respecta, el conocimiento serio y profundo de la realidad peruana... no lo tengo. Y el instrumento de análisis para interpretar esa realidad, no lo manejo de una forma adecuada todavía. Y esa certeza sobre mis limitaciones es lo que me lleva, muchas veces, a la duda. Debería, sin embargo, recordar, otra vez, y quizá para darme aliento, a Mariátegui, cuando decía que aquello de que «pienso, luego existo» tiene que ser modificado por «combato, luego existo». Dentro de esa formulación yo hace tiempo que existo.

Usted habla de dudar. En la izquierda hay gente que no se da esos lujos. Blanco, por ejemplo, parece no dudar nunca. ¿Usted cree que eso sea un mérito revolucionario?

—Evidentemente. Yo admito esa carencia de duda... Aunque, por otra parte, recordando a Unamuno: fe que no duda es fe muerta...

Usted es un hombre complicado y contradictorio. Se diría que casi vive de sus contradicciones. Reclama el derecho de dudar y al mismo tiempo se dice estalinista, por ejemplo...

—Yo espero superar este estado...

A veces me pregunto con qué Barrantes hablo. Ahora, por ejemplo, estoy hablando con el Barrantes mariateguino, gramsciano, tolerante. Hace un rato tenía usted sombras polpotianas detrás.

—Eso es exagerado de su parte...

La pregunta es: ¿hay varios Barrantes?

—Hay uno, pero lleno de contradicciones. Espero superarlas, si superarlas significa servir mejor a mi pueblo.

Hugo Blanco ha dicho: «Si no nos uníamos, las masas nos mandaban simplemente a la mierda; y con toda razón». Usted, que a veces es también coprolálico, ¿suscribiría esa frase?

—Yo no soy coprolálico. Aquella noche en *Pulso* yo simplemente cité una expresión lanzada por el pueblo de Chile. En todo caso, mi decisión para persistir en este trabajo unitario no parte del temor de que las masas me manden a un lado o a otro...

Insistiendo en su retórica, Blanco también ha dicho: «Confío en que las masas nos ayuden a limpiar nuestras cabezas de toda esa porquería sectaria que tenemos todavía». ¿Siente usted el mismo

detritus?

—Creo que el esfuerzo, evidentemente, tiene que empezar por nosotros. Es claro que las masas pueden ayudarlo a uno a superar muchas cosas, pero el esfuerzo tiene que empezar por uno mismo... Por mi parte, creo haber demostrado en los últimos años que el sectarismo —si es que lo tengo— lo tengo en grado muy pequeño...

Hay dos niveles de contradicciones en el ARI. Uno, dentro del grupo marxista-leninista, donde se producen diversos tipos de antropofagia. Y otro, el que enfrenta a marxistas-leninistas y a trotskistas. ¿Cuál de estos dos niveles es el que se da ahora de forma más aguda?

—El que existe entre los marxistas-leninistas y trotskistas. Pero vuelvo a decirle: a mí no me asusta que se den contradicciones. La clave está en cómo enfrentarlas, con qué grado de lucidez y de intuición histórica. Ahora hay un mandato popular, el de la unidad. Ese mandato tiene que sobreponerse a todo...

Usted es de quienes no confían en la vía electoral para llegar al poder, ¿verdad?

—Evidentemente.

¿La vía correcta tendrá que ser la insurreccional, la leninista?

—No hay otra.

Desde ese punto de vista, ¿usted cree que la revolución en el Perú sea algo próximo? Y si es así, ¿qué tan próximo?

—Yo pienso que a fines de este siglo América Latina habrá logrado su liberación. Y yo pienso participar en este esfuerzo...

Dentro de 20 años usted tendrá 73...

—Uno menos: 72.

¿Será usted un patriarca senador de la izquierda institucional?

—Espero que no. Espero haber superado todas mis contradicciones y ser para entonces un cauteloso agitador de la revolución...

Yo lo imagino como a un provecto Togliatti...

—No creo... Espero seguir manteniendo mi capacidad de indignación...

Pero su capacidad de duda lo lleva al eurocomunismo...

—Mantendré mi capacidad de duda: habré dejado de vacilar, que es

distinto... Seré, en todo caso, un socialista con más y mejores certidumbres.

¿De qué socialismo habla usted?

—De todo aquel que libere al hombre... Yo no puedo decirle en forma definitiva cómo será el socialismo peruano, nuestro socialismo. De la misma manera que usted no podría decirme cómo será su hijo.

Pero decir eso me parece profundamente antimarxista. El socialismo no puede ser tan impredecible como un hijo, no puede ser algo tan misterioso...

—Pero usted tiene que admitir que muchas cosas importantes que harán la revolución tendrán que resolverse en el camino, provendrán de la imaginación de las masas... Ahora, claro que el desarrollo de la sociedad tiene una serie de leyes...

¿Una de ellas es la del desarrollo desigual y combinado?

—Exactamente.

Fue sistematizada por Trotsky. En cierto modo, también es usted un poco trotskista... No importa, no se preocupe: eso contribuirá a sus contradicciones, lo enriquecerá internamente...

—Y acaso despertaré las simpatías de Blanco... Pero lo que quería decirle es esto: hay que conocer esas leyes para utilizarlas y dominarlas en beneficio de la humanidad. Ahora, ¿es posible conocer todas esas leyes, descubrirlas? La humanidad avanza poco a poco hacia eso. Por eso es que yo no puedo contestarle: el socialismo en el Perú va a ser así...

Pero usted parte de una pregunta que yo no he formulado. Quisiera preguntarle, más bien, si hay algún país socialista que se aproxime a lo que usted llamaría ideal socialista...

—Pero van camino del socialismo...

¿Todos?

—Todos.

¿Afganistán también va al socialismo?

—Si partimos de los acontecimientos últimos, yo quiero decirle que, de acuerdo con el principio de no intervención y autodeterminación de los pueblos, discrepo de la conducta soviética en el caso de Afganistán...

Como podría discrepar de la de China en el caso de Vietnam…

—Exactamente…

Y de la de Vietnam en el caso de Camboya…

—Exactamente…

Y de la de los países del Pacto de Varsovia en el caso de Checoslovaquia…

—Exactamente… Pero eso no niega ese transitar de los pueblos, que van accediendo a nuevas formas sociales, a nuevas formas de conducta, a nuevos valores. El capitalismo, una etapa histórica como lo es el socialismo, tuvo también diversas expresiones y fue distinto en Inglaterra o en Francia.

Usted, doctor Barrantes, abogado de izquierda, intruso en la clase obrera y hombre acostumbrado a dudar, ¿será o no devorado por la dictadura de clase que tendrá que ser también lo que usted llama nuestro socialismo?

—¿Y qué importancia podría tener que yo sea devorado si eso ayudará a la afirmación de esta esperanza, de la que yo estoy persuadido?

Es una buena frase para terminar esta entrevista…

—Pero no es frase…

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

(18 de febrero de 1980)

La última vez que hablamos, doctor Sánchez, Haya de la Torre agonizaba, a usted le estaba impedido el ingreso a la casa de Vitarte y los problemas en el APRA no se dirimían todavía a bofetadas. Haya debería cumplir este 22 de febrero 85 años. Qué pesada su ausencia, ¿verdad?

—Así es.

Tan pesada que nadie sabe si el APRA la resistirá...

—Bueno, yo creo que sí la resistirá. Creo que el espíritu criollo, un poco precipitado y novelero, interpreta como definitivo algo que es pasajero. Lo que ocurre es lo que ocurre después de una catástrofe: hay desajustes, desarreglos y parece que todo se acaba. Y no. Después todo se ajusta.

¿Es un acto de fe el suyo?

—Es un acto de conciencia... Aunque es cierto que el partido giraba en torno a una voluntad generosa y comprensiva. En realidad, en el APRA había una democracia como el socialismo de los incas, que era teocrático y que no era ni socialismo ni teocracia. En el partido había una democracia autocrática...

Un despotismo ilustrativo también...

—Despotismo ilustrado y paternal. En Haya se reunían las condiciones de un fundador ideológico, de un creador del organismo, de un conductor de combates, de un pensador y de un estadista. Eran varias las reencarnaciones que autorizaban la democracia autocrática de Haya...

¿Usted no piensa que debió imaginarse un mecanismo sucesorio que hubiera impedido lo que usted llama «desajustes»?

—Pienso que sí. Debió enfrentarse el problema de la muerte de Haya con más claridad y franqueza. Pero hubo aquí algunos factores.

Uno fue su voluntad de no alterar la situación del partido y, por otro lado, la fe que él tenía de que su vida podía prolongarse indefinidamente, esa sensación de casi inmortalidad que tienen algunos grandes hombres. Haya era un hombre lógico, racional y supersticioso al mismo tiempo...

¿Usted cree que —digamos que como Alejandro— Haya dejó demasiados generales expectaticios?

—Yo creo que dejó demasiados coroneles y pocos generales.

¿Usted es uno de los generales?

—Bueno, yo nunca he usado galones en la botamanga pero me he sentido siempre general de mí mismo.

¿Experimentó la humana tentación de suceder a Haya cuando supo que se iba a morir?

—No. Y no porque no me crea con dotes para eso sino sencillamente porque detesto el enjuague político...

No le gustan los enjuagues políticos. ¿Cómo hizo para tolerar tan resignadamente los de su partido?

—Porque son los más limpios de todos los enjuagues que ha habido en el Perú. Conozco los otros: son muy sucios...

Yo tengo un recuerdo brumoso: un escándalo en la Cámara de Senadores cuando usted la presidía y todos dijeron que usted había inventado un voto, lo había sacado de la manga para perpetrar una elección...

—Eso fue el 27 de julio de 1967. No me olvido la fecha porque la puedo marcar como una fecha de luto, por lo estúpido del incidente, por lo injusto de la suposición, que solo hizo *El Comercio*, y por lo inocente que fui.

¿Usted inocente?

—Absolutamente.

Insólito...

—La inocencia es una forma de ingenuidad y es lo más natural en la gente que nace bien y muere bien...

Pero la ingenuidad es una virtud bastante alejada de usted, admítalo...

—Yo creo que no...

¿Cuál fue su inocencia?

—Consistió en que fui tan tonto que cuando alguien me dijo que había un voto más sobre la mesa, en lugar de ocultarlo, de hacer cualquier movimiento, sencillamente cogí el papel, lo desdoblé ante todos y dije: Aquí hay un voto más. Lo abrí y era en blanco. Pude haberlo ocultado. Puedo asegurarle a usted que no hubo nada turbio en ello y podría contarle, detalle tras detalle, cómo sucedieron las cosas y cómo se armó, artificialmente, un escándalo. Pero creo que es algo poco significativo y muy del pasado...

¿Admite que Haya cometió errores o su juicio también es incondicional?

—Yo nunca he sido incondicional de nada y de nadie... ¿Errores de Haya? Claro que los cometió y me pregunto si el primero fue no conocer bien a los hombres que trabajaban con él...

¿Usted cree que conoció bien a Villanueva?

—Creo que sí... Pero en general, respecto de sus colaboradores inmediatos, tuvo gravísimos errores. Y muchos de ellos, de sus colaboradores, le fueron desleales.

¿Quiénes, por ejemplo?

—No quiero señalar a nadie, ahora que todos tratan de presentarnos como divididos. Ahora no...

¿Haya fue injusto con usted alguna vez?

—Creo que muchas... Pero era natural...

¿Por qué no pudo usted acercarse a Haya durante las últimas semanas de su vida?

—No es que no pude sino que no me dejaron. El día 29 de junio de 1979 mi esposa y yo fuimos a Vitarte a llevarle dos cosas: el retrato que Cossío del Pomar había pintado para él y un informe leve —porque sabía que estaba muy mal— sobre la marcha de la Constituyente y sobre la forma como podía él firmar la Constitución. Me encontré con que había una prohibición médica de visitas. Al día siguiente hablé con el médico y me dijo que había un proceso gripal y que si quería dejara mi recado. A eso me negué, sencillamente. Al fin y al cabo, no era solo un amigo sino también, incidentalmente, el presidente de la Asamblea.

¿Por qué Idiáquez hizo lo que hizo?

—No lo sé. Hay quienes dicen que fue porque yo había dicho que Haya tenía cáncer, y eso no fue cierto. Hay otra versión que apunta a que yo no quería que firmara la Constitución, lo cual es estúpido y falso de toda falsedad. Yo hice todo lo posible, al contrario, para que Víctor Raúl la suscribiera y me opuse, por ejemplo, a las exigencias que el doctor Alayza Grundy planteó para la firma en Villa Mercedes: que fuera toda la junta directiva, un periodista nacional, otro extranjero y un fotógrafo. Yo me negué a eso porque sabía que eso era matar a Haya, inhibirlo y quién sabe si frustrar la propia firma. Haya había tenido una trombosis cerebral...

¿El hecho de que se le impidiera a usted acercarse a Haya contribuyó a distanciarlo de Villanueva?

—Contribuyó a acercar a Villanueva a Haya, pero no a otra cosa. ¿Sabe? Al final, entendí la figura: yo era, en ese momento, el personaje civil más importante del Perú por presidir la Asamblea Constituyente. Y creo que eso trae sus glorias y sus fracasos, sus halagos y sus envidias. Es parte del juego humano y, como no estamos entre ángeles, me pareció natural...

Valle Riestra dijo la otra noche en *Pulso* que si Haya hubiera testado políticamente habría designado a Villanueva sucesor. ¿Usted está de acuerdo con eso?

—¡No! No estoy con nadie que vaticine retrospectivamente y sobre todo cuando hay éxito presente. En todo caso es una suposición laudable...

¿Usted se ha reconciliado con Villanueva después de asistir a la frustración de Townsend?

—Mire, yo no he tenido ninguna enemistad con Armando ni con Townsend. Creo que mi posición en el partido está por encima de esas cosas. No sé si sea vanidad —es posible—, pero me siento absolutamente lejos de eso...

Para algunos usted es como el nuevo papá...

—En eso estoy pensando...

Pero los padres regañan.

—Yo soy muy regañón, eso sí...

¿Y qué reproches merecería su hijo Townsend?

—Los dos merecen reproches...

¿No cree que uno más que otro?

—Es posible, pero no es mi papel discernir ese matiz. Yo creo que los dos merecen reproches. Aunque hay que decir que en estos días los dos se están portando crecientemente mejor y hay una compenetración apenas perturbada por cosas nimias.

Digamos que Townsend está resignado...

—No diría eso...

Reasignado, entonces...

—No. Creo que está simplemente integrado.

Integrado compulsivamente, por supuesto...

—No. Si alguna compulsión hubo fue en parte mía. Porque yo fui a urgirle mucho que aceptara la primera vicepresidencia... Las guerras civiles no son como las internacionales. Pueden ser muy violentas, pero sus heridas cicatrizan con más rapidez. Lo que ocurrió en el partido fue una guerra familiar, no una guerra internacional.

Usted tiene un rol protagónico en la comisión evaluadora que ha calificado a los precandidatos del APRA. ¿Qué órdenes ha dado Villanueva para juzgar a los aspirantes?

—Ninguna. Yo no le hubiera aceptado ninguna. Puede ser que le haya dado órdenes a alguien, pero en la comisión votamos.

Pero la distribución de fuerzas favorece a sus amigos, a los de Villanueva, ¿verdad?

—En algunos casos sí, pero en ciertas partes no. Le puedo asegurar que va a haber sorpresas y va a verse que hay nombres de todos lados.

¿Las potestades de la comisión son tan amplias como para —por ejemplo— «castigar» a Valle Riestra después de su intervención televisada?

—Sí, por supuesto. La comisión puede cambiar el orden de las elecciones. Porque las cifras son solamente referenciales y lo son porque no han votado todos los apristas, porque no ha habido padrones exactos, porque hay impugnaciones y porque hay que considerar también la militancia, la antigüedad y otros factores. Además, la comisión puede poner a su arbitrio a un 10 por ciento de

los candidatos, o sea que puede nombrar a 18 candidatos a diputados y a 6 candidatos a senadores sin necesidad de que hayan participado en las elecciones internas...

En la polémica sobre *El antiimperialismo y el APRA* y *Treinta años de aprismo* usted se ha abstenido de participar. ¿Por qué?

—Porque hay poco que decir y se ha especulado mucho inútilmente. Un libro es su texto y su contexto, y el contexto de *El antiimperialismo y el APRA* es muy distinto al de *Treinta años de aprismo*. *El antiimperialismo...* fue escrito, en primer lugar, como respuesta inmediata, y un poco violenta, a los comunistas —especialmente a Julio Antonio Mella, que acababa de publicar *¿Qué es el Arpa?* Con *El antiimperialismo...* Haya quiso demostrar que el APRA no es comunismo pero sí marxismo porque ese era su origen filosófico y tuvo guardado el libro cinco años porque, al terminarlo, Mella fue asesinado en México por los pistoleros de Machado. Recién lo publicó en 1935... En realidad, era un libro de ocasión. En cambio, *Treinta años de aprismo* fue escrito como un testamento, es una obra de la madurez y es casi una despedida...

Hay, entonces, vigencias distintas. El libro de la madurez y del testamento es más importante que el libro de ocasión, como ha dicho usted...

—Bueno, no era un libro de ocasión: me retracto. Era un libro de polémica, de recopilación de artículos en sus tiempos de estudiante, de 1924 a 1928. Haya fue muy fragmentario, muy conversacional.

Quizá sea que esa obra tan lata y confusa, tan interpretable de distintos modos, sea uno de los mayores cargos en el pasivo de Haya...

—No lo creo... No hay tal confusión, aunque sí tal latitud.

Pero aun en este momento hay dentro del APRA distintas posiciones respecto a la obra de Haya...

—Lo que pasa es que hay quienes leen y quienes no leen, y quienes leen mal y quienes leen bien...

No solo es eso. Me imagino que para un aprista será cuestión de elegir con qué Haya se queda: con el del 30, o con el de 1954, con el de *El antiimperialismo y el APRA* o con el que declaraba a

Life **que era dentro del capitalismo que debía hacerse la revolución, o que podía tolerarse el capitalismo desde una perspectiva revolucionaria...**

—Eso no lo negó nunca. Por eso fue el pleito con los comunistas. Nunca se negó la posibilidad de colaborar con un capitalismo utilizado para transformar la sociedad.

Usted quiere decir que Haya nunca dejó de ser un teórico del capitalismo humanizado.

—O del socialismo realista.

Del socialismo realista que encubre el capitalismo supérstite.

—O del capitalismo humanizado que geste el socialismo futuro.

En cuanto a esgrima semántica usted puede ser invencible pero aquí se trata de principios...

—Yo no soy un dogmático. Yo no creo que el mundo se divida en sol y sombra. Todo es matiz en la vida. Cada vez creo menos en los colores fuertes. Cuando yo empecé a perder la vista —y en mi tiempo la tuve muy perdida—, yo creía que la ceguera era negra y resultó que era blanca...

¿Usted se imaginó, como Borges, el paraíso bajo la especie de una biblioteca?

—No, la verdad que no.

Usted es más sensual que Borges...

—Hasta donde conozco a Jorge Luis, creo que sí...

Volviendo a Haya, ¿usted no piensa que su error más grave fue ceder? Ceder ante las presiones de esa derecha que durante años lo ablandó, lo trabajó, lo persuadió.

—Hay que haber vivido eso, habría que haberlo vivido como lo vivimos nosotros. A nosotros nos negaron todo y no podíamos exigir a las masas que persistieran en eso. Íbamos a perder inclusive a las masas. Uno no puede sacrificar a los demás hasta tantos extremos y por tantos años... Y hay que admitir que el sacrificio fue inmenso y el desprendimiento también. Y aquí quisiera decirle algo por primera vez. Yo creo que una de las diferencias fundamentales entre el pasado y el presente del partido —y no sé si del país— es que la juventud de 1934 —hablo de la FAJ—, la segunda generación aprista, supo esperar

diez o veinte años para llegar a puestos de importancia. En cambio, en la juventud de ahora hay quienes quieren ser diputados ¡ya! Es decir, hay impaciencia por el poder y por la sensualidad del poder...

¿Usted cree que la muerte de Haya tenga que ver con esa apertura de apetitos?

—Creo que sí. Porque él era un valladar. Era el único que podía detener la marea con un golpe de mano.

Pero era también alguien propenso al designio y a la arbitrariedad, ¿verdad?

—Era temperamental...

Cuando Haya tocaba con su dedo excogitador a alguien, a ese alguien le esperaba lo mejor. Pero si ese alguien pasaba su lista negra podía esperar lo peor...

—Repito que era temperamental... Hay algo que no se ha dicho de Haya: que fue, fundamentalmente, un artista. Y él lo reconocía. Él decía: Soy parte de una generación estetista. A Haya no le gustaba lo feo, por ejemplo. Amaba la música, la literatura. Había que verle, no más, las manos. Yo recuerdo con una emoción tremenda cuando en noviembre, todavía en la Asamblea, me tendió la mano y yo la sentí muy flaca y muy fría y yo me sentí muy mal. Recuerdo que al salir le dije a mi amigo y colaborador Alberto Franco: a quien murmure de Haya le pego un sopapo porque este hombre se nos muere... Tenía los ojos muy tristes...

¿Cuándo lo vio por última vez?

—Fue el 17 de julio de 1979, en Vitarte. Era un domingo y estaban con él Alfonso Ganoza y Luis Gonzales Orbegoso. Haya, en un momento dado, me retuvo las manos —sus manos de músico, de pianista, usted sabe que él tocó piano mucho tiempo— y ocurrió una cosa insólita: que me besó la mano y yo le besé la frente. Me sentí muy tocado. Era como una despedida y había una gran ternura entre nosotros...

Quizá yo esté hablando con un personaje civil que será crucial en los próximos meses. Quizá sea usted, como posible presidente del Senado, presidente de la República...

—Ojalá que no...

¿Se siente usted presidenciable?

—No, definitivamente no. Y si me tocara sería por muy poco tiempo. No es mi vocación...

¿El poder no es su vocación?

—No.

Pero toda la vida jugó a él.

—Yo creo que jugué al saber. A veces se confunde con el poder, sobre todo en un país donde nadie sabe nada.

Pero ser rector tres veces no demuestra solo querer el saber.

—Sí, una de las pocas cosas de las que me siento orgulloso es haber contribuido a organizar una universidad como lo fue San Marcos...

Fue, en todo caso, una frágil obra...

—Frágil porque lo que quedó era muy malo, sobre todo el alumnado. Por eso me jubilé. Y al hacerlo dije que no podía luchar solo contra la revolución cultural china, contra quienes creen que la universidad es un arma arrojadiza...

Las fuerzas de choque del APRA, por ejemplo...

—Las fuerzas de choque de todos, especialmente de los que no pueden aspirar sino a chocar...

En el fondo, usted es un intelectual aristócrata.

—Soy un intelectual. No creo que en eso haya vergüenza ni jactancia...

¿Pero hay desprecio?

—Absolutamente. Soy de quienes se han acercado a todos y han aprendido algo todos los días.

¿Quién es Carlos Enrique Ferreyros para usted?

—Un hombre hábil, un buen parlamentario, muy contradictorio y muy temperamental.

¿Y Alan García?

—Bueno, es un hombre un poco indescifrable. Es un estudiante que ha llegado muy pronto a una actividad a la que no estaba acostumbrado y creo que a veces confunde los hechos con las ideas. Me parece, sin embargo, que tiene buena fe...

¿Y Jorge Idiáquez?

—Prefiero no hablar.

¿Lo odia usted?

—No.

¿Lo desprecia?

—Tampoco. Sencillamente, de él no hablo.

LEONIDAS RODRÍGUEZ FIGUEROA

(3 de marzo de 1980)

¿Cuál es su juicio histórico en torno al general Juan Velasco Alvarado?

—¿El general Velasco? A mí me parece que fue un hombre con una gran emoción social, que tuvo mucho coraje y una voluntad férrea para llevar adelante una serie de transformaciones y para hacer justicia para el pueblo.

Quisiera, general Rodríguez Figueroa, que usted escuche algo que seguramente no ha oído nunca. Este casete tiene grabadas palabras del general Velasco pronunciadas en el transcurso de una larga conversación que tuvo conmigo, pocos días después de que usted fuera deportado por Morales Bermúdez. ¿Quisiera oírlas?

—Sí.

***(Se escucha la voz inconfundible del general Velasco)*. «¿Acaso yo alguna vez deporté a Rodríguez? Ahora lo han deportado... Bien hecho, pues. ¿Quién lo deportó? Lo ha deportado alguien a quien él le entregó el mando, porque Rodríguez fue el principal apoyo que tuvo Morales. Y Rodríguez lo puso a Morales. Y Morales le paga así el gran servicio que hizo, de traición, se lo paga así: deportándolo. Para mí, bien hecho. Porque no puede haber otro pago para víboras. Para víboras traidoras, no, viejo: entre víboras se van a comer, se seguirán comiendo. Entre víboras se tienen que comer una a otra: fatal».**

—*(El rostro de Rodríguez Figueroa ha adquirido una extraña tensión. Con voz serena, sin embargo, pregunta)*: ¿Cuál es la última frase?

«No puede haber otro pago para víboras... Entre víboras se tienen que comer una a otra...». ¿Qué le suscita oír todo esto, general Rodríguez Figueroa?

—En el momento de esa entrevista, que debe haber sido en 1977...

Febrero de 1977...

—Bueno, en ese momento el general Velasco estaba sumamente enfermo. Ya no era una persona completamente normal, como lo fue hasta 1975. En febrero de 1975 él sufrió un derrame cerebral. En consecuencia, las cosas que ha podido decir el general Velasco en una situación no normal no las tomo en cuenta. Y sigo valorando lo que hizo el Gobierno del general Velasco, y sigo apreciando a su persona a pesar de estas declaraciones que creo no debían tomarse en cuenta... Porque realmente estaba muy enfermo...

¿Usted quiere decir que Velasco, por llamarlo como lo llamó, era un enfermo mental?

—Yo no sé si enfermo mental o no, pero lo cierto es que el general Velasco estuvo muy enfermo. Y usted sabe que las enfermedades como la que tuvo el general Velasco agudizan ciertos rasgos del carácter de las personas. Yo le reitero que a mí no me afecta personalmente... Porque un hombre enfermo es capaz de decir cualquier cosa. Si el general Velasco hubiera dicho lo que dijo en condiciones de salud mi reacción, ayer y ahora, habría sido totalmente distinta...

¿Usted estaba enfermo o totalmente lúcido cuando contribuyó a derrocar a este hombre, a quien ahora llama el protagonista de un proceso histórico decisivo?

—Ya le he dicho que la enfermedad del general Velasco se agravó el 28 de febrero de 1975, a la una de la tarde, cuando sufrió un derrame cerebral... Por eso es que la Fuerza Armada, llegado un instante, vio como una necesidad relevar al general Velasco.

Velasco lo llamó a usted como hemos oído que lo llamó. Blanco lo llama general masacrador. ¿Está usted acostumbrándose a este tipo de adjetivos, o todavía se afecta?

—Yo no podría comparar al general Velasco con el señor Hugo Blanco. Las cosas que dice el señor Blanco, realmente, me afectan en poco grado porque las tomo como de quien vienen.

¿Y de quién vienen? Mejor dicho, ¿quién es Blanco para usted?

—Para mí es, por ejemplo, el responsable mayor de las divisiones de la izquierda...

Pero Ledesma dice que los responsables de la división son el Partido Comunista y el PSR... Hay muchas versiones sobre quién es el culpable de la debacle...

—Así es...

Usted mismo es el candidato presidencial de emergencia después del estallido de una alianza. ¿Por qué se prestó a esto?

—¿A la candidatura?

Sí.

—Justamente por mantener la unidad de un núcleo importante de la izquierda. A mí no se me puede llamar divisionista...

¿Por qué se rompió el Frente de Unidad de Izquierda, según su versión?

—No se rompió el frente. Hubo la separación de uno de los seis grupos...

Esa es una manera bien rara de decir las cosas. ¿Por qué salió Ledesma, por qué salió el Focep?

—Porque el PSR percibió que el Focep no tenía una organización nacional, como se nos había dicho inicialmente, que había representaciones inconvenientes en algunos departamentos y problemas serios en otros, como por ejemplo en Junín, donde la gente del Focep no aceptaba la unión con las otras fuerzas del frente... Nosotros le planteamos al señor Ledesma toda esta problemática y él quedó en contestar al día siguiente. No hizo eso, sin embargo. Convocó a una conferencia de prensa y anunció la posible separación del frente...

Pero usted, que se llama unitario y que para algunos sigue siendo más bien un general de división, apoyó la petición de que fuera Jorge del Prado, y no Ledesma, el primero en la lista de senadores. ¿Por qué?

—Yo seré un general de división, pero Hugo Blanco es el autor de la división general de la izquierda... En cuanto a que yo apoyé la posición de Del Prado para que fuera número uno en la lista de senadores, ¿de dónde ha sacado usted eso?

¿Usted preside o no preside el PSR?

—Sí lo presido.

Entonces: el PSR apoyó a Del Prado en ese sentido...

—Eso no es cierto. Ese fue un planteamiento unilateral del Partido Comunista. Esta es la verdad absoluta. Nosotros no apoyamos esa posición...

¿Entonces, Genaro Ledesma miente?

—Bueno, en este punto no dice la verdad...

General, ¿qué piensa prometerle a la gente para iniciar su campaña?

—Cualquier promesa que yo haga tendrá que salir del programa de la Unidad de Izquierda...

Pero ese programa no está terminado...

—Pero ya hay lineamientos esenciales. Se trata de enfrentar los problemas cruciales del pueblo peruano: el desempleo, que llega al 54 por ciento, la salud, cada vez menos cubierta, la alimentación, la educación... Se trata, también, de incentivar el crecimiento prioritario del sector agrario, de tecnificarlo, de hacer irrigaciones pequeñas y medianas, de aumentar la producción. Se trata, en suma, de procurar un desarrollo nacional...

Usted habla de un 54 por ciento de desempleo. ¿Qué programa de emergencia tiene usted en la cabeza para encarar este asunto?

—Yo no podría decir que el problema del desempleo se va a resolver en un año o dos. O con cuatro mil millones de soles, que sirven para darles trabajo solo a ocho mil personas. Yo creo que lo fundamental es cambiar la estructura económica del país, todo el sistema económico...

Hay que cambiarlo todo... Bien, entonces lo que hizo Velasco. Por ejemplo, el sector estatal...

—Yo no he dicho que hay que cambiarlo todo, en el sentido de cambiar lo bueno y lo malo. Hay que cambiar lo que es malo. Me refiero a que el sistema capitalista hay que cambiarlo por un sistema socialista.

¿Por un sistema socialista como el que propugna el Partido Comunista?

—No precisamente. El PSR pregona un sistema socialista donde los medios de producción sean de los trabajadores. Solo las grandes

empresas deben ser del Estado. Ahora, las pequeñas empresas deben ser de propiedad privada...

¿Y qué es una pequeña empresa?

—¿Una pequeña empresa? Una empresa de tipo familiar...

¿De cuántos trabajadores?

—No podría decir de cuántos trabajadores; pero, en general, una empresa familiar conducida directamente por sus propietarios. En seguida, nuestro programa socialista propugna la participación popular...

Como Sinamos...

—Bueno, no precisamente eso.

¿Así que esa experiencia de Sinamos hay que olvidarla, hay que liquidarla, hay que superarla?

—Hay que superarla...

Quisiera que dejara a un lado su habitual ambigüedad y me dijera: ¿Sinamos fue o no una mala experiencia revolucionaria?

—Para el momento político en que se dio, Sinamos fue una buena experiencia. Pero se trata de una etapa superada...

Hace unos momentos, ante una suerte de invocación mía, ha hecho algunas promesas electorales. ¿Recuerda cuando decía: «No queremos ver más que políticos profesionales, que venían donde ustedes a engañarlos con promesas para pedirles un voto en las elecciones que cada seis años se realizaban, vengan otra vez con esos mismos engaños, con esas mismas mentiras, con esas mismas farsas. El pueblo no debe soportarlos más...»? Eso lo decía cuando era jefe de Sinamos. ¿Se arrepiente ahora de esa frase?

—No.

Es decir, usted mantiene dentro de sí a dos personalidades: aquel general del no partido, el que despotricaba de los políticos...

—Yo... En primer lugar, yo niego enfáticamente haber sido el general del no partido...

A pesar de que apoyó siempre a Carlos Delgado, que era el intelectual del no partido, ahora quiere presentarse como el

general del sí partido.

—Yo no apoyé siempre a Carlos Delgado y, en el caso de la teoría sobre el partido, siempre estuve de parte de quienes querían formar una organización que defendiera a la revolución...

Como el MLR...

—Nadie podrá decir jamás que yo tuve que ver con el MLR... Pero respecto al otro asunto, yo mismo fui donde el general Velasco a decirle que era necesario que el pueblo organizara su partido.

En el acta de fundación del Frente de Unidad de Izquierda se dice que «apoyará activamente la lucha de los pueblos por su liberación nacional». ¿Usted considera que la actual lucha de una parte del pueblo de Afganistán se inscribe en este postulado?

—Nosotros tenemos una posición muy clara sobre Afganistán. No estamos de acuerdo con ningún acto que vulnere el principio de no intervención y la independencia de los pueblos. Rechazamos, por eso, la intervención armada en Afganistán. Ahora en Afganistán los problemas han empezado con los intentos de los Estados Unidos por mantener su hegemonía en la zona y han seguido con la intervención soviética. Ni una ni otra cosa nosotros aceptamos...

¿Condena usted la presencia de 90 mil hombres del Ejército soviético en Afganistán?

—Mire usted, yo no estoy de acuerdo con las acciones que ha hecho Estados Unidos en Afganistán para ganar la hegemonía estratégica de la zona. Porque indudablemente ha habido participación real de Estados Unidos dentro de Afganistán...

General: ¿condena o condona?

—Tampoco estoy de acuerdo con la participación soviética en Afganistán. Esto no es unilateral.

Pero *Unidad*, órgano oficial del Partido Comunista, aliado suyo, afirma que Afganistán se ha salvado gracias a la intervención de la URSS. ¿Cómo se resuelve esta contradicción?

—Se trata de una posición del Partido Comunista, no del PSR.

Unidad ha respaldado la intervención en Afganistán. Ricardo Letts, de Vanguardia Revolucionaria, otro miembro del Frente de Unidad de Izquierda, también apoya a la presencia soviética en

suelo afgano. Si en el FUI se adoptara, por opinión mayoritaria, la decisión de apoyar la intervención de la URSS en Afganistán, ¿usted, como candidato, asumiría esa posición disciplinadamente?

—No.

¿De ninguna manera?

—De ninguna manera.

Otro planteamiento de la Unidad de Izquierda es el de modificar el sistema tributario «en favor de los sectores populares». ¿Abogaría usted para que los generales pagasen impuestos, como cualquier otro ciudadano?

—Yo pago impuestos...

Como cualquier otro ciudadano, dije... Usted quizá pague un impuesto sobre cierto monto de su sueldo...

—Yo pago impuestos, ya le digo. Yo pienso que todos los ciudadanos, con uniforme o sin él, deben pagar iguales impuestos. Ahora, en este asunto de los impuestos hay otros temas. Uno de ellos es el Certex, que tiene que ser modificado y que en 1979 ha llegado a la suma de 35.600 millones. Y para 1980 el Certex significará, según las propias cifras del Banco Central de Reserva, 55 mil millones de soles. Si comparamos esta cifra con la de cuatro mil millones que se han destinado para crear nuevos empleos, la injusticia salta a la vista...

¿Usted sabe que el Certex, en el rubro de la plata, ha sido disminuido radicalmente?

—¿Cuándo?

Hace muy pocos días.

—¿Adónde? ¿Acá, en el Perú?

Sí.

—No tengo noticia de eso. En todo caso, creo que no ha salido publicado.

Alguien ha establecido un parentesco entre las características, contradicciones y programas del Frente de Unidad de Izquierda y las características, contradicciones y programas de la Unidad Popular en Chile. En el muy hipotético caso de que ustedes

llegaran al poder, ¿usted no cree que el itinerario del FUI podría ser el mismo que el que padeció la Unidad Popular en Chile y que terminó el 11 de setiembre de 1973?

—Usted piensa que, si llego al poder, voy a ser asesinado, como Allende...

La verdad, general, es que me pregunto si usted tendría el valor de defender, metralleta en mano, el palacio presidencial, como lo hizo Allende...

—No dude de eso...

Pero hablemos del parentesco...

—Yo creo que ese parentesco existe. En la Unidad Popular también había un Partido Comunista y un Partido Socialista. Pero esto también se dio en el Frente Amplio del general Seregni, en Uruguay...

Pero usted olvida un elemento en este parentesco: el de la presencia de una Fuerza Armada reaccionaria y expectante, dispuesta a dar el zarpazo cuando la situación lo demande...

—Pero usted tiene que comprender que hay diferencias fundamentales entre las Fuerzas Armadas del Perú y Chile. El Ejército peruano tiene una extracción de clase media, clase media baja y clases populares. Eso no sucede en Chile. En Chile, por otra parte, no ocurrió lo que ha pasado en el Perú entre 1968 y 1975.

Me pregunto si lo suyo es candor o es astucia táctica. ¿Usted cree, realmente, que la Fuerza Armada en el Perú permitiría un Gobierno socialista?

—Creo que sí. Siempre y cuando este proceso se desarrolle en un marco nacional, con un signo nacional...

¿Y si yo le pregunto si esa marcha al socialismo será democrática usted me dirá que sí, verdad?

—Será democrática si no nos ponemos de acuerdo con qué es democracia. Básicamente, nosotros entendemos la democracia como la participación del pueblo en la toma de decisiones.

¿Pero qué haría con los opositores? ¿Los deportaría de vez en cuando, como lo hizo cuando era parte del Gobierno?

—¿Usted cree que yo deporté a mis opositores?

Usted formó parte de un Gobierno que deportó eventualmente

a sus opositores y nunca se opuso públicamente a esas medidas...

—No hubo oposición pública, es cierto, pero yo —y esto puede atestiguarlo cualquiera— nunca estuve de acuerdo con las deportaciones. Respecto a su pregunta, puedo decirle que para nosotros las libertades políticas, a los partidos y a la gente en general, son parte del programa del Frente de Unidad de Izquierda. Nosotros no queremos imitar otros modelos de socialismo...

¿Se refiere al Partido Comunista?

—A nadie en particular. Lo que le digo es que nosotros pensamos en un socialismo nacional...

Absolutamente inédito.

—¿Y por qué no?

¿Absolutamente inédito o absolutamente ingenuo?

—¿Por qué ingenuo?

Bueno, usted insiste en pensar que la Fuerza Armada permitirá el socialismo...

—Pero ya le he dicho que la Fuerza Armada peruana llevó a cabo, de 1968 a 1975, un programa de profundas transformaciones...

¡General! No estamos hablando de reformas, muchas de las cuales habían sido solicitadas, años atrás, hasta por la Alianza para el Progreso. Estamos hablando de socialismo.

—Indudablemente, ese problema, que usted plantea, existe. ¿Pero usted no cree que los hombres de la Fuerza Armada son tan peruanos como cualquier otro civil? ¿Usted cree que los hombres de la Fuerza Armada no pueden comprender que hay necesidad de un cambio profundo en el Perú? ¿Usted no cree que los hombres de la Fuerza Armada pueden entender que la soberanía del Perú está siendo afectada por la penetración de empresas transnacionales?

¿Quién si no el Gobierno de Velasco firmó los contratos con la Occidental?

—Indudablemente, que en ese sentido hubo aceptación de algunas empresas extranjeras. Era un momento difícil y había necesidad de inversión extranjera...

La Constitución de 1979 establece el derecho de la insurgencia frente a los atentados contra la democracia. Si por alguna

infausta razón la Fuerza Armada interrumpiera el proceso la transferencia, ¿usted cree que el pueblo peruano debería acudir a ese derecho consagrado por la Constitución?

—Aparte de que esto está consagrado por la Constitución —y la Constitución hay que respetarla— una interrupción forzada del cronograma de la transferencia originaría una conmoción social que sería de impredecibles consecuencias. Ahora, yo creo que el cronograma se va a cumplir. No porque lo haya dicho el general Morales, que ha perdido toda credibilidad, sino porque lo ha sostenido la Fuerza Armada...

Usted habla de respetar la Constitución. En verdad, usted no debería mentar la Constitución...

—¿Por qué?

Porque usted no la firmó, porque usted se negó a firmarla.

—Bueno, sí, efectivamente...

Hay que respetarla, pero usted no la suscribió...

—No la firmé... Es que el PSR, junto con otras agrupaciones, cuestionó el contenido de la Constitución, por ejemplo el capítulo económico... Fue una manera de manifestar nuestro desacuerdo con algunos aspectos de la Constitución.

¿A usted le pareció una manera seria de protestar?

—Sí. ¿A usted no?

No.

JUAN GONZALO ROSE

(10 de marzo de 1980)

Usted ha dicho, desgarradoramente, que las fuerzas creadoras lo han abandonado, pero que todavía espera un milagro...

—Es una manera de expresar una esperanza, dictada sobre todo por el sentimiento. Porque, racionalmente, yo me doy cuenta de que mis posibilidades de creación están agotadas.

Yo me he preguntado muchas veces, Juan Gonzalo, qué fue lo que lo quebró. En un poema de *Las comarcas* usted dice: «pero el gran desamor, solo noches oscuras acarrea...». ¿Fue eso? ¿Fue la soledad?

—Sí, en parte... Pero hay otros factores. En primer lugar, naturalmente, el tiempo: tengo 52 años. Luego, esa soledad a la que nos hemos referido y que en mi caso es muy especial... Porque desde hace cuatro años yo padezco de depresión. Esta depresión me conduce a encerrarme en mi cuarto, y pasan semanas y semanas y yo no converso con nadie. De tal modo que, faltándome la experiencia, no hay material para la creación. Toda creación se nutre de vivencias...

El país, Juan Gonzalo, nuestra realidad, ¿tienen que ver con su tristeza?

—Creo que es posible. Sin duda el clima político influye...

No solo el clima político. Me refería al maltrato sistemático que este país administra a sus poetas, a sus músicos, a lo mejor de su gente en muchos casos...

—Sí. El sentirse no estimulado, el sentirse siempre prescindible, esta especie de ofensiva muchas veces silenciosa, tienen que ver con mi depresión... Pero también influyen otros factores. Por ejemplo, el doctor Mariátegui me decía que a mí me hace mucho daño no tener ninguna seguridad económica. Esto es cierto... He llegado a la edad que he llegado y yo vivo mantenido por mi madre... Mi madre me da

techo y comida, pero a eso no se puede reducir la existencia. De tal manera que me ayudo con esporádicos artículos periodísticos... Y mi madre es una mujer que ya tiene 80 años. Desgraciadamente no va a ser muy largo el plazo de su vida...

Usted fue despedido del Instituto Nacional de Cultura, ¿verdad?

—Sí.

¿Durante la gestión del señor Abril de Vivero?

—Así es.

¿Por qué lo despidieron?

—No me dieron ninguna explicación.

¿Cuánto ganaba, Juan Gonzalo?

—Diez mil soles.

Usted ha nombrado el insomnio de varias maneras en su poesía: los embarcaderos del insomnio, las candelas azules del insomnio, las altas guaridas del insomnio. ¿Sigue siendo, ahora, un malestar?

—En la actualidad tomo pastillas para dormir... Me surten algún efecto... Pero hace tres meses que sufro de un dolor muy agudo a los pies. Es una neuritis... Yo quisiera aprovechar esto para manifestar mi gratitud a algunas personas, como Tania Libertad, y su esposo, el poeta Francisco García, que me están pagando un tratamiento de acupuntura... También quiero agradecer a Chabuca Granda, que me está ayudando mucho moral y materialmente...

Todos quienes han seguido su itinerario poético han observado el paso de esa poesía social y militante de sus comienzos a la poesía confesional y padecida de su época madura. ¿Recuerda cuando escribió: «continúa el partido su vigilia cual un hermano pensativo y grande...»?

—Sí. Recuerdo...

Me pregunto si el gesto de haber dejado creencias y partido en el camino no tiene que ver con su melancolía...

—Yo creo que sí. Como usted sabe, en mi juventud yo adopté una posición política de combate...

¿Por qué la abandonó?

—Lo que motivó mi incursión en la política fue, más bien, un espíritu romántico... En realidad, nunca me atrajo la vida partidaria, que suele ser burocrática...

¿Usted fue comunista, verdad?

—Sí.

Y antes había sido aprista...

—Bueno, eso no. Lo que pasa es que fui elegido miembro de la Federación de Estudiantes del Perú con votos apristas. Pero no milité en el APRA...

¿Es definitivamente cierto aquello de que Haya le dijo alguna vez: «Usted fue aprista» y usted le respondió: «Y usted también...»? Creo que ocurrió en México, ¿o me equivoco?

—Ocurrió en Lima, en el local de Alfonso Ugarte...

¿Y cómo reaccionó Haya?

—Comenzó a hablar de otra cosa, un poco molesto... Haya no tenía mucho sentido del humor. Yo lo traté en cuatro o cinco oportunidades...

¿Qué recuerdos conserva de él?

—Desde lejos, visto desde la perspectiva de los mítines, exhibía otro tipo de virtudes. Pero, de cerca, en una conversación, transmitía una imagen de bondad... Claro que no era el gran conversador que dicen. No suscitaba el diálogo. Era, más bien, monologante. Y nunca hablamos de política. El tema principal en estas charlas, a las que me introdujo Carlos Tosi, era una cuestión esotérica...

¿Qué era aquello?

—Haya vivía obsedido por la existencia del alma. Él decía que el alma no abandona al cuerpo una vez producida la muerte sino que ella subsiste, teniendo conciencia de identidad, durante un tiempo, que puede ser corto o largo —y esto depende de la densidad del alma —. Y decía que hay almas que demoran mucho en percibir que ya no tienen identidad y que cuando adquieren esta conciencia de su no identidad recién es que se disuelven en un todo... Al principio me pareció que Haya hacía de esto un tema atractivo de conversación, pero después me convencí de que él pensaba seriamente en estas cosas. Contaba mucho de su viaje por el Tíbet y, en realidad, estaba

fascinado por todas estas cuestiones esotéricas...

Usted se afirma hoy como cristiano, pero hay en su poesía palabras tan duras contra esta eclesiástica herencia española y, si no me equivoco, en algún poema, usted imagina la posibilidad de una catedral hecha para los que no creyeron... ¿Qué clase de refugio es el cristianismo?

—Es difícil decirlo... Uno puede, a la edad que tengo, ser víctima de espejismos... No creo, sin embargo, que el cristianismo sea solo como la tabla de salvación de un náufrago. Es algo más sereno... Alguna vez yo le hice, para *Caretas* precisamente, una entrevista a Fellini y le pregunté respecto a Dios y él me dijo que la condición natural del hombre frente a Dios es la duda. Así es. El cristianismo tiene momentos de vacilación. No es la fe del carbonero...

Hablemos algo de su poesía. ¿Por qué desestimó a «La luz armada» del tomo de su poesía completa? ¿Le pareció una poesía social demasiado fácil?

—Muy ingenua, sumamente ingenua...

Y usted suele ser desleal con esa ingenuidad que algunos estimamos... Usted depuró aquel poema «Las cartas secuestradas», que ahora tiene, por eso, dos versiones. ¿Por qué lo hizo?

—Creo que solo he cambiado las líneas finales. En la antigua versión, decía: También de palomar se muere un hombre cuando sabe vivir por una carta...

¿Por qué lo cambió?

—Porque me parecía un poco cursi...

Quizá sea usted el único poeta de su importancia que pueda hablar con tanta irreverencia de su propia obra. ¿Ha escrito otras cosas que ahora considere cursis?

—Parte de *Las comarcas* tiene mucho de cursilería. Hay una exuberancia verbal que no me gusta...

En un hermoso programa hecho para la televisión, y por supuesto hostilizado por algunos comerciantes, Tania Libertad le pregunta a usted quién fue Marisel. Y usted no responde. ¿Podría responder ahora?

—Es que Marisel no es una persona concreta. Es la amada ideal que todos tenemos. No es un ser de carne y hueso...

Pero hubo amadas de carne y hueso. Usted tuvo una hija...

—Sí. Ella vive en México...

¿La ve?

—No. Nos hemos escrito alguna vez...

¿Es usted, como ha escrito Mario Vargas Llosa, el hombre que trata de rescatar al niño desesperado y jubiloso que alguna vez fue?

—En algunos versos sí hay, en efecto, algo de nostalgia por la adolescencia perdida, por la niñez perdida...

Pero quizá más que de edades podríamos hablar de inocencia...

—Exactamente...

Porque en su poesía su infancia no aparece sino como la imagen de un chico melancólico que se internaba por ciertos arenales. Es decir, no creo que usted haya sido un niño feliz...

—Tiene usted razón...

¿Alguna vez ha sido usted feliz, Juan Gonzalo?

—No. No he conocido lo que es la verdadera felicidad.

¿No la buscó?

—Todos la buscamos. No he tenido la oportunidad de encontrarla.

¿Cómo la hubiera encontrado?

—En compañía de alguien que me entendiera.

¿Nunca llegó ese alguien?

—No.

¿No es esa una visión muy deprimida?

—La verdad es que en lo amoroso nunca pude alcanzar una verdadera estabilidad. Fue mi juventud extremadamente bohemia...

En un poema destinado a León Felipe usted le invoca: si a cantar, cantador, nos enseñaste, enséñanos, varón, cómo se calla. Es hermoso que usted persista en no callar...

—Callar es en ese poema un sinónimo de morir...

Y usted tiene una relación familiar con la muerte...

—Sí, es una de mis obsesiones, una de mis obsesiones crepusculares.

¿Alguna vez intentó matarse, Juan Gonzalo?

—Sí. Una vez... Tomé una cantidad de barbitúricos que consideré que iba a ser suficiente... =

¿En qué momento de su vida ocurrió?

—Eso fue cuando trabajaba en *Expreso*... Vivía en una gran soledad, alejado de mis padres; tenía un pequeño departamento en el edificio Ritz... Había tenido una ruptura sentimental...

Tomaba mucho en esa época, ¿verdad?

—Bebía mucho, sí. Yo he tenido una juventud alcohólica, de la que felizmente he logrado alejarme. Fue una batalla bastante dura...

¿Ha pensado que la dependencia emocional respecto de sus padres contribuyó a sellar su carácter, a fomentar su fragilidad?

—Sí. Yo creo que esa dependencia lo hace a uno un poco inerme. Yo he tratado de librarme de esa dependencia viviendo solo cada vez que he podido, viajando...

Comparando a la luciérnaga con el hombre, usted ha escrito: «Pues caso estimable es el del bicho, que más alumbra cuanto más se muere... Y no el del hombre, que se opaca a pocos y es mucho más obscuro cuando dura...». Suena terrible, la verdad...

—Sí, efectivamente: es el verso más amargo que yo he escrito en mi vida. Es un rechazo a la vejez, sobre todo...

¿Qué es lo que más rechaza de la vejez?

—Nos hace demasiado conscientes... Yo estaba acostumbrado, en mi juventud, a dejar que el azar participara de mi vida. Se pierde el sabor de la aventura. Todo es tan meditado. Se aproxima así uno a la muerte... Y conste que yo soy una persona que piensa en la muerte como la tentación del descanso. No tengo miedo a la muerte. No voto en contra de la muerte...

Habla usted de descansar. ¿Qué es aquello de lo que más quisiera descansar, Juan Gonzalo?

—De la monotonía en que se ha convertido mi vida, del estar encerrado en mi cuarto... Yo soy una persona curiosa: no voy al cinema, no veo televisión, no escucho música, no leo, no escribo. Yo no sé qué hago con mi tiempo. Es totalmente un vacío... Todo me molesta, me repele...

¿Le molesta estar en este momento hablando de sí mismo como

lo está haciendo?

—No... Porque es una catarsis...

¿Teme algo de especial manera?

—Sí... Me da miedo que, de agravarse este círculo de circunstancias adversas en que me muevo... Tengo pánico de retornar al alcoholismo. Sé que sería irremediable...

¿No le gustó el éxito alguna vez, no lo gratificó? Es decir, ¿también le disgustó el éxito?

—No me disgustó... Lo que pasa es que se produce una suerte de desdoblamiento. Pareciera que es otra persona la que recibe esos éxitos y no uno. Yo lo he sentido siempre así. Los éxitos me daban alguna satisfacción, pero yo notaba que mi verdadero animal estaba un poco distanciado de ese otro triunfador...

¿Por qué no se aceptó un poco? ¿Por qué se combatió tanto?

—Creo que, en lo fundamental, yo me acepté a mí mismo. Lo que pasa es que no estoy conforme con el papel que me ha tocado en la comedia...

¿Cómo definiría ese papel?

—Me hubiera gustado ser alguien más útil... Con toda sinceridad, yo siento, ahora, que el arte es algo totalmente inútil, que no tiene ningún sentido: la poesía, la música... Al único arte que le sigo guardando respeto es al teatro...

¡Pero usted cree que su poesía no sirve? ¿Usted cree que no conmueve, que no enriquece? Como lector le diría, cordialmente, que usted está diciendo una barbaridad...

—Tal vez, pero nos leen tan pocos... En un tiempo yo tomaba parte en muchos recitales. En ese tiempo sí sentí que estaba haciendo algo por los otros... Pero con los libros el contacto con la gente es nulo... Además, hay otras objeciones. El poeta tiende a hablar demasiado de sí mismo...

O a ocultarse...

—O a ocultarse. Pero yo creo haber hablado bastante de mí mismo...

Pero de varios Juan Gonzalos: del derrotado y del esperanzado, del depresivo y del eufórico...

—Mi poesía es tan heterogénea, ¿no?

Hay mutaciones…

—Así es…

¿En qué mutación anda ahora, Juan Gonzalo?

—Ahora estoy inmutable…

No puedo creer que usted no conserve alguna esperanza…

—Solamente extraterrena. Aquí en el mundo… no tengo ninguna esperanza. Quizá suene cursi, pero lo único que espero es la salvación de mi alma… Yo soy un cristiano convencido. Creo en la compasión de Dios…

No cree en la de los hombres, ¿verdad?

—No.

Me pregunto si usted sería tan triste si no hubiera conocido el exilio y la soledad. Es decir, me pregunto si su vida afectiva podría haber sido otra de no mediar algunas circunstancias…

—Indudablemente hay circunstancias que influyen mucho y aquella del exilio, es cierto, fue importante para mí. Pero yo creo, más bien, que en la semilla, que en el espíritu, está la derrota esperando. Las circunstancias trabajan una arcilla ya hecha, ya cuajada. En esa arcilla ya estaba escrita la derrota… Yo nací para ser derrotado. En mis encierros me he preguntado muchas veces por qué, pero la verdad es que no he podido nunca encontrar una respuesta…

Creo que usted debe haber escrito estas palabras durante uno de sus encierros voluntarios: estoy tan triste ahora que si alguien se acercase, me amaría…

—Sí, eso pertenece a *Retorno a mi cuarto*. Lo escribiría de nuevo…

FERNANDO BELAUNDE TERRY

(17 de marzo de 1980)

Arquitecto: hace unos días un reportero de *Caretas* salió a la calle a recoger opiniones sobre usted. Yo he escogido solo algunas, descartando las de quienes lo califican de agente del imperialismo, político fracasado... etcétera. Quisiera que escuchara estas opiniones, que son, básicamente, de simpatizantes. ¿Me permite?

—Con mucho gusto.

(Se empieza a oír la encuesta, realizada en una hora y entre público diverso, por nuestro joven redactor Percy Javier Baldeón):

¿Qué opinión le merece el arquitecto Belaunde?

—*(Voz 1)*: Pienso que debe dársele el paso para que este señor vuelva a tener otra oportunidad, porque parece que no terminó su Gobierno... Que fue electo la vez pasada, tuvo una buena carta de presentación pero donde hubo cierto mal ambiente en la última página, que fue la página 11...

¿Cuál cree que es el defecto más notorio del señor Belaunde?

—Que este señor es demasiado pasivo y de repente falto de carácter...

¿Qué opinión tiene sobre Belaunde?

—*(Voz 2)*: Que ha sido un buen presidente y creo que debe serlo de nuevo...

¿Cuál cree que sea su mayor defecto?

—Creo que le falta un poco de fuerza de carácter... Nada más.

¿Qué opinión tiene del señor Belaunde?

—*(Voz 3)*: Mira, parece que es un político bastante honesto con él mismo, pero muy falto de carácter.

¿Tú crees que ese sea su principal defecto?

—¿La falta de carácter? Sí, porque verdaderamente tenemos la

experiencia de su Gobierno pasado, cuando él se dejó dominar teniendo la posibilidad de arreglar el asunto de otra forma, aunque no fuera de forma constitucional...

¿Qué opinión le merece el señor Belaunde Terry?

—(*Voz 4)*: Me parece una persona bastante honesta... Y entre los candidatos que actualmente se presentan creo que es el más caballero...

¿Usted cree que tenga algún defecto?

—Creo que le falta carácter... Me parece que le falta un poco más de fuerza para gobernar el país... Pero tengo especial simpatía por él...

(Belaunde, que ha estado escuchando la grabación con visible impaciencia, pregunta en este momento):

¿La entrevista es a mí o al público?

—Solo falta un poquito —trato de apaciguarlo.

(Continúa la grabación).

¿Cuál es el defecto más notorio que tiene el arquitecto Belaunde?

—*(Voz 5)*: No es claro, no es claro en sus opiniones...

(Belaunde parece especialmente irritado. Apago, entonces, la grabadora y le digo):

Bien, la encuesta sigue, arquitecto, pero, dado que usted parece que no quisiera seguir oyéndola...

—No, sí quisiera —dice Belaunde—. Si usted tiene tiempo, yo podría oír todo lo que usted quiera... Pero yo tenía entendido que el reportaje era a mí...

Yo quería, arquitecto, que usted, que es una persona rodeada habitualmente de gente muy adicta y muy dada al elogio, escuchara opiniones de gente que, simpatizando con usted, tiene la claridad de hablar de sus defectos. Y como habrá podido apreciar hay una cierta unanimidad: a usted se le atribuye falta de carácter...

—Perfectamente. La verdad es que miro hacia atrás y trato de encontrar, en los momentos más dramáticos, esta aludida debilidad. ¿Cómo empezó mi carrera política? *Caretas* no puede olvidarlo porque usó este episodio en su propia portada, una portada que dramatizó el

ultimátum de La Merced. Este ultimátum no fue dado a un Gobierno constitucional y complaciente. Fue dado a la dictadura del general Odría. Y salimos triunfantes. Y *Caretas* publicó un artículo titulado: «Así nacen los líderes». Tal vez esta haya podido ser una excepción... Pero sigo mirando atrás y llego al momento en que fui agredido, después de una triunfante manifestación, en el Cusco. *Opinión Libre* acaba de publicar una fotografía al respecto...

***Opinión Libre*, que le es ahora tan adicta...**

—Sí, pero la fotografía es de un periódico del Cusco... Y en la leyenda de la foto se recuerda la frase de Bourricaud en su libro *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*, que me honra dedicándome todas unas páginas bajo el título de «*Beau geste*». Consideró un bello gesto que yo, que estaba sangrante, no pidiera revancha para mis agresores, que estaban en peligro de ser linchados, y volviera al estrado y dijera estas palabras: Prefiero la impunidad a la injusticia; yo no sé quiénes me han agredido desde la sombra y ustedes tampoco pueden saberlo, de tal manera que lo que pido es calma. En esa jornada hubo una masacre: la mía... Tal vez estuve un poco débil. Tal vez debí pedir sanción, persecución, como ocurrió en otras oportunidades... Recuerdo también...

¿Después hablará del futuro?

—Usted me ha hecho escuchar opiniones sobre mi persona...

Son opiniones recogidas hace unos días...

—Pero basadas en mi actuación política... De manera que yo pregunto si cuando me lancé al mar en El Frontón, estando la Guardia Republicana al frente, y nadé hasta la lancha que debía sacarme de ahí, también cometí un acto de debilidad. Recuerdo que un penado se lanzó conmigo. Tuve que rogarle para que regresara porque, naturalmente, había razones para disparar... Yo pienso en lo que usted me ha hecho escuchar y creo que esas apreciaciones nacen de un hecho: en la debilidad de no haber caído en la tentación de ser un dictador. Porque a Fernando Belaunde se le puso en bandeja la dictadura, no una sino varias veces. A Fernando Belaunde se le ofreció el poder total y absoluto para que disolviera el Congreso. Y no lo disolví. ¿Tal vez fue esta una debilidad? ¡Santa debilidad! Es una

debilidad que me honra...

Usted surge a la vida política con un mensaje de renovación, con un mensaje progresista y popular. En 1956 era usted, electoralmente, la alternativa del cambio. ¿No se siente hoy, en 1980, el Prado del 56 que usted combatió?

—¡No haga usted comparaciones, oiga usted! Yo soy un candidato del pueblo mismo. Yo nunca representé ningún interés económico. Yo siempre fui un profesional sin fortuna y mi apoyo fue el pueblo mismo...

¿Usted cree que sigue siendo popular? ¿Cree que sigue representando a las grandes mayorías, a los sectores marginados, a los más necesitados?

—Se necesita ser ciego para no haber visto el paseo Colón, que es más ancho que Alfonso Ugarte. Se necesita no haber visto Trujillo. Si usted abre hoy el periódico *El Tiempo* verá ahí una panorámica de Chepén. El pueblo estuvo, está y estará con nosotros...

Pero hay quienes no olvidan. La página 11, por ejemplo...

—Oiga usted: si esto va a ser jocoso, con mucho gusto. Usted es un hombre inteligente y yo no creo que pueda haber un hombre inteligente que, sinceramente, crea en semejante patraña...

Pero usted hasta ahora no ha decidido si llamar a la página 11 patraña o página en blanco. ¿Ya se decidió?

—Lo de la página 11 es una patraña...

Pero usted admitió una vez que la página 11 existía y que estaba en blanco...

—Así es. Pero todo este asunto es una patraña. Y es una patraña como la que tiene usted en la mano.

Se refiere usted a este libro de Loret de Mola...

—Usted lo ha nombrado. No yo.

Para usted es innombrable, ¿verdad?

—Prefiero no recordar ese nombre, que alguna vez tuvo mi confianza y que una vez me calificó como el mejor presidente que tuvo el Perú, calificación con la que yo nunca he estado de acuerdo...

Pero si la página 11 no existió...

—Oiga usted: si usted quiere podemos hablar extensamente del

tema... Porque se trata de aclarar, en primer lugar, que la página 11, la aludida página 11, era parte del Acta de Talara. Esa página formaba parte de un contrato de venta de crudos, no del Acta de Talara. Esa es la versión que hizo propagar el Gobierno que nos sucedió por la fuerza. Y gentes inteligentes han caído en la trampa. Inclusive usted...

Usted afirma algo injusto y generoso: que yo soy inteligente. Le pido que si piensa eso de mí no me trate como a un tonto...

—Desde luego que no lo trato como a un tonto...

Bueno, pues. ¡Porque Loret de Mola no dice en ningún momento que la página 11 perteneció al Acta de Talara! Lo que Loret de Mola dice en la página 528 de su libro es lo siguiente: «Nadie que hasta aquí haya leído lo que he relatado dudará que la seguridad del Perú ante la transnacional estaba en la anotación o cláusula adicional de la página 11...».

—Espérese un momentito... *(Belaunde empieza a buscar, con manos especialmente agitadas un párrafo del libro de Loret de Mola. La búsqueda, en un primer momento infructuosa, durará largos minutos. Luego, el fundador de AP dirá)*: Estoy tratando de hallar la parte en la que el autor de este libro declara que sustrajo la página de un memorándum de la IPC, un día que fue a la IPC a conversar con sus funcionarios. De manera que no es extraño que se pierdan documentos cuando hay antecedentes...

¿A usted le parece magnánimo decir que Loret de Mola se robó la página 11?

—Yo no lo he dicho. Lo ha dicho usted.

Interpretando sus palabras...

—Vea usted: en esto voy a ser definitivo: los responsables de los contratos son sus firmantes. ¿Quiénes suscribieron el contrato de venta de crudos? Por la IPC, el señor Espinoza. Por la Empresa Petrolera Fiscal, esa persona que usted ha nombrado y que yo no quiero nombrar. ¡Los responsables son los que suscriben el contrato! En ese contrato no había autorización del Gobierno. Claro que yo no condeno el contrato, porque era un contrato bueno. Yo conocía de él...

Usted era el presidente de la República...

—Naturalmente. Conocía de él porque era mi responsabilidad evitar

que el país pudiera sufrir una interrupción en el abastecimiento de combustible. Pero no existe resolución suprema, decreto o resolución directoral autorizando ese contrato. Ese contrato es de responsabilidad de las personas que lo suscribieron. Y en cuanto a la parte peruana, la responsabilidad es precisamente de la persona que hizo las acusaciones, que son autoacusaciones. Si él firmó ese contrato, él no tenía por qué dejar que se perdiera una página. Si hay algún responsable, el responsable es él. Ahora, yo no creo que en ese contrato hubiese nada incorrecto. Fue una intriga política la que causó lo que se llamó después la cuestión de la página 11...

Me sorprende, arquitecto...

—¿Qué cosa le sorprende?

Está usted en campaña electoral, espera ganar la presidencia, espera ganar el 40 por ciento de los votos y cuando se habla de un asunto tan delicado para usted y su partido dice que el contrato tenía como responsables exclusivamente a sus firmantes. ¿No cree que este eximirse de responsabilidades es parte de esos defectos de los que hablaba la gente de la encuesta?

—No me he eximido. Está usted equivocado. He dicho claramente: yo conocía el contrato y no habría tenido inconveniente en autorizarlo, si eso hubiese procedido. Pero era improcedente, porque era un contrato de venta de crudos entre una empresa nacional y otra extranjera. Lo que sí fue autorizado expresamente por el Gobierno fue el Acta de Talara, aprobada por el Consejo de Ministros por unanimidad, incluyendo a los ministros militares.

¿Quiénes son los fariseos de Acción Popular? ¿Están en las listas de candidatos?

—En Acción Popular no hay fariseos ni delincuentes...

Pero hay populistas que dicen que sí hay fariseos en su partido. Tengo aquí una carta abierta —y publicada— dirigida al señor arquitecto Fernando Belaunde Terry, fecha 24 de febrero de 1980, cuya última frase dice: «Hay, señor arquitecto, algunos fariseos políticos infiltrados en Acción Popular... Populistamente, y con el respeto que nos merece su jefatura, reiteramos nuestra confianza en Acción Popular...». ¿Quiere que le lea la relación de

firmantes...?

—¿De qué trata eso? ¿De alguna ambición parlamentaria?

¿Ambición parlamentaria? ¿Usted dice eso?

—Permítame verlo...

Se lo leo: «estamos sorprendidos y no acabamos de entender el criterio evaluador de los organismos partidarios...».

—*(Interrumpiendo con acritud)*: ¿No ve, no ve, no ve? Son cuestiones parlamentarias, de curules. Un partido es democrático, un partido escucha lo que dicen sus bases. Son opiniones. Pero yo, como jefe del partido, no comparto estas opiniones.

Muy bien, arquitecto. Usted dice que Acción Popular es un partido democrático, que escucha a sus bases. Aquí hay un comunicado...

—¿De quién es el comunicado?

Del comité de Acción Popular de Áncash. Y dice lo siguiente: «La eliminación de estos tres candidatos [cuyos nombres da párrafos arriba] es un lamentable atentado contra la democracia y opinión de las bases, imperando el criterio impositivo, vertical, carente de consideración y respeto a los resultados emitidos por las convenciones acciopopulistas...».

—¡Oiga usted! Si usted va a cualquier partido político... Hay que escoger a 180 candidatos a diputados y 60 para senadores. Es natural que las decisiones no sean del agrado de todos.

¿Alguna vez en su vida usted ha cometido un error?

—Muchísimos. Uno de ellos puede haber sido concederle esta entrevista. Porque veo que usted viene muy agresivo. Y porque veo que usted viene de una revista que ha ignorado los sucesos de la semana pasada, que creo que han sido fundamentales en la historia de este proceso electoral...

¿A qué sucesos se refiere?

—Al viaje a Trujillo, a la manifestación en Trujillo...

Pero usted mismo ha dicho que lo que pasó en Trujillo, después de la manifestación, fue un incidente pasajero...

—¿Usted cree que una manifestación del número de la de Trujillo es un hecho secundario en un proceso electoral?

Usted, refiriéndose a la agresión que algunos populistas denunciaron haber recibido por parte de bandas apristas, dijo que se trataba de un incidente menor y que eran gajes del oficio...

—Yo no estoy hablando de los incidentes. Estoy hablando del acto cívico, de la más grande manifestación realizada en los últimos tiempos en la Plaza de Armas de Trujillo...

¿Usted confía más en los mítines que en las encuestas?

—Las encuestas las tomo con beneficio de inventario. Yo confío en la fuerza de Acción Popular, que la palpo todos los días.

¿Cómo la palpa?

—Cuando salgo a la calle la gente me pide autógrafos. Acabo de estar en el Correo: he firmado unos 10 o 15 autógrafos en la esquina, mientras esperaba mi auto. La adhesión de la gente en Trujillo, por ejemplo, es otro indicio...

¿Fue por generosidad que usted calificó de simple incidente lo que ocurrió después del mitin en Trujillo?

—No. Vea usted, ese es un asunto sumamente grave. Yo no he querido hacer cargos y estoy en espera del parte policial. Pero es un asunto grave. Eso ha sido hecho por criminales...

¿Pero quiénes son los responsables?

—Bueno, yo no puedo afirmarlo. No puedo afirmarlo...

Pero hay populistas que afirman que fueron apristas...

—Bueno, yo personalmente no puedo afirmarlo. Porque tendría que... Lo que sí sé, lo que le puedo afirmar es que el doctor Manchego Bravo está malherido.

(Luego de una larga y elocuente explicación sobre su programa del millón de empleos, incitable aquí por razones de espacio, Belaunde halla, gracias a la diligente ayuda de Violeta, su mujer, el buscado pasaje del libro de Loret de Mola. Le digo que le brillan los ojos, que parece que hubiera encontrado el argumento salvador):

—Es un antecedente muy importante —dice. Y empieza a leer—: «Como ven ustedes, dije, al terminar la lectura, lo dicho por el presidente está muy claro». «Ahí es donde está usted mal informado —sentenció James Dean—: vuestro presidente no dijo en el Congreso

toda la verdad sino solo la parte que le es favorable al Perú. El acuerdo al que hemos llegado es otro». Y acto seguido se dirigió al escritorio de *mister* Espinoza y extrajo la copia xerográfica de un documento que, bajo el rubro de 'Confidencial', estaba fechado 25 de julio de 1968, tres días antes del mensaje al Congreso...».

¿Y?

—Acá viene lo lindo —dice Belaunde solazado—: «Al alcanzarme la copia me di cuenta de que había otra adherida, en la cual no había reparado el señor Dean, y cuando me requirió para devolvérsela pude quedarme con la copia adherida» *(el subrayado grafica el tono dramático con que el candidato de AP ha pronunciado esas palabras; luego golpeará la mesa y preguntará)*: ¿Qué le parece a usted eso? ¿Usted cree que una persona puede acusar a Fernando Belaunde Terry con ese antecedente? ¿Acusar de sustraer una página, cuando aquí hay una autoconfesión de que en otro asunto él mismo sustrajo una página?

¿Qué prueba eso, arquitecto, qué prueba lo que usted ha leído?

—¡Que él sustrajo una página!

¡Pero no fue la 11!

—¡Y quien hace un sexto hace ciento! ¡Quien hace un sexto hace ciento!

Eso es fácil decirlo. Difícil probarlo.

—Quien hace un sexto hace ciento. Es un refrán muy antiguo. Tiene la sabiduría de los refranes castellanos.

Y usted es tan devoto de los refranes... Y de las frases bellas...

—¿Por qué no? Una cosa bella es un placer eterno, se ha dicho.

¿Le parece bello lo que le voy a leer? Es una cita de su reciente discurso en Lima: «Y frente a mí el gran almirante Cristóbal Colón, inmortalizado en el mármol, navega en esta noche memorable en el más efervescente océano: incontenible mar humano...». Le parece a usted bella esta frase, claro...

—Me parece descriptiva de la realidad... Vamos a ver las fotos. *(Belaunde trae una foto en la que la imagen de Colón parece flotar sobre la multitud)*: me he referido a esto; de manera que la frase está documentada...

(Le digo a Belaunde que hay quienes no han podido nunca entender lo

que es la llamada doctrina populista, que yo soy uno de ellos, y le cito una frase particularmente tautológica de Francisco Miró Quesada. El arquitecto dice que, aunque contribuyó a la elaboración doctrinaria, Miró Quesada —ahora fuera de AP por propia decisión— no fue el ideólogo del partido. Luego dice —«para que las cosas sean precisadas»— que en 1956 Miró Quesada apoyó la candidatura de Lavalle. Tras un prólogo profesoral, en el que habla de Grecia y Roma, por ejemplo, Belaunde afirma):

—Por el Perú como doctrina nosotros sostenemos que nuestro maestro permanente es el Perú, un país que tuvo capacidad para sobreponerse al reto geográfico, para organizarse a pesar del reto geográfico, sin recibir la llamada sagrada de ninguna parte —como dice Boudin—. Este es un país que tiene determinadas aptitudes. Su tierra tiene determinadas emanaciones, inspiraciones, y nosotros creemos que no solo el Perú de ayer, sino el de hoy y el de mañana, es un país que tiene la capacidad para engendrar doctrina. Ese es nuestro punto de vista...

¿Cuál es la diferencia entre la supuesta nostalgia tahuantinsuyana de Roger Cáceres y la doctrina populista?

—En primer lugar, él, cincuentón, ha descubierto el Tahuantinsuyo. Antes fue democristiano. Y en segundo lugar, nosotros no nos limitamos al Tahuantinsuyo, que es una etapa en la vida del Perú. Nosotros tomamos al Perú como doctrina. El Perú de ayer, el de hoy y el de mañana. Creemos que este país tiene problemas muy peculiares. Como decía Larrañaga: una mezcla del desierto del Sahara, el Himalaya y el Congo africano, con una barrera andina altísima. Entonces, todo esto es un desafío...

Hablemos de lo sucedido en los últimos años. Creo no haber podido encontrar, en estos meses recientes, una posición muy clara en relación con las reformas producidas por el Gobierno militar.

—¿A qué reforma específica se refiere usted?

A la comunidad laboral, digamos.

—Nosotros decimos: ocupación plena. Entonces, nuestra política tiende a acabar con el desempleo. Ellos decían: estabilidad laboral, creando una inmensa inestabilidad laboral. Pregúnteles usted a los

desocupados, que son varios millones, qué cosa es la estabilidad laboral. Le van a soltar la carcajada...

Entonces, usted eliminaría la comunidad laboral. ¿O no?

—No, no elimino la comunidad laboral. Cambio la filosofía de la cosa. Cambio una laboriosidad por decreto, con hambre efectiva, por una laboriosidad operante, con cobranza de jornales, con ocupación plena. Mientras haya desocupación no hay conquista social segura. Hay depreciación del trabajo. La primera prioridad es la ocupación plena...

Arquitecto, ¿usted ha jugado fútbol alguna vez?

—No mucho.

¿Ha sido delantero?

—No, en realidad no. Mis aficiones deportivas han sido otras...

Entonces, ¿por qué driblea mis preguntas?

—No le puedo dar gusto, lo siento. Lo que usted quiere es que yo le diga sí...

No, lo que yo quiero es que usted me responda, solamente, qué va a hacer con la comunidad laboral...

—La comunidad laboral va a subsistir, pero ese no va a ser nuestro objetivo fundamental. Nosotros estaremos satisfechos cuando no haya desocupados.

¿Cuál es la diferencia sustancial entre los programas de su partido y los del PPC?

—Entiendo que el PPC es un partido socialcristiano. Esto significa que está vinculado a las encíclicas papales...

Sí. Sobre todo a las del siglo XIX...

—Vinculado a personalidades como De Gasperi y Adenauer...

Y a Joseph Strauss...

—Así es... Entonces, esas son las fuentes de inspiración del PPC. Las nuestras son el Perú como doctrina.

¿Devolvería usted los complejos agroindustriales a manos privadas, como lo haría el PPC?

—No haríamos eso.

¿Diría usted, como lo ha dicho Javier Arias Stella, que el PPC es un partido de derecha?

—No hago ese tipo de clasificación, que me parece obsoleta. Yo creo que hay partidos que van hacia adelante y hay partidos que van hacia atrás. Yo creo que el PPC es un partido progresista...

Algunos voceros de AP han coincidido con el PPC en afirmar la necesidad de reprivatizar las empresas estatales...

—Algunas, algunas...

Son 170. ¿Cuántas reprivatizaría usted?

—Seguramente la mitad. Por lo menos, la mitad.

¿Con qué criterio determinaría esa reversión?

—En primer lugar, con el criterio de que el Estado no debe asumir las deudas de entidades que se dicen autónomas o semiautónomas...

¿Como cuáles?

—Por ejemplo, los periódicos...

Pero los diarios representan un problema político. Me refiero a las empresas. Hablemos del cemento, por ejemplo...

—Mire, lo que se ha hecho con el cemento es algo intermedio que no me parece mal... Ahora, creo que en la selva debe haber absoluta libertad para implantar fábricas de cemento.

Aparte de su admiración por los Estados Unidos...

—Admiración que es al pueblo, no al Gobierno, ni al Departamento de Estado ni a la CIA...

Bueno, aparte de su admiración...

—Además, perdón que lo interrumpa, admiro a otros pueblos. Soy un gran admirador de Inglaterra, de Italia, de Francia, de España. Mis primeras inclinaciones están, evidentemente, por la madre patria. Por razón de primera educación, por Francia. Por razón de su liderazgo industrial, por Inglaterra. Por su disciplina, Alemania. Y Estados Unidos, por haber dignificado el trabajo. Si yo fuera obrero preferiría ser obrero en los Estados Unidos que en la Unión Soviética...

Bueno, retomo la pregunta que hace unos momentos le iba a hacer: ¿por qué llegaron asesores norteamericanos a contribuir con el Ejército peruano frente al brote subversivo de 1965?

—Asesores siempre han venido, desde que Piérola estableció la misión militar francesa. Ahora, hay asesores rusos que están entrenando a nuestro Ejército en el uso de las armas que se han

adquirido... Nunca tuvimos, durante mi Gobierno, fuerzas extranjeras combatientes en el país, como se ha dicho, irresponsablemente...

No llegaron vestidos de *rangers* pero llegaron. Llegaron de asesores...

—Seguramente, con el equipo que vino pudieron haber venido asesores. Ahora mismo hay asesores de muchas nacionalidades, junto al equipo bélico que se ha adquirido.

Usted ama los libros, arquitecto...

—En cierta medida, porque no soy un lector empedernido...

¿Por qué, entonces, no derogó, al asumir la Presidencia de la República, la Resolución Suprema del 7 de setiembre de 1960, que facultaba a quemar libros...?

—No, a quemar no, a quemar no...

A «destruir libros»...

—Ahí está su imaginación de escritor...

¿Quiere que le lea la resolución?

—¿Dice quemar?

Dice destruir. Y quemar es una forma de destruir.

—¿Qué firma lleva esa resolución suprema?

Manuel Prado...

—¡Ahí está!

Pero yo le pregunté por qué no la derogó...

—La derogué.

Loret de Mola y Mejía Baca pueden ser enemigos de su Gobierno. Pero aquí hay un cable de la agencia France-Presse —julio de 1967— que dice así: «Los procedimientos de la Santa Inquisición siguen en vigor en el Perú, donde constantemente se encienden hogueras con la literatura juzgada perniciosa generalmente a ojo de buen cubero...». ¿Qué le parece?

—Me parece que ahí había un corresponsal motivado. ¿Porque dónde estaban esas hogueras? ¿Usted cree que hay un peruano que pueda pensar que yo, Fernando Belaunde, he mandado a quemar libros?

Usted no: Javier Alva...

—¡Tampoco! Javier Alva es un probado demócrata. Javier Alva,

desde joven, luchó por sus convicciones. Antes de conocerme ya había pasado una larga temporada en El Frontón. Javier Alva es un hombre que ha probado sus convicciones y su virilidad cuando fue desterrado, dos o tres veces, y regresó siempre al Perú. Hay que respetar a la gente que tiene esas condiciones, que no son tan frecuentes...

¿Cuándo derogó usted esa resolución suprema que autorizaba a destruir libros...?

—Cuando supe de ella...

¿Qué año fue?

—Bueno, al final del Gobierno, cuando me enteré de ella.

Quiere decir que durante cinco años de su Gobierno esta resolución suprema estaba vigente.

—Nunca tuve yo noticia de que esto había ocurrido. De lo que sí tuve noticia es de que en mi Gobierno circuló el manual de cómo fabricar bombas molotov. Seguramente ese manual ha caído en las manos criminales de quienes han quemado al señor Manchego Bravo...

¿Es cierto que usted ha dicho que no admitiría, siendo presidente, la presencia del general Hoyos como miembro activo de la Fuerza Armada?

—No he dicho nada de eso. No conozco al general Hoyos. En relación con el golpe, yo tuve contacto con dos militares que me probaron con su presencia su insurrección y recibieron la sanción verbal que la historia ya ha recogido. Esos hombres están en retiro. En cuanto a la responsabilidad del golpe, los reglamentos dicen que solo es responsable el superior que imparte la orden. El único responsable ya ha fallecido. De manera que ese asunto para mí ya ha terminado...

Arquitecto, ¿no siente a veces que se ha desvinculado de lo que sigue llamando el Perú profundo? Más directamente, ¿no siente usted el asedio de una cierta pituquería revanchista, no siente que lo quieren envolver definitivamente?

—No. Porque la masa que me rodea es una masa diversa, donde predomina el hombre del pueblo. Nosotros hemos hecho masa sin resentimiento, sin revanchismo. Hemos hecho masa descubriendo, no la inferioridad —la inferioridad económica, inferioridad alimentaria— sino, fundamentalmente, la superioridad espiritual del pueblo. Esa

superioridad que permite construir las obras de bien común, la escuela y el camino, aquello que he sintetizado en la frase: el pueblo lo hizo...

¿Usted cree que eso ahora basta?

—No basta. Pero es, como he dicho, la más ilustre tradición cívica del Perú. Nuestra piedra angular es la acción popular, aquella acción donde el pueblo es superior, donde, a pesar de su pobreza, a pesar de su analfabetismo, es superior, es maestro.

En general, su juicio sobre lo ocurrido en el país estos últimos once años, ¿es ya un juicio más sereno?

—En primer lugar, yo soy un hombre sereno. Ahora bien, el Gobierno va a requerir mucha serenidad y mucha paciencia. El Perú de hoy es un país más difícil, más poblado, con problemas ahondados. Y en los últimos años se han producido situaciones que no siempre se conservarán tal cual. Quiero decir, por ejemplo, que la reforma agraria no solo puede ser un problema de tenencia sino que hay que incentivar la producción, hay que desarrollar lo que yo he llamado una ética alimentaria, hay que lograr la sincronización entre las bocas que nacen y las semillas que se siembran...

Esta nueva serenidad con la que juzga, más o menos, lo hecho por los militares, ¿surge también de sus conversaciones con la cúpula castrense?

—No. En esas conversaciones yo llevé un reclamo para que se restablezca la libertad de prensa, llevé una protesta por la dispersión electoral... Ahora, en relación con la necesidad de que se cree un clima que haga posible un Gobierno amplio, creo que ha habido coincidencias... También dijimos que era necesario que los contratos petroleros modelo peruano fueran revisados. Porque si se hizo una bandera del asunto del petróleo, no se debe entregar al próximo Gobierno un problema vinculado a ese tema... Las conversaciones han sido, eso sí, cordiales...

Y han sido parte de su reconciliación con la Fuerza Armada.

—Vea, yo no he tenido pleitos con la Fuerza Armada sino con algunos militares. Especialmente con mi sucesor, que en paz descanse.

Sigue usted siendo, entonces, el hombre que en 1963 recabó el ostensible respaldo de los fusiles...

—No hubo tal ostensible respaldo. El que mi candidatura y planteamientos agradaran a las Fuerzas Armadas por su nacionalismo, por su estrecha vinculación al territorio y al hombre del Perú, eso es una cosa. Pero yo no debo favores electorales a nadie. Solamente al pueblo peruano.

MANUEL SCORZA

(31 de marzo de 1980)

Manuel Scorza —novelista famoso, poeta permanente y editor mentado— se ha convertido hoy, quizá, en el personaje de una próxima novela. Candidato a la primera vicepresidencia de la República por el Focep de Genaro Ledesma, Scorza aceptó una polémica entrevista en cuyo transcurso rechinaron dientes, hubo treguas solicitadas y gritos involuntarios. El resultado, como verá el lector, es un retrato de excepcional hondura.

Confío, Scorza, en que gracias a su ingenio y a su capacidad de hacer frases esta entrevista pueda tener mucho de humor. Hablando de humor, ¿por qué no tocamos, para empezar, algunas de las propuestas económicas de Genaro Ledesma?

—Bueno, mire usted, señor Hildebrandt: usted tiene un punto de vista sobre el humor que, en este caso, yo no comparto... Si usted me permite, yo voy a situar la entrevista en un contexto en el que creo que vamos a estar de acuerdo: estamos a finales del siglo XX, aproximadamente en el año 50 mil de la evolución de la especie humana —cuando aparecen los primeros dibujos sobre las tumbas, el momento en que para mí se descubre el alma— y hoy, después de milenios de historia terrible, estamos en la etapa capitalista de esa historia, en un país subdesarrollado, un país con grandes problemas, un país paralizado desde su conquista. Ese es el contexto en que yo sitúo su primera pregunta. La cual no quiere decir...

¿Qué tiene que ver el cosmos, el descubrimiento del alma, con el programa económico del doctor Genaro Ledesma?

—Tiene que ver algo... Lo que quiero es situar el escenario en el que estamos hablando, que es el Perú y un proceso electoral que se da en una realidad que me parece dramática... Yo personalmente me

esfuerzo por encontrar motivos de alegría en un país donde hay tantas razones para la tristeza...

Hay humores que entristecen también...

—Será el humor negro...

Exacto. Esa es la definición... Me pregunto si será humor negro sostener, como lo sostiene Genaro Ledesma, que el Estado debe crear miles de empleos a través de grandes proyectos y que esos grandes proyectos se financiarán «con el aporte cuantioso de nuestras exportaciones» y —al mismo tiempo— que el precio del dólar debe congelarse y que el Certex tiene que eliminarse. ¿De dónde vendrán, entonces, esas cuantiosas exportaciones? Yo sé, Scorza, que es un abuso de confianza plantearle a usted esta pregunta...

—Yo voy a responderla dentro de mis posibilidades. Usted no tiene la obligación de conocerlo todo y usted —me parece— no ha escuchado el plan de emergencia del Focep, que presentó en televisión el ingeniero Palomino Chinchay. Ahí, de manera muy coherente, se plantean cosas concretas *(leyendo)*: obras por un monto de 252 mil millones de soles, desconocimiento de la deuda pública usuaria —lo que permitirá un ahorro de 130 mil millones—, la eliminación del Certex, que permitirá ahorrar al Estado 55 mil millones de soles, la reducción de 15 mil millones de los gastos militares... Estas cifras están hechas por economistas profesionales...

Serios...

—Bueno, yo conozco a Palomino Chinchay y me parece serio... Y además, ¿qué es serio en un país quebrado cuya historia es una historia falseada de comienzo a fin? Vivimos en el contexto de una dictadura que impide que la vida de este país sea seria. ¿Este país, acaso, se caracteriza por una seriedad total? Nuestra producción ideológica es pobre...

Totalmente de acuerdo...

—Todavía seguimos inspirándonos en el pensamiento de Mariátegui, un pensador de una gran altura, un hombre absolutamente excepcional pero que vivió hace bastante tiempo ya...

Sí, pues... Pero lo que va a resultar difícil, sino imposible, es

que nos inspiremos en el pensamiento de Ledesma…

(Aquí Scorza hablará de la acción de Ledesma, del «Perú oculto y ejecutado» que el candidato del Focep —según versión del novelista— representa, del coraje implicado en las luchas campesinas de la década de 1960. En un momento dado exigirá que no le tomen más fotos y, en seguida, hablará de las 600 masacres contra comuneros rurales ocurridas «de 1920 a 1930». Le pregunto si su aventura política no es parte de una nueva novela en la que se incluirá como personaje y responderá, finamente enfurruñado, que su participación en el Focep no es una aventura. «Soy fundador del Focep y hace 18 años que estoy en él», dirá).

Digamos que Genaro Ledesma fue un opositor duro, tenaz y encarcelado del Gobierno de Velasco y que usted ofreció un apoyo, distante y crítico pero apoyo, al Gobierno militar. ¿Cómo lograron reconciliarse?

—Mi apoyo al Gobierno de Velasco, apoyo que fue compartido por muchos intelectuales y que fue, más bien, un gesto de simpatía, terminó cuando publiqué en *Le Monde* un artículo que se llamó «La revolución vacía». Ahí tomé una distancia muy pronunciada del Gobierno y a partir de ahí me convertí en un opositor a lo que ya se convertía en una dictadura insoportable para el pueblo peruano…

Lo que supuso un cambio significativo en su visión política. Porque usted, en mayo de 1975, le decía a *L'Express*: «La revolución de los militares es la más importante de todas las que ha conocido el Perú. Les ha sido necesario mucho coraje para actuar como lo han hecho». ¿Recuerda?

—Bueno, en esa época, efectivamente, parecía que iba a ser una revolución. Las medidas del Gobierno habían sobrepasado todo lo que los partidos políticos sostenían… Ahora, lo grave fue que los militares quisieron hacer una revolución sin pueblo, una revolución vacía.

(Le recuerdo que en enero de 1975 anunció que iba a escribir un libro sobre el proceso iniciado por los militares: Relación de la reconquista del Perú. *Le pregunto si se frustró la reconquista o el libro. A partir de la pregunta, Scorza hablará sobre la permanente ocupación que el Perú padece —los conquistadores, las oligarquías, sus Fuerzas Armadas— y sobre la resistencia que hay que ofrecer a la desintegración —«resistencia*

que, en todo caso, viene de Guaman Poma»—. Hablará de ese «ser disperso, ese archipiélago que es el Perú, donde Lima viene a ser el escape y el balneario»). Le preguntaré cómo pudo conciliar su talento poético con la vocación por los negocios y me dirá que en este país el trabajo no abunda. Irritado, dirá: «Ya sé adónde quiere ir». Le diré que, por mí, y si él quiere, abandonamos el tema, que yo no comparto la demolición moral que muchos en Lima le dedican a raíz de sus accidentados negocios. En seguida, trataré de hablar de la vanidad. Digo trataré porque ahí sí, ruidoso y con aspecto definitivo, Scorza me dirá):

—Señor Hildebrandt, yo lo voy a detener a usted en este momento de la entrevista. Usted tiene un tipo de interpretación de la entrevista que es muy peligroso para el entrevistado. Cuando estuvimos en *Pulso* usted también hizo anteceder a su pregunta la palabra «envidia», en relación con Vargas Llosa. Ahora, no ha formulado usted su pregunta y ya usted está hablando de vanidad. Yo estoy en desacuerdo con este tipo de entrevistas. Estoy en desacuerdo con la agresividad violenta que usted despliega...

Yo quería hablar de la vanidad y mire usted cómo se ha exaltado...

—No me he exaltado. He puesto las cosas en su sitio porque usted habla de envidia, de vanidad, de demolición moral...

Yo quería, Scorza, citar una frase suya dicha al diario mexicano *Uno más Uno*: «Son los asesores literarios los que en este momento ignoran el hecho de que soy el escritor latinoamericano más traducido, junto con García Márquez...». Y otra frase suya: «¿Quién ha sido el cronista que ha dado la versión más verídica de las implacables masacres de los Andes peruanos? Manuel Scorza...». ¿Quién dice esto? Manuel Scorza... Scorza, lo que yo le pido es lo siguiente... Mire, le voy a citar una frase suya más, un verso de *Desengaños del mago*, su poemario de 1961: «No más embustes: que el poeta se quite el antifaz y muestre su pico afilado...».

—Gracias, gracias por citarme tanto y gracias por conservar esa edición... *(Se refiere a la de* Desengaños del mago*)*.

¿Por qué la vanidad debe ser incompatible con la poesía?

—Es que no es un caso de vanidad. Es un hecho. Soy, efectivamente, con García Márquez, el escritor latinoamericano más traducido. No veo en qué le molesta a usted esta circunstancia...

¿Así que a usted le parece elegante autodefinirse como «el cronista que ha dado la versión más verídica de las implacables masacres de los Andes peruanos...»?

(Amargo, Scorza preguntará si en realidad esa es una frase suya. Se levantará, se pondrá a mi lado, revisará el recorte y me pedirá desconectar la grabadora para revisar bien el texto. El gesto me parece justo porque minutos antes yo también había detenido el aparato y había hecho el siguiente comentario: «Esta entrevista no me gusta». Tras leer el párrafo en mención, el novelista admitirá que la frase es suya pero que está dicha «dentro del concepto que yo tengo de que la literatura es el primer territorio libre de América»):

—Lo que yo digo, en su versión completa —agrega Scorza— es lo siguiente: «¿Quién ha realizado un examen mejor de la sociedad peruana india que Arguedas? ¿Quién ha realizado un examen mejor de la sociedad argentina que Sabato con sus personajes? ¿Quién ha realizado un examen más profundo del sistema político que Spota? ¿Quién ha sido el cronista que ha dado la versión más verídica de las implacables masacres de los Andes peruanos? Manuel Scorza...». ¡Es verdad! Cíteme otro escritor que haya dado una versión más verídica que yo. Yo, que he enumerado las masacres nombre por nombre, poniendo el número de los asesinatos, los nombres de las víctimas... Ahora, si a usted le parece que decir todo eso en libros hermosos que circulan en todas partes es un acto de vanidad, entonces discrepamos. Lo que yo sostengo es una cosa mucho más amplia. Usted está empobreciendo mi visión...

¿Usted cree que con ese yo tan elocuente, tan enorme, tan vistoso va a intimidarme, verdad?

—No, César Hildebrandt: mi intención no es intimidarlo... Lo que yo intento es situar las preguntas en su contexto, y lo mismo las citas... Yo no quiero caer en citas fuera de contexto...

Usted debe hablar, por eso, del descubrimiento del alma y de los 50 mil años... Pero, en fin, estamos en un país donde faltan

dos meses para las elecciones, donde hay una serie de propuestas políticas y donde, por ejemplo, suceden hechos como que el Focep expulsa a cuatro personas importantes para el partido y esas cuatro personas lo acusan a usted y a Genaro Ledesma de empujar al Focep a un acercamiento con el APRA. Yo siento, Scorza, no tener una pregunta cósmica que hacerle...

—En primer lugar, es totalmente falso que el Focep esté buscando una aproximación al APRA. El Focep tiene una declaración de principios absolutamente radical con los partidos de derecha y sobre eso no hay discusión posible. En lo pertinente, esa declaración establece: «Combatimos y combatiremos a los partidos burgueses aliados al régimen militar —APRA, Partido Popular Cristiano, Acción Popular y demás grupos—... El APRA, que desde hace medio siglo se proclama antiimperialista y reformador y que en la práctica ha sido y es fiel sirviente de los intereses que dice combatir...».

Los expulsados no solo hablan de un acercamiento al APRA y a la socialdemocracia sino de la presencia de personajes corruptos en las listas... ¿Qué tiene que ver con toda esta épica campesina y popular, con esta larga lucha de masacres y reconquistas, un personaje como Raúl Peña Cabrera?

—Raúl Peña Cabrera es un personaje que ha entrado a nuestras listas porque él fue a Tumbes y logró imponer su candidatura, utilizando un comité que nosotros no pudimos controlar. Pero le digo que la convención del Focep en Lima se pronunció en forma rotunda contra la candidatura del señor Peña Cabrera...

¿Pero por qué persiste la candidatura?

—¡Nos madrugó! ¡Nos madrugó porque cuando quisimos rectificar el asunto nos quedaban cinco días para el cierre de la inscripción y no había cómo realizar una campaña! Tenga usted en cuenta que para el Focep todos sus desplazamientos resultan difíciles porque es un partido sin dinero, sin financiamiento internacional.

(Luego de oírlo hablar de Vargas Llosa, a quien califica como «sostenedor del establishment *corrupto», le recuerdo a Scorza que alguna vez dijo que escribía para un país culturalmente analfabeto y que la brevedad de los capítulos de sus novelas estaba pensada para facilitar su*

consumo. Será en ese momento cuando Scorza se levantará de la silla y empezará a caminar de un lado a otro, respondiendo con energía e impaciencia, moviendo las manos):

—Yo he dado miles de reportajes en el mundo y he sostenido muchas veces posiciones contradictorias, según me cambie el humor, según la tarde, según la mujer con que estaba, según mi situación emotiva, según el otoño. De manera que yo seguiré contradiciéndome en materia literaria...

Y en materia política...

—No, eso no...

Yo le aseguro que sí... Porque, por ejemplo, usted dijo que los militares debían estar en la Asamblea Constituyente. Y hoy día no diría eso...

—¿Cuando dije eso?

Usted lo dijo...

—¿Que los militares debían estar...? No recuerdo.

¿No ve? ¡Usted es un escritor, un poeta!

—En primer lugar, pruébeme usted que yo he dicho eso.

¿Qué?

—Que yo he dicho que los militares debían estar en la Constituyente...

Yo puedo probarlo porque aquí está el recorte, pero no creo que estemos en una disputa judicial. Esto es una conversación...

—No, lo que yo quiero decirle es que uno debe tener una actitud coherente en política mientras está actuando en política, dentro de una posición. Ahora, yo no pienso que los hombres sean bloques de mármol. A mí me parece lamentable que alguien diga: Yo empecé a interesarme por las mariposas a los 7 años y hace 70 años que me interesan las mariposas... Uno se contradice de manera permanente. ¿Qué es el amor sino una contradicción de tipo permanente? Los hombres no son estatuas...

(El algún momento, Scorza, que ahora se ha mudado de silla y ha preferido una en un rincón, dirá que el socialismo tiene que ser un paso hacia la libertad y que hay regímenes comunistas que son Estados policiales. «Ningún escritor, ningún ser humano, puede estar por la

dictadura, sea de derecha o de izquierda», enfatizará. En otro pasaje del diálogo, el novelista dirá: «Lo más importante de la vida es vivir». Le diré que aquello podría conducir a un término limeñamente peyorativo: vividor. Enojado, replica):

—Hay personas que por su ideología están muertas y que se pasean sin alma. Hay personas que tienen el alma llena: esos son los seres vivos... Usted hace gala de algo que ha caracterizado siempre a Lima y que es un defecto nacional: el ingenio...

¡Pero si usted es el hacedor de frases!

—Sí, claro. Pero ahora estamos en una entrevista de tipo político, que va a ser leída por miles de personas que la examinarán con lupa...

Admitirá, sin embargo, que es difícil sostener una entrevista política con usted. Usted reclama el derecho de no ser un político...

—Bueno, a mí no me parecería grave que usted no me considerara un político...

No lo entiendo. Usted ha dicho eso más de una vez. ¿O quiere que le lea una cita...?

—¡¡¡Yo no soy un político profesional!!! Yo soy un escritor que, a consecuencia de imprevistos producidos en la política peruana, y en los cuales yo he participado apenas, estoy en una posición que jamás se me había ocurrido. Yo vine aquí a respaldar al Focep. Solo eso quería: respaldar a quienes representan una parte del Perú sumamente maltratada...

¿Usted usaría su tono de voz más agudo y movería las manos como lo está haciendo si yo le dijera que podría ser un filántropo de izquierda?

—Yo respeto sus definiciones y no las contradigo en cuanto no se relacionen a fondos ideológicos. Usted cree eso, yo me considero otra cosa...

¿Qué se considera usted?

—Yo me considero un hombre que en estos momentos está participando al lado de un movimiento que representa a un sector explotado del Perú en un momento en que se da una farsa electoral, con una derecha poderosísima y superfinanciada y, por otro lado,

grupos que representan de manera muy difícil anhelos de masas postergadas. Terriblemente postergadas. Yo estaba en París cuando vi en *Marka* la foto de una mujer con un niño en brazos...

¿Me permitiría decirle que eso ya lo contó en *Pulso*?

(Scorza se da cuenta y parece dolido. Yo he sido brusco hasta la torpeza y no sé cómo resarcirme. Le preguntaré si se siente incómodo al hablar de su obra. Me dirá con los ojos encendidos):

—Me place hablar de mi obra. A mí mis libros me gustan y me parecen objetos de placer y encuentro miles de gentes que me dicen que son libros fascinantes y entretenidísimos...

¿No tiene autocrítica alguna?

—Sí. Creo que no tuve tiempo de plantear las cosas de una manera más global y más profunda. No he tenido la oportunidad de presentar cabalmente la participación de la mujer... Pero, a pesar de todo eso, a mí me parece que mis libros son libros muy buenos. Cuando corrijo las pruebas, estoy encantado. Además, son libros muy graciosos. Que en el Perú no los comenten y traten de ocultarlos y que en el Perú no se vendan no afecta en nada mi placer de escribirlos o de leerlos...

Alguna vez escribí algo, sumamente errático, sobre su segundo libro, *Garabombo, el invisible*. Y creo que de esta percepción mía, intransferible y posiblemente intranscendente, nace esta dificultad adicional de la entrevista: que a mí no me gusta su obra, Scorza. No tengo por usted la devoción intelectual que podría hacer menos tensa y más rica esta entrevista...

—Usted me dice que no estima mi obra...

Que no la estimo hasta la admiración, digamos.

—Yo respeto su derecho de decirme eso.

En esta nota, escrita hace siete años, yo partía de la distinción que Susan Sontag ha hecho entre estilo y estilización. «En otras palabras —escribí—, estilo es lo que parece inevitable, la huella metabólica y cultural de un autor. La estilización es el tumor de la vanidad. Si con el estilo el autor aspira a un mutis que no lo interponga entre el lector y su creación, con la estilización se convierte en un especulador intermediario». Y en *Garabombo*... me pareció encontrar mucha más estilización que estilo. Lo digo

como un lector más, sencillamente…

—Yo respeto su opinión. ¡Hay miles de personas en el mundo que no opinan como usted! ¡Hay docenas de tesis sobre mis libros que parten de puntos de vista distintos al suyo!…

¿Usted sabe que yo me tomé el trabajo —realmente maniático y absurdo— de contar cuántas veces usó usted el verbo «envejecer» en esa obra? Y encontré lo siguiente: «en la mira del fusil Mauser el jinete envejecía vertiginosamente» (capítulo 10); «en el vano de la puerta, envejeció» (capítulo 16); «Cayetano impetra: para siempre constará aquí la cobardía o el coraje: el honor a la vergüenza no envejecerán» (capítulo 23)… Me pregunté y me pregunto por qué esa reiteración…

—Mire usted, señor Hildebrandt: yo no soy un escritor que escriba libros perfectos, yo no soy un hombre que cultiva la literatura a la manera de Borges. Yo no busco el estilo. Yo he buscado presentar un panorama de luchas y presentar este panorama en situaciones difíciles… No he podido ser, entonces, un estilista. Si usted encuentra defectos, evidentemente esos defectos existen y hay otros…

(Le hablaré de Borges y de su pública humildad respecto de lo que ha escrito y Scorza llamará al argentino un poseur *profesional y a mí, un ingenuo por haberle creído)*:

¿Usted cree que yo caigo en la ingenuidad de creerle, de creerle a usted, Scorza?

—Mire, yo creo que usted no es infalible.

¿Oiga, usted no siente que nuestros «yoes» se están ectoplasmando en esta entrevista?

—Si usted quiere, cambiamos de rumbo…

Yo creo que sí, ¿no?… Yo nunca había asistido a una conciencia tan limpia del propio valor. Me quito el sombrero, Scorza. Se lo digo con sinceridad…

—Le diré algo más sobre el tema: estamos en un país donde la gente se infravalora porque la sociedad infravalora. Vivimos en un país donde todo conspira para no existir. A mí me parece una victoria apreciarse a sí mismo. Y se requiere coraje proclamarlo.

El socialismo es un modelo de sociedad austera, muchas veces

franciscana. Usted es un hombre que tiene el humor y la cierta dosis de grandeza de proclamar su sensualidad. ¿No son estos elementos contradictorios?

—Puede ser... Habría que preguntarse por qué uno es socialista. El socialismo es la respuesta a la barbarie, a la corrupción, a los excesos de hombres de la catadura moral del sha de Irán, de Somoza, de Haile Selassie. Todo eso produce una reacción. Entonces, se pasa de un extremo a otro. Yo sueño con el momento en que las cosas se equilibren. Y, además, creo que el socialismo debe ser una posición alegre, positiva...

Pero el socialismo de la opulencia supondría que los recursos, que las fuerzas productivas, se quintuplicasen. Y precisamente para permitir esa disponibilidad de recursos es que se hace el socialismo...

—De acuerdo. Ese es el problema... Yo pienso a veces que la humanidad sigue siendo un conjunto de hombres bárbaros...

Malraux dice en algún momento que el hombre es un montón de secretos...

—Es una hermosa frase y perfectamente cierta. No somos siempre racionales. Tenemos toda esa vida nocturna...

Hablando de secretos, ¿cuál es el secreto que signa su vida? Quiero decir, ¿se ha puesto a pensar en ello?

—Francamente, no. Además, usted no es mi psicoanalista.

¿Podemos hablar algo más de literatura?

—Me encantaría...

A mí me intriga por qué no le gusta a usted Joyce...

—Bueno, del mismo modo que a usted no le gusta Scorza...

Sucede, sin embargo, que yo no he comparado a Joyce con Scorza.

—Bueno, pero yo sí...

Al margen de esto, ¿por qué no Joyce?

—Quizá porque Joyce es extremadamente hermético y porque es una de las expresiones que lleva al hombre a encerrarse en este callejón sin palabras. Joyce es uno de los fundadores del silencio final de la civilización burguesa, de la mudez de la Europa atormentada. Yo

soy hombre de otra cultura... Yo sé que Joyce es un genio pero es también un síntoma sombrío. Yo prefiero la actitud luminosa, la actitud clásica, griega. Y me quedo con ciertos clásicos. Me quedo, por ejemplo, con Dostoievski...

Pero en Dostoievski hay mucho de tanático, de enfermo...

—Sí, pero de otra forma...

La objeción central, entonces, es formal...

—Así es.

Pasando a otro tema, ¿qué cree que ocurra en las elecciones?

—Mire, este es un país tan misterioso, tan callado y lleno de sorpresas. Yo no sé lo que va a pasar. Una cosa es lo que yo deseo que ocurra y otra lo que ocurrirá...

¿Usted me permite el atrevimiento de insinuarle qué es lo que, según creo, usted no quiere que suceda?

—¿Qué me va a decir ahora...?

Simplemente que supongo que usted no desea el triunfo del Focep. Yo de imaginarlo de vicepresidente de Genaro Ledesma, teniendo que quedarse aquí un quinquenio terrible, sinceramente...

—Usted está planteando de nuevo el conflicto vital entre el placer y el deber. Quizá exista en mí una noción de deber más fuerte de lo que usted supone... Eso no quiere decir que no podamos hablar de cargas pesadas. Para mí, la política me plantea un conflicto serio respecto a mi obra literaria. Yo voy a tratar de resolverlo... Ahora, ¿por qué el intelectual se siente a veces llamado a cumplir un deber político? Bueno, sobre eso se han escrito cientos de libros y yo no tengo una respuesta. Pero usted mismo puede ser un ejemplo...

¿Yo? ¿De qué?

—Usted es un hombre a quien nadie le ha encomendado la misión inquisidora de la sociedad peruana y usted la ejerce y la ejerce bien. Usted obedece también a un deber interno. A usted nadie lo ha nombrado fiscal...

Ni me siento... Yo creo que usted me ve como un Marat. Ojalá que vivo...

—A mí me parece útil lo que usted hace y no lo veo como a un

Marat. Usted pone a gente, aun con experiencia como yo, en situaciones muy incómodas y muy tensas...

Ya que hablamos de motivaciones ocultas y de deberes de dentro, yo quisiera preguntarle por qué usted tan sistemáticamente habla de su rechazo a la tristeza, de su culto a la alegría... ¿Usted conoció grandes tristezas en su infancia?

—Mire, yo he tenido, como muchos, una vida durísima. Yo creo que ser peruano es uno de los oficios más duros que existen. El Perú es un país de vocación carnicera, es una superposición de pisos de terrores. Empezando por el Incario falsamente idealizado y de moral extremadamente rígida. Luego está la Inquisición. La severidad ha sido siempre una sombra entre nosotros...

¿Pero no será que usted tiene un concepto demasiado mediterráneo de la alegría? ¿Por qué la alegría debe ser solo playa y champán? Podríamos hablar también de una alegría benedictina...

—Yo no veo qué tiene usted contra el sol... Ahora tenemos, señor Hildebrandt, conceptos diferentes de la vida, de la alegría, de la tristeza. Yo quisiera ser otro hombre, un hombre mejor. Quisiera no haber pasado montones de cosas terribles que he vivido, humillaciones que padecí, y que me han hecho como soy. Muchas veces me encuentro con seres superiores, con valores que quisiera tener. Usted entrevistó el otro día a Juan Gonzalo Rose, que es un ser admirable. Pero yo no soy Rose. Yo soy un sobreviviente.

PABLO MACERA

(5 de mayo de 1980)

Doctor Macera: usted ha admitido muchas veces su pesimismo y lo ha justificado, casi ideologizado. ¿El panorama electoral no hace más abundante ese pesimismo?

—Antes de contestarle quisiera decir algo sobre el pesimismo. Yo no creo que el pesimismo sea un fenómeno individual. Tampoco creo, como es usual creer dentro del esnobismo o la huachafería limeña, que sea un signo aristocrático. El pesimismo es, fundamentalmente, la expresión de un sector frustrado de la clase media, clase a la cual pertenezco y he pertenecido...

¿Usted se considera un «funcionario ideológico» de la clase media?

—No. Porque pienso que, al igual que muchos de mi promoción, he sufrido, desde y gracias a San Marcos, un proceso de desclasamiento...

Pero usted no cree —y lo ha escrito— en eso del desclasamiento; siempre lo ha considerado un proceso incompleto...

—Incompleto, así es. Yo pienso que en mí continúan operando condicionamientos de clase media peruana, clase media colonial, frustrada, egoísta...

Bueno, volvamos a la pregunta original: ¿el panorama electoral no hace más abundante su pesimismo?

—A corto plazo, sí. Pero no estoy muy seguro si hablamos del mediano plazo. Siento que muchas de las fuerzas que podrían arrojar diagnóstico negativo en los próximos cinco o diez años forman parte, sin embargo, de una enorme potencialidad, de una enorme vitalidad. Y este fenómeno es propio de sociedades que, como la nuestra, han llegado a límites biológicamente intolerables de pobreza.

¿Usted es un hombre de izquierda...?

—No, no. Desgraciadamente, no. Podría decir que hubiese querido ser un hombre de izquierda. Pero, definitivamente, no lo soy. Nunca lo he sido. Mi desclasamiento no ha dejado de ser un gesto individual...

Usted ha sostenido que la división entre Rusia y China podría ser estratégicamente positiva en la medida en que a los países-campo pudiera aplicarse el maoísmo mientras que el modelo soviético estaría destinado a los países-ciudad. ¿Sigue creyendo eso?

—Así es. Sigo creyéndolo...

Y si avanzamos en su lógica, ¿usted diría que la actual multiplicidad de candidaturas en la izquierda peruana es positiva?

—Desde luego. En primer lugar, porque una izquierda unida, con un 30 por ciento o 35 por ciento de los votos, nos hubiera puesto a las puertas de un pinochetazo. En segundo lugar, porque la unidad, el triunfo de la unidad, no hubiera correspondido a la realidad de esa izquierda. Hubiera sido una unidad electoral y no basada en acuerdos programáticos. Por el contrario, esta división permite hacer una encuesta a nivel nacional. Cada grupo conocerá sus verdaderas fuerzas. A partir de eso podrá empezarse a dar el proceso de una unidad de otra calidad...

Usted dijo alguna vez que escribir «es por desgracia, para muchos hombres, un sustituto lamentable del acto sexual». ¿Qué tiene que ver esta afirmación con el hecho de que usted no haya escrito, como lo ha admitido públicamente, algunos libros que debió escribir?

—Mire, en mí existe, al igual que en muchos, tanto una frustración cultural como una frustración sexual... Esto es parte, por supuesto, de una frustración más general, que es de orden social. Siempre he creído que la sociedad peruana es una de las más frustradas y frustrantes. Y esto incluye a los privilegiados. Me parece que las realizaciones erótico-culturales de nuestras clases privilegiadas, hablando inclusive de varios siglos hacia atrás, han sido siempre incompletas...

Hay, sin embargo, frustraciones a partir de las cuales nacen vocaciones y a veces éxitos. Usted le confesó a Basadre que se

dedicó a la historia por razones casi freudianas: «Para huir del presente personal, familiar y quizá nacional que me era absolutamente desagradable». Me interesaría saber cuál era ese presente...

—Usted puede difícilmente imaginar lo que significaba ser hijo de un aprista, como yo lo era. Y de un aprista perseguido por los años de Benavides y Prado... Quizá de ahí nace mi simpatía y mi disposición de ayudar, en lo que pueda, a los actuales perseguidos, es decir los marxistas... También me parece que estas experiencias de mi infancia y de mi primera juventud hicieron que yo tratara de no repetir la historia de mi padre. Yo no quería darle a mi familia, a la que podía constituir como adulto, las ansiedades de mi propia historia... Hoy es diferente. Hoy he llegado, no a una aceptación del presente sino a una nueva relación con el presente...

Usted ha hablado de la violencia revolucionaria como una violencia dialéctica, es decir, una violencia que aspira a establecer un estado de cosas donde no se dé más la violencia...

—Exactamente...

¿Usted seguiría sosteniendo eso después de enterarse de la experiencia de Pol Pot en Camboya?

—Pienso que en el caso de Camboya no solo había pendientes problemas de relaciones de clase y de hegemonías políticas de un sector sino también problemas de entidad étnica nacional. Y en un futuro ninguno de estos factores puede dejarse de lado...

Pero estábamos hablando de la violencia como casi un fin...

—Bueno, a eso iba. Yo creo que la violencia no podrá desaparecer mientras existan sociedades de clases. Y ninguna sociedad socialista actual ha logrado borrar las clases. Cuando las llamamos socialistas estamos haciéndoles una concesión verbal. Ahí todavía hay clases, hay Estado, hay dictadura de una clase sobre otras... Yo no puedo, de ningún modo, aceptar lo sucedido en Camboya o lo que ocurrió con miles de refugiados vietnamitas en alta mar...

Usted ha sostenido que los sistemas imperialistas no solo serían etapas superiores del capitalismo o del feudalismo sino etapa superior y final de toda formación económico-social de tipo

clasista. ¿Habría, por lo tanto, la posibilidad de un imperialismo socialista?

—Sí. Desde luego.

¿Qué expresión histórica contemporánea hallaría usted de ese admitido imperialismo socialista? ¿Afganistán?

—Europa Central. Afganistán, no. Yo pienso que las relaciones de Rusia con los países de Europa Central son parecidas a las que tiene Estados Unidos con nosotros, los sudamericanos: relaciones satelizadas, de metrópoli a periferia. El caso de Afganistán es sumamente complejo. Hay que ponderar ahí, para juzgar la intervención de la Unión Soviética, la posibilidad —cierta— de una intervención armada de los Estados Unidos en el golfo Pérsico. Eventualidad que es verdaderamente terrible, porque, o desataría una guerra mundial o le daría, simplemente, a los Estados Unidos el control absoluto del petróleo árabe. Y esto cambiaría totalmente y por muchos años el balance mundial de fuerzas.

Doctor Macera, usted, que ha renunciado desde hace muchos años a creer en la teoría del progreso —es decir, a creer en que toda etapa posterior debe ser intrínsecamente mejor que la precedente—, ¿diría que las sociedades socialistas marchan efectivamente al comunismo?

—Primero quisiera decirle algo. Yo he venido reexaminando mi posición frente a la idea del progreso. Sigo pensando lo que usted acaba de decir: que nadie puede afirmar que un hecho B, por ser posterior, es mejor que un hecho A. Pero he encontrado en un teólogo protestante una definición fascinante del progreso. Este teólogo afirma que el progreso es una suerte de ley moral de la historia; no es una necesidad de la historia sino una exigencia que nosotros le hacemos a la historia: es una esperanza moral. Si aceptamos esta esperanza condicionamos nuestra conducta en función de esa esperanza. Si usted le exige al futuro que sea mejor que el presente, usted, entonces, luchará por ese futuro, se comprometerá. Y me refiero también a compromisos prácticos...

Ahora, ¿podría contestarme?

—Bueno, yo pienso que las sociedades socialistas, tal como las

conocemos hoy, están en una vía que puede conducir al comunismo...

Hablando de progreso o no progreso, de ayer y futuro, quisiera preguntarle qué es el Perú para usted. Parto de su negativa a aceptar la existencia de un Perú permanente, metafísico, continuo... ¿Es solo una sociedad —para usar sus propias palabras— predispuesta a la interrupción, abortiva?

—Yo creo que en mucho de lo que yo he escrito ha habido un malentendido del que no son responsables mis lectores. Un porcentaje mayoritario de mis afirmaciones teóricas solicitaba rectificación: yo quería ser desmentido. Pero no lo he sido...

Su culto por la frase lo ha empujado...

—No, no. Contra lo que muchos creen, yo he tratado de evitar la frase y solo la he aplicado cuando era pedagógicamente indispensable...

¿Era o no era una frase cuando usted admitió que también hacía trampas y que no había que creerle demasiado?

—No. No era una frase. Me refería a las trampas inconscientes y a las trampas voluntarias. En el caso del Perú, por ejemplo, todos mis planteamientos contenían una trampa...

¿Cuál?

—Yo no podía aceptar la existencia del Perú puesto que este país se había convertido en patrimonio de una derecha que yo repudio. Yo no podía, como historiador, regalarle un concepto a la derecha peruana. Lo que yo quería era derribar uno de estos conceptos tan queridos por la derecha para que luego otros intelectuales, que verdaderamente fueran de izquierda como yo no lo soy, sobre este vacío creado por mí, sobre esta batalla que yo había librado con la derecha, pudieran avanzar para negarme y decirme: usted está equivocado...

El Perú no es un burdel...

—El Perú no es un burdel, el Perú existe. Lo que pasa es que esta otra fase no se dio, no ha llegado a cuajar... Para redondear esto: creo que el Perú existe; pero creo que no tiene derecho a decir esto la derecha; creo que si el Perú existe es a pesar de la derecha, que utiliza su nombre y sus símbolos para protegerse...

Cuando Zavalita, ese personaje de Vargas Llosa, se pregunta

cuándo se hundió el Perú, expresa, me parece, una inquietud muy amplia: una cierta urgencia por datar esa quebradura. ¿Cuándo sucedió esto? ¿Fue la frustración de una república chola con Túpac Amaru y Pumacahua? ¿Fue la frustración de esa aristocracia peruana que había sido realista y que, al revés de la chilena, no tenía cara para ponerse al frente del país? ¿En qué momento el Perú empezó a ser lo que es?

—Creo que ha ocurrido varias veces y desde el inicio mismo de la sociedad colonial, desde el momento en que una sociedad universal en términos de Toynbee, como la andina, fue interrumpida en su desarrollo autónomo. Ahora, yo no creo que debamos entender la frustración del Perú como una suerte de dinámica interna de la sociedad peruana. Yo creo que es parte de la dinámica de un sistema mundial, que exige la frustración a sus componentes subordinados...

Usted ha dicho que en la conquista misma estaba la estructura de la dependencia y de la frustración...

—Así es...

Pero usted, al mismo tiempo, no es alguien que haga apología del Imperio inca, y por otra parte —creo que en uno de los tomos de sus *Trabajos de historia*— afirma que los peruanos no debemos sentirnos los austriacos de América del Sur, que no debemos estar pensando en imperios perdidos. ¿A qué estrictamente se refiere cuando habla, entonces, de una sociedad interrumpida?

—A la sociedad autónoma andina, abordada por el imperialismo español. Una cosa es la sociedad autónoma andina y otra es su expresión imperial, o sus expresiones imperiales, como lo fue el Imperio inca o, eventualmente, la expansión Huari o la Chavín.

Digamos que ese es el origen de nuestras frustraciones. Pero si habláramos en términos contemporáneos, ¿qué otros abortos mencionaría usted? ¿Quizá el leguiismo?

—Claro que sí. Pero comencemos desde antes: la frustración Santa Cruz, por culpa tanto de peruanos como de bolivianos —y de argentinos y chilenos—; la frustración de Castilla, un caudillo empírico —de algún modo Velasco fue el Castilla del siglo XX, con mayores ventajas históricas y morales para Velasco, si de comparar se

trata—; la frustración que significó el caudillaje incompleto de Manuel Pardo y de Nicolás de Piérola; la frustración de Leguía, muy importante...

¿Cuál sería la mayor frustración republicana?

—La del APRA, sin duda. Una frustración que nos marca cincuenta años. Una frustración que puede repetirse en este proceso electoral...

¿Usted piensa que el APRA debería llegar al poder?

—Creo que el APRA debería llegar al poder, a pesar de todos los peligros que pueda implicar para la izquierda. Aún más: creo que aceleraría el desarrollo de la izquierda. Todavía más: pienso que sería una experiencia psiquiátrica...

Exorcística...

—Así es, una experiencia exorcística para el país... El APRA continúa siendo el fantasma de muchos planteamientos teóricos y prácticos de la izquierda. Este factor debe ser despejado. Pero no podrá ser despejado si se impide su realización...

Octavio Paz afirma que México no había conocido el verdadero terror ideológico porque el PRI no se constituyó como un partido doctrinario sino, al estilo del Partido del Congreso de la India, como una alianza de intereses. El APRA sí es un partido ideológico. ¿No teme usted por eso?

—El APRA de 1945 hubiera ofrecido esos peligros. Yo no creo que en estos momentos el aparato sindical aprista cubra más de un 25 por ciento del proletariado. Existen aparatos sindicales competitivos sumamente sólidos... Yo creo que podría haber una represión fuerte contra la izquierda, pero a mi modo de ver esta represión no sería, a largo plazo, negativa. Obligaría a la izquierda a afirmarse, a consolidarse...

¿Y qué cree usted que pasaría con la izquierda si triunfaran Bedoya o Belaunde?

—Por carecer de un aparato sindical, Bedoya o Belaunde tendrían que solicitar una intervención mucho más abierta y policial de la Fuerza Armada. Se produciría una represión mucho más primaria contra la izquierda y yo creo que se darían, mucho más pronto, condiciones para un pinochetazo...

Cuando usted habla del desarrollo socialista en el Perú, ¿a qué socialismo se refiere?

—Pienso en un socialismo indispensablemente totalitario. No creo que sea posible montar en el Perú un socialismo democrático desde el principio. Quiero añadirle que no tengo ningún cariño por lo que se llama democracia. La democracia no ha existido nunca. No la hubo ni siquiera en Grecia, donde estaba reservada para una élite.

Si usted se resigna tan altruistamente al totalitarismo...

—Perdón, no me resigno: propongo...

Bueno, si usted propone el totalitarismo, ¿por qué se horroriza entonces de lo que hizo Pol Pot en Camboya?

—No es contradictorio...

Aunque usted ha dicho que es hombre contradictorio más de una vez...

—No es contradictorio en este sentido: para mí, el totalitarismo puede ser una necesidad histórica y, al mismo tiempo, un enorme sufrimiento personal. No es que me vaya a sentir gratificado dentro de ese sistema. Pero no creo que haya otro modo de resolver ciertos problemas básicos de sociedades como la nuestra...

Quizá con esa propuesta esté usted expiando oscuros pecados políticos, silencios, omisiones. ¿Usted quiere empatarme, doctor Macera?

—En absoluto. Yo he imaginado esta conversación —y creo que usted también— dentro de un clima parecido al de las obras de Brecht, donde le podamos dar al observador la oportunidad de no quedar apresado por la presentación del argumento...

¿Sabe? No sé por qué acabo de recordar a aquel Chocano de las dictaduras organizadoras. Admito que no tiene mucho que ver...

—Quizá sí. Mire usted, todos tenemos algo de Chocano...

De sonoros...

—Así es, todos tenemos... Pero volvamos al asunto. Yo parto de un hecho: nadie puede mencionar un solo ejemplo histórico de sociedad democrática. Yo lo invito a que me mencione una sola. En cualquiera de los diversos sistemas: esclavistas, feudales, capitalistas, socialistas. Hacemos excepción, claro, de las sociedades primitivas de cazadores,

anteriores a toda clase social. Por consiguiente, de lo que estamos hablando es de diversas formas de sistemas totalitarios. A mí no me importa que un régimen sea o no dictatorial. Me importa saber al servicio de qué grupo social se encuentra esa dictadura...

De algún modo me sorprende...

—¿Pero usted pensaba que yo era un defensor del «sistema democrático»?

No, en absoluto. Yo tampoco creo en la democracia de espejismos. Pero lo que me sorprende es que un hombre que ha hecho de la crítica y de la disensión casi una función física proponga una opción totalitaria, con todas sus implicancias de castración intelectual. Usted bien sabe que ese totalitarismo no solo significaría una redistribución disciplinada de los bienes sino también una severísima represión contra quienes piensan como usted, por ejemplo...

—Lo sé. Y mi función dentro de un sistema dictatorial sería ejercer esa crítica, que usted ha mencionado, hasta mi eliminación. Y yo estaría cumpliendo una función histórica positiva ejerciendo esa crítica. Y el dictador proletario respectivo, en la medida en que yo resulte diagnosticado como un enemigo de esa dictadura popular, cumpliría una función tan positiva como la mía al eliminarme...

Refiriéndose a la influencia de la generación de la reforma universitaria —la de Mariátegui, Haya, Sánchez— usted ha dicho que esa influencia no tiene parangón en la historia peruana. ¿Cómo ubicaría a esa generación?

—Una generación de padres abusivos...

De padres abusivos y de hijos no suficientemente parricidas... Pero lo que quería preguntarle, en realidad, es cómo ubicaría a su generación frente a esa de Mariátegui y Haya...

—Pienso que nosotros hemos sido, por desgracia, una generación demasiado respetuosa de esa otra. Y ese es un respeto que aún hoy día no podemos vencer del todo. De algún modo hemos transferido ese parricidio irrealizado a nuestros hijos. Pienso también que nosotros no hemos cumplido la función de puente que debíamos haber desarrollado. Fíjese que en este proceso electoral hay, en muchos

casos, una relación hijos-abuelos. Mi generación no es una opción política...

Me decía usted hace un rato que su relación con el presente ha cambiado. ¿En qué sentido?

—Bueno, creo que si escribo algo nuevo se referirá, por ahora, estrictamente al presente. Y cuando digo presente hablo de 1980. Me interesa cada vez menos el pasado. Pero esto no significa que yo haya conseguido una mayor proximidad... Es decir, quiero contarle algo: en los últimos tres años se ha producido, dentro de mí y en un proceso cuyas raíces no conozco, un efecto de separación generalizada. Yo he perdido el 99 por ciento de mis afectos y proximidades —incluso ocurre esto a nivel familiar. Curiosamente, a partir de esa separación entiendo mejor mis relaciones con los demás y he adquirido un descubrimiento indispensable...

¿Cuál?

—Mi enorme parecido con las personas que más me desagradan. He descubierto, no por teoría, los mismos máximos defectos y vicios, agresividades, envidias, cóleras y pequeñeces que he visto en los demás y que determinan mi separación...

Eso le está suscitando una suerte de serenidad o de paciencia...

—Sí, es verdad. Pero también otras cosas que no son tan positivas. Mire, quiero decirle algo que quizá le parezca una frase y que quizá, dicha, merezca otro arrepentimiento, pero quiero decírsela: puedo haber cometido a veces el pecado de soberbia de despreciar a los demás, o a muchos de los demás —aunque también debo decirle que yo no he acostumbrado a compararme con los demás— pero hay veces, hay días, en que me encuentro a mí mismo tan despreciable como los demás, o a los demás tan despreciables como a mí mismo. Pero hay días en que encuentro que todos somos absolutamente maravillosos y que hay ahí, escondida y castigada al interior de cada uno de nosotros, del peor de nosotros una humanidad magnífica... Como usted ve, mi relación conmigo y con los demás es bastante ambigua. Y mal manejada por mí, puede conducir a un extravío, a un encapsulamiento. O, por el contrario, a una entrega hemorrágica a los demás. O a esa tercera vía, que en política no existe, pero que quizá,

en este caso, sea la solución...

Me pregunto cómo se enlazan su obra y su neurosis...

—Habría que recordar a Marcuse: lo que está enfermo no es el enfermo sino la sociedad enferma. Dentro de una sociedad enferma quien se siente bien está peor que aquellos que admiten estar mal. En esta sociedad, la conciencia consiste en sentirse mal. La salud es una forma de adaptación incorrecta. Quien se siente feliz en el Perú es un miserable. Definitivamente. Ni siquiera un tonto...

Tengo el presentimiento de que usted no se sentiría feliz en ninguna parte. Para decirlo de otro modo, no se trata del Perú sino de una sociedad planetaria enferma, diversamente enferma...

—Sí... Yo he viajado muchas veces fuera y nunca me he sentido bien. Y creo que las otras sociedades son sociedades igualmente enfermas.

Usted ha sostenido que ningún pueblo —y yo creo que en este caso la palabra «pueblo» es un eufemismo: usted habla de sí mismo— «puede contentarse con la duda y tolerar vivir a la luz de una orgullosa conciencia hipercrítica, que opera en el vacío o que solo ofrece alternativas parciales. Prefiere, en el peor de los casos, una mentira provisoria para no caer en la negación absoluta...». ¿Le ha sucedido a usted algo así?

—Muchas veces. Y es un proceso que usted no puede dominar. Porque solamente en el momento en que está superada esa mentira provisoria puede advertir usted que es una mentira...

¿Diría que recientemente ha adquirido una?

—Supongo que sí. Pero solo podría hablarle de la penúltima mentira porque esta la estoy viviendo y mientras dure no me es fácil admitirla...

¿Podría hablarme de su penúltima mentira?

—Sí, cómo no. Yo pienso que esa mentira fue mi relación universitaria política con la realidad peruana, esa participación en términos de francotirador, esa idea de que un cierto prestigio cultural podía ser útil y gratificador... Eso fue una mentira.

¿Pensó alguna vez en el suicidio? Dígame, por favor, si le

molesta hablar de esto…

—No, en absoluto, César, en absoluto. Yo creo que todos hemos pensado alguna vez en eso, ¿verdad? Me parece que uno de los vacíos fundamentales de la educación occidental y cristiana, al revés de lo que ocurría con el estoicismo a finales de la sociedad romana, consiste en enviciar nuestra relación con la muerte, nuestra relación con la vejez. La sociedad actual, sobre todo la capitalista, supervalora la juventud, la vitalidad. Y por tanto excluye no solo el suicidio sino también la muerte del horizonte de las consideraciones personales y colectivas. Deberíamos buscar una nueva relación con esos conceptos…

¿Deberíamos, como en un poema de Pablo Armando Fernández, aprender a morir?

—Definitivamente.

LUIS BEDOYA REYES

(16 de junio de 1980)

¿Y, doctor Bedoya? ¿Ya decidió convertirse de tucán de alto vuelo en canario de Belaunde, o todavía?

—No... *(Risas)*. El canario tiene siempre buena voz. Tampoco es desdeñable. Pero nosotros somos tucanes. Tucanes de alto vuelo...

Pero tienen, digamos, la confianzudez del canario...

—Bueno, lo que pasa es que en la mayoría de los casos nos sentimos como en nuestra propia casa. En ese sentido somos un poco domésticos...

Eso de sentirse en su propia casa significa, por ejemplo, pedirle a Acción Popular tres ministerios —y tres ministerios que pertenezcan, claro, a la producción—.

—*(Risas)*. No. Significa poder hablar sobre esa opción en términos claros, sin formalismos ni etiquetas ni tiranteces. Es decir, hablar con franqueza.

Hablando de franqueza, ¿qué le ofreció a usted Acción Popular?

—Acción Popular, no: el arquitecto Belaunde, que es con quien personalmente he tratado.

Bien, ¿qué le ofreció el arquitecto Belaunde?

—Bien, desde el primer momento de nuestras conversaciones el arquitecto Belaunde nos llamó a participar en un Gobierno de ancha base, en nombre de dos objetivos indiscutibles: el fortalecimiento del sistema democrático y la elaboración de una política que encare los problemas más urgentes del país. En ese momento estaba en la mente del presidente electo un entendimiento triangular, que comprendía al APRA. Y si no entendí mal correspondía al doctor Ulloa la aproximación con el APRA, así como ha sido el doctor Óscar Trelles el que ha mantenido las conversaciones con nuestro representante,

doctor Alayza Grundy.

Las conversaciones con el APRA terminaron en el fracaso. ¿Sucederá lo mismo con las sostenidas con el PPC?

—No. Nosotros le propusimos a AP dos fórmulas de colaboración. La primera es ofrecerle un respaldo parlamentario permanente por un plazo de dos años...

Ustedes pueden darle la mayoría requerida en el Senado...

—Así es, de eso se trata. Esa mayoría facilitaría el pase de los proyectos de ley que provengan del Ejecutivo, aprobación que, como usted sabe, tendrá que ser bicameral. En esta primera fórmula nosotros no tendríamos ninguna intervención ni en el poder ejecutivo, ni en las directivas de las Cámaras, ni en las empresas del Estado, ni en los organismos descentralizados.

¿Esa es la fórmula que más lo satisface?

—Yo me atengo a las decisiones del plenario de mi partido.

¿Cuál es la fórmula dos?

—La fórmula dos significa que nuestra participación en el Gobierno tiene que ser cuantificada de acuerdo con una cierta proporcionalidad, es decir, aquella que proviene del resultado electoral. La proporción resulta, entonces, uno a cuatro.

Si esa es la proporción, ¿les correspondería tres ministerios?

—Ese es un asunto que debe mirarse con mucha objetividad. En realidad, más que la proporcionalidad aritmética importa ampliar la base del nuevo Gobierno.

¿Pero qué quieren ustedes?

—Nosotros propusimos las dos fórmulas que le he descrito. Corresponde a Acción Popular decidir.

Bueno, pero no me ha hablado de la fórmula dos. ¿Cómo imaginaron la participación directa?

—La imaginamos dentro de ciertos lineamientos. Primero, que fijemos ciertas metas y objetivos que delineen la política general del Gobierno.

¿Puede darme un ejemplo?

—Claro. Nosotros consideramos que la inflación debe ser combatida. Esa es una meta cuantificable...

Una meta cuantificable que supedita a todas las políticas sectoriales...

—No las supedita: las orienta, les da coherencia. Eso es para nosotros lo importante. ¿Estamos o no estamos dispuestos a reducir la inflación? ¿Estamos o no dispuestos a aumentar el producto nacional bruto? ¿En qué porcentajes? Si no se fijan los nortes, todo lo demás resulta improvisación.

¿Qué otro objetivo tenía en mente?

—La instrumentación adecuada del texto constitucional, es decir, la elaboración de las leyes que implementen la Constitución.

¿Cuál fue la reacción de Acción Popular ante esos planteamientos?

—Nosotros hemos encontrado una gran receptividad. Y ellos podrían decir lo mismo...

¿Entonces de dónde vienen las zancadillas y pataletas?

—No podemos ignorar que detrás de cada cargo hay muchos apostados a la espera. Y la verdad es que el poder tiene menos queso por repartir que el que muchos se imaginan. De repente se trata de algún angustiado ante la posibilidad de que su chance desaparece si se entrega tal o cual ministerio, o que sus posibilidades disminuyan...

Yo no veo a Manuel Ulloa angustiado. Lo veo sereno y electo...

—Yo creo que Manuel Ulloa, por gravitación propia, es el hombre que tiene que asumir la conducción económica del país, y está ya voceado como primer ministro. El problema de él puede ser hasta dónde lo agobiarán las presiones...

¿Qué presiones?

—Presiones de adentro y presiones de afuera.

¿Presiones de afuera?

—De afuera de Acción Popular. ¿Usted no cree que muchos sectores, tanto laborales como de la producción, están en este momento preocupados de quiénes van a ser los hombres que conduzcan las políticas respectivas el día de mañana?

Los sectores laborales podrían estar muy preocupados de que fuera el PPC el encargado del Ministerio de Trabajo. De eso no dudo...

—*(Risas)*. Nos agradaría manejar determinados ministerios. Serviría para despejar incógnitas y acabar con prejuicios.

Volviendo al tema central de esta entrevista, que tiene que ser contingente por las circunstancias: ustedes pidieron los ministerios de Industria y Comercio, Energía y Minas y Justicia. ¿Estoy equivocado?

—Mire, el Ministerio de Justicia no existe todavía...

Pero va a existir, pues...

—Va a existir y es evidente que no va a tener las prerrogativas que tuvo antes...

¿Y respecto a los otros dos ministerios?

—Podría decirle que mantenemos una expectativa respecto a ellos. Pero no dejamos de entender que se trata de los dos ministerios más importantes del Gobierno, en lo que se refiere a la producción.

Por eso mismo, ¿no le parece que pidieron demasiado?

—Yo no diría ni demasiado ni poco. Hicimos un planteamiento de una fórmula que nos parece honesta y coherente. Pero somos flexibles. No somos irreductibles sino en la formulación de metas comunes y serias.

Usted habla de una colaboración de dos años con el régimen belaundista. Es decir, que ustedes serán oficialistas hasta que empiece el desgaste del Gobierno...

—Yo diría lo contrario. Yo pienso que los dos años primeros pueden ser los más duros. Estoy seguro, más bien, de que a partir de los dos primeros años se empezará a recoger los frutos. Esto, por supuesto, si la política ha sido coherente.

¿Usted teme por la coherencia de la política económica del régimen de Belaunde, verdad?

—Nosotros siempre hemos expresado nuestra preocupación en ese sentido.

Eso de arrimarse a un Gobierno «sin ideas», ¿trae problemas, no?

—No es que carezca de ideas. Carece de ideario...

¿Qué haría el PPC en materia industrial, doctor Bedoya?

—Mire usted: nosotros consideramos que lo primero es devolverle la

confianza al sector industrial, como a todos los sectores industriales. Debe terminar la época de los sobresaltos. Y pensamos que tenemos hombres que, de por sí, devolverían la confianza a ese sector. Además, pondríamos el énfasis en la pequeña y mediana empresa. Esto es fundamental. Para nosotros es vital, en materia de energía, la construcción de pequeñas y medianas centrales hidroeléctricas...

¿Usted respetaría la Decisión 24?

—Tenemos que revisar mucho de lo que se refiere el Pacto Andino.

La Decisión 24, por ejemplo.

—Mire, hoy en día el nivel del retorno de utilidades para cierto tipo de inversión resulta estar por debajo del interés del dinero en ciertos países.

¿Y usted, eventualmente, plantearía la salida del Perú del Pacto Andino?

—No. Nosotros no podremos llegar a la economía de escala si no aumentamos nuestro mercado.

Pero Chile tomó esa medida...

—¿Y porque Chile la tomó la tenemos que tomar nosotros?

¿Usted no admira la política económica de Chile?

—¿Quién dice eso? Absolutamente. El costo social que se ha pagado en Chile es abrumadoramente alto. Han vencido la inflación pero a un costo que nosotros no podemos suscribir, que nunca aprobaremos.

A ustedes —a AP y al PPC— les interesa la participación del APRA en el Gobierno de ancha base. Eso implicaría la concertación con un sector sindical significativo. ¿Pero usted cree que al APRA le interesa complicarse en un Gobierno de centro-derecha, como Villanueva y los suyos dicen?

—Los Gobiernos no son lo que ciertos calificativos determinan...

Considerando, además, que el centro es AP y que la derecha son ustedes...

—La no participación de hoy puede ser la participación de mañana. Yo no creo que el APRA niegue su colaboración en cuestiones vitales, en leyes importantes. Ni creo que asista, distante e irresponsablemente, al deterioro del régimen, en el caso de que este deterioro pudiera poner en peligro la estabilidad de la democracia.

Porque una cosa es clara: para que lleguemos a 1985 en democracia habrá que poner el hombro...

¿No se sienten ustedes hoy, próximos a AP, los democristianos de 1963? Es decir, el grupo cohesionado que colabora y que levanta el vuelo cuando las cosas empiecen a andar mal...

—No. Nosotros no hemos coactado a nadie. Hemos sido llamados, hemos hecho nuestros planteamientos, hemos esperado la respuesta. En segundo lugar, nosotros no levantamos el vuelo. Hemos dicho que entramos a una colaboración incondicional por dos años...

¿Qué comparaciones haría entre la situación actual y la de la DC y AP de 1963?

—Me desagrada cualquier comparación. Milité en esa casa y guardo de ella el recuerdo del fundador. Prefiero omitir cualquier pronunciamiento al respecto.

¿A usted debe haberle sabido a vitriolo el hecho de que el APRA desistiera de participar en el Gobierno de ancha base, verdad? Porque se pensaba en un trípode, en algo más orgánico y estable...

—Aclaremos primero eso de vitriolo. Vitriolo, no. Porque no soy hepático ni mastico vidrio para decir algunas cosas con lengua especial. Pero sí puedo decirle que es verdad que los tres sectores ofrecimos durante la campaña apoyar al que ganase. El APRA fue explícita: dijo que había desahuciado el viejo lema de «Solo el aprismo salvará al Perú» y que haría un Gobierno para y con todos los peruanos. Había, pues, un compromiso moral adquirido ante el país. La presencia del APRA, junto a la nuestra, apuntalando la eficacia de las decisiones del nuevo Gobierno, era, creo, una exigencia común, un balance que el propio Belaunde pidió. Nosotros nos hubiéramos sentido muy satisfechos si el APRA hubiera decidido participar...

Pero el APRA consideró táctico reservarse en la oposición...

—Claro, pero yo le digo cuál es mi posición. Algo más: en mi primera conversación con el presidente electo él me dijo que su tesis era que, de acuerdo con las proporciones, al APRA le iba a ofrecer dos ministerios, a nosotros uno, algunos a personalidades independientes y el resto para Acción Popular. Y nosotros aceptamos plenamente eso.

Nos pareció justo y sensato...

¿Usted no cree que la mayor debilidad de un Gobierno AP-PPC sea su relación con el frente sindical y sus presiones?

—No. Primero, porque nosotros no somos lo que piensan de nosotros. Y segundo, porque el voto que ha respaldado a Belaunde es un voto conspicuo y plural. Habría que hacerse una pregunta: ¿por qué la izquierda dio entonces su voto al arquitecto Belaunde, si al día siguiente va a comenzar su guerrilla callejera?

¿Usted no ha oído aquello de que a veces hay que contribuir a la asunción de un Gobierno débil para azuzar las contradicciones?

—Esa es una forma muy lujosa de cubrir el miedo ajeno. Yo creo que la izquierda votó por Belaunde por el pánico que le suscitaba la posibilidad de un Gobierno aprista. Fue el miedo, fue el anti, lo que estuvo detrás.

Miedo y anti que usted comparte, por única vez, con la izquierda...

—No es cierto. Parte de mi campaña la dediqué a decir que el país debía acabar con 50 años de antiaprismo y militarismo. No soy antiaprista porque estoy convencido de que sobre un anti no se puede construir un país ni una ideología ni un programa... Con un anti uno no puede saber adónde quiere ir.

Si de eso se trata, usted, efectivamente, no cultiva los antis. Porque usted sí sabe adónde quiere ir. La empresa privada, la propiedad privada, son el eje de su filosofía...

—Si nosotros hemos incidido tanto en el privatismo, tanto de la empresa como de la propiedad, ha sido como necesaria reacción frente a la colectivización creciente y a la estatización desmedida de los últimos 12 años. Nosotros no queremos el hibridismo económico. Por eso queremos que se fije de inmediato el ámbito empresarial del Estado. Si no dibujamos estos límites, no sabremos dirigir el desarrollo de una economía pluralista...

Ustedes son, entonces, desde la derecha, el elemento tensor. Como, desde la otra orilla, lo es la izquierda...

—La izquierda es muy clara en sus propósitos. Ella sabe que utilizan

el sistema democrático como una coyuntura en la marcha hacia la construcción del socialismo...

¿Usted admitiría que la Fuerza Armada se convirtiera en cogobernante de un régimen AP-PPC asediado por la marejada sindical? ¿Ha pensado en eso?

—Sí y tengo una posición definitiva al respecto. Yo consideraría absolutamente peligroso que a partir de situaciones juzgadas social o políticamente graves la Fuerza Armada entrara a formar parte de las decisiones de Gobierno.

¿Usted cree que Acción Popular comparte esta tesis?

—Hasta ahí no puedo llegar. Puedo hablar de mí.

Alayza Grundy dijo antes de las elecciones que el populismo corría el riesgo de desaparecer porque era un partido caudillista. ¿Usted cree que haya pepecismo o bedoyismo?

—No hay nada hiriente en sostener lo que dijo Alayza. En el Perú la mayor parte de los partidos han vivido lo que han vivido sus líderes, sus padres y caudillos. Para no remontarnos al siglo pasado y hablar del Partido Radical de González Prada o del civilismo de los Pardo, habría que preguntarnos qué quedó del benavidismo, del bustamantismo, del sanchezcerrismo, del pradismo, del odriismo...

¿Y qué del bedoyismo?

—Ese es mi gran conflicto de conciencia. Si yo llego al convencimiento de que hay más bedoyismo que pepecismo no me queda sino tratar de volcar el caudal de respaldo personal que pueda tener a la construcción de un auténtico partido doctrinario.

Lo he entrevistado varias veces y tengo la sensación de que he hablado siempre con un personaje jabonoso, encapsulado, diría que incapaz de mostrarse; he hablado con una imagen, un ícono público. ¿Cómo se definiría usted?

—Mire, no sé por qué me cree jabonoso, resbaladizo. Si algo caracteriza mi lenguaje es que soy muy directo. Nunca he encubierto ni intenciones ni planteamientos.

Me pregunto si esa incapacidad de mostrarse como es no tiene que ver con aquel pudor de que le fotografiaran su cincuentenaria, legítima y bien ganada barriga...

—*(Risas)*. No es cincuentenaria. Es sexagenaria... En realidad yo vivo feliz conmigo mismo. Si yo me quejara de la vida sería un hombre inconsecuente...

Usted es un hombre de dinero, ¿verdad?

—No. Soy alguien que ha ganado sus posiciones por su propio esfuerzo y que vive dentro de una medianía cómoda. A mí nadie me conoce como socio de un club que no sea el Regatas; yo monto caballo pero no soy *turfman*; y pocos me conocen comiendo constantemente en restaurantes lujosos; yo no soy de los que viajan a Europa a cada rato —y hace muchos años que no lo hago—. Soy, eso sí, un hombre feliz en mi hogar, hombre feliz en mi profesión, hombre feliz en mis deportes y *hobbies*. Nadie me conoce como un exponente de la elegancia —que para eso se necesita un porte que no tengo—. No soy un *clubman*...

Pero esta casa es tan lujosamente recargada...

—Lo que pasa es que aquí tiene usted 40 años de matrimonio y muchos recuerdos. ¿Ve ese mueble? Lo compramos cuando nos casamos. Ese cuadro de la escuela cusqueña lo compré cuando tenía 19 años, durante una excursión estudiantil...

¿Hubiera querido ser otra cosa? ¿Ha pensado en eso?

—Estoy feliz con lo que soy.

Usted no conoce de depresiones, ¿no? Lo veo tan saludable, parece un comercial de Calcioral.

—Cuando alguna gente me ve en televisión luego me pregunta si yo me he hecho la cirugía plástica. Algunas señoras me tocan la cara y me miran detrás de la oreja para ver si estoy estiradito. Menudo chasco el que se llevan, pero yo me dejo agarrar... Soy un hombre de vida muy ordenada. Trabajo mucho de lunes a viernes, pero duermo mis ocho horas. Y duermo sin ninguna preocupación.

¿No lo lastima el hecho de vivir en esta abundante placidez y recordar y ver, al mismo tiempo, la miseria de muchos otros?

—No hablaría de placidez abundante. Es la posición de alguien que ha trabajado duro 40 años. ¿Mira usted ese Sèvres? Ese es regalo del señor De Gaulle cuando vino...

Le pregunté si no lo lastima la miseria...

—Yo siento la necesidad ajena y ayudo en la medida en que está a mi alcance. Pero, evidentemente, no renuncio a mi propia vida ni a lo que yo puedo tener para mí o darles a los míos. Doy todo lo que puedo dar, me preocupo todo lo que me puedo preocupar, pero al mismo tiempo también sigo mi camino...

JAVIER VALLE RIESTRA

(10 de noviembre de 1982)

Tenía 6 años cuando sus padres se divorciaron. Es decir, cuando su madre lo dejó todo por amor. Desde entonces, fue un niño proscrito, mirado entre cuchicheos crueles, crecientemente rencoroso. La Lima encorsetada de entonces no podía tolerar la audacia de aquella hermosa mujer tocada por una pasión inaplazable y todo un ceremonial punitivo fue montado. La excluyeron de las fiestas en que la aristocracia se escoltaba. La exoneraron de todo nacimiento o muerte. La olvidaron para siempre y la borraron para nunca jamás de todas las listas célebres, de todas las cuantiosas alianzas matrimoniales, de todos los cumpleaños comentables. No solo la alcanzó la desheredad, sanción ritual entre las grandes familias de Lima, sino el viento glacial del repudio familiar. Todas las puertas se le cerraron, todos los afectos morían detrás de cartas no respondidas y mensajes desairados, y en la unanimidad de ese silencio áspero y odioso el castigo alcanzó su mejor hervor. Pero la señora no cedió.

Javier Valle Riestra creció en ese mundo hostil y respiró ese aire verdugo. Sufrió las miradas lastimeras, las exclusiones, los murmullos y las bromas bestiales en el Colegio La Salle, donde su abuela lo inscribió con el nombre de Javier González Olaechea. Nunca pudo entender por qué debía pagar él la vehemencia de su madre. Nunca perdonó. Ensimismado por defensa propia, pendiente de la mano abuela que lo protegía, excesivamente inteligente, era, desde luego, presta carne para la rebeldía. Y fue un rebelde.

Años más tarde, fue a ver a su madre por insinuación de la abuela. La visita le permitió saber que para él sería difícil olvidar los años del desamor. Se sintió como generalmente se ha asumido: básicamente solo.

Toda historia personal es un confuso tapiz donde se superponen

trazos y colores, pero es indudable que el boceto grueso nos lo dan los primeros años, las marcas rupestres de nuestra infancia.

Desde ese punto de vista, ¿no resulta previsible que Javier Valle Riestra llegase al APRA, insultase a su clase con aquella militancia sudada y subversiva? ¿Y no estaba también escrito que algún día debía revelarse ante Haya, frecuente sustituto del padre? ¿Ante quién quiere congraciarse Valle Riestra con el brillo de sus apariciones públicas y la flama de sus discursos? ¿Qué aprobación busca, qué afecto decisivo?

Podríamos seguir haciéndonos preguntas y ensayando respuestas. Pero nos parece un ejercicio inútil. Con esta introducción no hemos querido listar infidencias, sino darle levadura humana —es decir, pasado y aflicción— a una entrevista a uno de los más brillantes, honestos, imprevisibles intrusos de la política peruana.

Posdata: Esta es la versión especialmente abreviada de una conversación que aspiraba (inútilmente) a no ser mordida por la actualidad.

¿No es aprismo para Valle Riestra algo superficial? ¿No es él, más bien, un terco individualista, un francotirador, un joven aspirante a González Prada, una encarnación aristocrática del radicalismo verbal?

—En el aprismo hay, evidentemente, un fenómeno pequeñoburgués. Y los pequeñoburgueses somos algo anarquistas. Yo, por ejemplo, no creo en Césares ni en tribunos... Y creo que Haya era mucho más anarquista que marxista...

¿Por qué se hizo aprista? Porque de lo que estábamos hablando era hasta qué punto era adjetivo y superficial su aprismo...

—Habría que contar algo de mi historia personal. De niño, yo tuve el estatuto de un proscrito, estatuto que adquirí cuando mis padres se divorciaron en 1937... Bueno, todo eso me hizo sufrir mucho y si en una decisión siempre influyen fuerzas que apenas desciframos, creo que en mi precoz simpatía por el APRA influyó la necesidad de confiar en un partido que luchaba contra los valores de la sociedad que a mí me había maltratado, que luchaba contra la injusticia y la hipocresía, que hacía posible mi ostracismo. Desde luego que todo eso fue

creciendo con el tiempo. El APRA dejó de ser el refugio de un niño y se convirtió en la promesa, madura y posible, de un cambio social.

¿Se recuerda como niño simpatizante del APRA?

—Claro. Me recuerdo a los 12 años en la azotea de nuestra casa en el jirón Carabaya saludando clandestinamente —a escondidas— una manifestación aprista. Yo sentía que esa gente iba a tomar La Bastilla.

El APRA nunca tomó La Bastilla, pero hoy quizá parece más cerca del poder. Y lo está con alguien como Alan García en la secretaría general, alguien a quien usted le atribuyó un mesianismo cándido. Porque su candidato era Melgar, ¿verdad?

—Así es.

¿Por qué?

—La candidatura de Alan García significaba la ruptura de todos los esquemas partidarios. A mí me preocupaba eso. Me preguntaba si no era mejor aplazar esa ruptura..., pero hoy, al ver la magnitud y las repercusiones de la victoria de Alan García, veo que mis temores eran excesivos y me satisface, retroactivamente si cabe, el resultado. A mí no me frustra el triunfo de Alan García... Claro que con él algunos hemos pasado a una condición pintoresca en el partido: la de nuevos viejos...

Usted ha dicho ser crítico de Alan García. ¿Qué critica en él, concretamente?

—La vehemencia por el poder. Como yo no la tengo, la obsesión por el poder es algo que me desconcierta...

¿La obsesión o la avidez?

—La obsesión por el poder... y creo que un hombre como Felipe González piensa como yo. Acabo de leerle unas declaraciones en las que sostiene que repudia el profesionalismo en la política. Para él, la política es una dedicación...

¿Lo que usted llama la obsesión por el poder de Alan García era algo que lo asqueaba, que lo asustaba?

—No, no... Quizá sentía envidia. Quizá me hubiera gustado ser así: tener esa obsesión. Alguna vez dije que ante la erótica de la política yo soy frígido...

¿Por qué otras razones no apoyó a Alan García?

—No es porque él sea izquierdista y yo, derechista. Yo soy de izquierda mientras que su izquierdismo no es muy manifiesto que digamos... No es porque él sea joven y yo, abogado. No es porque él pueda ser presidente del Perú y yo no —porque a mí nunca se me ocurrió tal cosa—. Mis dudas nacían de esta pregunta: ¿responderá Alan García a las esperanzas que ha suscitado, a las expectativas nacionales que ha despertado? Esa era la pregunta...

Le ruego que se la conteste: ¿responderá?

—Lo veremos. En todo caso, lo espero y lo deseo...

¿Sabe qué creo? Que a Javier Valle Riestra le es difícil tolerar la competencia intelectual y oratoria de un Alan García excesivamente precoz, insultantemente joven, definitivamente arrogante...

—Bueno, el tema de la arrogancia sí es un buen tema. Muchas veces le he dicho a Alan: No seas arrogante... Ahora, la verdad es que yo estoy en un papel muy cómodo. De mí no se espera nada...

Muchos esperaron de usted una demoledora intervención en la interpelación. Y usted los defraudó. Dicen que usted no sirve para los grandes compromisos.

—Así es. Yo mismo lo digo: No sirvo para los grandes compromisos... No me gusta asumir responsabilidades que tengan tono histórico. Yo quiero ser testigo, no protagonista. Tal vez el día que hablé tan mal en la jornada de la interpelación lo hice como forma de expresar un rechazo subconsciente al poder, al halago...

¿A sí mismo?

—No lo sé... Al protagonismo... Fue una manera de decirle a todos: ¿Buscan ustedes al héroe? ¡Pues aquí tienen al antihéroe!

Pero eso suena profundamente neurótico.

—Pero la política es neurosis. ¿Puede haber algo más neurótico que querer el poder? Para querer el poder hay un requisito: ser, personalmente, infeliz...

¿Desea usted, entonces, el poder?

—Creo haber enfrentado con sinceridad mis problemas, mis angustias y haber alcanzado, sino la felicidad, por lo menos la prudencia y el sosiego. Y se lo he dicho: No tengo obsesión por el

poder. Me siento satisfecho con lo que tengo, con lo que he logrado, con el reconocimiento y con el aprecio que he merecido...

Aparte de defraudar en los grandes compromisos, ¿qué otros defectos tiene Javier Valle Riestra?

—No soy voluble, por ejemplo. Creo haber tenido una línea constante. Jamás he dejado de ser aprista. Jamás he dejado de tener una vida que creo que es austera. Jamás me he acercado al mundo social de los clubes. Jamás he defendido sino causas democráticas.

Le faltaría algo para redondear ese parecido imaginario con Felipe González: haber sido abogado de sindicatos y no de causas adineradas...

—No es así... En España fui a veces abogado laborista. Y aquí no soy abogado de empresas. Las grandes empresas no ven bien a un abogado aprista...

Algunos piensan que el peor defecto de Valle Riestra es el gran amor que siente por sí mismo.

—Definitivamente... Hay momentos en que siento verdadera animadversión por mi persona. La antipatía que me tuve a raíz del desastre oratorio de la interpelación es algo que me dura todavía.

¿Se odió?

—Sí.

Hace algunos momentos dijo usted que no era voluble. Sin embargo, hay un rumor en Lima; usted es un gran donjuán, una veleta amatoria...

—Siempre he sido monógamo: nunca he amado a más de dos mujeres a la vez... Incluso hablando de mi prontuario adúltero, puedo afirmar lo mismo. Así que mi donjuanismo es relativo... No sé qué tan relativo sea el del primer ministro...

¿Se siente amenazado por la competencia?

—No, qué ocurrencia... Es que él tiene el poder. Y eso puede ser muy importante en esta materia.

¿Competencia desleal, la llamaría usted?

—Ventajas circunstanciales, solamente.

Volvamos a la política y a la volubilidad. ¿Ya no recuerda cuando salió del APRA y volvió a ella con la cabeza gacha?

—Eso no es cierto. No volví con la cabeza gacha. Volví, sencillamente. Y salí del APRA porque me resultaba insoportable...

¿Qué le era insoportable?

—Su reconciliación con la derecha... Era un aprismo que tenía su modus vivendi con la derecha. Se creía que por ese camino pragmático se llegaría al poder. Y a esto se sumaba la hostilidad a la Revolución cubana, el silencio de la posición antiimperialista, la propia ausencia de Haya de la Torre...

Probó el izquierdismo marxista y se desilusionó. ¿Por qué?

—Porque lo que yo creí que podía ser algo bueno y nuevo, joven y sano, se convirtió en una versión más del estalinismo criollo. Yo iba a cada reunión y siempre oía lo mismo: Jorge del Prado dice esto. Jorge del Prado pide que tengamos calma. Jorge del Prado etcétera. Y me decepcioné y me arrepentí. Así que regresé al APRA. Necesitaba el liderazgo de Haya...

Y Haya, o sea, el padre, lo perdonó...

—No solo me perdonó... Se portó conmigo magníficamente, generosamente. Yo escribí, en ese entonces, uno de los pocos buenos artículos que he escrito en mi vida, hablando de ese retorno, del carácter definitivo del regreso.

Pero Luis de la Puente, su compañero de heterodoxia del APRA, murió en las guerrillas. ¿Nunca pensó que De la Puente hizo lo correcto?

—Luis de la Puente se enrola en las guerrillas en 1964, cuando yo ya estaba reconciliado con el APRA... Pero nunca dejé de expresar mi admiración por su muerte valiente, por su coraje utópico...

¿Tuvo usted miedo de empuñar las armas?

—Nadie me ofreció las armas. Por lo tanto, no tuve miedo... Y si alguna vez se tratara de empuñarlas, quizá lo haría. No es algo que anuncie ni que busque. No quiero ser héroe... Pero si las circunstancias lo requiriesen, quizá lo haría. Al fin y al cabo, tengo poco que cuidar. No tengo hijos, por ejemplo...

¿Eso es deliberado?

—No. Es un mandato de la naturaleza...

Lo que no le impide insistir vehementemente...

—No tanto, por favor...

Volvamos a la política. ¿Empujará usted dentro del APRA la idea de que es imprescindible ir a un frente popular con la izquierda?

—Empujar da una idea de combate que no estoy en condiciones de librar. Sostendré, sí, esa tesis en el ámbito de la comisión política...

Comisión política a la que renunció en la primera hora...

—Así es...

Cuando no podía soportar el flamante liderazgo de su compañero Alan García...

—No es cierto. En cualquier caso, la comisión política la preside Luis Alberto Sánchez, autoridad que me es muy fácil acatar... Así que yo voy a reuniones presididas por Sánchez...

Valga la aclaración...

—La precisión.

¿Iría a reuniones presididas por Alan García?

—Por supuesto. En la Cámara de Diputados he asistido a reuniones presididas por Paco Belaunde, por Pércovich... ¿Por qué no habría de ir a reuniones presididas por un compañero tan talentoso como Alan García? Claro que sí... Aunque usted no lo crea, tengo un buen y alto concepto por Alan García.

¿Cómo se describiría a sí mismo Javier Valle Riestra?

—Como un demócrata parlamentarista, pequeñoburgués, cincuentón, deseoso de un cambio social que acabe con la plutocracia y el militarismo. Así de simple.

¿No se siente harto de la política?

—Dio en el clavo, por fin. Le voy a decir algo que no he dicho antes: No sirvo para la política.

¿Por qué?

—Porque me quita libertad, porque a veces siento que me asfixia, porque, como usted lo dijo, soy un anarquista y un individualista, un anarcoindividualista... Ya se lo dije: entré a la política para castigar a la oligarquía canalla que podía ensañarse con un niño... Luego esa motivación, diminuta si se quiere, se hizo social y generosa y me enriqueció... No me arrepiento de nada, no me quejo de nada, pero

usted tiene razón: estoy harto de la política. Y esto también porque la segunda gran causa personal de mi actividad política, la de demostrarle a los velasquistas que me calumniaron que estaban equivocados, también se ha cumplido... Creo haber contribuido con algo a la causa democrática, a la causa de los derechos humanos, y tengo una extraordinaria urgencia por volver a mi vida privada...

Definitivamente cansado y harto...

—Saciado. Esa es la palabra. Otros sueñan con multitudes, balcones, marchas de bandera. Yo sueño con volver a la multitud...

¿No es un sueño suicida?

—No. Es un sueño democrático.

MARIO VARGAS LLOSA

(15 y 16 de noviembre de 1992)

Llego a una de las residencias de profesores de la Universidad de Harvard; un departamento espacioso con ventanal de acuario en cuya sala Mario Vargas Llosa —chompa de lana, corbata exacta— lee el *Boston Herald*. Nos alegramos de verlos —a él y a Patricia— y empezamos a contarnos cosas.

Vargas Llosa vive en Boston hace unos meses, dictando en Harvard un curso sobre *Tirant lo Blanc*, la protonovela de Martorell. Ha terminado un libro de memorias, que se publicará en enero, y ahora ataca una novela. «Pero estoy empezando, que es el peor momento», dice. Tras la entrevista vamos al Sanders Theatre —una iglesia típicamente bostoniana convertida en sala de conciertos— a escuchar la Harvard-Radcliffe Orchestra. Abundan en ella los instrumentistas de origen asiático y pienso, en broma, que eso parece un mensaje de peruleras resonancias.

Pero el concierto es rebuscadamente malo —un Brahms mustio, un Dvorák demasiado espectacular y un Hindemith que podría quedarse perfectamente en su casi perfecto anonimato— y eso demuestra que en Harvard, cuyo presupuesto anual llega a los dos mil millones de dólares, no todo es perfecto.

Cenando más tarde, Vargas Llosa dirá que en febrero del próximo año dará un semestre de clases en Princeton y que luego lo más seguro es que se instale en Londres por un tiempo.

Caminando rumbo a su casa para terminar la conversación nos exponemos a un viento que decapita. La noche oculta el resplandor dorado del otoño de Boston y sumerge los edificios de Harvard en una fantasmal uniformidad.

¿En algún momento has dicho para tus adentros algo como: de

la que me libré perdiendo las elecciones?

—Bueno, siempre supe que habría sido algo enormemente difícil, pero si la historia hubiese sido otra me habría entregado a mi tarea con absoluta pasión... Desde luego, cuando todo terminó sentí un cierto alivio...

¿Siempre quisiste ganar?

—Desde luego. Desde que asumí la responsabilidad hice todo cuanto estuvo a mi alcance para ganar. Descubrí en el proceso electoral, eso sí, que no tenía las condiciones de un político exitoso. Eso lo aprendí muy pronto.

Pero el escritor que hay en ti ¿no conspiraba para darle menos talento al político?

—Yo entré en la política por motivaciones intelectuales y morales. Eso es un lastre en política. La política está hecha de maniobras, intrigas y un pragmatismo que se parece al cinismo. Yo tenía el lastre de un cierto idealismo. Traté de ser fiel a unas ciertas ideas, a unos ciertos valores y eso limitó considerablemente mi campo de acción y mi capacidad de respuesta en la campaña. También hubo de mi parte una gran ingenuidad, que consistió en creer que la movilización de 1987 era un gran movimiento popular dirigido a una gran reforma liberal. Fue un tremendo error de mi parte. No era eso. Eso era un espejismo ideológico. Un gran sector del Perú ni siquiera se planteó la necesidad de una revolución liberal. El diseño de la campaña se montó sobre esa percepción distorsionada: un programa minuciosamente liberal para un pueblo ávido de liberalismo. No era eso: al final prevalecieron las frases, los gestos, las calumnias. Al final, a la gran mayoría de los peruanos no les iba ni les venía la reforma liberal.

La campaña te permitió conocer, involuntariamente, a Fujimori. ¿De algún modo previste que iba a hacer lo que hizo el 5 de abril?

—No, en absoluto. Me sorprendió totalmente. Mi primera impresión de su Gobierno es que podía llevar al Perú a la catástrofe del continuismo, por su hipoteca al APRA y a la izquierda, que lo habían creado y arropado. Luego, cuando olvidó todas sus promesas electorales y empezó a aplicar políticas de mercado y a hacer algunas

reformas bien orientadas... me dio una sensación de alivio.

Que plagiara el programa de Libertad ¿no te enfadó?

—Bueno, me preocupó que lo plagiara mal, que lo imitara solo parcialmente, pero me dije: de todos modos, esto es mejor de lo que podía haber sido siguiendo los consejos de sus mentores, el APRA y la izquierda. Y así estaba, cumpliendo mi promesa de guardar silencio, hasta que vino lo del 5 de abril...

Que, por lo que me cuentas, te dejó estupefacto.

—Quizá más estupefacto me dejó la falta de una reacción fulminante del pueblo peruano y el hecho de que la reacción fuese tan circunscrita, tan parcial.

¿Cómo definirías a Fujimori? ¿Cuál es tu percepción del hombre y del personaje?

—Creo que es un político, en lo que esa palabra tiene de carga de cinismo y de falta de convicciones. Su meta es el poder, mientras más extenso mejor, y su perduración en él. Eso rige su conducta. Es un hombre frío que no conoce la incomodidad de los escrúpulos o los principios y, de algún modo, representa de modo cabal aquello que se ha reducido la política peruana, una actividad que no conoce de idealismo y generosidad o ideas, una actividad que se basa en la manipulación y la intriga, en el olvido y la picardía, todo aquello que se celebra en calles y plazas del Perú y que es para mí —y para muchos peruanos, felizmente, todavía— una fuente infinita de pesadumbre. De ese retrato deprimente se salvan, desde luego, personajes como Fernando Belaunde Terry. Es admirable que a sus 80 años Fernando Belaunde esté dando la batalla que está dando en nombre de principios en los que, evidentemente, él sí cree. Él ha demostrado que la retórica insulsa y tramposa no lo ha vencido y que sigue siendo un hombre de principios.

¿Es inexorable que el régimen de Fujimori fracase?

—Absolutamente. El régimen de Fujimori terminará en un repudio inversamente proporcional al del entusiasmo oportunista que hoy despierta en muchos peruanos. ¿Cómo puede terminar un régimen basado en la mentira, en la farsa, frente al desafío de un país destrozado?

¿Lamentaste, en el fondo, que Abimael Guzmán fuese capturado por la dictadura?

—No. Esa ha sido una muy buena noticia para el Perú. Guzmán es uno de los grandes responsables de la crisis de la democracia peruana y habría que ser un monstruo para no alegrarse, como me he alegrado yo, con su captura y la captura de algunos de sus allegados. Lo que he dicho es que la lucha contra el terrorismo —y en esto a mí no me van a dar lecciones: recuerda que en la campaña dije que a las rondas había que armarlas y que asumiría personalmente la dirección del combate al terrorismo— debe ser una lucha que parte de una moral superior. No debemos dejarnos contaminar por la barbarie...

¿A qué te refieres con eso?

—A que, por ejemplo, no se debe hacer escarnio, en ningún caso, de un reo, aun cuando este sea un criminal avezado y sangriento, como es el caso de Guzmán. Por eso me pareció absolutamente equivocado que se le exhibiera en una jaula disfrazado de preso en la época de la depresión estadounidense, tratando de denigrarlo —como si sus crímenes horrendos no lo denigraran ya bastante—. Y por eso es que tampoco soy partidario de que tribunales anónimos, que actúan extrajudicialmente y violan todas las normas del derecho, juzguen a estos criminales de Sendero. Eso ha sido visto con horror por el mundo civilizado y eso ha convertido en víctimas a los más crueles verdugos del pueblo peruano. Al terrorismo hay que derrotarlo desde la civilización. Porque si el terrorista, aunque derrotado, consigue que sus métodos sean los que emplea la sociedad que combate, pues el terrorista habrá ganado.

¿Es salvajismo judicial, o protojudicial, lo que están haciendo los tribunales militares con los senderistas y con algunos presuntos senderistas?

—Así es. Eso es barbarie. Eso no tiene nada que ver con la justicia. Los criminales terroristas deben ser juzgados por tribunales dignos de tener ese nombre. Esos tribunales militares que no admiten el derecho de defensa, que juzgan a puerta cerrada, son infinitamente más atroces que los que ideó Stalin para deshacerse de sus adversarios.

¿Y la pena de muerte?

—Soy un doctrinario enemigo de la pena de muerte. La pena de muerte no disuade y puede eternizar el error.

La mayoría en el Perú apetece la pena de muerte.

—La mayoría está equivocada. La minoría lúcida debe dar una batalla explicándole que la pena de muerte es una aberración, un anacronismo bárbaro, un disfraz andrajoso de la venganza. Y que la pena de muerte podría hacer de un individuo como Guzmán una leyenda, un héroe para sus fanáticos seguidores.

Si la democracia retornase, ¿debería revisarse todo el proceso judicial a Guzmán y a sus compinches?

—Será inevitable. Todo lo hecho por una dictadura debe ser revisado por una democracia. Solo una democracia tiene autoridad moral para legitimar medidas extremas como las que se están tomando. Y no solo me refiero a medidas judiciales sino a las del campo económico.

¿Regresarías alguna vez a la política militante?

—No. No regresaría a asumir ninguna candidatura. Voy a seguir haciendo política como lo estoy haciendo ahora: opinando, escribiendo. Sigo inscrito en el Movimiento Libertad y me siento orgulloso de él, a pesar de las deserciones, de las felonías y de la aparente orfandad en la que parece encontrarse todo aquel que defiende la democracia en el Perú.

Un sector del Perú te repudia. ¿No es esa la suerte inevitable de un escritor en el Perú?

—Nadie quiere ser impopular, pero no olvides que he sido muchas veces impopular en el Perú. Lo fui cuando defendía a la Revolución cubana —en ese tiempo no estaba muy de moda expresar esas ideas en el Perú—. Lo había sido con *La ciudad y los perros*. Lo volví a ser cuando rompí con Fidel Castro y cuando la izquierda era en el Perú parte del establecimiento cultural y político. De tal modo que la impopularidad no me asusta ni organizo mi vida a su alrededor.

¿Crees que Libertad tiene alguna perspectiva?

—Estoy seguro. En primer lugar, Libertad ha demostrado que puede andar sin mí —cosa que es, por otra parte, bastante fácil dadas las pocas habilidades que tengo para actuar en política—. Pero, sobre

todo, Libertad ha demostrado, con esta actitud ante lo del 5 de abril, que la decencia y la coherencia son parte de sus fundamentos. Lo digo como militante de Libertad, que en eso me convertí desde el día que perdimos las elecciones. Libertad no se ha manchado apoyando a la dictadura.

¿Se justifica en el Perú un frente amplio, sin exclusiones, para luchar contra el régimen de facto?

—Absolutamente. Creo que ha sido lamentable que esta maniobra vergonzosa de la Asamblea Constituyente, organizada con el único propósito de obtener un reconocimiento internacional, haya quebrado esa alianza de los partidos democráticos. Eso ha sido una victoria de la dictadura. Una victoria que le han entregado las fuerzas de la deserción, como el PPC o el Sode. Y eso, además, no va a ser premiado por el electorado. Va a ser, al contrario, penalizado.

¿Cómo interpretas la actitud de Bedoya Reyes, convertido en paje de la dictadura?

—Lamento muchísimo que la actitud principista de Borea, de Ramírez del Villar, no fuera respaldada por Bedoya Reyes. Con su actitud, Bedoya ha perjudicado enormemente las filas de la resistencia democrática. El primer objetivo tiene que ser el restablecimiento de la democracia —y este no pasa, por supuesto, por la fantasía tramposa de una Asamblea Constituyente convocada por alguien que ha demostrado que puede usar los compromisos y la Constitución como una especie de urinario público—.

¿Y el APRA, responsable de tantas cosas, debería estar en el frente pro democrático?

—Desde luego, sin que eso signifique, en efecto, que olvidemos su responsabilidad en la catástrofe y en la propia creación del llamado fenómeno Fujimori. Yo dije que la responsabilidad de Alan García era enorme y que si yo llegaba a la presidencia iba a promover una investigación en torno a la evidente corrupción de su régimen. Ese punto de vista no lo he cambiado. Pero lo que no se puede aceptar es que una dictadura que ha abolido el Congreso, acabado con el Tribunal de Garantías Constitucionales y con toda forma de fiscalización, pretenda juzgar a alguien acusándolo de conspirar

contra la democracia. ¿Cómo puede un gobernante acusado de encubrir delitos de patrimonio por su propia esposa erguirse en juez de la moral pública? Eso es una farsa siniestra. Lo que es de desear es que la democracia restablecida del Perú reabra una investigación acuciosa y objetiva sobre las rapiñas mayores y menores cometidas durante el quinquenio de Alan García. Pero no hay estómago que acepte que Fujimori, a quien tú retrataste moralmente de un modo tan exhaustivo en tu programa de televisión, diga ahora que su meta es moralizar al país.

¿Fujimori fue una emanación de Alan García?

—Así es. Fujimori no hubiera sido posible sin Alan García, que fue quien lo perpetró en Palacio de Gobierno, junto con un grupo representativo de la izquierda peruana. Esos irresponsables son víctimas ahora. No me alegro. Defiendo hoy sus derechos, pero tengo también derecho de recordar quiénes inspiraron la improvisación que más tarde se convirtió en dictadura. Fujimori no fue un aerolito. Fue drenado por la irresponsabilidad.

Y la actitud de los medios de comunicación en el Perú de Fujimori ¿te sorprende?

—No me sorprende. Los medios de comunicación en el Perú no tienen una tradición de defensores de la democracia y de la libertad, de la legalidad y de la institucionalidad. En absoluto. Esa no es la historia de los medios de comunicación en el Perú. Recuerda cuál es esa historia negra: respaldaron a Sánchez Cerro, respaldaron a Odría, respaldaron a Velasco hasta que Velasco se los arrebató al más puro y profético estilo Fujimori. ¿Cuándo se jugaron a fondo por la democracia? Quizá la única vez fue cuando la nacionalización de los bancos, cuando se sintieron las próximas cabezas que García podría querer cortar. Pero eso fue un episodio precario, otra ilusión que nos hicimos. Hoy han vuelto a las andadas. Hoy creen que este hombre sin escrúpulos les da una garantía de supervivencia. Y apuestan por él. No tienen principios.

Aunque hay excepciones.

—Y notables. Me entusiasman enormemente esas excepciones. Me reconforta ver lo que está haciendo, por ejemplo, Paco Igartua junto

con otras revistas.

¿El apoyo estadístico a Fujimori no es una respuesta al descrédito de los partidos?

—Algo tiene que ver. Pero la democracia no se aprende por ciencia infusa. La democracia es una depuración permanente y los partidos políticos son parte de este proceso. ¿O es que ahora los militares que fracasaron con Velasco, y que ahora vuelven con Fujimori, pretenden culpar de todo a los partidos políticos, que en conjunto han gobernado la décima parte que los militares en la historia del Perú contemporáneo? ¿O nos van a decir que el Congreso de mediocres tiene la culpa? ¿Y qué es Fujimori y quiénes son la mayor parte de sus ministros sino una banda en la que la mediocridad es el menor de los pecados? La democracia también es error y aprendizaje, pero es el único camino civilizado.

Te critican por no estar en el Perú, por criticar desde lejos. ¿No es cierto?

—El 5 de abril yo les dije a los dirigentes de Libertad que iba a criticar duramente a la dictadura y que lo iba a hacer desde mi punto de vista personal. Pero también les dije que si ellos consideraban pertinente, útil para la resistencia contra el golpe, yo iría de inmediato al Perú.

¿Y qué te contestaron?

—Que no lo consideraban necesario...

¿Y si ahora te lo pidieran?

—Procuraría ir, porque tengo un compromiso moral con el Movimiento Libertad. No iría a ejercer ningún tipo de candidatura, cosa que no haré jamás de nuevo, pero sí iría si mi presencia fuese necesaria para contribuir a la lucha contra la dictadura.

La OEA es una virtual cómplice de la dictadura de Fujimori. ¿Opinas lo mismo?

—He sido y soy muy crítico en relación con la conducta de la OEA. Actuó desde un comienzo como si su papel fuera darle coartadas y justificaciones al régimen. Y por último acepta la farsa de la Asamblea Constituyente, que ni siquiera encarna el compromiso original de Fujimori con la OEA. Recordemos que ese compromiso consistía en

que hubiera un diálogo y un acuerdo entre Fujimori y la oposición democrática. Ese compromiso no se ha cumplido y la OEA ha aceptado el gato por la liebre de una Asamblea Constituyente que el dictador ya ha anunciado que manejará a su antojo. Todo eso es una caricatura y la OEA ha permitido que esa asamblea de *geishas* que será la Constituyente dictada por Fujimori sustituya «espuriamente» el compromiso «principista» que aparentó promover. Yo espero que la comunidad internacional continúe sus presiones sobre la dictadura y que la OEA experimente un renacimiento moral en relación con el caso peruano.

¿Qué serán los constituyentes bajo la férula de Fujimori?

—Serán, sin duda, lo mismo que la oposición en el Congreso odriista. Recuerda que ese Congreso bastardo, nacido de un régimen elegido sin alternativa —Odría apresó a su adversario— tenía una caricatura de oposición, unas sombras de opositores que se prestaban al juego y que le daban a Odría aparente legitimidad. Recuerda también que esos discursos de esa oposición decorativa eran divulgados por la prensa servil, que los usaba como coartada y justificación. Así Odría podía decir que había un Congreso plural y así la prensa servil podía seguir cumpliendo su papel y haciendo sus negocios. Ese será el papel de los tristes constituyentes del PPC, del Sode o de la izquierda que han aceptado ser comparsas. Les espera el ridículo y, en el mejor de los casos, la impotencia.

¿Seguirás luchando para que la comunidad internacional siga presionando económicamente al régimen dictatorial?

—Sin ninguna duda. Creo que es lo mejor que puedo hacer por el Perú. Seguiré solicitando a la comunidad internacional que demuestre una solidaridad militante con el Perú democrático.

¿Está listo el nuevo libro?

—Sí. Es una autobiografía que se llama *El pez en el agua*. Es, en realidad, una memoria que empezó a ser una memoria sobre mi participación en política y que fue ampliándose sucesivamente, a medida que no me bastaba con contar las cosas solo desde 1987. Así que fui incorporando muchos episodios de mi infancia, de mi juventud y todo eso le ha dado al libro una visión más matizada de lo que he

hecho, de lo que he escrito, de lo que he intentado hacer.

¿Son memorias precoces o es el inicio de una madurez que se parece a la vejez?

—Bueno, desde el punto de vista intelectual se puede hablar de un hombre que está en la cincuentena *(Risas)*... En la mitad del camino de la vida...

Te sientes muy bien, ¿no?

—Me siento vivo, con muchos proyectos. Aunque te confesaré que a veces me entra una cierta angustia pensando que tengo más proyectos que años para emprenderlos. Eso no me ocurría antes, es cierto. Pero me siento entusiasmado con mi trabajo.

Durante tu incursión en la política no tenías ningún tiempo...

—Ni siquiera para leer, ya no digo para escribir.

¿Y cómo caerá ese libro en el Perú?

—No creo que vaya a ser un libro que todos los peruanos aprueben.

¿Lo has escrito para dejar un testimonio?

—Sí, pero no solo por eso. También lo escribo para tomar distancia. Hay experiencias que uno solo se saca de encima cuando se convierten en literatura, en esa cosa soberana que casi no nos pertenece y que tiene la forma de un libro.

¿Te sientes un hombre feliz?

—No. Creo que solo los idiotas se sienten felices. La felicidad es como los islotes flotando en un mar de grisura, de imperfección, de frustraciones. Esa es la condición de todos los mortales y yo no aspiro a ser sino eso. Si uno fuera feliz permanentemente no podría distinguir la felicidad, que siempre es una exaltación pasajera, una cosa elusiva, una suma de momentos.

¿Te sigue haciendo feliz escribir?

—Sí. Escribir es algo que me da una intensidad, una excitación, una ilusión siempre muy fresca, muy renovadora. Pero escribir no es solo sentarse a la máquina. Es también leer, investigar, es algo que tiene que ver con determinadas conversaciones, con ciertos viajes, es algo que va impregnándolo todo. Quizá a eso podamos llamar felicidad.

***

En esta segunda parte, el novelista continúa exponiendo sus puntos de vista de modo directo, descarnado. Nos habla de todos los que lo apoyaron cuando fue candidato a la presidencia de la República, de sus sorpresas. En fin, se trata de un documento excepcional, por el inventario de grandezas y miserias que contiene.

¿Cómo definirías tu actual relación con el Perú?

—Difícil, como lo ha sido la mayor parte de mi vida. Nunca tuve una relación fácil con mi país. Cuando era joven —un aspirante a escritor— tenía la ingenuidad de creer que, para ser realmente un escritor, tenía que irme del Perú; que vivir y trabajar en el Perú era incompatible con una obra literaria seria, profunda...

Y esa intuición ¿de dónde venía?

—Venía de la percepción de la pobreza del mundo cultural, de las enormes dificultades que uno tenía para materializar su vocación en una sociedad donde no había editores, donde los escritores debían financiar sus libros si querían publicarlos, donde casi no había lectores... Entonces, cuando partí del Perú en 1958 con una beca para hacer un doctorado salí con la intención de instalarme en Europa, de llegar algún día a Francia —era un completo afrancesado: admirador de la literatura francesa, de su cultura y hasta de sus leyendas— y de no regresar al Perú sino ocasionalmente, de visita. Pero ahí me di cuenta de que yo tenía una vinculación entrañable con mi país, con mi medio, con mi lengua, con el marco de experiencias que me había formado. Eso lo descubrí lejos del Perú, cuando empecé a escribir y me di cuenta de que las historias que me motivaban o brotaban y que las pasiones e imágenes que me daban materiales para escribir estaban todas relacionadas con el Perú. Y cuando descubrí que la idiosincrasia que tenía y la lengua en que escribía jamás harían de mí un español o un francés y que lo que yo era un latinoamericano, o la variante peruana de un latinoamericano. Yo descubrí todo eso lejos del Perú...

Pero eso no te convirtió en un nacionalista...

—No, ni mucho menos. No lo he sido nunca. Ahora sé por qué: porque el nacionalismo es una aberración que ha traído terribles desgracias a la humanidad. De joven esto lo veía de una forma más intuitiva que racional... De tal manera que mi vinculación con el Perú

es una vinculación que no obedece a razones de tipo «principista» ni muchísimo menos. Creo que las nacionalidades deberían ser elegidas si es que uno no puede desprenderse de ese tipo de etiquetas. Pero el hecho es que yo tengo una relación con el Perú que tiene que ver con mi formación, con mi familia, con mi infancia, seguramente con la historia del Perú, y todo eso —lo sé ahora— es algo inerradicable. Es algo que está presente, quizá demasiado presente en mi obra, y también en lo que ha sido mi participación transitoria en la política. En fin, se trata de una relación entrañable y muy difícil, hecha de exasperación, de actitud crítica y también de una enorme tristeza por lo que es el destino del Perú, por lo que he ido viendo a lo largo de mi vida, por la frustración peruana, esa perseverancia en el error que parece ser el destino del Perú, sobre todo en lo que se refiere a su historia política y económica.

Hay comentarios feroces —y muchos canallescos— en el Perú en relación con tu actitud. ¿Qué te produce ese clima?

—Me apena mucho porque detrás de esa hostilidad lo que veo es, sobre todo, una especie de alienación de sectores que, por su cultura, su posición social, deberían estar a la vanguardia de la resistencia contra la dictadura. La dictadura ha sido, a lo largo de la historia del Perú, una fuente de atraso, de violencia, de marginación. Y lo que tenemos en el Perú, hoy, es una variante de esa tradición repudiable. Y eso no lo cambia el hecho de que el régimen tenga una cierta popularidad, por más que muchos peruanos se hayan ilusionado con la dictadura. Esa ingenuidad no salvará a un régimen que, a la corta o a la larga, solo va a traer más desgracias al país y que ya nos ha retrocedido a etapas que creíamos superadas. Que esto no lo vean peruanos que viven una vida atroz por las condiciones económicas del país, por el atraso y por la violencia, es algo que puedes entender. Pero que avalen al dictador sectores privilegiados desde el punto de vista intelectual, económico y hasta informativo, es algo que tiene que entristecernos y alarmarnos. Porque este es el camino seguro hacia el Cuarto Mundo. Y esto hay que repetirlo: lo que está ocurriendo en el Perú es un salto atrás histórico, político y cultural. Una de las expresiones de ese salto son la intolerancia y las vociferaciones

respecto de las voces críticas.

Aunque hay sectores que sí resisten…

—Así es y quiero rendirles un homenaje. Me reconforta ese coraje, esa valentía para oponerse aun desde la minoría. Me alivia en algo saber lo que hace Libertad, lo que han hecho sus dirigentes desde el 5 de abril…

A pesar de excepciones conspicuas como la de Rey…

—Bueno, pero él no pertenece ya a Libertad. Estuvo en sus filas por equivocación, no por un compromiso profundo con la democracia como es el que tenemos los que nos hemos quedado en el movimiento. Me parece muy bien que se haya ido. Así se evitan confusiones.

Quizá más de la mitad de la gente que apoyó a Libertad está hoy con Fujimori. ¿Tienes una reflexión acerca de esto?

—Mucha gente me apoyó por oportunismo, porque salí a defender la empresa privada, la economía de mercado frente a un intento de nacionalización… Esa gente o no me escuchó o no me creyó, pero aquí lo recuerdo: yo defendí todo eso en nombre de una libertad más amplia, una libertad indivisible, una libertad tan ancha que en ella cupieran la economía de mercado y la democracia política.

¿Qué creyeron estos señores? ¿Que yo solo defendería la libertad de la empresa privada? ¿Y qué creen ahora? ¿Que una dictadura puede tener legitimidad para construir una economía de mercado?

Quizá creyeron que yo hablaba como un político más, repitiendo unas frases que tienen que decirse dentro de la retórica política.

Quizá otros se han sentido auténticamente decepcionados de los mecanismos democráticos…

—Bueno, pero eso no quita que se trate de una terrible equivocación. Han creído, otra vez, que este supuesto hombre fuerte, sin Congreso, con el respaldo de las Fuerzas Armadas, va a ser mucho más eficaz para combatir los males del Perú. Esa gente que por ingenuidad, por ignorancia o por desesperación está apoyando la dictadura es una gente a la que nosotros tenemos la obligación de abrirle los ojos. Esa es la primera obligación. Porque la dictadura es un mal absoluto. Sobre esto no puede haber equivocación alguna: la dictadura legitima la violencia, institucionaliza la corrupción, deprava

la vida social. ¿De dónde viene la larga tradición de corrupción del Perú? ¡De las prolongadas dictaduras y de su cosecha de silencio y servilismo! Es verdad que las democracias también han sido en el Perú ineficientes, que también han abierto la puerta a la corrupción, pero eso ha sido así porque esas democracias arrastraron siempre el lastre terrible de la podredumbre dictatorial. Esto hay que decirlo en estos momentos de confusión: la dictadura va a agravar el malestar del país.

Hasta el 5 de abril pasado mantuviste un silencio impecable sobre la política peruana. ¿Fue lo que hizo Fujimori lo que te hizo romper ese pacto sobrentendido?

—Así es. Yo salí del Perú, tras la derrota, decidido a no opinar sobre política peruana y me sujeté exactamente a esa conducta hasta el 5 de abril. Pensaba que era mi obligación permanecer callado, pero ahora lo que está en juego es una cuestión gravísima, algo que atañe no solo al Perú sino a América Latina. Porque si el régimen peruano obtiene la tolerancia de la comunidad internacional podrá servir de precedente para que otras democracias igualmente débiles o primerizas caigan bajo las botas del primer oportunista que se les enfrente. No podemos volver a la vieja historia del autoritarismo latinoamericano. Esa es la razón por la que estoy opinando y luchando para resistir junto con los resistentes.

En cuanto a tu actitud frente a la ayuda exterior al Perú casi se ha dicho, de un modo histérico, que has cometido un acto de traición. ¿Tienes una respuesta para eso?

—La mejor manera de mostrar amor al Perú es luchar por el restablecimiento de la democracia. Las sanciones económicas contra la dictadura peruana corresponden a lo que dije en mi campaña electoral respecto de cuál hubiera sido la política exterior de nuestro Gobierno: pedí a los peruanos que me dieran un mandato para que el Perú hiciera suya la doctrina Betancourt en Venezuela: una acción resuelta y militante de los Gobiernos democráticos contra las dictaduras, que implicara desde cortar las relaciones políticas y diplomáticas hasta suspender las relaciones económicas. Esa es la política que yo hubiese aplicado si hubiese sido elegido presidente y esa es la política que aspiro que se siga aplicando al Perú. He dicho también que los países

que quieran apoyar a los peruanos que sufren, que tienen hambre y carencias asistenciales, pueden hacerlo a través de organizaciones humanitarias religiosas, laicas o no gubernamentales. Pero sí sostengo, y aquí me ratifico, que se debe eliminar cualquier apoyo económico a un Gobierno usurpador, a un Gobierno que no tiene ningún tipo de control o fiscalización y que puede hacer con la ayuda exterior lo que le dé su real gana. Y ya sabemos qué cosa es eso: o la demagogia o la apropiación ilícita. Yo defiendo los intereses verdaderos, permanentes del pueblo peruano, no los espurios de los que quieren sacar provecho de la dictadura. La comunidad internacional debe penalizar a quienes han destruido la democracia en el Perú. La democracia es algo precioso, es un bien que debe ser preservado. Era lo mejor que tenía nuestro país, la mejor garantía de evolución civilizada hacia la modernidad y la justicia social. Eso es lo que ha destruido el señor Fujimori. La democracia no es una mancha en el terno: la mancha es la dictadura. Tampoco es algo que el señor Fujimori puede retacear, trocear o mezquinar. Es indigno aceptar eso. Indigno de ciudadanos, indigno de estos finales del siglo XX, que han conocido el desplome de casi todos los autoritarismos.

Hay quienes dicen en Lima que con el 5 de abril encontraste el pretexto ideológico y político para respirar por la herida.

—Bueno, eso es inevitable. Siempre se va a buscar motivaciones tortuosas. Pero eso es una tontería. No tengo ningún resentimiento por la derrota que experimenté en las elecciones. Te digo más desde un punto de vista egoísta y personal: los peruanos me hicieron un favor devolviéndome a los libros, a la literatura, al trabajo intelectual, que es lo que realmente me gusta y en lo que, realmente, me ha ido muy bien. Tengo ahora posibilidades de dedicarme a aquello que verdaderamente me produce satisfacciones y de vivir en cualquier parte del mundo. Eso es lo mejor que puede pasarle a un escritor.

¿Hubieras tenido que sacrificarte llegando a la presidencia?

—Enormemente y eso es algo que tú entiendes quizá mejor que nadie. Hubiera sido un sacrificio enorme, no solo en relación con el tiempo sino también desde el punto de vista moral: era ir a ensuciarse en algo dificilísimo de llevar a cabo —algo que estaba dispuesto a

hacer por razones morales—. Pero que entiendan los buceadores del lodo: dedicarme a escribir no es algo que me amargue en absoluto. Por el contrario: es algo que me exalta enormemente. No tengo ningún resentimiento con el pueblo peruano y en algunos momentos de exaltación, cuando escribo, tengo hasta gratitud. La vida que llevo no genera demasiadas frustraciones. De tal manera que esa es una interpretación malintencionada y mediocre de mis actitudes, que nacen de principios y de un punto de vista ético.

A la luz de lo que ha pasado ¿volverías a hacer la campaña electoral que hiciste?

—Si uno pudiera rehacer la experiencia, qué bien actuaría uno, ¿no?

¿Qué mejorarías?

—Quizá no me apoyaría tanto, como lo hice, en la idea de un programa claro, completo, profundo, que me pareció que podía ser el argumento más persuasivo frente al electorado peruano. Ahora ya sé que en la política activa las ideas juegan un papel bastante secundario. Seguramente errores como ese no los volvería a cometer, pero las cosas que defendí, las ideas para las que traté de ganar el apoyo popular, esas sí que no las cambiaría. Y esas son las ideas que están detrás de las actitudes que he tomado a lo largo de estos meses: la democracia, la libertad, la empresa privada...

Ese amplio sector privado que abanica a Fujimori ¿no te ha decepcionado?

—Claro que sí. Pero de algún modo sabía que en ese sector había un buen sector de mercantilistas criados en un sistema profundamente corruptor. Sabía que a la hora de hacer las reformas liberales que debía hacer iba a encontrar muchas resistencias, sobre todo de esos empresarios acostumbrados a vivir del privilegio y del favor, del monopolio y del dinero bajo cuerda. Pero lo que sí me ha decepcionado profundamente es que el sector empresarial haya, corporativamente, olvidado que en 1987 conseguimos algo extraordinario: darle al capitalismo, al empresario privado una legitimidad democrática que nunca había tenido en el Perú. Grandes sectores de peruanos creyeron entonces que la empresa privada era

una pieza fundamental para el desarrollo del país y que el empresario no era el sujeto corrompido y explotador que le habían hecho creer otros que era. Todo eso lo han echado por la borda, dándole una nueva consistencia a todos los viejos prejuicios de la izquierda contra la empresa y el capitalismo. Eso es un suicidio. Los empresarios se han hecho el haraquiri. Los empresarios debieron salir a defender la democracia y la libertad, que eran el fundamento de la batalla de 1987 contra la nacionalización de Alan García. Así debieron corresponderles a los miles de peruanos pobres que los apoyaron defendiendo su propiedad sobre bancos y compañías de seguros. Fue porque había democracia que nosotros pudimos salir a las calles y a las plazas a defender el derecho de propiedad y al defender la propiedad defendimos la democracia. ¿Qué ha quedado de todo eso? Casi nada. Y sería nada si empresarios como Ricardo Vega Llona no hubieran tenido la actitud que, valientemente, han tenido.

Es como si todo eso fuese una lección…

—Así es. Todo ha resultado muy educativo, muy ilustrativo. Ya sabemos cómo es la realidad y en qué puede convertirse la Confiep, que hoy ha pasado a servir desembozadamente a la dictadura.

Cuando te enteras de los niveles de respaldo estadístico que tiene Fujimori, ¿te irritas, te sorprendes?

—Si es verdad que esos apoyos han llegado a esos niveles, pues cómo no te vas a sorprender. Es un caso de enajenación colectiva, pero no es que no tenga precedentes. Recordemos a Alemania siguiendo mayoritariamente a un demagogo enloquecido, a Italia rindiéndole culto a quien después colgaría de los pies o al actual Irán de los ayatolás fanáticos e irracionales. Pero lo que más apena en el caso peruano es que ni siquiera hay detrás de esta enajenación una cierta grandeza en el error, o incluso en la maldad. Hay el mero oportunismo pequeño y mediocre, el objetivo de muy corto plazo, la miseria a rastras. ¿Cómo nace la dictadura de Fujimori? Nace después de un escándalo de unas ropas robadas, negociadas por los familiares del propio jefe de Estado. ¿Cuál es el entorno de esta dictadura? Una mafia de insignificantes velasquistas de historias rocambolescas y expedientes sórdidos. Eso es lo que hay detrás del régimen. Y eso es lo

que despierta el entusiasmo de mucha gente, de periódicos, de medios de comunicación y de periodistas que nosotros creíamos que eran los más democráticos y lúcidos del país y que hoy ponen toda su inteligencia para encontrarle justificación y coartadas a quienes se han vuelto gobernantes espurios, a quienes forman parte de esa inmundicia y mediocridad. ¿Cómo no te vas a alarmar, a entristecer? Quienes están defendiendo en la televisión a Fujimori son los que nosotros creíamos líderes de la opinión pública, periodistas respetados, empresarios amantes de la ley.

Quizá creen de verdad que la democracia es inapelable en el Perú…

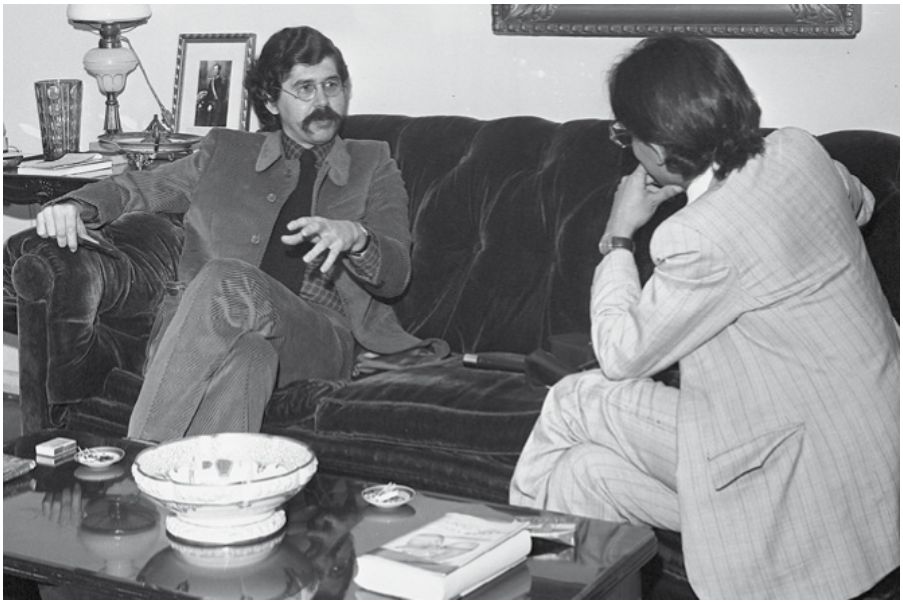
—Si lo creen allá ellos: añadirían una extrema ignorancia a su falta de principios. ¿Acaso Sánchez Cerro, Odría, Benavides y Velasco resolvieron los problemas del país? Y todas esas dictaduras también fueron populares, conocieron la gloria de los aplausos y los editoriales escritos a su gusto. ¿En qué se tradujeron todas? En frustración, retroceso y, muchas veces, barbarie.

Pero hay quienes podrían decir que el mejor de los Perú —el precolombino— fue una dictadura y que el mejor régimen de este siglo, el de Leguía, fue también autoritario. ¿No hay una pulsión antidemocrática en la sociedad peruana?

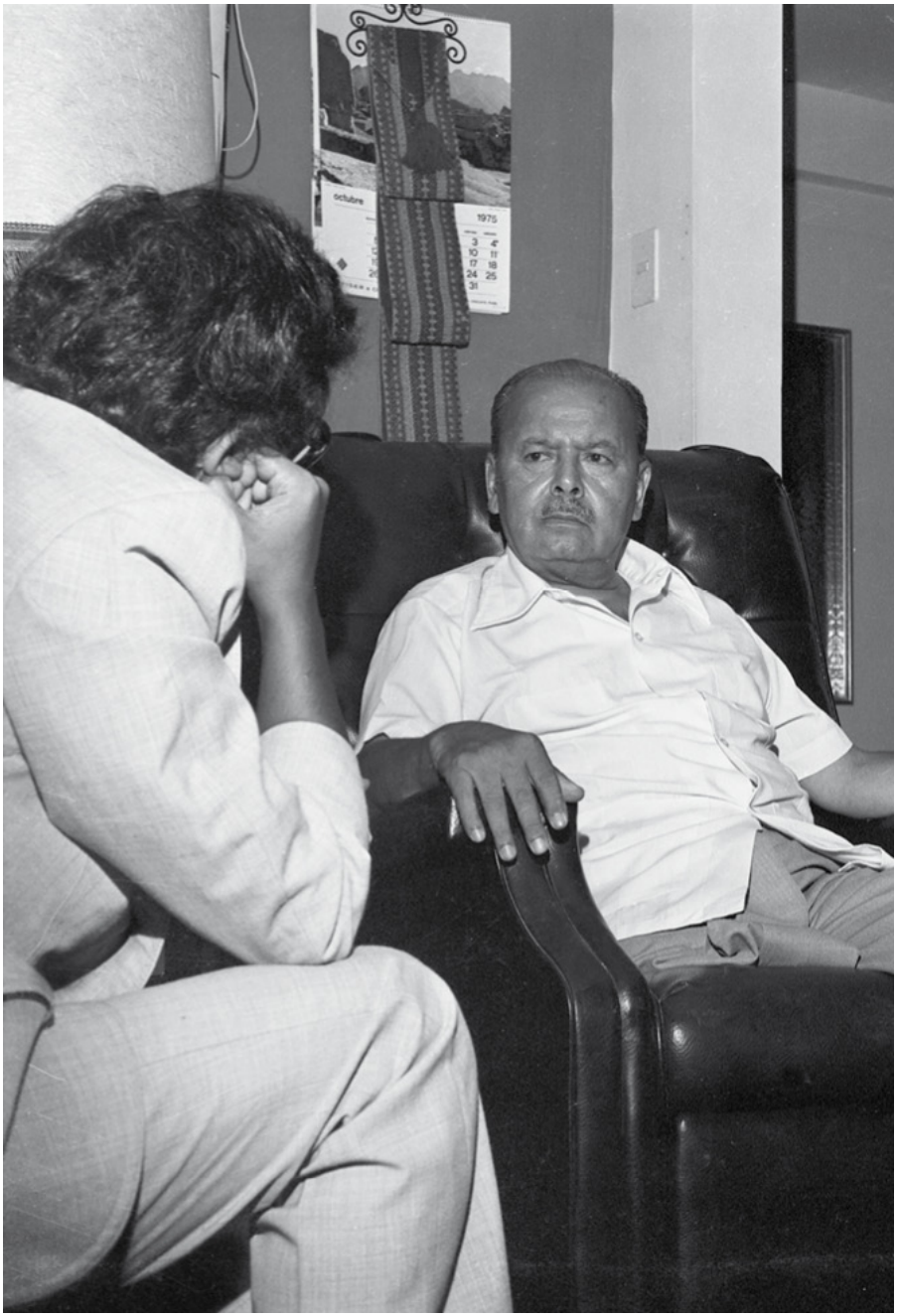
—El autoritarismo es mucho más viejo que la democracia: tiene más historia, más ejemplos, más tradición. La democracia es una adquisición reciente de la civilización, algo que los pueblos deben defender y perfeccionar en una lucha constante. Pero hoy se sabe por comprobación empírica, y más aún con el desplome de los absolutismos marxistas, que la democracia es el único sistema que garantiza desarrollo económico y progreso social, derechos humanos y redistribución, control de la corrupción y respeto al individuo. Tú citas al Perú precolombino y a Leguía, pero quisiera recordar que lo primero acabó en la expeditiva conquista del Perú y lo segundo acabó con el sanchezcerrismo. No hay alternativa para la democracia. La historia ha dado su veredicto. Lo que puede traerte una dictadura es, provisionalmente, un tipo de crecimiento más o menos biológico, estadístico; mas no un desarrollo integral, que supone el campo de la

educación, de la cultura, de la democratización de la sociedad y sus valores. Todos los apogeos, los esplendores fugaces de las dictaduras fueron apogeo y esplendor para grupos minúsculos de privilegiados, para las élites de siempre. Ni el pueblo precolombino ni el pueblo bajo el leguiismo luchó por defender a incas o civilistas: no eran lo suyo. Lo suyo siempre fue el sufrimiento, la humillación, la falta de oportunidades. La historia del Perú es la historia de frustraciones de su pueblo a manos de dictaduras salvadoras.

Víctor Raúl Haya de la Torre (1971)



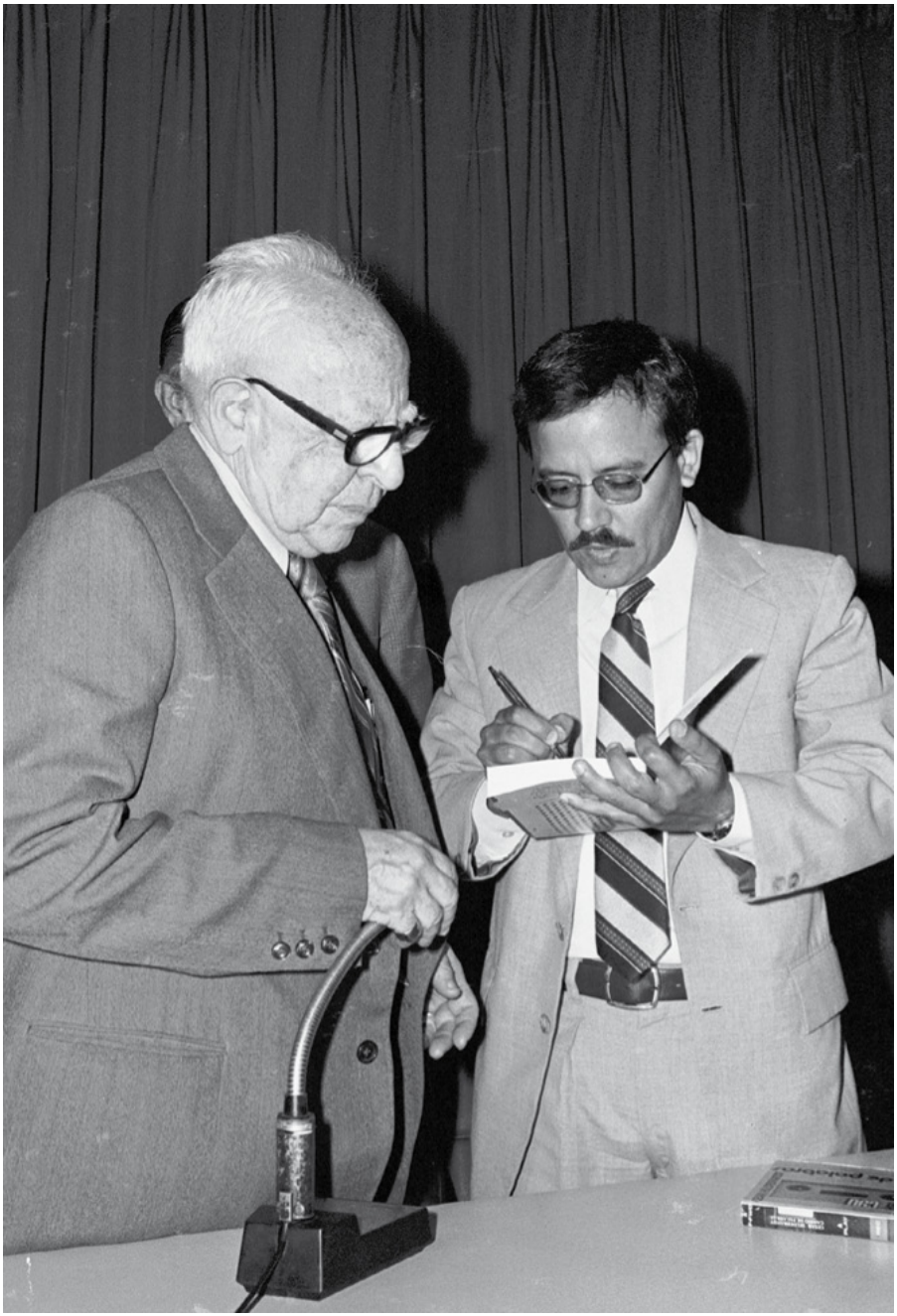
Alfredo Bryce Echenique (1972)



Juan Velasco Alvarado (1977)

Jorge Luis Borges (1978)

Manuel Scorza (1980)



Con Luis Alberto Sánchez tras la presentación de la primera edición de *Cambio de Palabras* (1981)

“Releyendo algunas de las entrevistas de esta edición compruebo, además, que la política peruana se quedó sin repuestos. A Sánchez lo sucedió don Nadie, a Townsend le tomó la posta el silencio, a Pedro Beltrán lo heredó la Confiep, de Barrantes solo quedaron viudas. *Cambio de palabras* no podría haberse hecho ahora por falta de elenco. Cuando escucho a muchos de los congresistas balbucear desde sus escaños una jerga brotada en sucesivas lobotomías, me digo que tuve, como muchos, la suerte de asistir a un país mejor educado. Suerte relativa, por supuesto, porque junto con ella viene algo parecido a la melancolía.

Si alguien me preguntara si hubo un par de entrevistas que me gustaría volver a hacer, diría, previsiblemente quizá, que esas son las de Borges y Juan Gonzalo Rose. Uno instalado en la erudición y el otro en el desasosiego, ambos me demostraron que tal vez elegí mal cuando opté por la entrevista política. Hoy no haría eso. Los políticos ya no son primos de la cultura ni lectores con los que tratar una agenda que esté más allá de lo contingente”.

César Hildebrandt

Cambio de palabras reúne 25 de las mejores entrevistas de César Hildebrandt, el periodista más respetado del país. Publicadas de 1971 a 1992, en el semanario *Caretas* principalmente, las conversaciones con políticos como Víctor Raúl Haya de la Torre o Fernando Belaunde Terry, o escritores como Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges o Juan Gonzalo Rose, son consideradas verdaderas clases de

buen periodismo. Esta es la edición definitiva de un libro ya clásico.

César Hildebrandt

Nació en Lima en 1948. Es el periodista más influyente del país. Estudió en el Colegio Militar Leoncio Prado. Sus primeros pasos en el periodismo los realizó en los diarios *Expreso*, *Correo* y *Última Hora*. Fue jefe de Informaciones en el semanario *Caretas*. Dirigió la revista *Sí* y el diario *Liberación*. En 1985 obtuvo el Premio El Cuento de las Mil Palabras de la revista *Caretas*. Ha publicado la novela *Memoria del abismo* (1994) y la selección de sus columnas de opinión *Una piedra en el zapato* (2011). Entre los programas televisivos que condujo, se encuentran *Testimonio* (América Televisión), *Conexiones* (Panamericana Televisión), *Encuentro* (Frecuencia Latina), *Hora 25* (ATV), *Enlace Global con Hildebrandt* (Red Global) y *El Perro del Hortelano* (RBC Televisión). Desde 2010 dirige el semanario *Hildebrandt en sus Trece*.

Fotografía de autor: Rebeca Diz

DEBATE

CAMBIO DE PALABRAS

2018, César Hildebrandt
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial S. A.
Avenida Ricardo Palma 341, Oficina 504, Miraflores, Lima, Perú

Debate es un sello editorial de
Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

ISBN digital: 978-612-4272-25-7
Primera edición: mayo de 2018

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Apollo Studio
Conversión ebook: Gerson Rivera

Edición digital disponible en www.megustaleer.com.pe

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Penguin
Random House
Grupo Editorial